

Palavra de meiga

Mara Mornet



Palavra de meiga

Mara Mornet



Palavra de meiga

Mara Mornet



Palavra de meiga

Mara Mornet



Palabra de meiga

© Mara Mornet, 2016

© Cristal, 2016

Fotografía de portada: Thinkstock

Fuencarral, 70, 28004

Madrid (España)

Primera edición: mayo de 2016

IBIC: FRH

ISBN: 978-84-15611-34-9

E-ISBN: 978-84-15611-35-6

Depósito legal: M-16.652-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

A mis padres, a mi pequeña estrella
en el cielo y a mi editora, es única.

Prólogo

Nadie sabe realmente cómo el poder llegó a las brujas ni a los brujos. Ningún libro de brujería, ni el mismísimo *Libro de la Condenación*, habla del nacimiento de tal don, pero aquellos que tienen ese privilegio, o los que lo han podido experimentar, piensan que es una bendición. O una maldición.

Nunca han sido completamente felices, ya que hicieran lo que hiciesen siempre terminaban siendo perseguidos, cazados y muertos, por el simple hecho de ser distintos.

Miles de historias por siglos han hablado sobre las brujas como seres del infierno, seres malvados que no tenían corazón, que raptaban a niños, hacían miles de maleficios y llevaban a toda la humanidad ante los siete pecados capitales. Por ello siempre se han considerado criaturas del demonio y no otra raza humana, distinta pero no entendida.

Nunca les dejaron explicar que lo sobrenatural no tenía que ser necesariamente siniestro, jamás han podido demostrarlo, y por las masacres sufridas muchos cruzaron la línea.

Hasta que una noche de luna llena, un giro inesperado lograría que la maldad fuera cazada a partes iguales.

Valle de las Almas, cerca del castillo de Monterrey, Galicia 1670 El comienzo del mal

La noche daba la bienvenida a una niebla proveniente de mal augurio en el Valle de las Almas, nombre con el que los aldeanos del condado de Monterrey bautizaron la zona ante las desapariciones que años atrás se estaban produciendo en ese lugar.

Cascos de caballos se precipitaban a toda velocidad junto a sus jinetes, en busca de dos figuras encapuchadas que huían apresuradas junto al acantilado del mismo nombre que el bosque.

La primera silueta, un hombre fuerte, de grandes dimensiones, con el emblema del condado, miraba varias veces hacia atrás para calcular el avance de sus perseguidores, maldiciendo a cada paso que daba. La otra figura, una mujer delgada de cabellos dorados, intentaba seguir los pasos del primero sin mirar atrás. Las lágrimas que le brotaban a esta última resbalaban por sus mejillas redondeadas, enrojeciendo sus ojos de color esmeralda. No podía cesar de correr si no quería ser capturada.

Una flecha interceptó al hombre y lo derribó. La mujer se detuvo y se acercó a su amado herido, dando la vuelta a su cuerpo para verle la cara. En un acto de valor agarró fuertemente la flecha y se la despojó, sin poder evitar que el varón soltara un alarido de dolor. Rápidamente rompió un trozo de la manga de su vestido y taponó fuertemente la herida causada por el instrumento punzante, tallado en madera con filo de acero.

—Laia, debes irte. ¡Ahora! —El hombre la apartó de su lado con un manotazo, debía huir sin mirar atrás.

—No te dejaré, ¡no puedo! —exclamó la mujer llorando sin parar.

—¡Tienes que hacerlo! —Un hilo de sangre salió de su boca—. Salva lo único que nos queda, yo intentaré entretenerlos todo lo que pueda.

El tronar de los cascos de los caballos anunciaba que estaban a menos de cien metros de la pareja y que la mujer debía partir. Ella vio que no tenía tiempo, besó los labios del amor de su vida y prometió salvar lo más preciado que tenían.

Corrió, pero se escondió en unos arbustos cerca de donde su amado se encontraba. Su amor por él era demasiado fuerte para abandonarlo.

El hombre se levantó como pudo, miró hacia el camino donde su amada desapareció y esperó al ejército del conde de Monterrey.

—Te amo, amor mío —susurró el hombre bajando la cabeza, a la espera de su cruel destino.

Los caballos se detuvieron frente a él, resoplando ante tal carrera. El general del batallón bajó de un salto de su montura y se dirigió al hombre herido, asestándole un puñetazo en la cara que le tumbó en el acto. El hombre intentó levantarse, pero la bota del jinete lo impidió, pisándole la herida que hacía poco le habían causado. El enemigo se quitó su barbuta descubriendo así su identidad, viéndose las caras captor y perseguidor.

La presión que la bota ejercía en la herida hacía que emanara más sangre, arrancando los gritos del hombre herido.

—Sabías que la traición te costaría la vida y aun así la preferiste a ella antes que a la familia. Debes morir por ello.

El jinete le miró con maldad. Desvainó la espada y colocó su brillante filo en el cuello del hombre herido mientras la mujer escondida presenciaba todo lo que pasaba, tapándose la boca para no gritar.

—Padre, por favor. No pido piedad para mí, pero sí para la persona que robó mi cora...

El conde de Monterrey no dejó que terminara la frase, traspasando con la hoja de su espada el cuello de su hijo. Un grito desgarrador escapó de la garganta de la mujer y delató su posición. Los captores miraron hacia los arbustos y la mujer salió del lugar, dejándose ver en su totalidad.

—¡Cogedla! —ordenó el conde de Monterrey.

Los jinetes, ante la orden de su señor, avanzaron sobre sus caballos al galope mientras la mujer intentaba reaccionar corriendo hacia el acantilado como alma que lleva el diablo.

En su travesía, miró atrás un instante, viendo a su amado muerto en el suelo, desangrándose. Se tocó el vientre y, con una última lágrima, desvió su mirada hacia el horizonte. Sabía lo que tenía que hacer.

Al llegar al acantilado vio las olas romper contra las rocas. Miró la luna que alumbraba el lugar y gritó a los cuatro elementos de la Atalaya, suplicando ayuda ante su inminente desenlace. El jefe del clan, que había llegado a su altura, la cogió del cuello y la zarandó, tirándola al suelo y descubriendo así su prominente barriga.

—¿Cómo has podido? —Miró la tripa de la mujer, sabiendo que esa criatura llevaba su sangre—. Mi hijo murió por alguien tan insignificante como tú. No te lo perdonaré —dijo el jinete empuñando su espada.

—Tu odio lo ha asesinado, no yo —gritó la mujer con toda su rabia—. ¿No ves que podríamos haber acabado con esta absurda disputa de tantos años entre especies distintas?

—¿Disputa? Nosotros no nos juntaremos jamás con tal calaña, sois el mal de nuestro planeta. Lo único que tenemos que hacer con vosotros es exterminaros a todos.

El odio del conde era tal que sus ojos estaban impregnados en sangre. Detestaba con todo su ser a una especie que podría arrebatarle su trono con tan solo un gesto de manos. ¡No! No podía permitirlo, mientras él viviera debía aniquilar todo rastro de ellos.

—Te cortaré el cuello y, mientras te desangras, te arrancaré esa abominación que crece en ti, viéndolo morir ante tus ojos —continuó el conde.

La espada del jinete fue directa al cuello de la mujer. Esta, con rapidez, agarró la hoja con las dos manos, deteniendo su filo. El jinete, ante tal acto, le asestó una patada en el vientre, haciendo que la mujer se encogiera retorciéndose de dolor. Al verla en esa posición, el hombre le asestó otra patada, esta vez logrando que la mujer abrazara el vacío del acantilado; pero se aferró rápidamente al término del desfiladero en un intento de alargar su supervivencia.

—Si yo muero, vosotros caeréis conmigo por toda la eternidad —afirmó la mujer.

—Bruja del demonio. —El hombre pisó entonces la mano donde se sostenía, a su pesar, la mujer para no caer a las rocas.

Entonces clamó al cielo:

—Elementos ancestrales, el acto que se produzca ante vosotros hoy, que tenga consecuencias para mis asesinos. —Miró su destino. Sabía que iba a morir y no podría ver nunca la carita de su ángel al nacer—. Que la oscuridad que produzcan mis enemigos se duplique en maldad, ante sus congéneres y ante ellos mismos.

El pie del jinete dejó de pisar la mano de la mujer al escuchar tal maleficio.

—¿Qué has hecho, bruja? —dijo el conde.

Laia agarró el talismán que llevaba colgado en el cuello y lo apretó fuertemente con la mano que tenía libre.

—Solo el talismán del amor podrá romper mis palabras; y solo él podrá perdonar la atrocidad cometida.

Al término de sus palabras se soltó, cayendo al vacío.

El hombre intentó alcanzar el amuleto, pero no llegó a tiempo; solo pudo contemplar cómo la mujer se precipitaba hacia las rocas y las aguas se la tragaban en su totalidad, junto con su salvación. Al ver la imagen y la acción que había cometido, el conde cayó de rodillas.

Unas nubes negras surgieron de la nada. Truenos y relámpagos empezaron a rugir haciendo que varios de los caballos del ejército del conde se asustaran y salieran despavoridos del lugar. Otros, todavía con su montura en alto, se pusieron a dos patas por el pavor que les producía, haciendo que sus jinetes volcaran y se precipitaran al suelo. El líder, al mirar a sus compañeros de batalla, descubrió con pavor cómo se estaba transformando aquella noche con niebla en una noche salvaje, llena de maldad y tempestades.

Uno de los relámpagos alcanzó al conde, electrificándolo y paralizándolo de dolor. Su grito envolvió todo el valle, cayó al suelo y vio cómo sus camaradas y él mismo empezaban a cambiar de aspecto. Tatuajes de líneas negras como la noche empezaron a salir en sus cuerpos fornidos por las batallas, confirmando que la maldición pronunciada por la bruja muerta no eran palabras en vano.

El conde de Monterrey tomó su escudo y se miró el rostro; el reflejo que presenció hizo que abriera completamente los ojos. Aquella mirada nada tenía que ver con un ser humano. Eran los ojos de una bestia, de un ser de las tinieblas, rojos como la sangre y pétreos como el hielo. Lanzó su escudo al suelo, impactado por la

transformación que había sufrido, y cogió su espada, colocando su filo en su pecho al tiempo que juraba que nunca sería como sus enemigos.

Entonces se clavó su propia espada en el corazón, desplomándose en aquel instante sobre el suelo y abandonando a sus hombres con una maldición palpable en sus cuerpos.

Actualidad Madrid. Otra muerte más

El día terminaba bien para la reportera Evelyn Rodríguez. Era la periodista más joven de la cadena junto con sus dos amigas. Hacía siete años que se habían conocido en la universidad, embarcándose en la carrera de Periodismo y Audiovisuales y, al término de sus estudios las tres fueron contratadas por la Cadena 59. Era una cadena de televisión donde podían vivir la acción en estado puro, retransmitiendo día a día la violencia que se producía en las ruidosas calles de la ciudad de Madrid.

Evelyn, Lilith y Sia siempre estaban implicadas en algo emocionante; eran puro fuego y las noticias eran su vida. Evelyn se encargaba de ponerse delante de la cámara y transmitir a los ciudadanos lo que ocurría, mientras que Lilith ponía a punto la cámara y recogía toda la acción en el lugar. Sia, en cambio, era la que preparaba todo antes de la transmisión, especialmente que su amiga Ev estuviera guapa ante la cámara y que no hubiera ningún percance durante la salida en antena.

Aquella noche se había cometido otro asesinato. Llevaban días encontrando cuerpos por doquier sin que pareciera haber ningún patrón. La Policía ya no sabía qué hacer para cerrar el caso: por más que examinaban los cuerpos y las pruebas encontradas, no hallaban nada concluyente. La gente de la ciudad cada vez tenía más miedo de salir a la calle y toparse con el Asesino sin sombra, apodo con el que los periódicos lo habían bautizado, ya que solo se encontraban los cuerpos que dejaba y ninguna pista.

Pero Evelyn estaba segura de que había mucho más, un presentimiento en su corazón se lo repetía y no quería que su cadena cerrara la noticia. Necesitaba llegar hasta el fondo del caso.

Las tres llegaron al callejón donde se había cometido el último asesinato. En frente se encontraba la discoteca Plums, un lugar de mala muerte donde prostitutas, borrachos y camellos realizaban el trapicheo de todas las noches. La Policía estaba harta de ese lugar, pero pagaban sus impuestos y siempre que se realizaba una redada salían con las manos vacías. Era como si supieran cuándo iban hacer una inspección en el recinto. En el Cuerpo de Policía circulaban especulaciones sobre un topo, ¿cómo si no un turgio como aquel podía seguir abierto? Pero el caso ahora era otro, y la gente al servicio de la ley tenía que resolver algo mucho más urgente.

Evelyn examinó el terreno y comprobó que eran los primeros periodistas que llegaban al lugar. Los agentes y la Policía Científica estaban con el cuerpo, examinándolo y recogiendo todas las pistas que encontraban alrededor del cadáver. Lilith cogió la cámara con decisión y enfocó el cuerpo sin ningún escrúpulo; la noticia tenía que ser suya.

Los cuerpos no parecían mostrar coincidencias, ya que cada víctima presentaba una muerte distinta: unas aparecían con mordeduras por todo el cuerpo, otras completamente destrozadas y algunas como si su cuerpo se hubiera consumido sin saber cómo ni por qué.

En este caso la víctima presentaba un mordisco profundo en el cuello junto a un colgante. Evelyn sacó su móvil de última generación y realizó varias fotos al cadáver, junto con el colgante, que le llamó muchísimo la atención. Se aproximó y se fijó mejor, y pudo comprobar que aquel amuleto guardaba mucha similitud con uno de los colgantes que ella tenía desde hacía muchísimos años: una pequeña flor con una piedra de color blanco. En este caso, la de la víctima era de color negro.

En el tejado del edificio colindante al pub, una sombra oculta en la oscuridad observaba todos los pasos de la periodista. Sin ser consciente de su vigilancia, Evelyn se acercó como una autómatas al cuerpo para coger el colgante, pero un ruido procedente del tejado hizo que desviara la mirada hacia arriba, descubriendo a una figura que se escondía entre las sombras.

—¿Evelyn, qué haces aquí? —la sorprendió un policía.

La conocía desde sus inicios y sabía que si no la paraba los pies le metería en un buen lío. Evelyn, sin hacer caso al agente, volvió a mirar hacia el tejado, pero ya no había nada.

—Teniente Ryan, ¿qué puede contarme sobre el suceso? —comenzó a informarse.

El policía la cogió del antebrazo y la acompañó al otro lado de la cinta amarilla.

—No pienso abrir la boca, Evelyn. Siempre que te digo algo, vas corriendo a tu cadena a contarlo. Un día me vas a meter en un lío muy gordo.

Ya fuera de la escena del crimen, el teniente Ryan la soltó.

—Venga Ryan, nos conocemos... —Evelyn lo miró con cara de súplica, tenía que conseguir algo más que unas cuantas imágenes—. Te ayudé con el caso del niño secuestrado. Al final lo encontrasteis en la Nacional 404, ¿verdad? —recordó mirándolo a la cara.

El policía la observó sin pestañear. Sabía que ese caso fue un éxito gracias al soplo que les proporcionó Evelyn. Nadie se podía explicar cómo una periodista todavía en formación podía haber averiguado tal pista y encontrar al muchacho, pero así fue, y ahora el pequeño estaba con sus padres, sano y salvo. Fue esta pista lo que hizo que Evelyn llegara a ser la reportera del año, retransmitiendo junto con su cámara y ayudante personal los mejores sucesos que ocurrían en la ciudad, además de una acreditación para ayudar en determinados casos especiales a los agentes de la ley. Esto era una de las cosas que al teniente Ryan le traía de cabeza: no podía estar detrás de una joven con coleta contándole constantemente detalles del caso, pero el magnetismo de aquella mujer le obligaba siempre a hablar más de lo necesario.

—Está bien, pero con discreción, ¿ok? Solo puedo decirte que se trata de una chica que estudiaba en la facultad de Comillas, de una buena familia... No entiendo cómo ha podido terminar tirada en ese callejón. —El teniente sopló, tocándose la sien—. No era una de las prostitutas de aquel turgio —añadió pensativo, señalando el local con gesto de desagrado.

—Entonces, ¿tiene que ver con las muertes anteriores? —prosiguió Evelyn con su interrogatorio.

El hombre, de piel oscura y con años de formación en su profesión, volvió a resoplar.

—Creemos que sí, tiene un mordisco más que profundo en el cuello... —Guardó silencio por un momento.

No podía creer lo que tenían entre manos: un asesino en serie se había instalado en la Comunidad de Madrid. Era como estar viviendo una película de terror teniendo como protagonista a Jack el Destripador. Al recordar cada muerte, cómo dejaba los cuerpos...

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —Evelyn le miró con atención.

—Se le ve la tráquea. Es una atrocidad lo que le han hecho a esa pobre chica —dijo el policía.

Solo de pensar que podría ser su niña adolescente se le encogía el corazón.

—Pero se defendió, ¿no? —preguntó la reportera.

—Parece que sí. Tiene signos de violencia por todo el cuerpo, se nota que luchó contra su agresor.

Uno de los compañeros del teniente se acercó a ellos. Necesitaban urgentemente ayuda, pues habían llegado varias furgonetas de distintas cadenas de televisión. Tenían que darse prisa y levantar el cadáver si no querían que aquello se convirtiera en un circo.

—Ryan... —continuó la periodista.

—¡No! Evelyn, coge a tu equipo y lárgate, ya se han terminado las preguntas.

El teniente Ryan empezó a dar órdenes a su equipo.

—Pero... —Evelyn insistió.

—En serio, tenéis que marcharos. A este paso necesitaré más hombres para poder capturar a quien esté cometiendo estas atrocidades.

Nuevamente, el agente había hablado más de la cuenta y, negando con la cabeza, se alejó con paso decidido.

Mientras, Evelyn fue hacia donde se encontraban sus compañeras. La preocupación del teniente hizo pensar a la reportera más de lo necesario. Entonces su loca cabeza volvió a centrarse en el trabajo que debía retransmitir y buscó un titular impactante.

“Estudiante desangrada. ¿El Asesino sin sombra?”, comenzó a pensar. “No... ¿Tenemos una bestia suelta y nadie puede atraparlo? Muy largo, a ver... La sombría abominación del Asesino sin sombra. Jo, esta sí sería buena”.

Cada vez se estaba volviendo más emocionante este caso. Dejó de pensar en el titular y volvió a mirar al tejado. ¿Había visto algo? ¿Podría ser el asesino que se quedaba en la escena del crimen para disfrutar del horror que estaba provocando?

—¡Ev, venga! ¡Vámonos! Ya hemos filmado todo lo que podíamos —dijo Lilith a su amiga—. Necesito algo fresco después de otra muerte sin sentido. —Lilith y Sia recogieron todos los bártulos y subieron a la furgoneta—. Ev, ¿vienes o qué?

Lilith se estaba impacientando, así que Evelyn subió a la furgoneta, pero no antes de volver a echar otro vistazo a las sombras del edificio. En los tejados, la sombra que había creído ver observaba a la reportera con mucho cuidado. Casi destapa su posición por culpa de aquella mujer con curvas pronunciadas, pero era necesario. Necesitaba hacerse con el colgante que tantos años llevaban buscando.

Gracias a esos segundos en los que la mujer entretuvo al teniente del caso y la confusión que siguió a este momento tuvo la oportunidad de bajar de un salto del edificio, coger el colgante y verificar en una milésima de segundo que aquel mordisco no había sido realizado por un humano. Sabía muy bien quién había cometido tal fechoría.

Las criaturas de la noche se estaban metiendo en un buen lío, por matar sin compasión y dejar los cuerpos tirados como simple basura, destapando lo que durante tantos años sus camaradas y él habían custodiado con tanto esmero. Con un chasquido de lengua, miró hacia la furgoneta a la que la reportera se había subido hasta que desapareció entre el tráfico.

—¿Algún problema? —preguntó su segundo al mando al ver que se demoraba más de lo preciso.

—Esa mujer... El aura que desprende... Creo haberla visto en algún momento de mi vida, pero no soy capaz de recordar dónde.

—¿Algo importante? —prosiguió su compañero.

—No creo... —El líder bajó la mirada, observando el amuleto que tenía entre las manos: un simple colgante de aquelarre que no se correspondía con el que estaban buscando. Elevó la mirada de nuevo ante el horizonte por el que había desaparecido la mujer de curvas pronunciadas y soltó el aire que tenía acumulado en los pulmones—. Volvamos con los demás —dijo al fin, continuando su camino por la larga noche que le esperaba en su gran búsqueda.

Un hombre misterioso...

La noche estaba en todo su esplendor y las chicas, al término de su jornada de trabajo, dejaron la furgoneta en el aparcamiento de la cadena y se dirigieron a la zona madrileña de pubs más frecuentada por jóvenes y no tan jóvenes.

Se percibía en el ambiente una muchedumbre que esperaba pasar una noche de diversión, al que se sumaron las tres amigas.

Al llegar al centro de la ciudad se adentraron en una de las calles colindantes a la Gran Vía, donde un nuevo pub había abierto sus puertas recientemente, el New Garamond. A los jóvenes les atrae lo nuevo, y más si la publicidad que reparte un hombre rubio demasiado atractivo ofrece un 2x1 en bebida. Las chicas no lo dudaron y decidieron probar.

Un hombre robusto y alto, con ojos del color del mar, custodiaba la entrada del recinto, donde vigilaba con gran determinación a todas las personas que querían acceder al pub. Las chicas no se amedrentaron y el hombre las examinó con la mirada. Aquellos ojos resultaban tan hipnóticos que observarlos era lo más parecido a sumergirse en un mar embravecido, con esas olas capaces de engullirte si te alejas demasiado de la orilla. A Evelyn le entró un escalofrío al sentir esa inspección sin permiso sobre su cuerpo. Acto seguido, aquel vigilante de puro músculo cambió su postura rígida, dedicándoles una espléndida sonrisa que a Lilith le encantó.

El portero cogió la anilla y abrió la cuerda que daba acceso al local, indicándoles con la mano que podían entrar. Lilith puso su mejor sonrisa, mordidiéndose el labio y guiñándole el ojo.

—Tened cuidado —exclamó serio, con voz grave.

A Evelyn y Sia no les gusto ni un pelo que aquel hombre las hubiera escaneado de esa forma, y menos aún que las alarmara con esa advertencia. Cogieron el brazo de su amiga y entraron, sin dejar de mirar al portero. Luego clavaron una mirada reprobatoria sobre su amiga.

—¿Qué? —exclamó esta sinamilanarse—. Vivid un poco, que es viernes. —Se giró a mirar al portero antes de cruzar el umbral del recinto—. ¡Vaya! Cómo me va gustando este sitio.

Evelyn y Sia se miraron y negaron con la cabeza; su amiga no aprendería nunca.

Al entrar descubrieron que había que cruzar un pasillo bastante oscuro, pero al fondo se oía la música y el murmullo de la gente, así que las chicas continuaron hasta llegar a un cubículo lleno de jóvenes bailando y bebiendo. Se mezclaron con la multitud y avanzaron hasta la barra, donde encontraron el hueco que en ese instante dejaban libre unos hombres. Llamaron al camarero y se apoyaron de frente a la pista de baile. Se escuchaba *Dangerous*, de David Getta.

Había algo extraño en el ambiente. Todos los hombres eran corpulentos y la mayoría vestían de cuero o con prendas oscuras. Las mujeres no abundaban mucho, pero las que había estaban junto a sus hombres, devorándose con sus miradas y con sus bocas, amándose sin importarles quién les observara.

—¿No notáis nada raro? —dijo Lilith al ver el espectáculo.

El camarero que estaba detrás de la barra, sin previo aviso, les trajo tres bebidas rojas y las dejó enfrente de las chicas. Sia miró las copas extrañada y, como había advertido el portero, examinó de nuevo aquel ambiente. A lo mejor sí tenían que tener cuidado, aunque por el momento no alarmó a sus amigas.

—Yo no he pedido nada —exclamó Sia, observando las bebidas de las personas que les rodeaban—. Parece que es lo que se toma aquí.

Evelyn cogió su copa y leyó el cartel de “Azotea” en un lateral del local.

—Chicas, voy a subir a tomar aire —dijo a sus amigas.

—Bien, yo voy antes al baño —dijo Sia mirando a dos hombres y una mujer que estaban dando un buen espectáculo en uno de los sofás del recinto—. No tardaré nada.

—Pues te acompaño —dijo Lilith—. No tengo ganas, pero he visto a un chico guapísimo cerca de los baños, y mientras te espero... ¡Ya sabes! —dijo Lilith con voz provocadora.

—Eres de lo que no hay —exclamó Sia a su amiga—. ¿Estarás bien sola? —preguntó a Evelyn.

—Claro, os espero arriba —dijo Evelyn sonriendo a su pícara amiga.

Subió las escaleras que conducían a lo más alto del edificio. Arriba hacía algo de frío, echó un vistazo a su alrededor y comprobó que no había nadie. La azotea era un rectángulo perfecto, y en uno de los laterales había una estatua negra de unos cinco metros de altura. Evelyn se aproximó a ella; era un hombre vestido con su armadura completa, un soldado de guerra de mucho tiempo atrás, agachado y apoyado en una de sus rodillas, que sujetaba una espada entre sus manos.

“¿Qué hará una estatua de tal envergadura en un sitio como este?”

Se acercó un poco más y pudo comprobar que en la parte inferior, a los pies del guerrero, había una placa pequeña con una inscripción.

En recuerdo de nuestro legado
Conde de Monterrey, 1690

Miró nuevamente la escultura y le produjo un escalofrío; la mirada de aquel hombre era gélida, casi cruel. Desde niña presentía cosas que otros no podían, y al ver aquella estatua su cuerpo se puso en tensión, como previniéndola de que no debería estar allí. Retrocedió varios pasos y chocó contra algo sólido. Al momento, la temperatura de su cuerpo aumentó. Una pared llena de músculos la observaba con atención.

El cuerpo de Evelyn comenzó a temblar y la copa que llevaba se le resbaló de las manos, cayendo al suelo y haciendo que el vidrio se rompiera en mil pedazos.

—¿No se va a dar la vuelta? —Aquella voz hizo que su corazón bombeara con fuerza—. No está permitido subir aquí sin un pase —prosiguió, acariciando el cuerpo de Evelyn con cada palabra—. ¿Lo tiene?

Aquel tono varonil tenía a Evelyn extasiada, como si un encantamiento la hubiera envuelto sin poder moverse ni articular palabra. Una paloma pasó volando por sus ojos antes de posarse en uno de los laterales de la azotea, haciendo que Evelyn pudiera reaccionar y soltar el aire comprimido de sus pulmones.

—Lo... lo siento —respondió volviéndose.

Lo que vio la dejó sin aire. El hombre que tenía frente a ella le resultaba familiar, como si formara parte de un sueño en el que su propio corazón le gritaba que era él a quien esperaba desde hacía mucho tiempo. Su figura era perfecta, musculosa y varonil. Giró sus ojos hacia el guerrero que tenía al lado y un ápice de locura le hizo creer que la estatua se había materializado en persona, aunque aquella escultura no era tan joven como el hombre que la observaba con descaro. Su cara era angulosa, con rasgos muy marcados, como los de la estatua, de pelo castaño con reflejos más claros pero sin la barba. Y sus ojos... la desencajaron por completo. Su corazón dio un vuelco, dejándola sin respiración. El hombre, al verla en ese estado de *shock*, quiso ser amable.

—Lamento haberla asustado, no se necesita ningún pase para subir aquí —dijo mirándola fijamente, con semblante serio—. Siento que el afrodisiaco que estaba tomando se haya derramado por mi culpa.

Hacia menos de una hora que había estado contemplándola minuciosamente, como un cazador observa a su presa, preparándose para el disparo certero. Ahora, al tenerla tan cerca, sentía que la presa era él. La humana desprendía un aura demasiado fuerte.

—¿Nos conocemos? —pudo preguntar Evelyn, sin atreverse a pestañear—. Perdona... es que tengo el presentimiento de haberle visto en otro sitio. O en mis sueños.

Las últimas palabras las pronunció demasiado bajo para ser audibles, aunque no para el hombre, que parecía haberlas escuchado y respondió entrecerrando los ojos. La perturbación de la curiosidad hizo mella en la joven, queriendo saber quién era aquel extraño.

“Qué tontería”, se dijo Evelyn a sí misma. “Debe ser culpa de la cosa esa rara que nos han dado para beber”.

—No lo creo. Hace poco que he llegado a la ciudad —respondió el hombre, que percibía la curiosidad de la joven además de algo mucho más primitivo: la excitación

que su cuerpo desprendía por culpa de él.

Estaba acostumbrado a que sus encantos masculinos despertaran esos instintos y a que las féminas suspirasen a su paso. La reportera del callejón no iba a ser menos, ya que por cómo le miraba también había caído en ese embrujo. Ahora la tenía delante y sabía que escondía algo. Cuando la vio por primera vez en el callejón su instinto de cazador se lo había confirmado, pero ¿el qué?

Seguía un rastro que podría ser el del asesino de esa noche, pero llegó tarde al lugar del suceso y se encontró con otro crimen. Esta vez la vida perdida fue la de una joven bruja, no más mayor que la humana que tenía ante su presencia. Si no actuaba rápido y con precisión, otra muerte aparecería en las calles. Tenía que terminar con ello antes de que lo peor pudiera surgir.

Los humanos debían seguir viviendo seguros ante algo que ellos mismos no comprenderían. La mujer que tenía delante tampoco lo entendería, pero la sensación que percibió al verla la primera vez, y ahora ante su presencia, le desconcertaba por completo. Tenía algo y no sabía qué era; su aura era fuerte, de un color violeta muy característico que no podía clasificar en ese momento, y su cuerpo... simplemente perfecto. Zandeó su cabeza para sacudir sus pensamientos, quedándose con que era una mujer con unos tributos muy deseosos, y se centró en lo que había ido a buscar.

En el callejón se propuso, junto con su segundo al mando, seguir con la búsqueda antes de volver al refugio que había abierto para sus camaradas y para otra gente muy peculiar. Observó en su camino las calles de Madrid por si en algún rincón de aquella gran ciudad captaban algo, pero parecía otra noche en vano y tuvo que conformarse con llegar al local y realizar la vigilancia de los especímenes que se congregaban en esa noche de luna llena. Pudiera ser que, por suerte o por destino, estuviera en su local la misma reportera pelirroja que le había dejado desconcertado y que ahora tenía ante su presencia.

—Entonces... ¿eres nuevo aquí? —Evelyn proseguía con sus preguntas.

Peró él ya no la escuchaba: solo atendía al latido de su corazón, a la respiración acelerada que salía de sus pulmones... ¿Qué tenía esa mujer que no tenían otras? ¿Por qué su corazón se acompañaba al ritmo del de ella? Se separó un poco e intentó respirar, y ese movimiento hizo que el olor desprendido por la piel de la reportera le embriagara, exhalando el dolor que le punzó en lo más hondo de su bestia interior.

Evelyn, en cambio, le miraba con curiosidad. Ella era periodista, una mujer con recursos, y un hombre como aquel no podía dejarla sin escudos sin saber por qué. Se sentía temblorosa, como una muñeca de porcelana que se rompería si aquella penetrante mirada se apartaba de ella.

El hombre se recuperó y, sin perder tiempo, la cogió de la barbilla delicadamente, con sus dedos pulgar e índice, haciendo que sus miradas encajaran como uno solo. Sus pupilas intentaron penetrar en la mente de aquella mujer, paralizándola al sentir aquellos ojos tan intensos. Su corazón de humana se desbocó, sumergiéndose en un bucle de nuevas sensaciones. El color de aquel iris era perturbador, y cuando se acercó más a ella descubrió cómo su mirada iba cambiando a un rojo carmesí.

“Eso no puede ser”, se dijo mentalmente la reportera.

Unas palabras inaudibles hicieron que Evelyn sacudiera la cabeza y bajase la mirada hacia aquellos labios carnosos que se aproximaban más y más. La puerta de la azotea se abrió en ese momento, estampándose fuertemente contra la pared e irrumpiendo en aquel estado de embriaguez en el que estaba sumergida. El desconocido la soltó rápidamente.

Lilith y Sia aparecieron en la terraza, riéndose y sujetando las bebidas rojas que el camarero del pub les había entregado minutos antes.

—¡Ev, que haces! Estos cócteles están colosales —exclamó Sia demasiado alto, dejando atrás el ápice de inseguridad que había sentido minutos atrás al comprobar que su amiga estaba bien—. No sé qué llevan, pero mira a Lilith.

Sia rio mientras sujetaba a su amiga, a quien le había subido aquel brebaje demasiado rápido a la cabeza. Se adentró con Lilith en la azotea y su cuerpo se tensó al sentir un escalofrío por todo su cuerpo que le cortó la risa.

—Chicas, estaba hablando con este hombre que... —Evelyn se giró hacia la figura del hombre con el que charlaba antes de que entraran sus amigas, pero allí no había nadie.

—¿Qué hombre? —dijo Lilith extrañada, mirando hacia donde señalaba su amiga—. Sia estáááá más borraaacha que yo. —Escupía como podía las palabras y derramó un poco del vaso que tenía mal sujeto—. Ev aaaaquí noooo no hay nadie.

Evelyn echó un rápido vistazo. Había hablado con aquel hombre, no se lo había imaginado.

—Chicas, creo que el cansancio me está trastornando, mejor nos vamos a casa, que a Lilith también le hace falta. —Evelyn cogió la copa de Lilith y se bebió el poco líquido que quedaba. Sí, estaba buenísimo—. ¿Y tu cita? —le preguntó, cogiéndola del otro brazo para ayudar a Sia con el cuerpo de su amiga.

—No ha podido ser esta noche... —Tropezó con sus propios tacones—. Pero ya te contaré... —dijo antes de mostrar una arcada y taparse la boca.

—Tú nunca te rindes —dijo Sia traspasando la puerta junto a Evelyn y su amiga convaliente—. Pero ahora nos vamos.

Sia no se encontraba segura en la sala, y si su amiga Evelyn percibía sensaciones extrañas, ella se sentía así constantemente. Aquel pub radiaba maldad por todos los rincones y era mejor que salieran de allí lo antes posible.

El desconocido, al ver que aquellas mujeres desaparecían por las escaleras que conducían a la primera planta, salió de su escondite tras la figura del guerrero que durante años había guardado un sitio predilecto y ahora custodiaba lo más alto de aquel edificio de Madrid.

No había podido adentrarse en la mente de aquella muchacha, aunque sabía que no sería la última vez que la vería. Giró su mirada hacia aquella estatua, clavó su rodilla en el suelo, haciendo una reverencia, y tras besar su puño derecho se lo llevó hacia el corazón.

—Padre... —dijo a la escultura que le miraba expectante.

A la salida del local, las chicas seguían riendo. Sia corrió hacia uno de los taxis que se acercaba, deteniéndolo.

—Venga borrachina, sube —dijo Sia a su amiga. Evelyn, en cambio, se mantenía a cierta distancia—. ¡Vamos Ev!

—Chicas, yo me cogeré otro.

—¿Por? —exclamó Sia extrañada.

—Lilith está bastante perjudicada y cuanto antes llegue a casa mejor. Yo esperaré al próximo taxi, así no tendrá que dar una vuelta a todo Madrid.

Lilith y Sia vivían muy cerca la una de la otra, pero Evelyn residía al otro lado de la ciudad. No iba hacer que por su culpa el conductor tuviera que soportar la lengua viperina de su amiga borracha y dar toda la vuelta a la ciudad haciendo que el monedero de ella gritara.

—¿En serio? —preguntó Sia, no muy convencida.

—Sí, en serio. Llévate a Lilith de una vez antes de que se escape y se beba todo lo que queda en el pub.

Sia rio por la ocurrencia y se despidieron, no antes de gritar a Evelyn que tuviera cuidado. Era la frase típica del grupo y la que el portero de aquel pub les había recordado, dejando a Evelyn desconcertada, como si aquel lugar encerrara algún peligro. El taxista se disponía a arrancar cuando Sia bajó la ventanilla y le dio otro grito:

—Mañana te llamaré a las siete por lo que hablamos. —Y, tras un asentimiento por parte de Evelyn, subió la ventanilla y desapareció entre el tráfico de Madrid.

Evelyn le había encomendado que se pusiera en contacto con uno de sus amigos forenses para recopilar más datos del cuerpo del callejón. Seguramente ya habría realizado la autopsia y les podría dar alguna pista de lo sucedido.

Se dirigió hacia una de las paradas de taxis y, cogiendo el bolso, se abrazó a su cuerpo. La noche era fría y oscura a pesar de las luces de los locales cercanos. Eran las cuatro de la mañana y, aunque antes había un bullicio enorme de congregación, ahora solo quedaban unas cuantas personas por la calle. Algunas caminaban por la otra acera y otras se aproximaban a los taxis cercanos para tomar la última copa. Detectó un taxi que se aproximaba a ella y levantó la mano para reclamar su servicio. Suspiró, estaba muy cansada y se alegró al pensar que en pocos minutos estaría metida en su cama.

Mientras el taxi se acercaba iluminando la calle Gran Vía, escuchó la aterrorizada voz de un hombre.

—¡No te acerques a mí! —gritó la voz que provenía del callejón, cerca de donde ella estaba—. ¡No me toques, yo no sé nada! ¡Lárgate!

—Si vuelvo a tocarte, ¿qué me vas hacer? —increpó la otra voz en tono provocador. Mostraba un tono grave, como el de un animal ansioso.

El taxi se detuvo junto a Evelyn, y ya tenía en su mano el tirador de la puerta cuando la curiosidad de reportera hizo que girara la cabeza alarmada por los gritos. Dirigió su cuerpo hacia el callejón, dejando atrás las blasfemias que el taxista pronunciaba por dejarle sin carrera. Al ver que el conductor arrancaba para irse, Evelyn le pidió que esperara un momento y él resopló sin saber qué hacer; no quería quedarse sin cliente, pero tampoco le apetecía esperar a que aquella mujer, que seguro que ya llevaría algunos litros de alcohol en su cuerpo, se decidiera a subir al vehículo. Al final optó por esperarla, reclinándose en su asiento y poniendo el taxímetro en marcha.

Evelyn se asomó a la boca del callejón. Lo que vio no era ni sobrehumano. Un hombre se encontraba aterrorizado en el suelo mientras su atacante parecía divertirse. Llevaba una capa negra que impedía que se le apreciara el rostro, pero sí pudo ver las garras de las manos y la postura curvada de la columna vertical. El agresor rodeó a su víctima como si fuera un lobo jugando con su presa.

El hombre intentó darle un puñetazo para defenderse, pero falló el golpe. Entonces buscó entre el cuello de su camisa un cordón del que colgaba un amuleto, pero no le dio tiempo a realizar ningún movimiento más: el atacante atizó con sus garras al joven, mandándolo fuera del callejón y empotrándolo contra el capó del taxi. Un humanoide de aspecto bestial, completamente desnudo, tapado solo por una capa negra, la observaba con sus ojos de animal, examinándola como a otra presa más.

El hombre que había sido atacado por la bestia intentó levantarse pero, con una gran velocidad por parte de la criatura, le cogió el cuello y, con un solo movimiento, se lo partió con una de sus garras, dejando que el cuerpo inerte se desplomara.

Evelyn dio varios pasos atrás, desencajada y horrorizada por la imagen que estaba presenciando. En su corta carrera como periodista había visto cadáveres, pero nunca presenció en vivo y en directo un asesinato.

La bestia levantó la cabeza hacia donde se encontraba el taxista, ya que estaba más próximo que la joven, y propinó un fuerte puñetazo en el parabrisas del coche, rompiéndolo en mil pedazos. Evelyn dirigió su mirada hacia el conductor, que observaba aterrorizado a la criatura, y si antes blasfemaba porque Evelyn le hacía esperar, ahora rezaba un Ave María ante aquello que no podía ser real.

El hombre consiguió reaccionar y puso el pie en el acelerador. Con un brutal chirrido de ruedas se alejó de aquel lugar, dejando a Evelyn completamente sola.

—¡No! —gritó la joven demasiado tarde.

Huir de aquella situación era imposible. Miró a aquella bestia que la tenía en su objetivo, preparada para atacar de nuevo, cuando la puerta del local donde había estado con sus amigos se abrió y la bestia se detuvo para olisquear el ambiente.

—*Raptor* —dijo el humanoide.

La criatura se puso en posición de cuatro patas y salió corriendo hacia el callejón del que había salido, esfumándose en la noche.

Evelyn, temblando, metió la mano en su bolso para localizar su teléfono móvil. Cuando lo encontró lo primero que hizo fue tomar varias fotos de la víctima y después marcó inmediatamente el 091.

“No hay señal”, se dijo para ella misma. “¡Mierda!”.

Estaba en la calle y su móvil de última generación le fallaba en el momento que más lo necesitaba. ¿Cómo no podía tener cobertura? Levantó el teléfono para ver si cogía señal y volvió a marcar el 091. Esta vez dio tono.

—Policía, dígame —dijo la locutora por la otra línea.

—¡Acabo de presenciar un asesinato cerca de la calle Gran Vía! —exclamó Evelyn desesperada. Esperó varios segundos y no hubo contestación—. ¡Oiga! ¡Por favor...!

Miró la pantalla de su teléfono y comprobó que estaba apagado. ¡Ahora se había quedado sin batería!

—¡Mierda de móvil! —resopló.

Corrió hacia el pub donde varios hombres de aspecto duro estaban apoyados en la pared de la entrada de acceso. Seguramente eran los mismos que olisqueó aquella bestia y gracias a los cuales seguía viva.

—¡Eh! —gritó Evelyn a aquellos tipos.

Los hombres la miraron con caras increpantes, como si no fuera con ellos. Al ver que pasaban de ella se aproximó a ellos corriendo, y estos la examinaron como si de un bicho raro se tratara.

—¿Sí? —dijo uno, observando de arriba abajo a la mujer que se había parado ante su presencia e intentaba coger aire en sus pulmones.

Los demás, con los brazos cruzados, esperaban con caras interrogantes a que la mujer se explicara. Evelyn retrocedió varios pasos al notar una sensación de perturbación. Últimamente su cuerpo y su mente le mandaban señales que no comprendía, pero acababa de presenciar un asesinato y necesitaba ayuda.

—¿Pero no habéis visto el asesinato que se acaba de cometer allí? —Evelyn señaló hacia donde yacía el hombre.

Uno de los tipos con aspecto rudo miró donde le indicaba y giró su cabeza hacia sus compañeros, muy serio, indicándoles con un movimiento de barbilla que fueran a inspeccionar el terreno. El que parecía llevar la voz cantante del grupo le respondió tranquilamente.

—Señorita, no hemos visto nada, pero no se preocupe que nos encargaremos de saber qué ha pasado y llamaremos a la Policía.

—¡Es lo que intento! ¡Pero este dichoso aparato se ha quedado sin batería! —gritó Evelyn todavía sin aliento.

—No se preocupe, ahora llamamos nosotros.

El hombre cogió su móvil y empezó hablar con alguien al otro lado del aparato. Supuestamente era la Policía y pronto estarían allí, pidiéndoles declaración. Mientras, Evelyn se quedó apoyada en la pared del edificio que daba acceso al pub, frotándose los brazos para calmar sus nervios. Haber presenciado aquella escena estaba haciendo que su cuerpo temblara sin parar y, sin poder evitarlo, sintió un aturdimiento que le estaba nublando la vista. Creyó que iba a desmayarse.

—Perdone, señorita, me ha comentado la Policía que debe irse a casa.

—¿Sin declarar? —Evelyn intentó serenarse como pudo—. Yo no me muevo de aquí hasta que se enteren de todo lo que he visto esta noche; además, es mi noticia, soy reportera y no quiero que nadie me quite la exclusiva.

—Ya... —El hombre se aproximó demasiado a Evelyn haciendo que esta se sintiera incómoda. Estaba demasiado cerca y podía parecer lo que no era, pero solo le tocó el hombro—. Sé lo que está sintiendo en este momento, pero si quiere ayudar debe irse a casa. Mañana acudirá un policía a su vivienda para tomarle declaración. Será lo mejor después de lo que ha presenciado esta noche.

La voz de aquel espécimen de hombre era precisa y concluyente, y logró que Evelyn asintiera con la cabeza sin saber cómo ni por qué. Simplemente acató las órdenes que aquel hombre robusto de rostro severo y ojos penetrantes le dictó.

Un detective muy atractivo

El valle está precioso. Los colores anaranjados y violetas otorgados por la luz del sol dan la bienvenida al atardecer. La brisa hace que las hojas de los árboles bailen y las hierbas del paraje se rocen con las flores, ofreciendo un paisaje de película.

Una muchacha, no más joven que Evelyn, se presenta, como cada noche, en sus sueños, mirándola siempre con sus ojos color esmeralda y un semblante angelical. Todo parece perfecto; sin embargo, el aspecto que más le llama la atención a Evelyn es que la muchacha la mira siempre con detalle, como si esperara algo de ella.

Mientras espera, continúa enseñándole aquel paraje tan bello y lleno de luz que hace que se sienta como en casa. Evelyn examina cada color, cada montículo de vegetación que se topa con sus ojos. Gira la cabeza hacia el horizonte y ve cómo la preciosa joven estira el brazo, indicándole con ese gesto el majestuoso castillo con su muralla que yace en lo alto de la colina. Tanto dentro como fuera de la fortaleza hay cientos de casitas, seguramente de las gentes de aquel pueblo ubicado en cualquier punto de la tierra.

No parecen de su época. Llevan vestimentas que no concuerdan con su siglo, con los pantalones pitillo y los taconazos de su mundo. Las mujeres llevan faldones y camisas frondosas y los hombres lucen pantalones bombachos.

La joven que está a su lado viste de la misma forma que aquellas gentes, y si no estuviera dentro de un sueño, como tantas veces, podría entonces imaginar que había viajado a un año muy distinto al suyo. Nunca se lo había planteado, pero hacía tanto tiempo que no soñaba con aquella mujer que ahora se sentía descolocada.

Vuelve a perderse entre sus sueños, y sabe que aquella experiencia la conduce un cansancio extremo, al aturdimiento de sus sentidos y a un miedo que se impregnaría en su cuerpo cada noche. La mujer solo le muestra imágenes de sus vivencias (o eso piensa Evelyn), y esta vez simplemente observa, como quien espera sentada en una butaca de cine el comienzo del estreno.

Un hombre con armadura aparece casi siempre en escena, acercándose despacio a la joven, ignorando a Evelyn por completo y posando sus labios en la frente de la mujer. Esta le abraza y el caballero inspira la fragancia del cuello femenino, respirando su delicioso olor a zarzamoras. Evelyn, al ver a la pareja y el ropaje de hierro del hombre, puede confirmar a ciencia cierta que lo que está viviendo no es de su siglo.

—¿En qué piensas? —dice la voz ronca con ternura a la mujer que tiene entre sus brazos.

Evelyn, expectante, escucha a la mujer de cabellos dorados suspirar, perdiéndose en los brazos de su amado.

—En cómo me he podido enamorar de alguien como tú.

La cara de ella es hermosa. Es una pareja de enamorados perdidos en medio de aquel paisaje y Evelyn sonríe al ser testigo de tanto amor.

Las mejillas de la joven florecen como las rosas rojas en primavera por las caricias de su enamorado. Sus miradas expresan un amor inmenso y puro. Evelyn comprueba, sin haberlo sentido nunca, lo que es el amor sincero, percibiéndolo en lo más profundo de su pecho.

“Cómo me gustaría sentir algo así alguna vez, por toda la eternidad”, piensa Evelyn.

El hombre envuelve a la mujer con la capa que lleva sobre sus hombros, arropándola con ella y propinándole un tierno beso en los labios.

Miles de sentimientos e imágenes fueron proyectados de golpe en la mente de Evelyn: cómo se conocieron, lo que él representaba en aquel territorio, el miedo de ella a ser descubiertos... Cómo a él no le importó su lado oscuro y cómo, precisamente por sus diferencias, seguirían juntos pese a todas las dificultades.

—Algo bueno tenía que suceder ante tanta maldad —afirma el caballero con una sonrisa brillante, llena de júbilo.

Sus labios nuevamente se unen a los de su amada, besándola como si ese día se terminara el mundo. La muchacha deshace el beso y vuelve su mirada hacia a Evelyn, con ojos enrojecidos y llenos de rabia.

—¡Huye! No dejes que te atrapen. ¡Aléjate!

Lo que tantas veces le dice cada vez que se repite el mismo sueño, y entonces todos los colores cálidos de aquella pintura se esfuman y empieza la pesadilla.

Un trueno irrumpe en todo el valle y una angustia inmensa empieza a inundar las almas que componen aquel paraje de ensueño. Todo se vuelve gris, lleno de tinieblas que engullen cualquier claridad. La pareja desaparece en gritos y la nada envuelve a Evelyn en una fría oscuridad, convirtiéndolo todo en un aterrador sentimiento de pura angustia y terror. Solo quiere gritar y gritar, pero sus cuerdas vocales no funcionan, se agarra el cuello y abre mucho la boca, no puede gritar, ni siquiera hablar.

Un estruendo la obliga a encogerse, haciéndose un ovillo bajo el fango que cubre sus zapatos, y ese dolor... Hace tanto daño como el puro amor.

Un pitido la sumerge en aquel cuadro de colores del infierno en el que está inmersa. No puede ver y sus ojos parpadean una y otra vez, dejando paso a una niebla espesa que lo cubre todo. El frío se instala en su cuerpo, hasta que la calma y la luz, tan cegadora como dañina para sus ojos, se la traga sin poder evitarlo.

Se tapó los ojos con el brazo y sus sentidos volvieron a ser suyos, aunque un tanto entumecidos por los escalofríos provocados por el extraño sueño. Suspiró. Otra vez. Estiró todos sus músculos con la intención de que sus articulaciones se fueran relajando y el dolor de tenerlos en tensión fuera calmándose poco a poco.

El pitido que oía dentro de sus oídos era el despertador de su mesilla, que le anunciaba un nuevo día. Se llevó las manos a la cara, tapándose la y resoplando una y otra vez. Se incorporó y pudo comprobar el severo dolor que comenzaba a anidar en sus sienas.

Hacía demasiados años que no vivía aquella explosión de sentimientos, desde que falleció su madre y se quedó sola. Después, un bucle blanco en su recuerdo; desde los dieciséis hasta los diecinueve años, que empezó la universidad y conoció a las chicas, su memoria estaba vacía y los sueños desaparecieron. Hasta ahora.

Unos días atrás, desde que empezaron las muertes del último caso que estaba investigando, los sueños incoherentes regresaron, y una y otra noche revivía ese amor intenso y ese dolor extremo. No entendía nada, pero cada vez que caía dormida era como revivir el primer amor y, aunque no sabía qué significaba, siempre se había prometido encontrar un hombre que le hiciera vibrar y unir su corazón en toda su plenitud junto a ese amor que no llegaba. Quería sentir lo que aquel caballero hacía suspirar a la mujer de cabellos dorados y ojos esmeralda.

Miró alrededor de su habitación para asegurarse de que había vuelto a la realidad. Definitivamente, los intensos sueños habían vuelto. ¿Sería el estrés? No conocía la causa, pero sí sabía que cada vez eran más frecuentes y largos, y que la joven de ojos verdes se empeñaba en mostrarle una historia que no terminaba de encajar en su vida.

“¿Qué me está pasando?”

Evelyn se quitó la goma de pelo, deshaciendo la trenza que cada noche se realizaba para que su melena no se enredara, consiguiendo que varios cabellos se posaran en su cara. Se los retiró e intentó comprender la razón de tales imágenes, pero no encontraba ninguna conexión con lo que estaba viviendo. Se levantó de la cama y se dirigió directamente a la ducha con el objetivo de espabilarse y que esa mala noche se desvaneciera por completo. Después fue a la cocina para prepararse un café bien cargado, y entonces las escenas de su noche real acapararon todo el protagonismo. “Muerte”, “asesinato” y “sangre” fueron las palabras que inundaron su mente.

Las imágenes del crimen que presenció colapsaron su cabeza y se dirigió apresurada hacia su bolso, en el que rebuscó hasta encontrar su maldito aparato de última generación que siempre le traía problemas; o tal vez fuera ella, que era bastante torpe con las nuevas tecnologías.

Seguía apagado. ¿No lo puso a cargar cuando llegó a casa? ¿Cómo llegó? Eran algunas de las preguntas que no podía responder. Fue a la mesilla de su dormitorio para coger el cargador e intentó llamar a Sia. Cuando el maldito aparato quiso encenderse y pudo marcar el PIN, Evelyn ya estaba histórica.

—Jefa, ¿ya estás despierta? —dijo su amiga riéndose a través del auricular.

Sabía que la palabra “jefa” no le gustaba nada. Aunque fuera su superior en el trabajo, seguía siendo su amiga, y no la mandaría nada que ella no supiera hacer. Su amiga era de esas personas que se adelantaban a los movimientos y a las exigencias del trabajo, y siempre realizaba su labor de forma impecable.

Para Evelyn era una profesional insuperable, pero por encima de todo era su mejor amiga. Eso no implicaba que Lilith no fuera también una buena amiga, pero era distinto: con Sia tenía más confianza y podía contarle todos sus miedos, los recuerdos de su infancia, sus expectativas de futuro... Y con Lilith solo podía hablar de trabajo, tíos y sexo. A Lilith no le interesaba otra cosa, y no es porque fuera mala persona, sino que ella vivía de otra manera y no quería complicarse la vida escuchando

las historias de los demás.

—Sia, no te imaginas lo que pasó anoche. Te necesito.

Esa frase hizo que su amiga se pusiera en alerta y dejara de reírse.

—¿Qué pasa, Evelyn?

—Ayer presencié un asesinato y he vuelto a soñar con la mujer de cabellos dorados.

—Vamos por partes. ¿Qué es eso de que presenciaste un asesinato? —La voz de Sia era preocupante—. ¿Estás bien? En la televisión no han dicho nada, así que o no han encontrado el cuerpo o ninguna cadena ha emitido todavía la noticia.

—No sé qué contestar a lo de si estoy bien. Mi cuerpo sabe lo que presencié, pero es como si no fuera conmigo. La bestia que vi no era real... Y el sueño, es como vivir una película de otra época y no saber de qué va el argumento, ya lo sabes.

Evelyn se tocó la frente; sí, realmente tenía que haberse metido en una película, no era normal lo que estaba pasando en su vida.

—Niña, salgo ahora mismo de casa, es mejor que me lo cuentes todo en persona. También tengo noticias de tu forense, no te vas a creer lo que ha encontrado Marcos en el cuerpo.

Sia hablaba con tono circunspecto. Al parecer el caso se estaba complicando.

—Pues quiero saberlo de inmediato y, de paso, vamos a la comisaría.

—¡Cómo! ¿No llamaste a la Policía?

—Iba hacerlo, pero no tenía cobertura y... —Evelyn no sabía cómo explicarlo, pues ella misma estaba extrañada de su propia conducta—. Recuerdo a unos hombres que me dijeron que era mejor que me fuera a casa, que se encargaban ellos de todo.

—¿Unos hombres? —Ahora el tono de Sia era de total preocupación—. Espera, ¿qué hombres?

—Sí, unos que me dijeron que un policía vendría a mi casa, que había presenciado algo insólito y que era mejor que me marchara.

A Sia no le estaba gustando lo que su amiga le contaba, y así se lo hizo saber.

—No lo recuerdo bien, pero sé que no quería irme. Ya sabes, sería un notición, pero las palabras de uno de ellos me hicieron recapacitar y ver claro que lo mejor era dejar que la Policía fuera a mi casa para tomarme declaración.

—Qué raro, ¿no crees? ¿Tú yéndote del lugar del delito? ¿Y dices que con un roce en tu hombro te hizo recapacitar...? Ve a la comisaría aunque se presente alguien en tu casa para interrogarte, y ya hablaremos de esos sueños, que no quiero que te comas la cabeza, ¿de acuerdo? Y tampoco quiero que estés sola.

Sia tranquilizó a Evelyn con sus palabras y comenzó a vestirse para ir a la morgue a seguir con el caso y averiguar qué había pasado con el asesinato de la pasada noche.

—Venga, no perdamos tiempo —intentó colgar Evelyn.

—Parece que te emociona ir a ese sitio, hija. Yo no sé cómo tienes estómago para ese lugar.

No pudo evitar pensar en la suerte que tenía con Sia. Jamás la juzgaba, siempre entendía cómo se sentía y, a veces, daba la sensación de que sabía todo lo que le pasaba aunque no pudiera explicarle el porqué.

“¡Qué tontería!”, pensó Evelyn. Su buena amiga nunca se guardaría algo que pudiera ayudar a esclarecer los hechos. Sus sueños no eran más que quimeras sin sentido que podrían significar tantas cosas como ninguna. La pérdida de su madre, vivir tanto tiempo sin un cariño maternal y completamente sola... Cualquier psicólogo podría justificarlo con miles de teorías. Era rara y punto.

—Te veo en veinte minutos en la puerta del forense.

Evelyn colgó y terminó de vestirse. Se puso unos vaqueros ajustados, una camiseta cómoda y su cazadora de cuero negra. Al salir de casa, en el descansillo, se chocó con alguien.

—Vaya, lo siento.

Miró a la persona con la que había tropezado y su cuerpo se quedó rígido como un témpano de hielo.

—Hola de nuevo, parece que lo nuestro es chocarnos.

“El hombre de la azotea”, se dijo Evelyn a sí misma. ¿Qué hacía él allí?

—Hola. —Evelyn lo miró de arriba abajo, como si fuera un espejismo.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta oscura, bien ajustada a ese abdomen lleno de músculos, logrando que estos resaltaran. A él podía recordarlo perfectamente; su cuerpo, el cabello castaño y esos ojos de color... Antes de que pudiera fijarse bien, el hombre sacó del bolsillo interior de la cazadora unas gafas de sol que se colocó sin ningún reparo. Evelyn no entendía nada.

—Venía a verla, espero que sea buen momento —le comentó con voz ronca y varonil.

“¿Dónde he oído ese tono de voz antes?”. Evelyn se quedó pensativa y, al ver que el hombre esperaba una respuesta, le contestó con más preguntas.

—¿A verme a mí? ¿Para qué? —Temblorosa, se dispuso a cerrar la puerta de su casa con llave

Aquel hombre la ponía demasiado nerviosa. Seguía intentando meter la llave por la cerradura sin éxito, hasta que por fin atinó. Sonrojada por su torpeza, y para quitar mella en el asunto, intentó entablar conversación.

—Ya salía hacia el trabajo, pero si quiere puede acompañarme hasta el coche y hablamos. Así puede explicarme dónde se metió cuando llegaron mis amigas.

—Me llamo Logan Monte... Monroe, perdón. Soy detective privado y trabajo con el Cuerpo de Policía, concretamente para el caso que usted está llevando en su cadena. —Extendió su mano para que se la estrechara.

Aquellas palabras se escapaban de sus labios con un tono suave y aterciopelado que consiguió que Evelyn se estremeciera hasta lo más hondo de su feminidad. Estrechó la mano que le ofrecía y en ese instante sintió como si le conociera de toda la vida.

Estaba explicándole el motivo de su visita, pero ella no conseguía pensar más que en aquel contacto que le había zambullido en un sentimiento cálido e intenso.

—¿Se encuentra bien? —La sonrisa del detective la sacó de ese calor tan inhumano precipitadamente.

—Disculpe, ¿me decía...? —Las palabras le rascaban su garganta seca.

—Le comentaba que había venido porque la Policía me pidió ayuda en el Caso del Talismán, y si la información que tengo es correcta, usted presenció anoche un asesinato.

—¿Ha dicho el Caso del Talismán?

—Sí, toda víctima tiene un talismán. No se sabe si es el símbolo con el que firma el asesino o si son amuletos de las víctimas, aunque de ser así resultaría curioso porque todas las piezas son muy similares. —Evelyn asintió con la cabeza—. Entonces, ¿es cierta la información?

Ella volvió a asentir y él dirigió la mirada a sus manos, que seguían unidas. Evelyn entonces se dio cuenta y retiró su mano de golpe, un tanto avergonzada.

—Ahora mismo iba a la comisaría a dar testimonio de lo ocurrido, aunque unos hombres me dijeron que un policía vendría a mi casa a tomarme declaración, cosa rara porque no di mis datos. Por cierto, ¿cómo ha...?

—Porque llamó a la comisaría y en la centralita se quedan grabados los números —la interrumpió Logan—. De ahí es de donde han sacado la información y me la han proporcionado para que intente establecer conexiones, si es que las hay.

—Ajá... Y ¿por qué no ha venido un agente en vez de usted?

El detective entendía las dudas de Evelyn. Con lo que estaba pasando en las calles, nadie estaba a salvo fuera de casa.

—Como ya le he comentado, estoy apoyando al Cuerpo de Policía. Toda ayuda es poca en estos casos.

Era evidente que los hombres del nuevo pub, aquellos de aspecto duro, sí habían hablado con la Policía. Miró al detective con detenimiento, aunque sin fiarse completamente de su identidad. Había algo en él que no encajaba; una fachada oscura y peligrosa que hacía que sus sentidos estuvieran en alerta. Aunque, por la forma en la que el cuerpo del hombre la observaba, no parecía que tuviera intención de hacerle ningún daño.

—Perdone mi atrevimiento, pero ¿tiene alguna identificación? Es solo por asegurarme.

—Se nota que es reportera. En todo momento está trabajando y, por supuesto, le mostraré mi identificación para que no haya duda. —Los brazos del hombre se pusieron en movimiento buscando en su cazadora de cuero.

—¿Cómo ha sabido que soy...?

—¿Reportera? No olvide que soy detective.

Logan sacó de uno de los bolsillos una billetera de piel y la desplegó, mostrando a Evelyn con gesto serio la identificación que le acreditaba como agente de la ley. Ella la analizó con detenimiento para comprobar que aquel hombre era quien decía ser.

—De acuerdo, ¿quiere que le relate lo que vi a noche? —dijo más confiada.

Entraron en el ascensor y Evelyn pulsó el botón P1 hacia el aparcamiento.

—Claro, necesito saber con exactitud todo lo que vio.

Evelyn le contó lo que presencié desde el momento que salió del local. Se sorprendió al comprobar lo absurdo que sonaba escucharse a sí misma diciendo que vio a un ser mitológico, un licántropo o una bestia descomunal, matando a un joven sin compasión ninguna y sin entender cómo pudo ella salir inmune de aquella bestialidad. El hombre la escuchaba atentamente y sin mostrar expresión alguna.

—Tengo fotos del cadáver —afirmó.

Sin esperar la respuesta del agente, introdujo la mano en su bolso y le entregó el móvil para que verificara la galería de fotos. El hombre tomó el aparato con sus dedos largos y hábiles y, por un momento, Evelyn los imaginó corriendo por su piel desnuda, enredados entre su pelo, siguiendo la forma de su nuca obligándole a...

“¡Por favor, Evelyn! Serénate ya... ¿Qué pensaría este hombre de ti si supiera lo que estás pensando?”, se dijo disgustada.

El hombre inspeccionó detalladamente las fotografías.

—Este es el hombre asesinado. ¿Tiene alguna foto de la criatura que creyó ver? —El detective la miraba fijamente esperando una respuesta.

—Bueno, la verdad es que no...

Continuó verificando el móvil sin descubrir ninguna pista del atacante. Deslizaba las imágenes en busca de algún indicio y, al llegar a una en particular, su mirada se quedó fija durante unos segundos. Pasó a la siguiente con la misma atención, volvió a la anterior... Evelyn se acercó al detective para verificar qué foto era la que lo tenía tan ensimismado. Se trataba de las imágenes de otro de los asesinatos.

—También llevo la noticia de este crimen. ¿Ha visto algo anormal?

—Creo que son concluyentes en el caso. Necesito estas imágenes tanto para el asesinato que usted presencié anoche como para el otro caso que está investigando. Me gustaría que no dijera por el momento nada a su jefa, creo que ambos casos podrían estar conectados. La mantendré informada de todo, ¿de acuerdo? —El detective escupía las palabras con demasiada rapidez, como si tuviera algo importante entre manos y no pudiera revelar nada a la persona que tenía delante.

—Sí, de acuerdo. Mientras pueda ayudar a la Policía con su investigación, y a mi cadena con la noticia, no me importará dar toda la información que tengo.

El ascensor se detuvo y abrió sus puertas en la planta del aparcamiento. Ev no sabía si salir o esperar a que el detective le dijera algo más. Él proyectó la mirada sobre ella y un agradable foco de calor le surgió a Evelyn en su vientre; un hormigueo tan profundo que le llegaba hasta las mismas entrañas de su estómago, quedándose en el centro de su corazón. ¿Qué era eso? ¿Podría ser amor?

Se sentía estúpida. Claro que no podía ser. Había salido con varios hombres, tampoco con muchos, pero ninguno le había hecho sentir como aquel detective en ese momento. Mientras intentaba recuperar la cordura, unas imágenes abordaron su mente: ellos dos desnudos en una cama de grandes dimensiones, en una torre, juntos, retozando y gritando de pasión. Él envolvía todo su cuerpo y su grueso pene la llenaba, abriéndola y explotando de placer.

Un suspiro escapó de la boca de Evelyn, que se resistía a salir de aquella habitación de muebles antiguos y paredes de piedra.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el detective con gesto grave.

—Sí, sí —respondió rápidamente, intentando mantener a raya a su imaginación.

Dedujo que estaba claro que llevaba demasiado tiempo sin tener una relación seria, y precisamente su cuerpo tenía que empeñarse en comentárselo ahora, delante de aquel hombre y con un importante asunto de trabajo entre manos.

Monroe parpadeó lentamente, apartando la mirada de ella y colocando una de sus manos en el sensor del ascensor para que las puertas no pudieran cerrarse. Los ojos de Evelyn se encontraron con el cuello de la camiseta de él, proporcionándole la visión de un tatuaje que no podía ver por completo. Unos símbolos geométricos, hechos con tinta en un tono más oscuro que la de su piel, desaparecían por debajo de aquella prenda tan ajustada. Evelyn se mordió el labio y la sensación de malestar volvió a producirse.

—¿Ha comentado con alguien lo que vio? —preguntó el detective.

Ella tragó saliva y no consiguió más que sacudir la cabeza para decir que no, aunque recordaba perfectamente su conversación con Sia.

—Bien —continuó Logan—, pues si no tiene inconveniente volveré a su casa al final de la tarde para que pueda facilitarme todas las fotografías que tenga. ¿Estará usted en casa, señorita...?

—Evelyn, mi nombre es Evelyn. Soy reportera, como ya sabe, de la Cadena 59 concretamente.

El detective alzó su brazo para permitir que la joven saliera del ascensor. Ya fuera, Evelyn tomó una bocanada de aire; estar con ese espécimen de hombre le estaba nublando la visión. Y la cordura.

—¿Seguro que se encuentra bien? —volvió a preguntar con sonrisa traviesa.

—Sí, sí, gracias. —Evelyn volvió a tomar aire y empezó a encontrar las palabras—. Estaré en casa hacia las siete de la tarde, si el trabajo no me lo impide. —Ya dirigiéndose hacia su plaza de aparcamiento, añadió—: Le agradezco que haya venido, detective Monroe, me evita el trabajo de ir a testificar en comisaría. Tengo un día complicado...

—Logan —dijo él, llegando al coche tras ella.

Evelyn abrió la puerta de su Audi A1 y se acomodó en el asiento del conductor. El detective cerró la puerta y ella bajó la ventanilla para despedirse. Con un movimiento seguro, se agachó y la observó tras sus gafas oscuras.

—Puede llamarme Logan.

—De acuerdo... Logan —titubeó por culpa de un escalofrío.

Arrancó el coche y se alejó de allí tan rápido como pudo.

El detective observó cómo se alejaba. Levantó su mano derecha para despedirse y comprobó desde el reflejo del espejo retrovisor cómo ella sonreía nerviosa.

“Interesante”, pensó el detective.

Logan se quedó varios minutos observando al coche hasta que desapareció tras el portón abierto del garaje, y hacia allí se dirigió. Con gran velocidad y agilidad, salió a la calle.

Todavía en la puerta sonrió con satisfacción. No esperaba que la chica que le habían descrito sus hombres pudiera ser ella. Toda una sorpresa.

Al haberla transmitido imágenes de ellos dos en situaciones indecentes pudo comprobar lo bien que Evelyn manejaba las situaciones comprometidas.

Estaba fascinado. Durante todo aquel tiempo que pasaron juntos deseó empujarla contra el ascensor, desnudarla y robarle un inmenso placer; pero decidió que no era el momento. Sabía que habría otro encuentro cercano con ella.

Cogió su teléfono móvil para llamar a su compañero, debía seguir con su investigación.

—Te recojo en cinco minutos.

¿Lobos?

Evelyn llegó a la morgue más tarde de lo que se había propuesto. Su amiga y compañera ya estaba hablando con Marcos, el amigo forense que les proporcionaba información en determinados casos.

Los dos estaban junto al cuerpo de la estudiante que fue asesinada en el callejón.

—Llevo llamándote más de media hora, ¿dónde estabas? —dijo su amiga de mala gana en cuanto la vio entrar.

—Perdona, el tráfico, ya sabes. Además, me he entretenido con un detective que vino a casa.

—¿Un detective? ¿Ya van a visitarte a casa, Ev? —preguntó Marcos con una sonrisa.

Evelyn se acercó y le saludó con dos besos.

—¿Qué tal Marcos?

—No mejor que tú, seguro —dijo él, sonriéndola.

Cuando empezó a trabajar en la cadena, su primera noticia como reportera estaba bastante pez. Su superior le mandó investigar más sobre el caso y la envió a la morgue, un lugar que en esos inicios no imaginó pisar, y fue entonces cuando conoció a Marcos. Evelyn y él salieron un par de noches, pero sabían que lo suyo no podía ser; por lo menos por parte de ella. Y no porque no fuera guapo, porque si hubiera que catalogarlo en alguna lista, Marcos entraría sin problema en la de atractivos. Muchas compañeras hacían cola a la salida del trabajo para invitarle a cenar o, al menos, a una copa, pero él nunca estaba disponible. Siempre decía que esperaba a la chica perfecta. Así que, entre quedadas y besos lejanos, Marcos y ella dejaron claro que serían buenos amigos y se ayudarían en lo que pudieran: él en sus investigaciones para la cadena y ella en contarle su intrépida vida como reportera.

—Sí, parece que últimamente me estoy volviendo muy popular —respondió devolviéndole la sonrisa. Se dirigió al cuerpo que estaba sobre una camilla de metal cubierto por una sábana blanca—. ¿Algo nuevo para mí?

Marcos la miró con el ceño fruncido, preguntándose en qué nuevo lío se habría metido esta vez, pero Evelyn no quiso contarle nada hasta decirle a Sia lo que le había pasado.

—Bueno, parece importante. —Marcos levantó la sábana que cubría el cuerpo, dejando a la vista el gran mordisco en el cuello que presentaba la víctima—. Como podéis ver es una dentellada profunda, pero si lo observáis con más detenimiento comprobaréis que está hecho por un animal con colmillos bien afilados: un lobo salvaje, para ser más exactos.

—¿Un lobo salvaje? —preguntó Evelyn con tono irónico—. Marcos, por favor, estamos en plena ciudad, aquí no hay lobos.

—Pues dime tú qué puede ser. Lo he cotejado con otros mordiscos de lobos, aunque este es más grande que ninguno que haya visto. Además, saqué esto. —Tendió a Sia una bolsita que contenía muestras de las uñas de la víctima.

—¿Pelos? —preguntó ella, alucinando tanto o más que Evelyn.

—Sí, concretamente de lobo. —Marcos cruzó los brazos dejando claro con ese gesto que su teoría era correcta, aunque no muy creíble para las chicas.

—No lo entiendo... ¿No habría estado la víctima antes de su asesinato en contacto con algún perro? —La cara de Sia era puro interrogante.

Evelyn se acercó una de las sillas que había en la habitación y se sentó. Las imágenes de la pasada noche volvieron a ella. “Un lobo, pero eso no era un lobo, era... otra cosa”.

—Evelyn, ¿estás bien? —preguntó Marcos acercándose a ella—. Te veo un poco pálida, será mejor que salgas y tomes el aire.

—Esto es una puta pesadilla —dijo sin más, dejando a sus amigos perplejos.

“¿Estaba en una película de terror o qué narices pasaba? ¿Víctimas mordidas por lobos, protagonista de un asesinato que no sabía cómo catalogar? ¿Qué estaba pasando?”

Sin añadir más, Evelyn salió de la habitación mientras sus dos amigos seguían hablando sobre teorías que no podían ser reales. Empezaba a sentir una desquiciante ansiedad y necesitaba respuestas.

Cerró tras de sí la puerta del consultorio y, en el pasillo, vio a dos hombres enfrascados en una discusión. Sus cuerpos estaban en tensión y uno de ellos no parecía muy satisfecho con las explicaciones del otro.

Al presentir que estaban siendo vigilados, el que escuchaba dirigió su mirada a aquellos ojos observantes. El otro hombre, con pelo castaño y tonalidades doradas, al ver que su compañero estaba atento a algo se dio la vuelta. En ese momento Evelyn le reconoció. Era el detective que pocas horas antes estuvo en su casa interrogándola por la escena tan macabra que había presenciado.

—¿Logan?

El hombre se tensó al oír su nombre. Sabía que se dirigía a la morgue, pero no esperaba encontrarse con ella.

—Hola, señorita Rodríguez —dijo amablemente.

—¿Señorita? Creo que quedamos en que nos íbamos a tutear.

—Sí, discúlpame... Evelyn.

El hombre que estaba junto a Logan carraspeó y le tendió la mano. Una mirada no muy grata por parte del detective Monroe fue directa a su acompañante.

—Hola, perdona. Mi nombre es Max. Ya que mi “amigo” no me presenta, lo haré yo.

Logan gruñó de mala gana al escucharle.

Max tenía la misma estatura que Logan y también su musculatura parecía bien definida, aunque sus ojos eran de color avellana, no como los de Logan, que eran de color gris intenso. Iban vestidos de forma similar, con ropa oscura y abrigo negro que les caían hasta las rodillas. Lo cierto era que no pasaban desapercibidos. Al observarlo con detenimiento, Evelyn se dio cuenta de que los parecidos no terminaban ahí: la camisa algo desabrochada de Max dejaba entrever el mismo tatuaje que había descubierto en el cuello de Logan aquella mañana. En ese instante, Sia salió a comprobar cómo se encontraba Evelyn, percatándose de que no estaba sola. Se acercó a su amiga y, sin poder apartar la mirada de aquellos hombres, no esperó a que esta les presentara.

—Hola, soy Sia, la amiga de Evelyn. —Propinó dos besos bastante efusivos a Logan, pero al llegar a Max contuvo su entusiasmo.

—Sia, es el detective Monroe, el que estuvo esta mañana interrogándome en casa, y Max es... un amigo suyo, supongo que del Cuerpo de Policía también —le dijo a Logan, imaginando que sería un colega de trabajo.

—Hola, me temo que los temas de superhéroes se los dejo a Logan—afirmó Max—. Yo soy más un hombre en la sombra. —Logan le miró para que se mantuviera callado y Max se centró en la mujer rubia que intentaba evitar su mirada.

—Max me ayuda en mis casos y sí, también podemos decir que es detective privado —intentó explicar Logan.

Pero su amigo seguía sin apartar la vista de Sia.

—Detectives... ¿eh? —inquirió ella con tono de reproche y encarándose a Max.

Evelyn volvió la mirada hacia su amiga, algo extrañada. Sia parecía a punto de estallar y no comprendía el tono de su pregunta. Marcos, al oír jaleo en el pasillo, salió a ver qué pasaba.

—¿Todavía seguís aquí? ¿Estás bien, Ev? —preguntó el forense.

—Sí, Marcos, gracias. Nos hemos encontrado con el detective del que te había hablado antes —dijo Evelyn para quitar importancia a la actitud de Sia—... Y con un amigo suyo.

—Ah, encantado —saludó Marcos, ofreciéndoles la mano.

Logan examinó a aquel hombre. Le pareció que mostraba demasiada confianza con la reportera. No le gustó. Notó una sensación extraña que comenzó con un

hormigueo y terminó rozando la ira.

—Evelyn, ¿es tu novio? —preguntó molesto.

La reportera, extrañada, soltó una risilla tonta y miró a Marcos.

—Perdona, Marcos —añadió divertida—. Ahora en serio, es que la pregunta del detective me ha hecho gracia.

—Nada, tranquila. —Marcos la miró decepcionado—. Tengo que seguir con el trabajo, mejor me voy.

Evelyn sospechaba que su amigo seguía sintiendo algo por ella y aquella reacción acababa de confirmárselo. Hablaría con él en otro momento. Marcos fue consciente del silencio que se había instalado entre ellos y, mirando a los detectives, se despidió con amabilidad de ellos y también de Sia, pero a Evelyn ni siquiera la miró.

—Creo que lo que acabas de ofender —opinó Logan.

—No te preocupes, hablaré luego con él, pero a tu pregunta puedo responder que solo somos amigos.

Los labios del detective Monroe se estiraron en una sonrisa y Evelyn se ruborizó ante la mirada de él. Quizá era eso precisamente lo que quería que supiera. Desde que lo vio por primera vez en aquella azotea se sintió rara; hacía mucho que no estaba con un hombre, y solamente estar al lado de Logan Monroe le provocaba un sentimiento extraño, como un recuerdo olvidado que empezaba a aflorar al estar cerca de él.

Él mantuvo su mirada sobre ella y Evelyn sintió un nuevo foco de calor que volvía a instalarse en su vientre. Una imagen incontrolable se apoderó de su mente: ellos dos, desnudos y enredados el uno con el otro bajo la luz de la luna, en un dormitorio que no reconocía. La oleada de calor que la recorrió hizo que las mejillas se le empezasen a sonrojar.

“¿Pero qué narices me está pasando?”

Logan, sabiendo el motivo de su rubor, sonrió, ahora con ganas. Max le propinó un codazo para que parase.

—¿Evelyn? —Sia la sacudió, sacándola de su ensimismamiento—. Será mejor que salgamos y tomes un poco el aire.

—¿Te encuentras bien? —Logan la sujetó por el codo.

Al parecer, se había pasado con su travesura.

—Demasiadas emociones en poco tiempo —explicó Sia—. Tenemos nueva información sobre el caso que llevamos y lo de ayer... Está bastante impactada —comentó sin mirar a Max.

—¿Nuevas pruebas? —Logan dejó de sonreír de repente.

Necesitaba saber qué más habían descubierto, no podía permitir que aquellas mujeres se acercaran más.

—Ahora parece que todos los indicios apuntan a que el asesino es un lobo. ¡Imaginaos! ¡Un lobo! ¿Estamos locos?

Logan fingió una risotada por el comentario de Sia, pero él sabía muy bien lo que estaba pasando. Max le puso la mano en el hombro y le apretó con fuerza. Tenían que acabar con esto lo antes posible.

—Espero que te recuperes, Evelyn. Esta tarde iré a visitarte, como acordamos.

Los dos hombres se dieron la vuelta y salieron por la puerta de la morgue, dejando a solas a las dos chicas.

—¡Esto me lo empiezas a explicar! ¡Pero ya! —exclamó Sia—. Me dijiste que un detective había ido a tu casa, pero no “ese” detective. ¿Y ha dicho que esta tarde vuelve?

Evelyn seguía mirando la puerta por la que Monroe había desaparecido. Al dejar de notar su aura magnética su cuerpo pudo reaccionar y seguir siendo la misma.

—¿Hola? ¡Ev!

—Te escucho.

—Pues no lo parece. —Sia se cruzó de brazos—. No quiero que estés cerca de ninguno de esos dos tipos.

Evelyn la miró sin comprender y suspiró.

—Creo que lo que tenemos que hacer es seguir con la investigación, Sia, sin pensar en nada más. Debemos concentrarnos en este caso. Cuanto más sabemos, más se complica.

Sia asintió y se quedó pensativa. Encontrarse de nuevo con aquel espécimen de hombre no era bueno. Jamás había dejado de pensar en él.

Max había sido cariñoso con ella durante los pocos días que estuvieron juntos y no había olvidado sus besos, pero el destino les había dictado caminos diferentes. Ella tenía una misión encomendada por sus superiores y él, por lo poco que le contó, no podía quedarse. Se quedaron miles de preguntas por hacerse y miles de besos sin darse, pero sus miradas ahora eran las de dos desconocidos.

En la calle, Logan sacó del bolsillo de la gabardina una gafas de sol, se las colocó y miró a su compañero. Tenía el cuerpo en tensión, algo dentro de él estaba alterado. Notar ese calor tan profundo cuando tenía cerca a la pelirroja cerca le descolocaba. Nunca había sentido nada parecido, ni siquiera con la despampanante y caliente Fairuza, y otra sensación empezaba a instalarse en su cuerpo: el miedo.

—¿Ahora me vas a contar lo que has estado haciendo con esa chica y por qué? —preguntó Max a su amigo y líder.

Logan le miró sin querer darle ninguna explicación. Sus actos eran suyos y de nadie más.

—Estás demasiado raro desde ayer —continuó Max.

—¿Me lo dices a mí? He sentido la tensión que se cortaba en el ambiente cuando apareció la amiga de la reportera... ¿Es...?

—Sí. No hay nada más que hablar.

—Esa mujer... —Logan miró hacia el cielo metiendo sus manos en los bolsillos de la gabardina—. Su aura no se parece a la de ninguna humana. No sé qué es, pero hace que me sienta distinto.

—¿No será que por una vez estás viendo a “la” mujer y no a “una” mujer? —preguntó Max. Logan miró a su segundo al mando y se echó a reír—. Venga... Es la misma reportera que viste en la azotea del edificio, luego en su casa, ahora aquí... ¿Hemos venido porque estaba ella?

—No te equivoques, Max. —Logan se dirigió al coche con paso veloz.

No le habían sentado nada bien las palabras de su amigo. Al ver que su compañero avanzaba con aquella prisa, Max negó con la cabeza y le siguió.

—Como quieras —murmuró.

Logan subió al coche pensando que había ido a la morgue para averiguar más datos y verificar hasta dónde sabían los humanos, cosa que, al final, por culpa de la reportera, no pudieron hacer. Lo que sí sabía era que, sin pruebas clave, jamás averiguarían quién había cometido tal atrocidad. Y de momento no tenían más que teorías.

Max pasó la mano por la cara de su amigo con la intención de sacarle de sus pensamientos.

—¡Qué! —exclamó Logan enojado.

—Nada, aunque tu actitud me confirma lo que tú me niegas.

Logan bufó y arrancó por fin el coche, incorporándose al tráfico como cualquier otro vehículo.

—Que te den —dijo Logan relajando la expresión.

Max soltó una carcajada ante la reacción de su amigo. No sabía en lo que podría acabar todo aquello, pero si su líder se había cabreado por unas simples palabras relacionadas con aquella mujer, era porque realmente le importaba. Repasando lo acontecido en la morgue había algo que le asombraba todavía más: su propia capacidad de autocontrol para no fastidiarlo todo y aguantarse las ganas de abalanzarse sobre la rubia de ojos azules. La ignoró todo el tiempo, como si fueran dos desconocidos. Estaba tan hermosa como la recordaba... Y volvían a encontrarse.

Raptor: muerte y deseo

Vampiros, licántropos, wendigos, estrigas... Eran un sinnúmero de criaturas las que deambulaban por el mundo. Llevaban años detrás de toda esa calaña y cada día les resultaba más difícil mantenerlos a raya; era su deber como guerreros, al igual que la necesidad de encontrar la cura de todos ellos.

El líder de los Monterrey había hecho un pacto en el bosque de la Herbeira, donde viejos cascarrabias de aldea le contaron la singular leyenda que, en aquel paraje de árboles frondosos y cascadas de agua cristalina, vivía la diosa del aire, de los pensamientos, de las quimeras y de los sueños. Ella podía ofrecerle mucho, como la localización exacta de lo que buscaba. Fue con la intención de rogarle, de ponerse de rodillas si fuera necesario, pero no encontró más que un bosque plagado de rocas malditas que le martilleaban el oído. Aturdido por las voces se quedó apoyado en uno de los troncos de un sauce cenizo, dejando que la noche lo envolviera y, con ella, la magia. Cientos de figuras luminosas con ropajes extraños pululaban a su alrededor, y las rocas que antes le martilleaban, ahora se habían transformado en *trols* que custodiaban aquel lugar.

La imagen de la diosa Aine apareció ante su presencia y, sabedora de su petición, le otorgó su bien más preciado: su hija, un hada de cabellos del color de la corteza de sauce, con la piel de una tonalidad marrón verdusca como una deliciosa aceituna, los ojos rasgados y su boca de color de las zarzamoras. Ella le ayudaría a encontrar el amuleto que su estirpe necesitaba. Puso una sola condición: que el talismán nunca cayera en las manos equivocadas. Además le informó de que si su nobleza era pura, alcanzaría su objetivo más preciado; más incluso que el amuleto propio. Unas sabias y enigmáticas palabras que no cayeron en saco roto.

Durante años estuvieron buscando en cada rincón de Galicia con la ayuda de su aliada, pero el amuleto se iba trasladando de un sitio a otro, como si no quisiera ser encontrado.

Ahora la fuerza de los cuatro elementos estaba presente, y su amiga mágica, junto con uno de sus ayudantes y compañero de batalla le aseguraba que debían desplazarse, ya que el amuleto se había sumergido en las calles de Madrid.

Y allí se dirigieron, encontrándose a su llegada con muertes extrañas causadas por distintas criaturas. La última víctima había sido una estudiante asesinada por un licántropo y el hombre joven había sido atacado por un wendigo: los arañazos y la forma de acabar con él así lo justificaban. Lo insólito era que todas las víctimas abandonadas en callejones eran meigas de rango menor, y eso suponía que debía ser rápido con su objetivo: si estaban atacando a indefensas meigas con escasos poderes, ¿qué harían con la persona que realmente tuviera el amuleto que ansiaban?

Además, había que añadir a los problemas a aquella pelirroja reportera de ojos verdes que había sido testigo de la última muerte. Como pudo comprobar por su personalidad, no dejaría pasar la posible noticia tan fácilmente. Debía tener cuidado con ella, no ya por su carácter sino por el aura que emitía y ese olor tan característico que desprendía. Le volvía loco. Se había jurado a sí mismo que ninguna mujer le haría caer en el mundo de la seducción y los sentimientos, pero el aura de bondad y su cuerpo perfecto le empujaban a comportarse como un demente. No podía permitirselo. Su hermano murió por culpa de una de ellas; por culpa de la desalmada que le convirtió en lo que era ahora: una bestia oculta entre sus enemigos. Evelyn era tan parecida...

Hoy había actuado como un completo imbécil, mirándola con cara de lelo y proyectando imágenes de ellos dos desnudos en una habitación. Le encantó su cara sonrojada... Su parte animal quería hacerla suya.

“Logan, concéntrate”, le recriminó su bestia. Tenía que pensar en su objetivo y nada mejor que acabar con varias alimañas aquella noche para no pensar en tonterías. Él sabía, al igual que sus hombres, que se cobraría su venganza. La de él y la de su hermano muerto, exterminando a cada criatura que se topase con él o que se atreviera a romper aquella línea entre el mundo real y el paranormal.

Observando desde uno de los tejados de la ciudad, pudo percibir que la noche olía muerte. Se aproximó al objetivo junto con sus camaradas y se internó en la oscuridad. Había contado más de una docena de vampiros y licántropos reunidos en aquella discoteca. ¿Qué hacían criaturas de razas distintas juntas?

La mayoría de ellos rondaban a mujeres medio desnudas que se contoneaban bailando a su alrededor en la pista de baile. La calaña seleccionaba a ciertas mujeres, seduciéndolas para apaciguar de algún modo una sed que nunca se satisfacía. Esa noche, muchas de ellas serían sus víctimas.

Los humanos también servían a su estirpe de comida. La maldición así lo hizo, a semejanza de lo que más odiaban, pero ellos no mataban igual que sus enemigos: únicamente tomaban algunos tragos que les hacía recuperar las fuerzas perdidas en la batalla y otorgarles así las habilidades que como humanos nunca tendrían: fuerza, velocidad, visión, telequinesis, limpieza de recuerdos... Eran los llamados *raptor* o rastreadores, aunque ellos se denominaban “Los malditos”, los hombres de la noche, creados por una mala decisión. Seres desgraciados que debían mantener la balanza entre el bien y el mal en un mundo en el que los humanos, ciegos por la realidad y el día a día, no eran capaces de ver cómo su sociedad estaba manchada por calaña de la noche.

Pero esa balanza se estaba rompiendo, ya que toda esa estirpe de carroñeros oscuros les estaban interrumpiendo a cada paso que daban en su gran búsqueda, como si supieran lo que ellos tanto necesitaban, dejando más y más cuerpos tirados por la calle, dando luz a su existencia. Tenían que ser más rápidos que ellos, evitando más víctimas injustificadas, pues no se limitaban a matar brujos sino que también asesinaban a humanos. A este paso todos formarían parte de una rebelión de la que ningún clan saldría vencedor.

Seis vampiros se estaban empachando en aquel momento de sangre y, si no los detenía, tendrían esa noche muchas más víctimas que en los últimos días. No estaban siendo cuidadosos con su apetito y tampoco se habían dado cuenta de que los rastreadores se habían infiltrado entre ellos.

Había una gran congregación. Los veía cegados por el subidón de sangre y carne en la sala. Antiguamente se mataba a cualquier ser que no fuera humano, pero en el último siglo no pasaba así. Él ya no era humano y no sabía si jamás volvería a serlo, pero no podía evitar sentir algo de piedad por los que eran distintos a él.

Logan se dispuso a limpiar la zona de todo rastro de criatura paranormal en ese lugar. Un sentimiento le atravesó el pecho, la reportera se le metió en la cabeza y apretó la mandíbula. No era el momento ni el lugar de pensar en ella. Dejó la razón por un segundo y cedió paso al corazón: necesitaba saber cómo había averiguado los sitios concretos donde se ocultaban las bestias oscuras.

En una de las fotos pudo reconocer perfectamente a Conrac, la noche que había sido enviado a comandar una expedición para exterminar una de las revueltas enemigas. Y allí estaba ella. Por suerte no estuvo involucrada, pero ¿cómo consiguió dar con el sitio perfecto en el momento adecuado?

Era reportera y su deber era exactamente ese, pero además tenía algo, algo más que no podía descifrar. Una intuición nata para ver o atraer el peligro... Había conocido a otras personas con cierta intuición certera sobre hechos que podrían ser imposibles, ¿y si era una adivina? ¿Podría captar acciones o sentimientos sin saberlo? Si fuera así, podría intentar que ella les ayudara... Mejor no. Sería muy peligroso.

Abrió uno de los ventanales acristalados que daba acceso al edificio y, con agilidad, se dispuso a adentrarse. Desapareció a voluntad y la gran velocidad y agilidad hacían que se moviera con una rapidez mayor de la que podía captar el ojo humano. De repente, se colocó en medio del grupo mayor donde seguían alimentándose sin límite.

—Buenas tardes, caballeros, espero no importunar tan gran banquete —saludó.

Varias de las muchachas con marcas de colmillos ladearon la cabeza casi desmalladas; otras ya habían dejado de respirar hacia unos minutos.

—Salid de aquí —ordenó a las chicas que todavía podían salvarse.

Deslizó el látigo de titanio que tenía enredado en su cintura, golpeándolo en el suelo y haciendo que, con ese gesto, se prendiera en llamas, cobrando vida ante él.

Sus compañeros de batalla se pusieron a su lado. Max era uno de ellos, no llevaba látigo pero frotó una de las afiladas hojas de sus espadas contra la otra, llenando el recinto en sombras con el áspero sonido metálico del filo de sus armas.

Logan miró a los seis vampiros que los observaban con el rostro desencajado. Sabían que estaban atrapados. Mientras, Perry y Horik ayudaron a las mujeres a salir de aquel recinto de pura maldad anulando sus recuerdos de la noche. Después se unieron a sus otros compañeros que estaban, cuerpo a cuerpo, intentando aniquilar a los licántropos que iban transformándose a su paso.

Gracias a la velocidad y maestría de tantos años en la lucha, no le resultaba difícil a Logan ir matando uno por uno a esos chupasangres sin escrúpulos. Su látigo atrapaba a sus miembros, quemándolos por el titanio y por la composición celular que desprendía, que supuraba sus cuerpos y los convertía en cenizas.

Los licántropos era otro cantar: para acabar con ellos sus armas debían ser constituidas en plata pura. Así, al contacto con la plata, la carne se iba retrayendo hasta que sus cuerpos se rendían ante la muerte.

Logan ya había terminado con cuatro vampiros. Los otros dos le rodearon con la intención de noquearlo. Bajó la cabeza y sacó su espada de debajo de su abrigo; la hoja era de plata recubierta con el mismo material que su látigo, de la que sobresalía una empuñadura con el escudo de los Monterrey grabado en ella. Cuando los dos vampiros se movieron para echarse encima de él, Logan reaccionó enganchando a uno de ellos a su látigo y empalando al otro con su espada. El primero silbó a través de sus dientes, escupiendo sangre entre ellos. El otro clavó sus ojos de color rojo en Logan hasta que se convirtieron en dos finas ranuras. Ambos sufrieron varios espasmos en sus cuerpos antes de que sus miembros se convirtieran en ceniza. Logan sonrió, le gustaba sentir el poder del control de la situación en el campo de batalla.

Solo quedaba un licántropo. Se volvió hacia la enorme criatura, sus compañeros lo tenían rodeado pero era demasiado fuerte y ninguno se atrevía a dar el paso: un mordisco de ese macho y las consecuencias serían nefastas. Sabían que las mordeduras de los licántropos eran perjudiciales para los rastreadores, el veneno del mordisco era doloroso y provocaba fiebres e infección en todos los órganos del cuerpo hasta la muerte. Debían tener los ojos bien abiertos y sus fauces a la vista.

Perry, uno de los rastreadores que estaba detrás del animal, intentó acercarse más. Su arma, un arco que disparaba flechas de plata fundida, tenía que clavarse en el cuerpo y desprender la punta en su interior, lo que resultaba mortal para los licántropos. Mientras Max, Logan, Conrac, Bennett, Horik y Zeus intentaban despistarlo, Perry necesitaba que el licántropo se pusiera a tiro, pero la criatura estaba en continuo movimiento y era incapaz de enfocar la diana que buscaba. Conrac, al ver que su compañero no podía atinar, se acercó demasiado a su enemigo, poniéndose como cebo. La criatura le asestó un manotazo con sus garras, lanzándolo contra el suelo, momento en el que Perry apuntó su flecha y dio en el blanco. Tardaría segundos en volver a asestarle otro golpe a su compañero, así que disparó otra flecha cargada con el mortal líquido, consiguiendo que el licántropo se arqueara y cayera desplomado al suelo. Logan se acercó a Conrac para comprobar la gravedad de sus lesiones.

—No te preocupes, es un rasguño. —Conrac miró a Logan y con su voz brabucona prosiguió—: Un revolcón con mi periquita y volveré a estar en plenas facultades.

—Mira que te gusta llamar la atención. —Logan le ofreció la mano para que se incorporara.

Habían realizado un buen trabajo. Prendieron los cuerpos de los licántropos para limpiar cualquier prueba visible al ojo humano y salieron de aquel lugar. Colocaron las armas en los vehículos para volver a la central de mando y subieron a los coches en los que anteriormente habían llegado.

—¿Logan? —Conrac lo llamó.

Era el último que todavía no había subido a ningún vehículo.

—Iré más tarde, tengo que hacer algo.

Sus compañeros asintieron.

Recogieron todo con precisión, la discoteca prendía con rapidez y las llamas pronto se verían a kilómetros. Debían salir de allí antes de que la Policía y los bomberos se presentaran a realizar su trabajo.

Logan pidió a Declan que le buscara cierta información. Este tomó su portátil del Jeep y buscó lo que su líder le pedía, no antes de preguntar si podía ayudarle en su búsqueda.

Logan no le dio más datos de los necesarios y dejó con la incertidumbre al *raptor*, que no le quedó más remedio que acatar la orden. Declan alzó su mirada a Conrac y este miró a Max. Su líder se comportaba de una forma un tanto extraña que a sus compañeros no se les pasó por alto. Max asintió para que se quedaran tranquilos: él era su escudo y lo vigilaría noche y día.

Con un rápido tecleo en el ordenador, la información no fue difícil de encontrar y Declan proporcionó lo que su líder pedía.

Logan se encontraba delante del edificio donde vivía Evelyn Rodríguez. Lo había pensado a conciencia y, aunque su cabeza le gritara que era un error, ahí estaba, frente a la casa de la reportera.

Se comportó como una criatura más de la noche y se dispuso a realizar su tarea. Saltó el muro que separaba la comunidad de edificios y la calle, y se dirigió a la vivienda. Al adentrarse en el recinto comprobó que había una garita donde un vigilante guardaba el lugar, aunque estaba seguro de que no le detectaría, ya que estaba demasiado reclinado en la silla como para estar pendiente de los monitores que tenía delante. Se acercó a la cristalera de la caseta y comprobó que aquel hombre no sería un problema: estaba profundamente dormido.

Buscó el número de portal de la vivienda de Evelyn y, con facilidad, fue abriendo las puertas oportunas. Estaba rompiendo una de las normas fundamentales de su legado, ya que solo podía utilizar sus dones para la lucha contra el enemigo, pero era como si no le importara. Aquella mujer le hacía comportarse como un ser sin razón.

Estaba delante de la puerta de su casa e hizo que los cerrojos de la puerta cedieran sin más herramienta que su mente. Ya no se sorprendía de lo que sus dones podían hacer. Durante años los había perfeccionado y cada día comprobaba que sus dones aumentaban, al igual que la sed de un vampiro o el ansia de la bestia que albergaba en su interior. A veces pensaba que más que una maldición podía ser una bendición, pero era consciente de que aquella naturaleza tenía su parte mala. Con un buen corazón se pueden hacer cosas asombrosas, pero sin eso... Pensó en su padre, si hubiera vivido para averiguarlo habría hecho cosas terribles. Era mejor terminar con todo.

Logan entró en el apartamento cerrando la puerta con sumo cuidado tras de sí. Examinó las habitaciones con cautela, buscándola con necesidad. Sus ojos cambiaron de color permitiéndole avanzar en la penumbra y su sentido olfativo hizo el resto.

El perfume de ella le embriagó por completo. Estaba en su habitación, dormida plácidamente como una fiel gatita, ajena a los peligros que la rodeaban. Su respiración pausada y tranquila se lo confirmó. Se adentró en su habitación e inhaló su olor; le recordaba a las zarzamoras que crecían en sus tierras, un fruto dulce y amargo al mismo tiempo.

Al igual que su instinto, su criatura interna despertó de golpe, deseando hacerla suya en ese preciso momento. Pero eso no era lo que había ido a hacer. Esa noche solo tenía que coger lo que había ido a buscar... ¿No?

Recordó aquellos años en los que cualquier mujer se tendía a sus pies y cómo su padre le decía mil veces que se desposara con una mujer digna de una vez para que se centrara en la familia y en su propio legado para el condado. También evocó lo infame que era en esos años y lo poco que pensaba en el bienestar del pueblo; solo le preocupaba conseguir un constante placer tan inmediato como efímero.

Bajó la cabeza al reparar en su naturaleza actual; detestaba todo lo que era. Su imagen era la un hombre, cruel fachada, pero la noche lo convertía en su peor enemigo.

Se apoyó en el marco de la puerta del dormitorio y la contempló como muchas noches contemplaba a las mujeres que antaño seducía. Ninguna mujer le decía que no, por su posición social y por la masculinidad que desprendía. Eso le halagaba y su ego de entonces era insaciable; ahora, sin embargo, ese mismo ego se encontraba en lo más hondo de un pozo negro sin fondo.

Cerró los puños con fuerza, haciendo que la presión le arrancara el color de las manos. Jamás podría ser un hombre completo, no podría amar nunca. Cualquier mujer lo rechazaría con asco al saber lo que era.

Se quedó pegado a la pared de la habitación contemplando cómo dormía, arrastrándose hasta tocar el suelo. Sentado en esa posición observaba a un ángel al que si quisiera arrastrar hasta las puertas del infierno y lo tiraría sin ningún miramiento, y él se lo permitiría. Y todo por el simple hecho de hacerle sentir en lo más infimo de su ser algo que nunca había experimentado. Era culpa de aquel aura fuerte; un aura que irradiaba valor. Un aura que solo había visto una vez, muchísimos años atrás.

—Logan... —murmuró Evelyn.

Al oír su nombre en los labios de ella se sobresaltó. Se acercó para sentarse en el borde de la cama. ¿Había oído bien?

—Logan... —Evelyn volvió a llamarlo.

Este sonrió, acercándose más a ella. Le acarició el pelo y comprobó que seguía dormida. Estaba soñando con él sin que hubiera realizado ninguna artimaña para conseguirlo. Qué cruel era el destino.

“¿Podría gustarle a una mujer así?”, se preguntaba mientras la acariciaba. Las mujeres del siglo XVII eran recatadas, tan aparentemente tímidas que con solo observarlas retiraban la mirada; pero ella no. El mundo había cambiado demasiado deprisa, aunque él seguía siendo el mismo.

Apretó la mandíbula e intentó adentrarse en la mente de Evelyn a través del contacto de su mano. Quería saber por qué le llamaba tanto la atención, lo que sabía de cada ataque cometido en las calles... Quería saber quién era ella.

Volvió a sonreír enseñando en todo su esplendor su perfecta dentadura.

—Es un sueño, cariño. —Le retiró un mechón que le tapaba la cara y la trenza que recogía su pelo se deshizo. El cabello caía como una cascada hasta sus femeninos hombros. La reportera suspiró ante su contacto—. No te preocupes.

—Estaremos juntos, lo sé —murmuró ella.

Logan escuchó sin entender las palabras. Descolocado, le preguntó, como si ella pudiera responderle con lucidez.

—¿Lo estaremos?

Ella asintió, apretándose más a su cuerpo, como si no quisiera que se fuera de su lado.

—¿Cómo? —siguió preguntando Logan.

—Es nuestro destino... Me lo ha dicho esa mujer con su mirada, pero me advierte que tenga cuidado, que no me fie.

“¿La mujer? ¿Quién?”, se preguntó él intrigado.

No sabía cuánto tiempo más resistiría la tentación de tenerla tan cerca como la sentía en aquel momento. Se aproximó aún más, dándole un sensual y cálido beso en el cuello que erizó la piel de Evelyn.

Logan levantó las manos por debajo del cuerpo. La incorporó haciendo que se arqueara hacia él y le habló.

—¿Tienes miedo... de mí? —le preguntó temeroso.

No hubo respuesta. Sin poder resistirse, la boca de Logan fue proporcionando besos al cuerpo de la reportera. La piel de ella le abrasaba, pero necesitaba esa proximidad, su calor. Retiró por completo el nórdico que les entorpecía y la vio en todo su esplendor. Llevaba solamente una camiseta de tirantes y unas braguitas que hicieron que el monstruo que albergaba en él saliera sin compasión ninguna; sus ojos rojos eran más intensos, los de una criatura de la noche, y la dentadura de una bestia sobrehumana se percibían en toda plenitud.

—¿Se puede saber qué haces? —susurró una voz a su espalda.

Logan la soltó inmediatamente.

Tras él, contemplándolo como si no lo conociera, descubrió a Max.

—¿Estás loco o qué te pasa?

Logan gruñó, intentando serenarse al ver a su compañero.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Logan al verse descubierto.

Su voz era mucho más grave y visceral de lo normal.

—¿No pensarías que te iba a dejar solo? —le recriminó—. Tú dices que siempre llevemos a un compañero a la espalda y, además, quería comprobar en persona por qué le habías pedido a Declan información sobre la reportera. Aunque ya veo que tus instintos han venido a coger lo que necesitaban.

Logan tapó a Evelyn con el nórdico y, acariciándole la mejilla, pudo verificar que seguía durmiendo plácidamente sin enterarse de lo que estaba pasando en su casa. Se levantó de la cama y, apartando con la mano el cuerpo de Max, salió de la habitación.

—¿Dónde vas? —comentó Max una vez fuera de la habitación.

—No tienes por qué meterte en mis asuntos. —Se encaró furioso a su segundo al mando.

—¿Tampoco si te metes en problemas? —Logan achicó los ojos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Cómo has entrado? —Logan, sin querer contestar, respondió con otra pregunta.

—Por el patio —respondió Max descolocado—. ¿Por qué?

Sin mediar palabra, Logan salió por donde le había dicho y dejó a su compañero solo frente la oscuridad del pasillo. Max le siguió y, al igual que hizo al entrar, cerró la puerta corredera acristalada del salón y salió de la propiedad.

Fuera ya estaba Logan, sentado en el coche y mirando al infinito. Tenía que reconocer que su compañero tenía razón. ¿Qué demonios estaba haciendo? No era capaz de razonar. ¿Qué le estaba pasando con esa mujer? Nada tenía sentido.

Centró su mirada y comprobó que su amigo estaba ya sentado en el Jeep en el que había llegado hasta allí. Asintió a su compañero y arrancó el coche.

“Logan, céntrate y empieza a pensar con la cabeza”, se regañó nuevamente.

El olor del hogar

Evelyn se sintió rara al despertarse, con un terrible dolor de cabeza y un vacío enorme en su corazón. Había soñado con el detective Monroe y no con la mujer que siempre perturbaba sus noches. El detective iba a su casa a recoger más información de los sucesos y, por circunstancias que no llegaba a entender, se quedaba a dormir en su casa, proporcionándole una noche que cualquier mujer hubiera soñado. Aunque había partes que no recordaba, sí lo más preciso y fundamental: él.

“Qué ingenua”, pensó con una sonrisa melancólica.

Ni siquiera se le había insinuado, ni tampoco fue por la tarde a su casa como le confirmó por la mañana. Típico. Seguro que tendría novia o esposa. O las dos cosas.

“Tonta, más que tonta. ¿Cómo puedes hacerte ilusiones con un hombre de esas proporciones?”

Estaba enfadada por el desplante y más por pensar en lo que no debía. Se vistió y se dirigió, como cada día, a la cadena, donde la mañana no estaba marchando demasiado bien. Su jefa quería avances de la investigación pero Evelyn no tenía nada. Debía entregarle algo decisivo antes de una semana o la dejaría fuera de la noticia y pondría a Glen, otro reportero que estaba esperando un fallo de ella para quitarle todo el prestigio que había conseguido.

La mañana no estaba yendo nada bien y encima su intuición la había dejado de lado, y más después de aparecer ese detective. Necesitaba hablar con él. Desde que lo conoció se le había metido en la mente y en la piel. Alargó los brazos en uno de los extremos de su mesa de trabajo y se estiró.

—Ey, *churrina* —la llamó Sia.

Llevaba dos cafés de Starbucks. Sabía que el caso le estaba preocupando demasiado y un café de su sitio favorito le relajaría un poco.

—¿Y Lilith? —preguntó Evelyn al no verla con ella.

Cogió su capuchino con chocolate y le dio un sorbo. Cerró los ojos saboreando la esencia del café y el chocolate juntos. “Nada mejor que mi bebida favorita en un mal día”, pensó. Aunque rápidamente rectificó. Bueno, lo mejor sería besar el cuerpo del detective Monroe de principio a fin, pero a falta de... Abrió los ojos al pensar tal sandez.

“Para ya, Ev, y céntrate”, se regañó a sí misma, dejando que la bebida bajara por su garganta y le calentara el cuerpo.

—¿Te acuerdas de la noche de la azotea? Pues resulta que conoció a un tío —dijo Sia dejando su bebida en la mesa de su amiga.

—Sí, me acuerdo, pero al final no pasó nada, ¿no?

—Pues parece que sí, ella le dio su número de móvil y creo que van en serio. —Sia cogió su café con sabor a moca y apoyó el trasero en la mesa.

—La verdad es que la veo bastante poco. Espero que nos lo presente algún día.

Era raro que Lilith no hubiera dicho nada de esa relación, siempre intentaban contarse todo en tema de chicos. Esperaba que estuviera bien.

—Eso si cuaja, ya sabes que sus relaciones son muy esporádicas. Y... ¿qué me cuentas de ti y ese detective?

—No hay nada, Sia —respondió con tono triste—. Dijo que iría a mi casa y no apareció, aunque tuve un sueño raro...

Evelyn se sonrojó. Sia, al verle la cara, elevó las cejas, queriendo saber más sobre el asunto

—¿Con él? ¿Erótico? ¿Vuelven esos sueños extraños, presencias un asesinato y ahora sueñas con el detective? Humm... la cosa se va poniendo emocionante —dijo Sia levantándose de la mesa.

—No seas boba.

—Qué quieres que te diga, pero si se presentara ese detective en mis sueños ya te aseguro yo que no se me iba a escapar. Y menos ese compañerito suyo...

—¿Max? ¿Pero no decías que no me acercara a ellos? —preguntó Evelyn ante las palabras contradictorias de su amiga.

—Efectivamente, dije que no te acercaras, no que no pudieras mirar —dijo Sia levantando las manos—. Yo no tendré nada con esos pedazos de hombres, pero los ojos y las hormonas pueden tener su momento de gloria.

Las dos se echaron a reír.

—Anda, vamos... —Evelyn se levantó de su mesa de trabajo y golpeó a su amiga con cariño en el brazo para que la siguiera—. Vamos a buscar algo característico de cada asesinato, a ver si encontramos alguna similitud que la policía no haya detectado. Necesito algo. Y rápido: Samanta me ha dado un ultimátum.

—¿La vieja leona? —Por su edad y por lo voraz que era ante una jugosa noticia, todo el departamento llamaba así a la directora de la redacción—. Entonces debemos darnos prisa.

Las dos amigas se acercaron al edificio donde se encontró uno de los primeros cuerpos. Llamaron a Lilith para que se reuniera con ellas en el *hall* del bloque de viviendas, que llegó bufando y echando pestes porque le habían fastidiado un buen plan.

Se encontraban en Lavapiés, una de las barriadas más conflictivas de Madrid. Allí vivían diferentes etnias que se habían asentado hacía algunos años, y cuando encontraron el cuerpo la Policía pensó que se trataba de un ajuste de cuentas, hasta que descubrieron coincidencias con los otros asesinatos.

La puerta estaba precintada por la cinta amarilla de la Policía que impedía el acceso a todo el que no tuviera una autorización. Aunque Evelyn tenía una, sin un representante de la ley no tenía garantizado el acceso, así que sacó de su bolso una lima de uñas metálica y cortó el precinto que les impedía el paso. Sabía que estaba cometiendo un delito, pero quien no arriesga no gana, y ella estaba decidida a realizar su trabajo.

—Muy bien, ya metiéndonos en problemas, y eso que acabamos de llegar —dijo Lilith de mala gana.

—Shhhh... calla. —Evelyn metió la cabeza en la vivienda—. Venga, entremos, busquemos y nos vamos.

Lilith puso los ojos en blanco, zarandeando la cabeza. No le gustaba ni un pelo lo que estaban haciendo.

En cuanto entraron, Sia cogió su móvil y buscó la linterna que tenía de aplicación. Llegaron al salón donde se encontraban las marcas del crimen. La escena daba escalofríos: sangre mal limpiada y algunas plaquitas de color amarillo donde había indicios de pruebas que ya habían sido recogidas por la Policía Científica. Las tres reporteras decidieron separarse para aligerar la búsqueda y Evelyn entró en el dormitorio principal. Por los informes, la víctima era un hombre de unos cuarenta y tantos, soltero y algo reacio a las relaciones sociales. El propietario que le arrendaba el piso no sabía mucho sobre él; solo que pagaba su alquiler a final de mes, y con eso le bastaba.

Abrió el armario y comprobó que en uno de los laterales había velas, un cuenco y algunas cerillas, algo a lo que en aquel momento no dio ninguna importancia. Continuó revisando los cajones de las mesillas y la cómoda. Al abrir uno de ellos se quedó quieta: entre la ropa había un colgante que había visto en otra de las víctimas: una cruz y en medio un símbolo parecido a una flor de plata con una piedra negra. Era exactamente igual al de la chica del callejón. Lo cogió, y aquel contacto hizo que sintiera un chispazo en su interior, llenándola con un aura negra que no la correspondía. Un ruido en la habitación la sacó de golpe de aquella reacción.

Descubrió una sombra detrás de ella que la miraba con expectación. Tomó un jarrón que había sobre la cómoda y con un giro rápido y un golpe certero, atizó en la cabeza al individuo.

—Ay —dijo una voz masculina sin manifestar ningún dolor.

Sia entró en la habitación alarmada por el ruido.

—¿Qué ha pasado!

Evelyn miró a su amiga y después al hombre que había golpeado. Este salió de la penumbra donde estaba oculto.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Lilith entrando en la habitación detrás de Sia.

—Sí —dijo Evelyn, sonrojada y viéndose descubierta—. ¿Tú? ¿Qué haces aquí?

—Anda, el detective *buenorro* —dijo Sia sarcásticamente.

Logan alzó las cejas ante las palabras de Sia. ¿Habían hablado de él? Ahora eso daba igual, porque tenía que sacarlas de ahí e impedir que encontraran algo sobre lo que seguir indagando.

—Eso debería preguntaros yo a vosotras, señoritas —dijo Logan algo más bajo que las voces de las chicas.

—Estamos investigando. Es nuestro trabajo —exclamó Evelyn en el mismo tono que él.

—¿Investigando? —preguntó Logan agachándose hasta la cara de Evelyn—. ¿Sabe que podría detenerla por allanar una casa? —No era detective, pero debía seguir con su mentira y atemorizar un poco a las chicas—. Hace pocos días se cometió un asesinato en esta vivienda y la ley me permite detenerlas.

—¿Me detendría? —Evelyn se puso tensa y sus amigas imitaron su pose, esperando la decisión del detective.

Si ese hombre quería, su día terminaría peor de lo que empezó.

Logan vio cómo sus palabras habían surtido efecto.

—Esta vez lo pasaré por alto, pero quiero que cojan sus lindos cuerpos y salgan de aquí inmediatamente.

—Gracias detective. Ev, quiero irme —dijo Lilith tajante. Acercándose a ella para que el detective no la escuchara, se aproximó a su oído y añadió—: Si has encontrado algo cógelo y vámonos. He quedado —prosiguió de mala gana mientras se dirigía a la puerta.

—¿Con ese tío, otra vez? —exclamó Evelyn en alto.

No quería empezar a pelear con su amiga, pero estaban recopilando datos para la noticia y Lilith solo pensaba en irse de fiesta. Evelyn asintió. Tenía que conocer a ese hombre que había transformado a su amiga.

Logan las observaba con atención, examinando las personalidades de cada una de las chicas. Evelyn era la que tenía un carácter más fuerte, aunque las otras dos tenían cualidades interesantes que también le resultaron curiosas. Unas sirenas de policía se precipitaban hacia el lugar donde se encontraban.

—Chicas, me alegro de veros, pero será mejor que circulemos. Debo seguir con mi trabajo. —Logan cogió la mano de Evelyn y le propinó un largo beso en los nudillos—. Te veo esta tarde.

Evelyn asintió y, al igual que el detective, salieron antes de que los policías las descubrieran y el detective Monroe tuviera que detenerlas para no tener problemas con sus compañeros de la ley. En la distancia, Logan vio cómo las chicas montaban en la furgoneta con el logotipo de la Cadena 59. Las tres seguían enfrascadas en la discusión sobre el novio de la morena que, por la sensación que percibió, se estaba metiendo en algo muy turbio, pero no iba a quedarse a averiguar lo que era.

Metió su mano en uno de los bolsillos de la gabardina y verificó la pequeña reliquia que había robado con agilidad de la mano de Evelyn con un casto beso. Lo miró y comprobó que no era el amuleto que estaba buscando. Suspiró. Nunca encontrarían el que necesitaban.

Eran ya las siete de la tarde y empezaba a anochecer. Evelyn había llegado a su casa después de una nefasta jornada de trabajo. No había encontrado nada que le sirviera, solo un colgante que misteriosamente había desaparecido.

Lilith tenía planes con su hombre enigmático y Sia debía dejar en la cadena las infructuosas grabaciones hechas en la casa de la víctima, así que Evelyn presagió otra noche larga y aburrida.

Fue a su habitación y extrajo de su armario una caja de cartón bastante desgastada, de la que empezó a sacar fotografías de hacía mucho tiempo. En una de ellas aparecía su madre; era la única foto que tenía de ella. Murió cuando era adolescente y tuvo que criarse en un orfanato hasta que tuvo la mayoría de edad. Guardaba imágenes muy turbias de esa etapa, que se habían incrustado en su recuerdo aunque a veces pensara que no le pertenecían.

Por lo que recordaba, al salir de aquel lugar sus cuidadoras y profesoras le entregaron una caja bastante antigua que contenía una foto de su madre y otras de parajes que no conocía, un colgante y una carta manuscrita donde su madre le explicaba quién era, de dónde venía y lo que llegaría a ser.

Esto último nunca pudo entenderlo, ya que estaba escrito con frases incoherentes e ininteligibles, como que la mente le enseñaría algo más que sabiduría y recuerdos o que la voluntad de su corazón la empujaría a realizar cosas extraordinarias y le indicaría el camino correcto. Siempre pensó que estaba un tanto desequilibrada y que por eso falleció en extrañas circunstancias, por lo poco que pudo averiguar de su expediente en el hospital. Lo único cierto que le quedaba era una fotografía descolorida de ella, imágenes de un paraje extraño, una carta arrugada y llena de delirios y un colgante antiguo que jamás se había puesto.

A su llegada a Madrid empezó a trabajar de camarera para pagarse los estudios en la universidad y así conoció a sus dos grandes amigas. Lilith era la risueña, quería comerse el mundo y no permitía que ningún hombre se acercara demasiado. Su padre había abandonado a su madre y a ella hacía mucho tiempo. Aunque su madre pertenecía a una familia rica, ya no quiso comprometerse con ningún hombre. Le habían roto el corazón y ella creció rodeada de un odio perpetuo hacia los hombres.

Sia apareció de la noche a la mañana en su vida. Era pura energía y la pieza positiva del grupo; con una sonrisa de su cara todo podía cambiar en un día gris. Era pura luz. A veces pensaba que era de otro planeta, ya que tanta vitalidad no podía ser humana. Tan distintas, pero a la vez tan iguales, se complementaban a la perfección. Cuando supieron que su vocación era la misma, ya no volvieron a separarse. La llegada a Madrid fue lo mejor que le había pasado, ellas así se lo hicieron sentir, y desde entonces se convirtieron en su familia.

El timbre del apartamento sonó.

—Voy —gritó.

Volvió a meter todos aquellos recuerdos en la caja y la guardó en el mismo sitio. Fue hacia la puerta y miró por la mirilla, topándose con la mata de pelo castaño y tonalidades doradas del detective Monroe.

Al retirar la cadena y tocar el pomo de la puerta una sensación de frío la alarmó, perturbándola. Su instinto le indicaba una intromisión no muy lejana y el miedo se instaló en su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó Logan al ver que Evelyn había dejado entreabierta la puerta.

—Pasa, por favor... —Evelyn dejó entrar al detective mientras intentaba entender lo que su cuerpo le decía—. Siento como si alguien hubiera entrado en mi vivienda sin ser invitado... Perdona, mi cuerpo siente cosas que no sé describir, y tal y como están últimamente las cosas...

Logan la miró serio. ¿Podría ser que ella hubiera sentido por un momento su presencia de la pasada noche? ¿Cómo? Volvió a pensar que podía estar frente a una adivina.

—¿Sensaciones inexplicables? —le comentó mirándola fijamente. Al ver que no le contestaba, cambió de tema—. He venido a por la documentación, nos vendrá muy bien toda la información que nos pueda facilitar.

El detective intentaba que ella se relajara y, cogiéndole la mano, le entregó un *pendrive*. Evelyn, al notar el calor que la mano del detective desprendía, dejó pasar las sensaciones que la tenían sumergida, tomó el objeto y lo depositó en la mesita del salón para encender el ordenador portátil que estaba sobre ella. Se detuvo nuevamente a mirar hacia el ventanal y las rejas. Otra sensación extraña se apoderó de ella, pero al ver que el detective la observaba devolvió la vista al ordenador.

—¿Otro presentimiento sin resolver? —preguntó el detective.

—No... —Se giró ante él, señalando hacia la ventana—. Tonterías —dijo soltando una risa nerviosa al comprobar que un escalofrío le recorría el cuerpo.

Logan la miraba atentamente, era tan humana... ¿Podría ser algo más?

Evelyn, al ver todo lo que le estaba pasando, no quería ponerse nerviosa ni tampoco sacar conclusiones precipitadas, así que hizo como si nada y se sentó delante del portátil, seleccionando las dos carpetas de fotografías y la información que tenía de los casos. Las pegó en el *pendrive* y cuando la carga estuvo completa se dispuso a entregarle dicho objeto.

—Antes de nada, quiero saber por qué me quitaste el colgante.

—Así que, ¿te diste cuenta? —Logan sonrió.

—Así que, ¿es verdad? —Le miró con reproche.

—Yo esperaba una disculpa por el golpe que recibí.

Evelyn cerró los ojos y se mordió la lengua.

—Lo siento, pero apareciste de repente y mi reacción fue protegerme. Hay cada animal por ahí...

—Lo entiendo —dijo Logan pensativo.

—¿Por qué me quitaste el colgante?

—¿Por qué estaba allanando una casa que no era suya?

La tensión de los dos empezó a subir por momentos.

—He preguntado primero —contestó Evelyn.

—Y yo después. —Logan sabía que se estaban comportando como niños, pero le encantaba desafiar a la mujer que tenía delante.

—Es usted odioso.

—Y usted desesperante.

—¿Va a contestarme?

Logan la miró fijamente y vio que los ojos de ella estaban encendidos. Bajó hasta sus labios, tan carnosos y perfilados que sintió la necesidad de besarlos. Retiró la mirada con dificultad y siguió con el juego.

—Es concluyente en el caso y no debería tenerlo. —Pudo articular costosamente. Evelyn seguía con su postura, retándole.

—Ya, pero ese colgante es muy parecido al de la estudiante. —Evelyn se dio cuenta de que Logan entrecerraba los ojos—. Puede que lo que relacione a todas las víctimas sean esos colgantes.

—Puede. —Logan extendió la mano para que Evelyn le diera el *pendrive* que tenía en la mano.

Había dado en el clavo, todas las víctimas estaban sincronizadas a través de esos colgantes porque aquellas personas no eran simples humanos; eran más que eso, una delgada línea los separaba de la realidad.

—Devuélvame. —Levantó el brazo para que Logan no pudiera alcanzar el *pendrive*.

—Ya se lo he dicho. Es concluyente en el caso y no puedo dárselo —insistió Logan antes de oír el suspiro de Evelyn—. Pero todavía puedo detenerla, si es lo que quiere.

Logan ladeó una sonrisa; sabía que interpretar el papel de “poli malo” la pondría en tensión, como corroboró la mueca de desagrado de Evelyn.

—Si sirviera de algo... ¿Me lo dejaría solo para hacerle unas fotos? —Ahora el que suspiraba era Logan; aquella mujer sí que era persistente—. Es importante para mi trabajo. —Logan asintió con la mirada—. Gracias, espero poder ayudar. —Evelyn le entregó el *pendrive* con toda la información que tenía de los asesinatos—. Estoy entre la espada y la pared... Si lo del colgante tiene algo que ver le agradecería que me echara una mano.

Evelyn se movió hacia el sofá y Logan instintivamente la siguió.

—¿Por qué dice eso? —quiso saber.

—Mi jefa necesita más información del caso y no sé qué darle. Ni siquiera vosotros sabéis cómo resolver el caso y yo tengo que sacar adelante la noticia, sí o sí. — Evelyn puso los codos encima de sus piernas y apoyó sobre ellos su cabeza.

—Lo estás haciendo muy bien, pero no puedes ir más allá que la Policía. —Evelyn le miró—. Podrías contaminar pruebas fundamentales para el caso. —Logan debía intentar que la reportera dejara de investigar y no se involucrara más de lo que ya estaba si no quería que descubriera lo que se escondía tras los asesinatos en serie.

—¿Me estás diciendo que lo deje? —Evelyn se levantó enfadada.

—Te digo que es un caso peligroso y que puedes resultar herida. —Logan la miraba caminar de un lado a otro, sabía que lo que le estaba diciendo no le gustaba.

—Puedo cuidar de mí misma, detective Monroe —afirmó señalándole con el dedo—. He sido testigo de uno de los asesinatos y salí sin daños; como puede ver, puedo valerme por mí misma. —Los formalismos nuevamente se habían terminado.

Intentó sonar convincente, aunque la verdad era que no sabía cómo podría reaccionar si volviera a encontrarse con la bestia de aquel callejón.

—Seguro que sí —afirmó Logan. Sabía que esa mujer era de armas tomar, pero verse ante uno de sus enemigos no era lo mismo que luchar contra ellos. Pensó en utilizar su destreza con sus dones y calmarla, pero no podía; con ella necesitaba ser simplemente humano—. Mi turno ha terminado, si quiere puedo invitarla a cenar —dijo Logan de repente.

No sabía por qué dijo eso, no debía involucrarse más con ella, pero desde que la tuvo en sus brazos, en la cama... quería adentrarse en su vida.

—No se preocupe, la verdad es que no tengo mucha hambre. —¿Por qué había dicho eso? Antes de que se echara para atrás, añadió—: Llamaré a las chicas para ver si quieren tomar algo en el pub New Garamont. —Logan arqueó el cuello—. Allí nos conocimos, ¿recuerda?

Lo que Evelyn no sabía era que él era propietario del local. Cuando llegó a Madrid buscó un lugar para que los de su raza se juntaran y se distrajeran con las hembras humanas y no tan humanas.

—Estaré sobre las diez —dijo sonrojándose.

—Perfecto.

Logan se dirigió a la puerta y Evelyn le acompañó.

Monroe se detuvo en el pequeño recibidor sin saber cómo despedirse. Su cuerpo se encontraba muy cerca del de ella. Respiró para tranquilizarse y las fosas nasales se le ensancharon imperceptiblemente, captando el olor de la piel de Evelyn. Cogió la mano de Evelyn, posó sus labios e inspiró su aroma.

—Su piel, su aura... me trae imágenes de mi hogar —dijo sin soltarla.

—¿Perdón? —No sabía si había entendido bien.

—Todo tu ser huele al lugar al que pertenezco. —Soltó su mano y con un giro inesperado tomó la cara de Evelyn entre sus manos, posando su frente en la de ella y aspirando toda su esencia. Evelyn oyó el rasposo respirar de él y vio sus ojos cerrados—. Nos vemos dentro de un rato.

Inmediatamente, Logan se apartó de su contacto y, sin mirarla, salió de su casa, bajando a toda prisa los pocos peldaños que separaban la vivienda con el exterior del edificio.

Evelyn entonces pudo soltar el aire comprimido que retenía en sus pulmones. La relación que tenía con el detective era rara; tan rara que su cuerpo no respondía. Tan pronto sentía que le conocía como se alteraba por cualquier cosa que le decía. Era desesperante, y lo peor era que el cuerpo del detective no ayudaba... Se ponía cardíaca solo con mirarlo. Todo en él le atraía como una polilla el fuego y sabía que si seguía jugando se quemaría. Y no le importaba.

Un vestido, un baile... Un vampiro

Evelyn salió ataviada con un vestido negro ajustado de satén. Era de tirantes y le quedaba por encima de las rodillas. Esa noche quería provocar al detective. Coció unos de sus tantos pares de zapatos de tacón, esta vez de color negro, de veinte centímetros, se perfumó con su fragancia favorita y se dirigió decidida al pub New Garamont. Llamó a un taxi y mandó un mensaje a sus amigas desde el grupo de WhatsApp que tenía como nombre Las Incendiarías.

Chicas voy hacia el New Garamont

¿Os apuntáis?

Perfecto

Allí nos vemos

Al momento, le respondió Sia.
Lilith no contestó.

Evelyn se encontraba enfrente de la entrada del pub, donde el mismo portero de la primera vez custodiaba la puerta. Se fijó en él y observó su trabajo antes de entrar, y pensó que no estaba nada mal. Se acercó entonces a la cinta donde el hombre de grandes dimensiones le debía dar acceso y este, tras examinarla con cuidado, asintió con la cabeza. Esta vez no sonrió como la primera vez que la acompañaban sus amigas.

Entró por el pasillo que conducía a la gran sala de baile y la oscuridad la envolvió, solo la música podía guiarla hacia el interior. Al entrar en la sala comprobó que estaba abarrotada de gente, pero esta vez todo parecía más normal: chicos y chicas de su edad se aglomeraban en el centro de la pista pidiendo con las manos en alto al *Dj* que siguiera pinchando más música *techo*. Bajó unos peldaños para unirse al ajetreo. Las luces estroboscópicas lanzaban destellos salpicando la oscuridad, rebotando en las pequeñas vidrieras en forma de ojo de buey de varios colores que agujereaban las paredes del local. El lugar le pareció mágico y se sintió inmediatamente hechizada.

El *Dj*, al ver cómo le animaba la muchedumbre, soltaba ráfagas de humo al compás de la música, formando nubes que pendían en el aire. Ev visualizó a Lilith al fondo de la pista, besándose con lujuria con un tipo delgado y demasiado alto para el gusto de su amiga.

“¿Será ese el elegido?”, pensó haciendo una mueca de desagrado y negando con la cabeza. Se dirigió a la barra y llamó al camarero mientras seguía observando a su amiga. Comprobó en su móvil que no había contestado al grupo. Aquel hombre no era la clase de tío que le solían gustar a su amiga. Observó cómo levantó la cabeza terminando lo que parecía un beso... y Ev se puso en alerta; una sensación de frío se apoderó de ella. Entonces llegó Sia como un huracán, empujándola al llegar.

—Lo siento, niña —dijo Sia—. Esto está al completo. ¿Ya has pedido? —soltó sofocada por haber tenido que hacerse paso entre tanta gente.

—No, estaba observando cómo Lilith se comía a ese tipo de allí. —Evelyn señaló su posición—. ¿Te dijo que venía?

—¡Ah! No... ¿Ya te lo ha presentado? —preguntó interesada mientras intentaba ver con quién estaba Lilith.

—No, ni creo que se haya dado cuenta de mi presencia, está muy entretenida.

—¡Camarero! —llamó Sia al hombre de detrás de la barra para que se acercara y les tomara nota—. Unas cervezas, por favor.

—Hoy parece que no dan esas bebidas rojas —dijo Ev al oído de su amiga un poco más alto de lo normal por el nivel de la música.

El camarero tendió las cervezas y las chicas dieron unos sorbos a sus bebidas, girándose y mirando cómo la gente seguía el ritmo de la música.

—A mí tampoco me lo ha presentado, no me da buena espina.

Ev volvió a asentir, dando otro trago a su cerveza fría.

Sia había sentido lo mismo. Ese hombre no le gustaba a ninguna de las dos. Dieron otro trago a sus bebidas y se unieron al gentío que proclamaba *Lean on*, de Major Lazer.

—Ahhhhhh... —chilló Evelyn—. Sia, vamos, es mi canción. —Tiró del brazo de su amiga y se incorporaron en el centro de la pista.

—*Do you recall? Not long ago, we would walk on the sidewalk...* —Ev tarareaba la canción como una autómata.

Las dos amigas contoneaban las caderas con los brazos en alto. Hombres y mujeres se agolpaban alrededor de ellas y varios chicos se fijaron en sus movimientos, siguiendo sus pasos y bailando todos a la vez al ritmo de *Lean on*, copiando los pasos de la coreografía.

Mientras, un par de ojos en la barandilla del piso de arriba no perdían cada detalle del baile, viendo cómo se movía la gente; en concreto, una mujer pelirroja. Las ráfagas de luces enfocaron varias veces a las dos amigas, haciendo que el baile se viera sensual y provocativo.

Evelyn seguía moviéndose al son de la música y en cada estrofa soltaba besos como decía la canción y hacía la señal de disparar con una pistola, sin ser consciente de la figura que, desde lo alto del piso de arriba de la discoteca, la acibillaba con la mirada. Dirigió la vista hacia aquella intromisión, comprobando que los ojos del detective Monroe estaban clavados en ella. Evelyn percibió el deseo que su mirada transmitía. Un hombre se aproximó más de la cuenta a Evelyn y se rozó contra su cuerpo. La mirada del detective ahora transmitía cualquier cosa menos deseo.

¿Celos? ¿Decepción?

Al ver que la mujer no le decía nada, el hombre insistió con el roce y comenzó a bajar su mano por la espalda de la periodista. Ev, paralizada por la mirada del detective, comprobó cómo sujetaba con ansia la barandilla del segundo piso y cómo sus ojos se inyectaban en sangre. Evelyn sintió escalofríos. Retiró la mirada cuando las manos del desconocido que tenía encima le sujetaban completamente las nalgas y la aupó. Al verse en esa tesitura, de muy malas maneras, se zafó de ese agarre. El hombre, al verse rechazado volvió a insistir, pero al descubrir la cara de asco de Evelyn se retiró llamándola zorra.

Logan quería bajar de un salto y desgarrar con sus propias manos al humano que estaba tocando a su reportera. Se había puesto ese vestido tan escaso y quiso morirse. Las mujeres de esa época tendían a ponerse la menor ropa posible y, aunque eso no solía importarle, aquella noche con aquella mujer le estaba poniendo cardíaco. No podía contener a la fiera que llevaba dentro.

La bestia la reclamaba y la quería ya.

El cambio de ritmo en la música hizo que Ev, aturdida por esos ojos inhumanos y el hombre que hacía nada la había sobado sin permiso, se dispusiera a salir de la pista. Miró nuevamente al piso de arriba, pero él ya no estaba. Buscó a Sia, que seguía bailando con un tío algo más joven que ella, y se dirigió a la barra. La garganta le pedía algo para refrescarse.

Escrutó el local con la esperanza de ver a Lilith, pero la nube de gente la había engullido con el hombre delgado de malas vibraciones. A pesar de que la sala estaba abarrotada, no podía quitarse de la cabeza una repentina sensación de que estaba siendo nuevamente el centro de atención. Creía haber visto al detective Monroe, pero

ya no estaba tan segura... Era absurdo creer que estaba siendo vigilada por nadie y empezaba a pensar que se estaba volviendo como su madre.

—¡Por ti! —dijo una voz en su oreja.

Evelyn gritó por el susto.

—Perdona, no quería asustarte, solo brindar.

Evelyn se tocó el pecho. Definitivamente tenía que tomarse la vida con más calma.

—He visto que te gusta bailar. —El detective se había pegado muy, pero que muy cerca de ella.

Al percibir el roce de los labios de Logan en su oreja sintió un escalofrío.

—Sí, me encanta. —Movi6 la cabeza para mirarlo a los ojos y se estremeci6—. La m6sica me relaja.

—Y calma a las fieras. —Logan ríe—. ¿M6s tranquila?

—Sí, no es nada. Creo que me estoy volviendo paranoica.

Las cejas de Logan se juntaron, frunciendo el ceño.

—¿Por qu6 dices eso?

Los labios de Logan volvieron a rozar la oreja de Evelyn y comenz6 a bajar hasta su cuello, bes6ndolo despacio. Evelyn trag6 saliva.

—Perdona, es que tengo la sensaci6n de que alguien me observa desde alg6n punto del local y no se me va. Es algo extraño...

Logan se puso en alerta, retir6ndose de su cuello. Puso todos sus sentidos en funcionamiento y observ6 a su alrededor.

—Hasta creí verte en el piso de arriba —coment6 tensa.

Logan la escuchaba, pero empez6 a detectar sombras que no pintaban bien. Intent6 localizar con su mente a Max, pero no lo consigui6 entre tanta gente.

“Mierda...”. Sintió que algo no iba bien. “Max, necesito que hagas un rastreo del recinto, presiento que no estamos solos”.

Su segundo lleg6 con Sia, cogidos de la mano, dejando a la reportera y a Logan sorprendidos ante tal muestra de afecto.

—Te estaba buscando —dijo Max.

—Ev, te había perdido entre tanta gente. Estaba bailando con uno hasta que Max me encontr6 —dijo su amiga con un toque de rubor en las mejillas.

A Evelyn le result6 de lo m6s extraño. Cuando conoci6 a Max se comport6 cortante y ahora sus mejillas la delataban, como si la hubieran descubierto haciendo algo malo con un simple contacto de manos. Mientras hablaban las dos amigas, los hombres se comunicaban telep6ticamente haciendo el rastreo pertinente. Contactaron con Declan, que estaba en la puerta del local supervisando a la gente que entraba o salía, y pusieron en alerta a todo el grupo.

Unos minutos m6s tarde detectaron vampiros en su local y no podían tolerar que en su propio territorio se derramara sangre. Las criaturas de la noche solo tenían permiso para entrar ciertos días y aquel no era uno de ellos; esa noche el pub solo pertenecía al propietario, a su grupo de hombres y a los humanos.

Unos ojos depredadores se encontraban fijos en la cabellera roja desde el otro extremo de la multitud. Iba a acercarse m6s cuando se percat6 de que había rastreadores cerca de su presa. Uno de ellos se acerc6 a la joven y, poco despu6s, se uni6 otro acompañado de una mujer con una luz bastante peculiar. El vampiro se relaj6: una protectora. Al comprobar que su cometido no iba a tener un buen fin, apret6 los dientes. Su jefe se iba a enfadar con él.

Su trabajo consistía en traer a la reportera viva ante su presencia. Quería cogerla por sorpresa y tenía prohibido hacer demasiado ruido, pero el asunto se había complicado con los dos especímenes que la custodiaban. Debía dar parte de lo que estaba presenciando inmediatamente. Si la reportera se estaba relacionando con rastreadores, debía ser una pieza fundamental.

Las luces volvieron hacer su efecto y Evelyn se fij6 en varias sombras que se movían a una velocidad sorprendente al fondo del local. Una de ellas se par6 y se qued6 mir6ndola fijamente. El cabello negro le caía por debajo de los hombros y varios mechones le tapaban la cara blanca como la porcelana. Sus ojos eran del color de la plata y su mandíbula, fuerte, enseñaaba unos dientes puntiagudos, dibujando con su boca una sonrisa cínic6, casi cruel. Evelyn tuvo un escalofrío que a Logan no le pas6 desapercibido.

—¿Qu6?

Evelyn se señal6 hacia donde se encontraba aquel hombre. Mir6 e inmediatamente dio la orden precisa. Max cogió a Sia y se la llev6 del recinto. Logan hizo lo mismo con Evelyn, cruzando la sala lo m6s rápido que pudo y apartando a la gente para sacarla de allí.

“Quiero que lo interceptéis y lo matéis, ¿lo habéis entendido?”, orden6 Logan a sus camaradas telep6ticamente. Un grupo de vampiros se había colado en su local, debían capturarlos y matarlos en el menor tiempo posible, sin cometer ning6n error.

Evelyn y Logan subieron a la segunda planta y salieron por la puerta de emergencias que se ocultaba detrás de una cortina de seda negra. Llegaron a unas escaleras que se utilizaban solo en caso de necesidad, bien para los rastreadores o en caso de incendio.

Bajaron un primer tramo de escaleras y Evelyn se par6 de sopet6n. Necesitaba respirar y tambi6n respuestas. Esas prisas no eran normales. La había sacado a la fuerza del pub y quería saber por qu6.

Un dulce manjar

Al ver que Evelyn se detenía, Logan la cogió y se la echó al hombro. Debía sacarla de allí cuanto antes.

“¿Qué interés podía tener un vampiro sobre una presa concreta, cuando había cientos de humanos allí?”

No esperó a procesar la respuesta. Siguió avanzando empujado por su objetivo: no permitir que fuera atacada en su presencia ni que ella descubriera su naturaleza. La espantaría, y su coartada como detective sería descubierta.

Evelyn le golpeó en la espalda, haciendo que Logan la depositara en el suelo en cuanto llegaron a la calle.

—¿Puedes estarte quieta? —la encaró.

—No hasta que me expliques por qué me has sacado del pub de esa manera. —Evelyn le empujó con toda su rabia, aunque Logan ni se movió.

—¿Te importaría por un momento hacerme caso? —Logan se acercó más a ella.

Volvió a sentirse embriagado por el perfume que ella desprendía.

—¡No!, quiero ir con Sia. —Él la detuvo abrazándola por el abdomen.

Evelyn giró la cabeza hacia él y Logan le acarició la barbilla. Sus ojos grises como la plata la llenaron. Le miró a los labios y sus bocas se unieron al instante. El beso fue profundizándose, haciendo que sus lenguas se fueran acoplando en un baile que no estaba programado.

Una chispa en el fondo de su corazón inundó a Evelyn, despertando algo en su interior. Le abrazó por el cuello con desesperación, intentando que sus cuerpos se acercaran más. Él aceptó y la apretó más contra su cuerpo. No quería separarse de ella. Ver su cuerpo era una adoración, pero saborear su boca era tocar el limbo. No lo había planeado, ni siquiera lo había buscado, pero ahí estaba, besándola y acariciando con su lengua todos los recovecos de su boca. Ahora nadie le podría frenar para coger mucho más de aquel cuerpo que su bestia reclamaba con ansia animal. Por primera vez en su vida sintió miedo, pero no dejaría que su interior se desatase; con ella no. Dudando de su autocontrol, Logan se separó de ella una milésima, comprobando cómo su beso había dejado enrojecidos e hinchados los labios de Evelyn.

—Ven conmigo —le susurró.

Ella tomó la mano que le ofrecía.

Corrieron calle abajo y se adentraron en la calle de Marqués de Cubas, deteniéndose en un Bugatti Veyron que estaba aparcado. La mirada de asombro de ella le hizo saber que el vehículo le había gustado. Ser un rastreador perteneciente a una de las familias más antiguas de la aristocracia tenía sus ventajas.

Logan le abrió la puerta del copiloto y Evelyn se sentó. Arrancó rápidamente y se dirigió veloz a la casa de Evelyn. Por el momento no podía llevarla al comando donde se alojaba. Llegaron a las puertas de la urbanización y Evelyn sacó de su bolso un mando a distancia para que Logan llevara el coche a la entrada del *parking*. Ella le guio hacia donde podía aparcar.

Se dirigieron ansiosos al vestíbulo donde se encontraba el ascensor. Hacía dos días que habían estado allí, juntos, pero esta vez Logan no jugaría. Llamó al ascensor y, cogiéndola por detrás, la abrazó y empezó a llenarle de besos el cuello, cosa que ella le permitió con gusto. El ascensor abrió las puertas, él la empujó dentro y ella se volvió, tomando los labios de Logan con precisión y deseo. Él cogió sus brazos y los colocó detrás de la espalda; quería tenerla a su merced y hacerla suya de una vez por todas, esforzándose por aguantarse las ganas de poseerla allí mismo.

Al entrar en la casa todo fue un frenesí de besos y caricias, llegando sin saber cómo hasta la habitación de ella. Logan cubría de besos sus mejillas rosadas, la barbilla y el cuello. Ella suspiró antes de que él le penetrara la boca con su lengua sin tregua. Ciega de deseo, lo recibió complacida, apenas consciente de que las manos de él recorrían su torso, ya desnudo.

Los besos que le otorgaba la dejaban extasiada, permitiéndole hacer a su son porque su cuerpo ya no le respondía, solo le obedecía a él. Las manos firmes de Logan recorrieron la femenina columna con las yemas de sus dedos. Esa caricia se desplazó hacia abajo y continuó por encima del tejido de las braguitas, haciendo que las manos de Logan se acoplaran en sus nalgas y se las apretara ligeramente. Ella no se resistió, le cogió del cuello y le dejó hacer. Él la volvió a besar, más profundamente, y la atrajo despacio hacia sí hasta que la pelvis de ella entró en contacto con el duro pene que estaba esperando su liberación. Evelyn le miró fijamente.

“¿Qué diablos estoy haciendo?”. Intentaba pensar con la cabeza, pero el cuerpo de él y sus besos arrolladores hacían que solo sintiera oleadas de calor que la invadían por completo.

—Espera, Logan, por favor

Qué mal sonaba eso cuando sus labios solo querían unirse a los de él.

—¿No me deseas? —preguntó él lleno de lujuria.

—Sí, claro que te deseo, pero casi ni nos conocemos y... ¡Esto es una locura!

Evelyn se separó unos centímetros de él. Quería que su cabeza se despejara y, con su cuerpo tan cerca, la cosa se complicaba bastante.

—No pienses, haz lo que tu corazón sienta. —Le pasó los labios por encima de los suyos mientras se lo decía y ella se sintió morir ante ese contacto.

—Dios, si dejara a mi corazón...

—Deja a Dios ahora y piensa solo en nosotros dos.

Otro beso más.

Otro...

Y otro...

Evelyn sabía que lo que quería era tenerle muy dentro de ella y sentirse amada. Entonces pensó en Lilith y en su lema de vivir el momento.

Las manos de él no dejaban de recorrerla y sus labios hambrientos le reclamaban a gritos que se decidiera de una vez. Lo deseaba, y mucho.

—No soy capaz de pensar en nada que no seas tú. —Le declaró Evelyn apretando su cuerpo al de él y disfrutando de la sensación de fundirse con su piel.

Logan se había desprendido de su camiseta hacía tiempo, dejó de besarla y la miró con intensidad. Se apretó contra ella con un gesto lento y deliberado; quería que sintiera en toda su plenitud cómo su pene quería salir de su cárcel e introducirse muy dentro de ella. Evelyn estaba húmeda como no recordaba y el sentimiento de deseo era mutuo, pero Logan necesitaba la confirmación de ella para dar el siguiente paso. Al fin y al cabo, era un hombre del siglo XVII.

—Evelyn, dime por favor que tú también quieres esto —susurró él.

—No pares —le dijo sin ser dueña de su voz.

El detective cogió la mano de Evelyn y la depositó en su miembro abultado. Ella rodeó su pene con la mano y acarició su piel aterciopelada lentamente. Empezó a subir y a bajar su mano por todo su miembro, haciendo que Logan se retorciera de placer ante aquellos movimientos. Las manos de él, temblorosas, se dirigieron hacia las braguitas de ella, deslizando la prenda a través de esas piernas largas que tanto le gustaban. Depositó una de las manos en la apertura de la vagina, comprobando que estaba preparada para él, lo que le hizo perder la cabeza. Introdujo uno de sus dedos dentro de ella; su sexo estaba empapado y pudo entrar y salir con facilidad. Ella gimió ante tal intromisión, pero el calor que empezó a sentir la invadió en una oleada que la dejó temblando.

—Hazme tuya —murmuró con un hilo de voz.

Logan metió otro dedo dentro de ella, y después otro más. Evelyn se retorció de placer sabiendo que una ola de fuego le palpitaba en lo más íntimo de su sexo, haciendo que poco después explotara en mil pedazos. Se había corrido con demasiada facilidad. Se mordió los labios sintiendo todavía el placer que Logan le había regalado, pero quería seguir disfrutando de él.

—Logan, hazme el amor.

Con manos ágiles le desabrochó el sujetador, dejando libres sus pechos voluminosos. Engulló uno, lamiéndolo y mordiéndolo con detenimiento hasta dejarlo rojo y erecto ante él. Fue a por el otro, preparado para recibir las mismas caricias, haciendo que Evelyn gimiera y se derritiera ante él. Logan se puso de rodillas delante de ella,

dejando que el aire le acariciara la piel desnuda, y le separó las piernas esperando satisfacer sus deseos.

Bajó su lengua hacia ese deseo que proclamaba un cuidado extremo, sujetó con firmeza sus brazos por encima de su cabeza y ella sintió cómo la lengua le penetraba en su sexo húmedo. Logan no le dio tregua, dándole dulces golpecitos en su botón del placer que hacían que Evelyn se deshiciera de placer hasta llevarla a la cima.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, rindiendo su cuerpo ante él y a la locura de aquel encuentro con su detective. Logan dejó de sujetarle los brazos y ella clavó sus uñas en las sábanas de la cama, sujetándose, ya que veía que las piernas le empezaban a fallar. El orgasmo que le proporcionó le recorrió todo el cuerpo, haciéndola desfallecer.

Evelyn admiró aquel masculino cuerpo desnudo. Empezó a recorrer con su lengua el tatuaje impreso en el fornido cuello. Ante aquel contacto, Logan sintió una brutal electricidad, no sabía si de dolor o de deseo. Evelyn examinó los símbolos celtas perfectamente dibujados que iban desde el comienzo de su cuello hasta sus caderas. El tatuaje mostraba tonalidades que iban desde el marrón tierra hasta un rojo púrpura, juntándose con el negro de la noche.

—¿Por qué tatuarse algo así en todo el cuerpo? —preguntó Evelyn sin pensar.

Logan bajó la cabeza contemplando los pechos de ella, viendo cómo se movían al compás de su respiración. Ella, fascinada por las líneas perfectamente tatuadas, quiso tocarlas de nuevo, pero Logan, al ver su mano dirigirse hacia su marca más palpable, la cogió de las muñecas. Esa sensación de frío abrasador no le gustó nada.

—Logan... —susurró ella.

La soltó de inmediato. Aquella mujer era todo lo que él quería, pero no sabía por qué le turbaba de aquella manera. Evelyn deslizo sus manos por las líneas de los hombros de Logan hacia abajo, acariciándole mientras se abría para recibirle de nuevo.

Él ya se sentía perdido. No le importaba lanzarse al gran abismo y complacer a esa mujer de cabellera rojiza con tal de verla sonreír. Se colocó otra vez encima de ella y, poniendo su duro y grueso pene en la abertura de su sexo, emitió un gruñido de satisfacción cuando la penetró con una fuerte y profunda embestida. Evelyn no pudo reprimir un gemido de placer al notar cómo su miembro erecto la llenaba por completo, iniciando una danza perfectamente acompasada.

—Podría estar haciendo esto durante toda mi existencia y nunca me cansaría —pudo articular Logan con voz ronca y sin aliento.

“He tenido que esperar tanto para conocerte y sentirme plenamente humano”, dijo dentro de su cabeza. No podía decírselo en voz alta, aunque quería gritárselo. Nunca había conocido a ninguna mujer que le hiciera sentir tanto escozor en su pecho, pero no de dolor sino de pura pasión. Experimentar que podía pertenecer a alguien plenamente y vivir por y para esa persona... Ella era su mitad, y aunque su naturaleza no le permitía estar con ella, intentaría llegar hasta donde pudiera.

—Quédate conmigo —suplicó Evelyn sin pensar, como si hubiera escuchado las palabras que Logan no podía articular.

Sus miradas se cruzaron y los ojos de Logan se volvieron rojos como la sangre, mientras que los de Evelyn, de verde esmeralda, empezaron a transformarse en llamas de un tono púrpura. Los dos, entre embestida y embestida, pensaron que era culpa de las luces que se filtraban a través de la noche por las ventanas de la habitación.

Ella enredó los dedos en el pelo de él y gritó sin respiración a medida que el ritmo de él se iba incrementando, sabiendo que los dos estaban a punto de culminar en el orgasmo. Se agarraron frenéticamente el uno al otro, haciendo que Evelyn sintiera la corriente del orgasmo en lo más profundo de su vientre. Logan, al verla tan próxima, la embistió con más fuerza hasta que la oyó gritar de pasión; entonces se dejó ir, gritando y suspirando hasta caer agotado en los brazos de ella.

Logan salió del edificio de Evelyn con una gran necesidad, se dirigió a su vehículo y con un ligero movimiento de cejas abrió el portón para salir del edificio. La había dejado profundamente dormida en su dormitorio, agotada después de varias horas de pasión desenfrenada. Nunca había experimentado el amor y ya quería volver a repetirlo.

Desde que se transformó en lo que era solo había tenido una relación, que además le llevó por la calle de la amargura. Había intimado con su amiga mágica que, gracias a sus dones de seducción, logró que en un principio apaciguara la rabia y el dolor de lo que era. Fairuza hacía que sus días fueran más llevaderos, pero llegó un punto en el que necesitaba más: una complementación que nunca llegaba. Conocer a la reportera le había descolocado por completo, y sabía que si ella era su complemento debería encontrar un remedio para que al momento de revelarle lo que sentía no huyera de la abominación que representaba.

Aquella noche ella no le había rechazado. Y se alegró por ello.

Recordó cómo sus ojos se transformaban en un tono púrpura hipnotizándolo por completo.

“La luz de las farolas que entraban por las ventanas”, dedujo.

Porque ella era humana. Así se lo había dicho su cuerpo.

Arrancó el coche sintiendo que el esfuerzo físico que había realizado le pedía a gritos alimentarse, y no de comida normal, sino de algo que aborrecía por completo.

Sangre.

La mujer de su queridísimo hermano le había otorgado unos poderes sobrenaturales, con los que podía luchar hasta caer extasiado y matar a todos sus enemigos, pero el precio era tener en el mismo cuerpo lo mejor y lo peor de un ser inmortal. Comprendió el porqué de ese maleficio: quería castigar a su padre, y con él, a toda su estirpe. Hacerles comprender lo malo, pero también lo bueno que tenían esas criaturas.

Tocó su estómago y volvió a sentirse como un sucio y cruel chupador. Si volvía a casa de Evelyn podría probar su sangre y seguramente después ella no se acordaría de nada. Seguro que era deliciosa.

“¿Cómo puedo pensar en hacerle daño? Eso no va a suceder nunca”, se dijo con dureza.

Dio dos fuertes manotazos al volante, enfadado por lo que su bestia le obligaba a hacer. Tendría que llegar rápido al comando y alimentarse de las bolsas de sangre que tenían en neveras especializadas para su conservación. No llegaría jamás a ponerse al mismo nivel que los vampiros, que utilizaban a los humanos como recipientes, aunque su bestia le empujaba cada día más a cruzar la línea.

Arrancó el coche, aceleró y se perdió en la más inmensa oscuridad, rumbo al campamento.

La misión

El campamento se encontraba en uno de los pueblos a las afueras de Madrid. Había varias mansiones abandonadas o sustraídas a algún traficante de drogas en la que estaban alojados sus camaradas y él. Fue comprada en una de las miles de subastas que se realizaban en la Comunidad de Madrid y que Logan adquirió expresamente porque toda la información que tenía indicaba que la pieza que necesitaban podría estar en algún recoveco del centro de la ciudad. Así, se movieron precipitadamente, alojándose en aquel lugar hasta que pudieran encontrar el amuleto que la maldición describía.

Al llegar a la gran ciudad no encontraron el talismán, pero sí grandes enemigos ancestrales que se habían asentado en las calles de tan caótica ciudad. Así que, mientras buscaban, iban acabando con todos los rivales con los que se le topaban a su paso.

Logan estacionó en el gran aparcamiento de la casa su Bugatti Veyron y entró en el salón de mando, donde tenían todo el instrumental de investigación. Declan estaba junto a uno de los monitores de pantalla plana observando cómo sus enemigos se iban multiplicando, lo que les hacía más complicado el rastreo del amuleto.

—¿Tenemos algo? —le preguntó ansioso Logan, por ser Declan quien se encargaba de todo lo referente a la informática, las armas y, en ocasiones, a ser el portero del pub.

Junto a él se encontraba una mujer esbelta de cabello castaño, con tirabuzones entrelazados con hojas pequeñas de roble. Su rostro alargado, con ojos rasgados y labios en forma de piñón, observaba a Logan.

—Fairuza —saludó él.

Ella, con pasos sincronizados como los de una gran bailarina, se acercó a Logan y le abrazó cariñosamente. Él la devolvió el saludo, aunque no tan efusivo como ella.

—Sabes que delante de mis hombres no quiero ningún rastro de afecto —le gruñó.

El hada, ante la reprimenda, le puso morritos.

—Llevo varios días fuera y te echaba de menos.

Fairuza, melosa, no dejaba de abrazarlo, intentando acurrucarse más aún en su torso fornido, buscando la atención que requería. Logan la apartó de su pecho, cogiéndola por las muñecas y encarándose a ella.

—Declan...

Su compañero miraba a su líder y a la mujer del bosque esperando poder salir de aquella situación, pero estaba en su lugar de trabajo y no podía irse sin más. Logan esperaba una contestación por su parte y carraspeó.

—Eh... —Con nerviosismo, Declan dio la vuelta a su silla poniéndose delante de los monitores y tecleando impaciente—. Nada hasta el momento. He estado cotejando la información que te facilitó esa reportera, además de verificar una de las fotos que comentaste, y creo que deberías echar un vistazo. Relacionado con lo nuestro no tenemos nada, pero referente a las criaturas de la noche... La reportera... puede que nos haya descubierto. En varias sale Conrac y en otras... —Declan dejó sin terminar la frase al ver la cara de Fairuza.

—¿La reportera? ¿Qué reportera? —El hada encaró a Logan achicando sus ojos de color avellana, que empezaban a desprender chispas causadas por los celos.

—Fairuza, no es el momento.

Ella olfateó el ambiente y lo supo: había pasado a segundo plano.

—Mal rollo —exclamó Declan—. ¡Ops...! —chasqueó la lengua al percatarse de que lo había dicho en voz alta.

Se había creado una situación de mal gusto en aquella sala y ahora no había forma de salir de ella. Fairuza miró con desagrado a Declan y con rabia a Logan. Ella no era el segundo plato de nadie; era una criatura del bosque venerada por sus congéneres y aquella no era forma de tratarla. Con un graznido se liberó de las manos de Logan y salió de la estancia.

—Puf... vaya. No sé cómo dejas que siga merodeándote —opinó Declan al salir del atolladero—. Sabes que las hadas son peligrosas y aun así te arriesgas...

—Ya he hablado con ella. Lo nuestro quedó en el pasado, y si sigue con nosotros es porque la diosa la encomendó para que nos ayudara.

—Creo que eso quedó al margen cuando la metiste entre tus sábanas.

—Declan... —dijo advirtiéndolo para que no se metiera en sus cosas.

—Está bien. —Declan levantó los brazos, rindiéndose—. Tú sabrás cómo debes controlar esa relación.

Se preocupaba por su líder, era su deber y sabía muy bien que esa relación podría traer malas consecuencias, pero lo dejó por el momento y prosiguió contándole todo lo que había averiguado.

—La reportera ha estado en varios de los sitios donde vampiros, licántropos, wendigos, magos y demás bichos vivientes que podamos catalogar hasta nuestra historia se han asentado. Esta tía está en constante peligro. ¡Es la bomba! —Los ojos azules del color del mar de Declan centellearon—. Lo que quiero decir, Logan, es que esa mujer sabe más que nosotros. Si es una simple humana... —Alzó sus cejas diciéndole con la mirada que posiblemente fuera algo más de lo que parecía.

—Puedo asegurarte que es humana —afirmó Logan, haciendo que su compañero de batalla le examinara con cuidado.

—¿Te la has tirado también? —le preguntó recriminándolo, pero a la vez alegrándose por su amigo. Llevaba mucho tiempo sin verle con una mujer—. Por eso Fairuza se ha puesto así... —Declan rio y Logan sacudió la cabeza a la vez que ponía los ojos en blanco.

—Solo quería sacarla del pub, ¿de acuerdo? Y la cosa se complicó más de la cuenta; tanto, que caí en sus garras —se dijo para convencerse más a sí mismo que a su compatriota.

—O, mejor dicho, ella en las tuyas —prosiguió su compañero, pinchándole.

—Muy gracioso, pero ahora vamos a lo importante del asunto: ¿qué paso con el grupo de chupasangres que se coló en mi local?

Declan se puso tenso.

—Lo siento, pero se nos escaparon. Parece que entraron por la azotea, la puerta de acceso estaba abierta y accedieron sin que nadie los viera ni fueran detectados —le explicó con prudencia. Sabía que Logan podía enfurecerse por el error—. Encontraremos a esos capullos, no te preocupes.

—No me preocupo, ya lo sabes —repuso Logan.

Era consciente de que tenía a los mejores hombres junto a él. Declan era uno de los grandes y fieles guerreros del batallón de su padre, y ahora, después de tantos años, le juraba lealtad a él. Era grande en la lucha cuerpo a cuerpo y con las nuevas tecnologías.

—Localizadlos, ¿de acuerdo? Que te ayude Horik si es preciso. Uno de ellos se fijó en la mujer a la que ayudé y no quiero que la intercepten de nuevo.

Declan asintió, poniéndose manos a la obra ante la tecnología que tenía delante.

Logan se dirigió a la sala de entrenamiento donde se encontraban sus otros compañeros de lucha. Antes de que pudiera adentrarse en la sala, Fairuza le detuvo.

—¿Por qué no me has contado que juegas con una humana? —saltó el hada, enredándose en el cuerpo del *raptor*.

—Creo que mis escarceos no son de tu incumbencia.

—Lo son si me quitan a mi hombre.

Logan cogió de la cintura a Fairuza y la apartó de su camino.

—No juegues conmigo, Logan. Sabes que igual que te he ayudado durante años puedo ser muy perjudicial para ti. —Se acercó a él dándole un beso en la mejilla y desapareciendo con elegancia.

Logan suspiró, arrepintiéndose de haberse metido entre las piernas de aquella hada y se adentró en la sala, donde se oían gritos y golpes. Sus compañeros estaban entrenando. Los observó ejercitando sus distintos talentos, que los hacían únicos y especiales. Muchos de ellos cayeron en la batalla mucho tiempo atrás, aun teniendo increíbles dones. Aunque no morían como los humanos, sí podían perecer con un mordisco de un licántropo, convertirse en un total y asqueroso vampiro o perder su esencia vital ante una estriga. Los que quedaban seguían juntos por un objetivo: encontrar la cura a su naturaleza.

Nada más entrar saludó a Conrac, su tercero al mando y al que confiaría su vida sin dudarlo. Siempre le respaldaba, se conocían desde niños y, aunque sus rangos eran muy distintos, eso no les impidió trabar una fiel amistad. Era un guerrero fuerte, con pelaje de color negro cobrizo y ojos color avellana que le hacían parecer un hombre rudo, con rasgos muy varoniles. Su cuerpo también estaba tatuado por los mismos símbolos celtas, pero cada uno tenía un color en particular. Era lo que los caracterizaba como seres distintos dentro de su raza. Estaba levantando más de cien kilos de peso cuando dejó la barra de pesas y estrechó la mano que su amigo le ofrecía, chocando el hombro a su vez.

Perry y Bennet, otros dos de los guerreros de su linaje, estaban ocupados luchando con sus espadas de acero. Aunque habían pasado los años, Perry siempre utilizaba armas blancas, nunca de fuego. Las espadas chocaban constantemente entre sí, haciendo que los guerreros lucharan cuerpo a cuerpo. Bennet no era tan bueno con la espada; su habilidad era el arco y la creación de nuevos explosivos, pero no quitaba que fuera rápido y bloqueara los movimientos de su adversario. Eran, junto a Zeus y Horik, los más jóvenes del grupo. No se podía decir que no llamara la atención entre las féminas, ya que su cabello rubio y sus ojos azules del color del glaciar llamaban demasiado la atención. Era el bravucón del grupo y, lo más fundamental, el experto en armas.

Horik y Zeus eran lo contrario: sus rasgos duros y serios les hacían parecer más fieros de lo que eran en realidad. Hermanos gemelos, en lo único que se diferenciaban era que Horik era más tolerante y tenía corazón. Zeus lo perdió hacia tiempo, dando paso a la peor versión de él mismo. Le gustaba provocar miedo por donde pasaba, como un león salvaje siempre a punto de atacar. Por lo demás eran iguales: sus cuerpos eran muros de músculos y traspasarles parecía imposible, sus cabellos eran del color de la noche y sus ojos ambarinos les hacían parecer salvajes. A Logan le hubiera gustado que Zeus fuera como su hermano, controlable, ya que su personalidad le estaba dando siempre problemas. En aquel momento Zeus no se encontraba en la sala, ni tampoco Max.

—Hola colega, ¿qué tal? Pensaba que llegarías antes. ¿Has estado examinando el territorio? —preguntó Conrac.

Era uno de los privilegiados que tenía pareja. Conoció a Alda pocos años antes, en una cacería cerca del pueblo de O'barco, en Ourense, donde tuvo que rescatarla de ser mordida y convertida en vampiro. Era una muchacha perdida en el mundo, sin familia y sin trabajo, por lo que, con permiso de Logan, fue admitida en el grupo. Se comprometieron y se juraron amor eterno como antiguamente.

—He estado algo ocupado —dijo Logan—. ¿Y Max y Zeus? —preguntó.

Pensó que Max probablemente estaría por la mansión, pero Zeus llevaba muchos días que desaparecía sin dar explicaciones y eso le empezaba a inquietar. Horik le decía que era joven y que necesitaba en determinados momentos estar solo, pero no podía comprender que quisiera estar casi siempre alejado del grupo. Horik y Bennet también eran jóvenes y no se comportaban así.

—Max está con Alda, ayudándola en la cocina, y Zeus... Últimamente está muy raro, Logan. Se suponía que estaba recuperado, pero vuelve a estar alejado del grupo. Deberías hablar con él; tal vez Horik sepa algo —le dijo preocupado.

—Horik —le llamó Logan. Estaba lanzando dagas contra un muro de paja—. ¿Dónde está tu hermano?

Horik chasqueó la lengua, molesto. Su hermano desaparecía sin dar explicaciones, ahora eran como dos desconocidos.

Al ver que él tampoco sabía dónde estaba, Logan miró a Conrac.

—Hablaré con él cuando le vea. ¿Me acompañas?

Logan se sentó en la mancuerna que había al lado de la de su amigo y miró la barra que indicaba que había otros cien kilos, cogiéndola y girándose hacia su compañero.

—¿Series de cincuenta?

—Hecho.

Logan necesitaba mantenerse cuerdo por unas horas y no pensar en la reportera, y una sesión de gimnasio le mantendría ocupado.

Después de una hora y media haciendo cardio y musculatura se fue a su habitación privada para darse una buena ducha; luego descansaría un rato hasta la hora que habían indicado para hacer la inspección rutinaria y ver las siguientes edificaciones de la ciudad, donde dos grupos de aquelarres se juntaban para sus hechizos y sus pociones.

No había dicho nada a sus compañeros sobre lo que podría significar aquella mujer, tampoco debía darle demasiada importancia. Se negó a los sentimientos hacía mucho tiempo y solo podía pensar en la cura de sus compañeros. No tenía tiempo para nada más. Sus camaradas, en cambio, intentaban ser leales a su legado; querían ser humanos de nuevo y encontrar una pareja para continuar su existencia. Él no podía pensar como ellos, era su líder y como tal debía dar ejemplo.

Mientras el agua de la ducha caía, pensó en cómo Conrac disfrutaba de ese privilegio mientras que Zeus no fue correspondido de la misma manera. Era demasiado crío cuando conoció a Melisa, la hija de un comerciante que un día por semana venía a vender carne al castillo. Al convertirse, la bestia que albergaba en él fue más fuerte que su parte humana y partió a buscarla. El final de la historia no fue tan fructífero como le hubiera gustado y Logan se culpaba cada día por ello, llevándolo eternamente en su conciencia.

Después de calmar los músculos se dirigió a la zona de aparcamiento, donde varios de sus compañeros ya le estaban esperando. Uno de ellos era el desaparecido Zeus. Se dirigió directamente a él.

—¿Dónde te has metido?

Logan observó que su aspecto no era el mejor de todos. Zeus suspiró, queriéndose escapar del campo de visión de su jefe. Este se acercó a él; el olor a sudor y rabia invadió sus fosas nasales. Miró su atuendo: algunas zonas de la camiseta y el pantalón presentaban los desgarrones típicos de haber formado parte de una pelea reciente.

—Tu aspecto es deplorable —afirmó Logan—. ¿Qué has hecho?

Zeus levantó los ojos por debajo de su flequillo negro y se mostró burlón ante su líder. Sabía que su comportamiento no era el adecuado, pero poco le importaba lo que pudiera pensar. Era el que siempre se metía en problemas y al que nunca le pedían consejo. Su musculatura era tan impresionante como la del resto, aun pareciendo un muchacho. Su abdomen estaba recubierto por las mismas líneas de distintas tonalidades y su actitud empezaba a inquietar a Logan, ya que cada día se encerraba más en sí mismo. La oscuridad de su pasado le perseguía, todos sabían que su compañero sufría sin poder evitarlo; desprendía frialdad a su paso y no sabían qué oscuro día se levantarían y descubrirían alguna locura realizada por él. Necesitaba encontrar la dichosa cura para que los demonios que perturbaban a Zeus le devolvieran esa vida que tanto anhelaba, aun sabiendo que su corazón seguiría roto.

—Voy a preguntártelo otra vez: ¿dónde has estado? Y no me digas que de fiesta salvaje.

—Déjame, ¿vale? No eres mi padre y no tengo nada que explicarte.

—Hermano... —Horik quiso calmarle, pero Logan se lo impidió.

Como líder del grupo debía mantener el control. Zeus empezó a alejarse rumbo a las escaleras que le llevaban al interior de la mansión. Logan, con una velocidad asombrosa, le paró los pies y le cogió del cuello, levantándolo un palmo y tirándolo con brusquedad contra el suelo.

—Me estás cansando, Zeus. Si no dejas tus bobadas y empiezas a comportarte como lo que eres, tendré que tomar las medidas oportunas. Ahora dime, ¿qué has estado haciendo?

Zeus escupió al suelo y miró fijamente a su líder, con unos ojos fríos como el hielo. Su cara no reflejaba ningún sentimiento y eso a Logan le sacaba de quicio. Desvió la vista hacia sus subordinados, que estaban quietos observando la escena sin querer intervenir.

Horik, en cambio, tenía los puños y los dientes apretados. Sabía que no debía intervenir, pero era su hermano, su sangre. Dio dos pasos, acercándose adonde estaban. Sus compañeros, imaginando sus intenciones, le cogieron de los brazos impidiendo que realizara ningún movimiento del que pudiera arrepentirse más tarde.

Logan vio cómo sujetaban a Horik. Volvió a increpar a Zeus y se dio cuenta de que se estaba poniendo al mismo nivel que el muchacho. Le tendió la mano para que pudiera levantarse y Zeus miró a sus compañeros y a su hermano, que no dejaron de captar todo lo que pasaba entre ellos dos. Miró la mano de su líder, dudó y finalmente se agarró a ella para levantarse.

Al erguirse, los dos *raptor* se miraron como rivales, sin pronunciar palabra. Detrás de ellos entró Max, el que faltaba para completar el grupo.

—¿Pasa algo? —preguntó Max. Logan y Zeus lo miraron—. Llego tarde, pero no es para que me miréis así.

Los demás compañeros le hicieron señas para que cerrara la boca.

—Bueno, si puedo interrumpir, debería decir que Zeus... —continuó Max, con todas las miradas clavadas en él... estaba en lo cierto. Examiné los dos polígonos

que me dijiste y has dado en el clavo: todo bicho sacado de una película de terror se está congregando para matar sin parar. Vi uno de los grupos que estaban planeando sus ataques y cómo hablaban de un objetivo: nuestra cura.

—¿Nuestra cura? —preguntó Logan—. ¿Has ido donde este mequetrefe te ha dicho? ¿Estás loco?

Max le hizo callar. Lo que había averiguado era importante. Los seres de la noche no sabían de la existencia de una cura y ahora iban a por lo que ellos ansiaban.

—Los asesinatos están relacionados, y no solo porque estén cometidos por ellos sino porque casi todos son brujos. Están captándolos y exterminándolos, y su único objetivo es el mismo que el nuestro. Algunos eran humanos, simples aprendices que son adoptados por los aquelarres. Al verse en minoría necesitan fortalecerse captando a humanos que quieran seguir sus métodos. —Todos escuchaban con atención, Max había averiguado demasiada información—. Todas las muertes han sido realizadas cerca del centro de la ciudad, donde más concentración de civilización hay. —Max prosiguió con los datos que Zeus le había proporcionado—. Ahora bien, la pregunta clave es por qué lo quieren ellos y la respuesta es muy clara: jodernos. —Max abrió los brazos, concluyendo su discurso.

Logan estaba en *shock*, sin poder mover ningún músculo ni parpadear, y Zeus miró a Logan con cara de reproche. No estaba metiendo al grupo en problemas sino que intentaba ser útil.

Zeus retiró la mirada de Logan y prosiguió su camino hacia la mansión.

—Lo siento, hoy me quedaré descansando —dijo Zeus a gritos antes de entrar por una de las puertas de acceso.

—¡Zeus! —bramó Logan.

“Hermano, por favor”. La súplica de Horik inundó la mente de Zeus, haciendo que este regresara con el grupo, uniéndose a la misión y subiéndose a uno de los coches sin dirigir la vista a su líder.

Logan sabía que Zeus había hecho un buen trabajo, pero no tuvo la decencia de agradecerle su labor. Le carcomía como líder no haber sido el primero al que Zeus hubiera acudido. Había ido directamente a su segundo al mando, ¿no tenía confianza en él? Zeus le seguía culpando por lo que era y no podía hacerlo. De igual forma, debería en algún momento hablar con él. Era su líder y las reglas eran muy claras, no podía saltarse los rangos a la ligera.

—Logan, deberías mirar esto, es importante. —Max le entregó los papeles que tenía en las manos.

La cosa pintaba mal. Muchos más cuerpos iban a aparecer por las calles. Logan, que tenía los puños cerrados y en tensión, los cogió, viendo los gráficos y los puntos donde las criaturas se estaban congregando. Miró uno a uno cada documento y se dirigió a sus camaradas.

—Muchachos, tenemos trabajo.

El despertar

—¡Evelyn! —La camarera del Starbucks pronunció su nombre para entregarle el café con leche caliente y la tarta de arándanos que había pedido.

La reportera fue a recoger su pedido y se sentó en una mesa próxima a la salida. Había quedado allí con Sia y Lilith para desayunar, y mientras esperaba se zambulló en la noche que había pasado con el detective Monroe.

No había sido un sueño, las caricias y los besos proporcionados por él todavía seguían palpables en su piel. Se le dibujó una amplia sonrisa en el rostro. Podía afirmar que esa noche había sido perfecta y no sabía cuántas veces había llegado al clímax junto a él... Sencillamente increíble, pero al despertar y estirarse en la cama comprobó que aquel cuerpo no estaba a su lado y se sintió decepcionada, porque hubiera querido levantarse entre sus brazos.

Se había esfumado en algún momento de la noche, cuando ella estaba profundamente dormida. Se levantó con desgana, completamente agotada, pero el día empezaba y el trabajo la llamaba.

Habían quedado en la plaza de Callao. Después irían a la cadena para repasar una vez más todos los datos que tenían. Su jefa la iba ahorcar sin cuerda y a echarla a la calle sin ninguna compasión.

—Hola, guapísima. —Sia había llegado, sacándola de sus pensamientos. Dejó la maleta de la cámara, lo que resultó raro a Evelyn ya que la responsable era Lilith, y se dirigió al joven de la caja para hacer su pedido—. ¡Qué bien te veo! —le dijo guiñándole un ojo.

¿Tanto se le notaba que había pasado la mejor noche de sexo de su vida? La verdad era que le daba igual que todo el mundo lo supiera, se sentía radiante.

Al rato, Sia se incorporó a la mesa mordiendo su *muffin* relleno de chocolate.

—Lilith se retrasa —dijo Evelyn.

—Pues espera sentada. Me envió un mensaje que decía que estaba con su *guaperas* y que hoy no pensaba ir a trabajar, por eso traigo yo la cámara. —Sia dio otro mordisco a su magdalena.

—¿Qué? Estupendo —soltó Evelyn enfadada—. ¿Y qué le digo ahora a la jefa?

—No sé, Ev, parece que se ha colado pero bien...

Evelyn soltó el tenedor con el que estaba comiendo su tarta de mala gana y dejó caer la espalda en la silla.

—Muy bien, otro problema para el día de hoy.

Dejó el desayuno a medio terminar. Su día espléndido empezaba a nublarse. Cogió su bolso y se dirigió a la salida de la cafetería mientras Sia la seguía a la carrera.

De camino a la cadena, Evelyn conducía pensativa. Sia no quería preguntar, sabía que su amiga llevaba un peso demasiado grande sobre sus hombros; si supiera lo que ella sabía... Pero debía guardar silencio, por su amiga y por ella misma. La examinó con detalle y descubrió en su expresión una chispa que empezaba a brillar.

—¡Tú has tenido sexo esta noche! —Sonrió de emoción, pero a la vez con precaución—. ¿A que sí? —Evelyn sonrió también—. Pues claro, Monroe te sacó precipitadamente del local y yo.. Yo me quede con Max, pero ¿tú...?

—¿Qué? —A Evelyn se le escapó una carcajada, inundando el coche con ella.

—Pues eso, que lo has hecho —sentenció Sia. Evelyn la volvió a mirar sin querer afirmar lo evidente—. Joder, Ev, te has acostado con Monroe.

Evelyn no podía callarlo y asintió con la cabeza.

—Pues parece que te ha sentado muy bien. —Sia la miró con reproche.

Se alegraba por su amiga, pero no quería que le hicieran daño.

La encomendaron una misión, pero no su destino. Evelyn debía seguir por el camino que ella escogiera.

—¿Es bueno? —saltó su amiga viéndola en esa situación tan risueña.

—¡Serás cotilla!

—¿Yo? —dijo su amiga levantando las manos—. Vale, pero por cómo te has puesto, debe ser muy, pero que muy bueno. —Las dos rieron—. Bueno, ¿y cuándo me lo vas a presentar formalmente?

—No. Si lo volvemos a ver, que no lo sé, no quiero que digas nada. Solo he pasado esta noche con él, y ha sido algo esporádico, sin pensarlo, una cosa llevó a la otra y de pronto llegamos a mi apartamento y surgió... sin más. —Esos momentos los volvieron a la cabeza y sí, ella quería repetir.

Una parte de ella le decía que todo había sido una locura, y lo era. No lo conocía de nada, pero con ese hombre era imposible pensar con claridad. Su cuerpo perfecto y su esencia varonil le nublaban los sentidos y respondía a él como un imán. De pronto se puso rígida, apretando las manos al volante hasta que se le empezaron a poner blancas.

“Tonta, tonta y más que tonta.”

Sia se percató de esa reacción.

—¿Qué pasa? Te has puesto blanca y si el volante pudiera respirar creo que ya hubiera muerto de asfixia. —Sia puso su mano sobre el hombro de su amiga.

—No utilicé protección —dijo Evelyn casi sin aliento.

—¿Cómo has dicho? —Sia no se creía lo que estaba escuchando. Lilith era la loca de las tres y Evelyn la más sensata, la que siempre pensaba mil veces las cosas antes de hacerlas—. ¿Te has vuelto loca o qué? Primero Lilith pierde la cabeza por ese hombre, y tú ahora, ¿pierdes el capuchón? Pero ¡qué os pasa! —Sia estaba alucinando—. Espero que no estés embarazada, porque después de tu celibato estamos apañadas.

Sia la miraba cabreada, pero lo que no sabía Evelyn era que también se alegraba por ella. La veía feliz y eso era lo que quería para ella. Aun así, su cometido era que su amiga fuera por el buen camino. ¿Y si su destino la estaba lanzando de lleno contra ese hombre? Sabía que Max era distinto, aunque sus superiores no le habían dado detalles, pero si estaba en lo cierto Logan no sería lo contrario.

“Pues sí, lo que me faltaba”, pensó Evelyn. Se sentía idiota, pero solo con pensar en el detective Monroe su cuerpo vibraba de deseo.

Logan había pasado las últimas horas de la noche inspeccionando los edificios que Zeus había señalado. Su trabajo había sido perfecto. Se encontraron con cientos de vampiros y estrigas congregados que no quisieron cooperar, y sus armas de titanio tuvieron que pronunciarse.

En el pasado masacraron vidas por todo y por nada, pero llegaron a un punto en el que comprobaron que entenderse era mejor que matarse. Por este motivo, únicamente acababan con una criatura de la noche si les metía en problemas. Tenían una prioridad y solo buscaban la información necesaria para llegar a ella, pero esa noche ninguno de los brujos interrogados les pudo decir nada en concreto; algunos conocían la maldición y habían oído hablar de la joya que necesitaban pero su linaje no la custodiaba, y otros no sabían de qué les estaban hablando. Empezaron a pensar que tal vez Madrid era más amplia de esperanzas que de realidades.

A la llegada a la mansión convertida en cuartel, Alda esperaba inquieta a aquellos hombres a los que consideraba su familia, confiando en que regresaran sanos y salvos de cada misión; especialmente a uno: a su rastreador, aquel con el que compartía su corazón.

—Hola guapísima —dijo Conrac abrazando y besando a su amada con pasión.

Los hombres fueron depositando las armas en sus respectivos compartimentos y se retiraron a sus habitaciones a descansar. Logan, antes de desaparecer, observó un poco más a la feliz pareja. ¿Se vería él así con alguna mujer, o mejor dicho, con la reportera que le hacía sentirse tan vivo? Cerró los ojos con fuerza y se lo quitó de la cabeza. Él no podía pensar en eso, conocía su objetivo y Evelyn era un impedimento.

Sus compañeros podían permitirse el lujo de pensar y dejarse embaucar por el tema del amor si querían, pero él era su líder y no podía enredarse en ninguna madeja sentimental.

Para no pensar, se dirigió a la sala de investigación. Debían iniciar un nuevo rastreo y probablemente en menos de dos semanas se irían de allí. Tendrían que recoger todo para instalarse en otro lugar en el que empezar de nuevo. Pero aún quedaba el tema de los asesinatos, y tenían que averiguar en ese breve tiempo quién estaba

dejando aquel rastro de sangre y acabar con el causante.

Eran las diez de la mañana en la Cadena 59, cerca de la calle Serrano, donde la tensión, los improperios y los gritos no faltaban en la reunión que Evelyn mantenía con la directora de la cadena.

—Señorita Rodríguez, sabe que quiero resultados y me temo que esta noticia ha podido con usted. —La jefa de Evelyn estaba sentada en su silla de cuero marrón, mirando muy seria por debajo de sus pestañas postizas a una Evelyn decepcionada por las palabras tan duras que escupía su superior—. Su compañero Glen por lo menos está en contacto diario con la Policía y sabe a ciencia cierta que si no hay más muertes cerrarán el caso.

Glen estaba fuera del despacho acristalado, escuchando atentamente la conversación de las dos mujeres. Evelyn miró hacia donde estaba él y este le mostraba una amplia sonrisa de triunfo. Estaba consiguiendo que la quitaran la noticia y, por lo tanto, un prestigio más en su carrera.

—Tenemos que pasar a otro asunto —continuó su jefa—, porque esto ya ha dejado de ser noticia, para nosotros y para la gente.

Evelyn estaba en un bucle de tiempo sin sentido, viendo cómo todo se estaba yendo al traste, y no estaba acostumbrada a ser una mera observadora. Su jefa estaba cerrando la noticia y ya tenía incluso pensado el titular: “Decepción con el Asesino sin sombra; nunca podremos resolver tales crímenes, igual que vino como una sombra se fue de la misma forma”. Era una blasfemia, una mentira y una traición para las víctimas. ¿Seguir adelante como si no hubiera pasado nada? Evelyn estaba indignada.

—No puede decirlo en serio, necesito averiguar más sobre el caso, si la Policía... —suplicó—. ¡Necesito tiempo!

—Ya ha tenido más que suficiente y sigo sin resultados. Debemos dar paso a otras noticias más rentables.

—¿Más rentables? Me dio un día, y en unas horas no puedo remover la ciudad y dar con la noticia que usted quiere.

—Lo siento, está cerrado. Si cree que lo necesita puede tomarse unos días libres y así tomar cierta perspectiva.

Evelyn no podía procesar las palabras que recibía; estaba decepcionada con su jefa, con su carrera, con la Policía y con todo lo vivido. Notó un fuerte calor en el pecho y empezó a sentirse mareada.

—Creo que se ha involucrado demasiado y Glen tiene razón. Él también piensa que es mejor que busquemos noticias menos escabrosas y nos centremos en otras más positivas, para el buen funcionamiento de la cadena, ya sabe...

—¡No! —gritó Evelyn fuera de sí—, lo que quiere Glen es dejarme fuera de la noticia y quitarme la posibilidad de dar con uno de los asesinos más sanguinarios de la historia.

—¡Señorita Rodríguez, no la tolero que me levante la voz! —dijo la superior levantándose de su asiento—. No podemos esperar a que la Policía tenga más datos, hay que seguir dando noticias, y usted, como primera reportera de la cadena, ya sabe lo que tiene que hacer si quiere mantener el puesto.

Evelyn dejó con la palabra en la boca a su superior, salió del despacho hecha una furia y se dirigió a su mesa de trabajo para proseguir con su noticia. Glen, al verla en ese estado, se acercó para avivar más la llama.

—Creo que tienes un mal día, pelirroja.

—Glen, no me toques las narices, que sabes que un día te vas a quemar.

Glen se acercó más de lo necesario.

—Creo que no te has enterado de quién corta el bacalao en esta cadena —susurró mientras acariciaba con sus dedos uno de los mechones de Evelyn—. Si te dejaras aconsejar creo que tú y yo haríamos muy buenas migas.

Evelyn se apartó para evitar el contacto de Glen.

—Ni aunque me pagaran un millón de euros. Me he ganado mi posición con mucho esfuerzo y tú solo estás donde estás por tus sucias artimañas —le increpó levantándose.

—No hablo de posiciones en esta mierda de trabajo, sino de mucho más... Pero veo que te gusta jugar. —Glen se incorporó—. Muy bien, a mí también. Jugaremos a mi manera.

Se separó de ella y se dirigió hacia sus compañeros de trabajo, con los que empezó a charlar animadamente.

Tres horas después terminaba de redactar la noticia clave de la sección rosa del periódico de la cadena, donde Evelyn explicaba cómo el multimillonario deportista y estrella del modelaje Chad Lamber y su novia Ellen Collin se casaban a los cuatro meses de conocerse, en Hawaii, en el mismo hotel donde coincidieron por primera vez. A todos los periodistas del corazón les parecía un bombazo informativo, pero a Evelyn le parecía un horror; a ella le gustaba el misterio, la vida salvaje en las calles, y no redactar historias de amor cuando encima su gran príncipe azul nunca llegaba.

Cogió su móvil y miró la pantalla. Ni una sola llamada. Ni un triste *WhatsApp*. Prosiguió con el trabajo y se adentró en Google. Quisiera o no su redactora jefa, ella estaba empeñada en seguir con la noticia. Buscó “criaturas de la noche” y se adentró en un mundo desconocido.

—Evelyn, ¿sigues todavía aquí? —Su jefa salió de su oficina—. Te dije que te tomaras unos días libres, y después del portazo que diste creía que ya estarías fuera de aquí.

—Sí, pero prefiero estar en activo que quedarme en casa. He terminado con el artículo de la glamurosa boda de los Lamber.

—Perfecto Evelyn, sé que eres eficiente. La decisión de dejarte fuera de una noticia no se ha debido a tu capacidad sino al bienestar de la cadena.

—Lo sé. —Evelyn se comportó como una profesional y prefirió no volver a discutir. Miró a su alrededor y comprobó que Sia se había ido ya de la oficina, como el resto de sus compañeros—. Si no le importa me voy a casa, he terminado mi trabajo por hoy. —Apagó su ordenador de sobremesa y se dispuso a marcharse.

—Perfecto, hasta mañana —dijo la leona, metiéndose de nuevo en su oficina.

Evelyn se dirigió hacia su coche, en el *parking* general de la cadena de televisión. Mientras bajaba por el ascensor pensaba en cómo seguir con la investigación y el nombre del detective Monroe le inundó los sentidos. Seguro que si le pedía que trabajaran juntos, lo resolverían. Debía convencerle y tenía las armas suficientes para hacerlo. Ahora la cuestión era cómo encontrarlo.

Dirigiéndose a su vehículo, buscó las llaves en el bolso. Una furgoneta que obstaculizaba la salida de su coche encendió las luces, deslumbrándola y obligándola a pararse en seco. El vehículo arrancó precipitándose hacia ella.

Las ruedas de la furgoneta chirriaron mientras otro hombre abría una de las puertas laterales. Evelyn no se lo pensó y corrió hacia el ascensor. Su instinto de supervivencia actuó y comenzó a gritar al tiempo que sus piernas corrían lo más deprisa que podían a pesar de los tacones. Llegó a la puerta del ascensor y pulsó varias veces el botón con una rapidez frenética. La furgoneta se detuvo muy cerca de ella y vio a dos hombres corpulentos que salían del vehículo. No tenía tiempo y se dirigió a las escaleras.

“¡No!” pensó Evelyn desesperada. Uno de sus tacones falló al pisar uno de los escalones del primer piso, perdió el equilibrio y cayó al suelo. El golpe fue parado por sus rodillas y una de sus muñecas, causándose algunos rasguños.

Se puso como pudo de pie y, deshaciéndose de los zapatos, miró a la puerta que daba al aparcamiento. Aquellos hombres estaban allí e iban a por ella. Con todo el valor que pudo reunir, subió los últimos peldaños que le quedaban para entrar de nuevo en la Cadena 59.

Su jefa estaba absorta en el ordenador, terminando de revisar la maqueta de la revista para llevarlo a rotativas. Levantó la vista y se encontró con su primera reportera, que parecía desencajada.

—Evelyn, ¿pasa algo? —la observó—. Creía que había comentado que se iba a...

Evelyn llegó hasta su posición y la tapó la boca. Su jefa la miraba asustada.

—Shhh...

Dos hombres entraban por la puerta cuando las mujeres se escondían detrás del escritorio. Olisquearon el ambiente y empezaron a encadenar ligeros espasmos que en instantes se convirtieron en sacudidas más rápidas, empujándoles a aumentar el volumen de su cuerpo.

Evelyn levantó la cabeza por encima del escritorio a tiempo de comprobar cómo los dos hombres se transformaban en dos perros enormes, cubiertos de pelo, dientes y garras afiladas.

—¿Qué está pasando? —preguntó su jefa nerviosa.

Evelyn, con los ojos muy abiertos, simplemente negó con la cabeza.

—No se mueva...

Fue todo lo que pudo decir antes de que una de las criaturas levantara el escritorio y lo estrellase contra las vidrieras, haciendo que estas se rompieran en mil pedazos. Las mujeres empezaron a gritar por el estruendo. Estaban a merced de aquellas horribles criaturas.

La cara de su jefa se quedó blanca y se pegó todo lo que pudo a la pared de su despacho; no le salían gritos, ni siquiera lágrimas.

Evelyn, sin ser consciente de ello, le echó valor y se puso delante de su jefa, protegiéndola. Estaban muy cerca, tanto que su olor repugnante le llegaba a las fosas nasales. Y no sabía cómo reaccionar.

Una de las criaturas la cogió del cuello, levantándola con gran facilidad. La otra, con rapidez, se acercó a su jefa y sin ningún escrúpulo la degolló, terminando por arrancarle las extremidades.

Evelyn sintió que desfallecía cuando la bestia que la tenía la lanzó contra la pared. De su cabeza comenzó a brotar sangre, pero en ese momento ni sentía ni padecía. Cuando las dos criaturas se dispusieron a rematar su trabajo, una voz de dentro de ella surgió inexplicablemente, sintiendo que su cuerpo se calentaba por instantes.

“Chamas vir ao meu”, pudo oír dentro de su cabeza.

Evelyn miró a la criatura que había comenzado a abalanzarse sobre ella y lo único que pudo hacer fue levantar las manos, un acto reflejo para protegerse de aquel ataque, deseando que la muerte fuera rápida. Una luz de color púrpura emergió de sus manos e impactó en las dos criaturas, quemándolas de gravedad y haciendo que las oficinas de la Cadena 59 empezaran a arder sin ningún control. Los seres se tambaleaban por las heridas producidas y comenzaron a retroceder al ver que el fuego se propagaba deprisa. La miraron con expectación y miedo mientras huían del lugar, abortando la misión encomendada.

Evelyn, cubierta por las llamas, comprobó que el calor de aquel fuego no le quemaba. Vio a las dos criaturas huir y echó un vistazo a la oficina. El incendio había sido provocado por ella. Dirigió su mirada adonde yacía su jefa y sintió una gran repulsión por cómo había terminado. Sin saber cómo, se dirigió con lentitud hacia la salida; era como si el cuerpo de Evelyn fuera movido por otra persona.

Fuera del edificio, calló de rodillas en el asfalto de la calle. Su cuerpo no ardía, pero el ardor de las llamas seguía muy vivo en su interior. La gente que pasaba por allí comenzó a rodearla y a preguntar. Una de las personas cogió su teléfono móvil y llamó a los bomberos.

—¡Necesitamos que vengan enseguida a la Cadena 59!

Evelyn escuchaba a aquella persona explicar todo lo que podía ver u oír, pero ella era la única que podría testificar sobre lo que había presenciado. En pocos minutos sus compañeros de la cadena se presentaron allí para saber qué había pasado, los bomberos extinguían el fuego producido y verificaban que nadie hubiera quedado atrapado, los policías recogían pruebas y testimonios de personas que habían presenciado el incendio y los paramédicos, expectantes, se preparaban por si tenían que actuar.

“Joder.”

Los dos perros ya estaban en el coche. Habían vuelto a su estado normal y discutían al verse con graves heridas y quemaduras en su cuerpo. Las órdenes de su jefe eran claras: llevar ante su presencia a la reportera y sonsacarle información. Pero se les fue de las manos matando a la vieja que les miraba con horror. No sabían cómo se lo iba a tomar su jefe cuando le contaran que lo que suponían era cierto. Una criatura que, al sentirse acorralada, salió de su jaula.

Lo iban a pagar caro, pero soportarían las consecuencias. Arrancaron el vehículo y se fueron directos a informar sobre lo sucedido.

Mi legado

Tras las preguntas de los enfermeros que curaron sus heridas, las de los policías que investigaban y las del cuerpo de bomberos que extinguía el fuego, provocado por un corto circuito según dedujeron, no lograron encontrar ningún rastro de su jefa.

Evelyn llegó a su casa con dificultad, cojeando de una pierna, con el cuerpo magullado, muerta de miedo, horrorizada y, por encima de todo, asustada por el origen del incendio.

Había contado a sus compañeros que dos hombres encapuchados entraron en la cadena con la intención de llevarse varios ordenadores y que, con el susto y la incertidumbre, un fuego procedente de uno de ellos, seguramente de un cortocircuito, hizo que todo se precipitara. Le entró miedo y, al no localizar a su jefa por culpa del humo, salió de las oficinas para pedir ayuda.

No podía asegurar si los hombres que empezaron aquel desastre seguían bajo las cenizas, pero sí afirmó que su jefa de dirección, redacción, prensa y equipo había fallecido en circunstancias nefastas.

Noqueó todas las imágenes reales en su cabeza para que la mentira se transformara en indiscutible y respiró. La tomarían por loca, probablemente la internarían en un psiquiátrico, y no podría hacer nada aunque supiese que la realidad superaba a la ficción.

Aquella naturaleza que había descubierto en sí misma le hizo sentir extraña; como si algún recoveco de su naturaleza estuviera esperando a que la chispa saltara para renacer. Sus manos habían cobrado vida ante sus ojos y eso sí que le hacía sentir miedo; miedo a lo desconocido, no a lo acontecido.

Se miró en el espejo con la cara mojada. Las palabras que su madre pronunció hacía años y los recuerdos desagradables volvían a su cabeza. Niños en el colegio que se reían de ella por quedarse mirando a los grandes castaños y contemplarlos ensimismada, haciendo que el árbol creciera fuerte y sano, y cómo ellos la hablaban recordando conversaciones dentro de su cabeza, voces procedentes desde lo más hondo de sus cortezas contándole historias mitológicas que a ella le fascinaban mientras su madre le sonreía. La cara de su madre volvió a sus recuerdos.

Su subconsciente lo había guardado mucho tiempo atrás, haciendo que esa niña de bondad infinita cerrara la puerta de ese rincón de su memoria. Ahora los recuerdos luchaban por salir de golpe y no podía acallar aquella parte de su consciencia. Todo lo que pensaba que eran imaginaciones... tal vez no lo fueran tanto; todo lo que creía real... no lo veía tan claro. Los sueños de aquellos paisajes muy semejantes a las fotos que tenía guardadas en esa destartada caja, lo sucedido en la cadena...

Observó sus manos. Eran las de siempre. Una voz en su cabeza la salvó. Una voz tan parecida a la de sus sueños, a la de su madre, a la suya propia. Su cuerpo estaba cambiando por dentro, lo notaba. Una luz poderosa esperaba a ser liberada. Se separó del lavabo como si le abrasara y empezó a tenerse miedo.

“¿Quién soy?”, se preguntó.

“Evelyn, llegará un día que comprenderás que eres especial; más especial que cualquier persona que pueda existir”, la voz de su madre la golpeó muy adentro.

Salió del baño completamente desenchajada, no sabía adónde ir ni a quién acudir sin que la tomaran por loca. Pensó en llamar a Lilit, pero enseguida lo descartó: se lo tomaría a risa y empezaría a hablar de ella misma. Pensó en Sia; ella sí la comprendería o, por lo menos, la escucharía, intentando que no se sintiera un bicho raro. Respiró profundamente y decidió descansar para intentar pensar con cierta perspectiva. Le dolía todo. Después, seguramente, llamaría a Sia.

Se tumbó en el sofá y se enroscó en la fina manta que tenía en uno de los brazos del mueble. Estaba tan agotada que pronto cayó en los brazos de Morfeo, quedándose profundamente dormida y regresando al bosque que tantas veces la había arropado.

La sensación de paz y júbilo la inundó, era el paisaje de las fotografías, tan verde y lleno de vida... Los árboles... bailaban con sus ramas ante su llegada, como si le dieran la bienvenida. El paisaje cobraba vida ante sus ojos, descubriendo a cada ser viviente con otros ojos. De entre ellos surgió la mujer de sus sueños, danzando entre ellos.

—Evelyn, deja que la magia fluya. Eres grande y puedes hacerlo. No tengas miedo.

La reportera arrugó el entrecejo. Aquella voz desprendía paz, pero nunca le hablaba hasta que el paisaje terminaba negro y se despertaba, diciéndole que huyera y se alejara.

—¿Qué quieres decir? ¿Hacer el qué? —dijo sin entender.

—Tu voluntad.

—¿Quién eres? ¿Por qué me visitas en sueños?

Ella rio por lo bajo, pero al ver su cara de desconcierto comprendió que no lo sabía.

—¿Tu madre no te contó nada de tu pasado? —La mujer se entristeció—. Entiendo. —Entonces sonrió al ver la incertidumbre plasmada en su cara—. Eres una meiga sin conocimiento.

—¿Una qué...?

—No temas. Tú no eres como los demás porque, lo quieras o no, has nacido para destacar.

—Espera... —La mujer se acercó a ella con pasos precisos y certeros, como si acariciara y sintiera con cada pisada cada montículo de tierra—. ¿Qué es una meiga? ¿Destacar? Yo... no recuerdo nada de mi vida con mi madre, se fue cuando era una niña.

La mujer bailaba a su alrededor tarareando una canción.

—Eres bruja, y una de las más poderosas. Deja que tu luz interior fluya. Da igual que no te lo hayan explicado, lo que importa es que lo vivas ahora.

—Es que yo vivo en la vida real, no en los sueños, y allí las brujas no existen.

—Y los licántropos tampoco. Ni los wendigos, ¿verdad? Y, sin embargo, tú los has visto.

—¿Cómo sabes...?

—Lo sé todo. Como sé que estás viendo a un hombre que se hace llamar detective Monroe.

—¿Me vigilas?

—No me importa con quién salgas o entres, pero ten cuidado. Él no es quien tú crees.

Evelyn ni siquiera pestañeaba. Sería un sueño, pero aquella mujer sabía más de lo que había contado a sus amigas. Decidió escuchar todo lo que tenía que decirle.

—De acuerdo, dime, ¿quién soy? Si lo sabes... ¿Y quién eres tú? ¿Y qué es eso de mi luz interior?

La mujer asintió al ver que su descendiente entraba en razón y comenzó.

—Todo lo que tenías por cierto hasta el momento dará un giro de trescientos sesenta y cinco grados. Verás cosas ilógicas, pero no te asustes porque estarás bien.

La verdad de tu pasado, tu presente y tu futuro... se unirán en uno solo.

Evelyn escuchaba con detenimiento las palabras de aquella mujer de ojos esmeralda.

—Soy Laia, pertenezco a tu aquelarre. Yo soy tu pasado; un pasado que regresa a tu presente para impulsarte a afrontar tus decisiones futuras.

—¿Mi antepasado? —Evelyn se quedó con la boca abierta. Eran muchas cosas las que de repente su cerebro intentaba procesar—. ¿Y qué decisiones son esas?

—La mía fue enamorarme de un laird hace muchísimos años; y una maldición, mi justificación por ese amor. Toma las decisiones pertinentes, y sé valiente ante los peligros a los que tendrás que enfrentarte.

La mujer le enseñó entonces el colgante que pendía de su cuello y Evelyn lo reconoció de inmediato. El puzle empezaba a encajar con cada pieza que Laia le iba relatando; era su antepasado, tenía el mismo colgante que su madre le había dejado. Su legado.

—Tu madre sacrificó su vida para salvarte y te dejó al cuidado de los iluminados para darte protección plena. Ten cuidado, la maldición está en tu presente y debes elegir tu bando.

Evelyn se despertó de golpe al sentir juntó a ella una presencia que la contemplaba.

El motor de una limusina negra con cristales tintados se aproximaba al desguace a través de la oscuridad de la noche. Se detuvo justo en la entrada de la nave. Era el campamento principal donde reclutaba a sus aliados.

Se abrieron las puertas metálicas con un chirrido agudo y la limusina entró en aquel complejo, aproximándose hasta donde varias criaturas le estaban esperando.

—Espérame aquí, no tardaré —ordenó el jefe de las criaturas de la noche al súbdito que conducía el vehículo.

Salió del coche y se dirigió hacia sus hombres. Su segundo al mando le saludó como correspondía a una persona de poder; era un hombre de aspecto desagradable que había reclutado en la costa del Cantábrico, probablemente un brujo de clase media convertido hacia poco en estriga.

—Señor, todo está en orden —informó.

—Todo no.

—Lo siento, señor. —Las pocas cejas que tenía el hombre se juntaron a su pesar, esperando el castigo por parte de su superior—. Sé que deberíamos tener ya a la mujer, pero... —La estriga no sabía cómo explicar el fallo cometido por sus dos licántropos.

El líder, en cambio, no expresaba ningún sentimiento. Durante años aprendió a no expresar sus emociones. Con las gafas de sol cubriendo su mirada observaba a sus secuaces con determinación. Los despreciaba a todos, y acatarían sus órdenes si no querían morir masacrados.

Se dirigió al interior de la nave y subió al piso de arriba seguido por aquellas bestias. Se acomodó en la larga mesa situada en el centro de la instalación, junto a una silla de piel expresamente colocada allí para él. Nunca salía de su refugio si no era imprescindible. Siempre se había mostrado cauto y paciente, pero esas dos cualidades dejaban ahora paso a la determinación.

—Me aseguraste que la tendría ante mi presencia.

Y, sin más explicación, alcanzó a su segundo al mando con una velocidad sobrehumana y, como una bestia descomunal, clavó su mano en el pecho de la estriga, arrancándole el corazón de cuajo. La criatura quedó inerte ante aquel brazo que seguía sosteniéndolo. Tiró el cuerpo y el corazón al suelo, como si fuera un rastrojo asqueroso, y, sacando un pañuelo de uno de los bolsillos del chaqué que vestía, se limpió la sangre de su mano.

Las criaturas le miraron con terror, inclinándose ante su señor.

—Tú —se dirigió a un licántropo corpulento y con una cicatriz en la cara—, ocuparás su puesto. —Negaba con la cabeza al tiempo que observaba el cuerpo inerte de su segundo al mando. El hombre asintió ante su nuevo rango—. Perfecto. Ahora, como no soy un tirano y quiero que mis siervos estén contentos, os he traído un regalo.

Los vampiros presentes pasaron su lengua por los colmillos afilados, los licántropos empezaron a convulsionar pensando en el gran banquete. A los wendigos la carne viva les encantaba, y además se entretenían arrancando los miembros de sus víctimas. Las estrigas preferían alimentarse de la esencia vital de los humanos.

El jefe hizo entrar a varias víctimas humanas con el pánico impreso en sus caras. Habían sido capturados horas antes y conducidos hasta aquel recinto sucio y lleno de maldad para servir de entretenimiento.

Las criaturas se abalanzaron sobre los humanos y satisficieron sus deseos mientras aquel lugar se sumergía en un infierno de gritos de terror y agonía.

—Confío que la sorpresa haya sido de su gusto, señores, y espero tener pronto lo que reclamo.

Una guerra iba a comenzar y él estaba preparado para la última batalla. Se había aliado con sus enemigos, educándolos a su son, perfeccionándolos y reclutándolos en cada recoveco del mundo, para más tarde ser sacrificados sin ningún escrúpulo.

Iba a proporcionar una dulce y sangrienta venganza al mundo de los humanos. Cuando la batalla hubiera terminado, él se proclamaría soberano de la tierra. Había nacido para gobernar y para ello solo necesitaba dos cosas: un colgante y una mujer de cabello rojo.

Debilidad

Logan la contemplaba con demasiada ternura. Llamó varias veces a la puerta de su casa sin obtener respuesta. Golpeó con los nudillos con más fuerza. No se oía ningún movimiento dentro de la casa. Logan solo percibía silencio, su perfume y una combinación de humo, yodo y... ¿alcohol?

—Evelyn, por favor, ¿puedes abrirme la jodida puerta? —dijo apoyado en el trozo de madera.

La preocupación le provocaba que la sangre le hirviera como si fuera ácido. Estaba acostumbrado a que todo el mundo acatarara sus órdenes, y verse en esa tesitura, rogando que le abrieran una mísera puerta, le hacía sentirse como un mendigo suplicando por un trozo de pan.

No pudo soportar más la espera y con el antebrazo hizo que la puerta cediera, desencajando las bisagras del golpe. Colocó velozmente la puerta en su lugar y sus botas se precipitaron dentro de la vivienda, sonando con ímpetu y haciendo crujir el viejo suelo de madera.

Entró en el salón y rastreó la habitación. Allí estaba, tumbada en el sofá, durmiendo plácidamente. Ni el ruido del destrozo de la puerta había hecho que se desvelara. Se acercó a ella, examinándola, descubriendo varios rasguños en sus manos y, sin pensarlo, retiró la manta que tapaba su delicado cuerpo. Estaba magullada, y sintió un profundo pesar por no haber estado con ella en el momento en que se lastimó. ¿Qué le había pasado?

Estaba loco por aquella mujer y ella jamás lo sabría.

—Eres tú... —Evelyn se desperezó con una sonrisa en sus labios.

—¿Quién pensabas? —Logan le sonrió y le tendió las manos para que ella pudiera incorporarse—. Pero ¿qué te ha pasado?

Ella se tapó al darse cuenta que se había quitado los pantalones al salir del baño y se acurrucó en el sofá.

—Perdona, debería ponerme algo. —Se dirigió a su habitación un tanto avergonzada—. ¿Cómo has entrado? —le preguntó mientras salía del salón.

—Vine a disculparme por irme así anoche y tu vecina me dijo que estabas en casa. Al no contestar... bueno, hice un truquito para abrir la puerta. Siento presentarme así... —Logan intentaba explicarse mientras contemplaba el cuerpo de Evelyn desaparecer por la puerta de su cuarto. Si no tuviera la suficiente cordura la hubiera poseído sin ningún escrúpulo en aquel sitio y en esas condiciones.

Era suya.

Un impulso animal dentro de él le hacía tener esos pensamientos. La necesitaba y la criatura que habitaba en él también, aunque no de la misma forma. Él la deseaba hasta lo más hondo de su corazón desde el primer momento que la vio, y su criatura quería devorarla por completo como la bestia que era. Evelyn representaba lo que sus compañeros llamaban el pecado prohibido; un pecado que a algunos les fue negado por ser lo que eran.

No era para él.

Esperó a que saliera, reprimiendo la necesidad de tumbar la puerta del dormitorio, y se distrajo mirando los adornos del salón. Estaba decorada con pocos muebles, sencillos pero modernos: un sofá medianamente amplio junto con un sillón del mismo color y una mesita para tomar café. Miró alrededor y pudo comprobar que no había una mesa amplia donde comer, así que dedujo que no organizaba reuniones familiares o con amigos muy a menudo. Un televisor y una cadena de música estaban en un mueble de color cerezo y un portátil al fondo de la habitación, junto con una cartera apoyada en la mesa de estudio, eran los únicos aparatos electrónicos que había en la estancia.

Varios documentos expuestos en la mesa de trabajo hicieron que Logan se acercara. Observó que varias carpetas correspondían a casos anteriores. Una de ellas, de color marrón, le llamó especialmente la atención: era el último caso que estaba investigando. Lo abrió y descubrió varias fotografías que no había visto en el *pendrive*. Eran edificios antiguos, destartados, refugios de criaturas de la noche. Él mismo había estado allí exterminándolos varias semanas antes. Detrás, a su espalda, apareció Evelyn. Estaba tan anonadado mirando las fotografías que no se había percatado de que ella estaba allí.

—El caso está cerrado. —Evelyn fue al sofá a sentarse.

—¿Cerrado? —Le pareció extraño que una persona como ella pudiera darse por vencida.

—¿No te has enterado? —Evelyn le miró asombrada—. La cadena se ha incendiado por completo, mi jefa ha muerto en el incendio y yo, muy a mi pesar, me he quedado sin trabajo y sin noticia. —Soltar todo aquello era como echarse una jarra de agua fría, pero así era—. Aunque antes del suceso mi jefa ya había cerrado la noticia... Uno de mis compañeros se enteró de que cerrabais el caso y mi jefa decidió hacerle caso.

—Lo siento, he estado fuera y no tenía noticia... Respecto al caso, nosotros no siempre lo resolvemos todo. —Fue lo único que pudo contestar, soltando por su boca otra mentira más.

—Es ridículo todo lo que esta pasando. Este maldito caso. Ni siquiera tú te crees lo que me pasó en aquel callejón... Y hoy en la oficina... —Evelyn calló y se tapó con las manos la cara, poniéndose a llorar delante de él.

Logan se agachó a su altura.

—Yo nunca dije que no te creyera, solo que el *shock* de lo ocurrido podía haberte hecho ver cosas que no eran. —La cogió entre sus brazos, acunándola, quedando los dos abrazados en el sofá—. Ahora, cuéntame qué pasó en la oficina.

Ella se sonó la nariz como una niña pequeña.

—Prefiero no contártelo. —Bajó la cabeza.

—Por favor. —Fue más una orden que una petición.

Evelyn se frotó las manos y las dirigió a sus piernas desnudas. Se había puesto unos pantaloncitos cortos de pijama, lo que no evitaba que su delicada piel se rozara contra él.

—¿Quieres que te diga la verdad o me ciño a la versión oficial?

Él la observaba sin saber de qué hablaba.

—Dos bestias nos atacaron en la oficina y yo... —Las palabras de Evelyn salieron a trompicones de su boca, aunque no fue capaz de contarle lo de la luz que surgió de sus manos.

—¿Dices que os atacaron? —Logan frunció el ceño mirándola con mucha atención.

—Me estaban esperando en el aparcamiento y, bueno, la cuestión es que salí ileso, aunque mi jefa...

—¿Qué paso?

—¡Que la mataron, Logan! —Evelyn gritó antes de romper a llorar.

El detective guardó silencio ante lo que le estaba escuchando. Por cómo describió a las bestias sabía que hablaba de licántropos con oscuras intenciones. La cuestión era cómo había salido ileso de esas dos criaturas. Era imposible que solo tuviera unos ligeros rasguños. Además, ya era la segunda vez que iban a por ella. ¿Qué podían querer de una reportera?

—Debes tener más cuidado, ¿de acuerdo? —Sus palabras sonaron a regañina—. Si vuelves a estar en alguna situación de peligro tienes que llamarme inmediatamente.

— ¡No pienso llamarte, todos pensarían que estoy loca! —Evelyn le miró con atención—. Un momento... ¿estás diciendo que me crees? ¿O solo lo dices para tranquilizarme?

La mentira de Logan se estaba complicando demasiado.

—Voy a darte mi número personal para que puedas llamarme siempre que quieras, ¿entendido? —Logan cogió un papel y un bolígrafo de encima de la mesa y apuntó su número. Además saco de su pantorrilla una pistola del calibre 45 y se la puso en las manos—. Quiero que la utilices si es necesario.

—¿Qué? Ni hablar, nunca he utilizado un arma —declaró Evelyn algo impactada.

—Solo es por protección, aunque si quieres tener a un policía las veinticuatro horas en la puerta de tu casa...

—¡No! —saltó de repente. Logan sabía lo que esa cabecita pensaba y que no accedería a sentirse custodiada—. Estaré bien, ¿de acuerdo? Acepto esto, aunque espero no tener que utilizarla. —Evelyn miró el arma y la dejó encima de la mesa.

Logan se dio cuenta de que también tenía un corte debajo de la barbilla. Evelyn volvió a sentarse en el sofá y Logan le acarició la mejilla con sus largos dedos. Recibió gratamente aquel cuidado, apoyando la mejilla en su mano. El detective sabía que aquella mujer le deseaba tanto como él a ella, y aquel deseo que sentía le estaba involucrando demasiado.

—Me da rabia que me tengas pena —dijo Evelyn de repente, cortando el silencio que se había instalado en la habitación.

—¿Pena? ¿Por qué dices eso? Yo no te tengo ninguna pena. —Logan cogió la cara de Evelyn entre sus manos.

—Tu mirada lo dice. —Evelyn quería zafarse de las manos de este, pero él se lo impidió.

—Mi mirada no expresa lo que tú estás pensando. Refleja que tengo enfrente a alguien muy especial, y algo más que no logro identificar. —Logan la soltó y se levantó, dándole la espalda—. Envidio al hombre que te robe el corazón.

Ante aquella última frase, Evelyn sintió una punzada en el centro de su corazón.

—No entiendo lo que quieres decir. Yo veo a un hombre que lucha por sus principios, que quiere que se cumpla la ley y con un gran corazón que espera de que lo amen de verdad.

—En lo primero tienes mucha razón, pero respecto a lo último... No te confundas, Evelyn, no me conoces. No sabes nada de mí —dijo Logan como si sus palabras le pesasen.

—Pues déjame conocerte. Quiero saber más de lo que me muestras. —Evelyn apoyó la cabeza en la espalda de Logan, abrazándolo—. Vamos allá, ¿quién eres?

Logan la apartó y se dirigió lentamente hacia la puerta de entrada.

—¡Espera! —exclamó ella, y Logan se quedó inmóvil—. No te vayas...

Logan estaba entre la espada y la pared; entre la razón y el corazón.

Debía huir de allí. Aquella mujer le noqueaba los sentidos y le hacía pensar únicamente en tenerla en la cama y hacerla suya a cada instante, sin pensar en nada más. Era como la primera dosis de un yonki, que al probarlo se queda enganchado; sin el chute de una palabra, de un suspiro, de una mirada, de un roce, una caricia... no podía subsistir. Se dio la vuelta y cogió a Evelyn de las nalgas, haciendo que esta lo rodeara con sus largas piernas. Sus ojos de gato se clavaron en los ojos grises de él. Y ya no hubo marcha atrás.

Evelyn le besó y, al notar la lengua de ella dentro de su boca, Logan no pudo reprimir un gemido de placer, despertando todos sus sentidos hasta llegar al punto de su deseo. La lengua de Evelyn entró en tropel, enredándose en la suya, empezando un baile apasionado y despertando un placer que los dos ansiaban.

Logan se acercó al sofá y la soltó.

—No sé qué me pasa contigo, eres la dosis que necesitó para calmarme. —Evelyn sonrió. Se incorporó y empezó a quitarse la poca ropa que llevaba, quedándose desnuda ante él, deseando recibirle—. Eres el fruto prohibido que Adán degustó sin importarle las consecuencias. Puro deseo por el que no me importaría acabar en el infierno si pudiera compartir otra noche a tu lado.

—Hazlo, Logan. Quédate conmigo.

Logan obedeció, levantándose y quitándose las botas negras, sus calcetines, la camiseta y el pantalón, liberando completamente su miembro erecto y deseoso de ella.

La tomó entre sus brazos de nuevo y la tumbó en el sofá, que cada vez se hacía más pequeño. Ella se deslizó, colocando las piernas alrededor de su cadera, dejando su femineidad al descubierto y acariciando los músculos de su espalda con los dedos de sus manos.

—Logan, quisiera explicarte que... no soy tan lanzada...

Logan arrugó la frente y, sonriendo, comprendió lo que intentaba decirle.

—No tienes que darme explicaciones ni quiero saber cómo te comportas con otros hombres; solo quiero que seas conmigo exactamente tal y como eres. —Acarició uno de sus senos e inmediatamente se lo introdujo en la boca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mientras soltaba un gemido de placer y arqueaba todo su cuerpo.

—Que sigas hechizándome. —Cogió el otro pezón, que esperaba ansioso sus caricias.

Evelyn se quedó quieta al oír aquello y le puso una mano en su pecho.

—Yo no...

Logan no le dejó terminar la frase, usurpó con la mano su monte de Venus e introdujo uno de sus dedos en el interior. Ella gimió ante la repentina intromisión en su cuerpo, pidiendo más. Le quería sentir nuevamente como si fuera la primera vez.

Logan ansiaba hacerla suya, pero además quería que ella disfrutara de sus caricias, que notara que él la veneraba y que lo que sentía por ella era real. En ese momento no quiso que ningún humano la poseyera jamás como él lo estaba haciendo. Mataría a cualquiera que la tocara o le hiciera daño. Era la elegida, aquella con la que compartiría su vida humana. Si pudiera.

—Logan... —Evelyn respiraba agitada ante el placer que le estaba otorgando, pero necesitaba más; necesitaba sentir su miembro dentro de ella.

Él se dispuso a satisfacerla.

—No, espera...

Retrocedió y la miró fijamente. Su parte varonil se sintió herida ante aquella negativa.

—Deberíamos tomar precauciones, la primera vez no lo hicimos y la verdad es que estoy algo preocupada.

Él se detuvo. Evelyn se revolvió debajo del cuerpo de Logan, dispuesta a quitárselo de encima e ir a la habitación donde tenía los preservativos, guardados en una de las mesillas de noche, pero él la retuvo.

—Me parece bien toda cautela en el aspecto de la sexualidad, pero... —Al ver la cara de Evelyn comprendió que no era el momento de explicarle que él no podía dejarla embarazada.

Conrac y Alda llevaban tres años intentándolo y les estaba resultando imposible. Otro impedimento más en su relación: no era humano y nunca le podría dar un hijo.

—No importa, si te quedas más tranquila dejaré que vayas a por esas malditas gomas.

Cuando Evelyn se levantó del sofá, Logan arqueó la pierna y puso la mano sobre su frente, contemplando a la mujer de sus sueños dirigirse a la habitación meneando su trasero perfecto. En un abrir y cerrar de ojos, Evelyn le entregó la goma para que se la colocara y Logan puso los ojos en blanco, frustrado por lo que tenía que hacer para tener a aquella mujer entre sus piernas.

—¿Podemos seguir con lo que estábamos?

Ella asintió soltando una risita y Logan la besó.

La repentina melodía de un móvil despedazó el clima.

—Logan...

—Uhm... —Él estaba concentrado en su cuello y en acariciar sus pechos.

—Tu móvil...

—Olvidalo —dijo de mala gana.

—Puede ser importante. —Evelyn insistió para que hiciera caso al aparato.

Logan, de mala gana, se levantó y cogió el pantalón donde tenía el móvil maldito que le había hecho separarse de su droga.

—¡Sí! —contestó en un rugido.

—¿Logan?

—¿Qué quieres?

—Vamos a rastrear el cuarto perímetro, ¿vienes? —preguntó Max al otro lado del auricular.

Logan miró hacia donde estaba tumbada Evelyn, que intentaba adivinar con quién podría estar hablando.

—No, me reuniré con vosotros más tarde.

—Pero... —quiso protestar Max.

—Sabéis lo que hay que hacer, si conseguís lo que queremos llamadme sin perder tiempo.

—De acuerdo. —Max colgó y Logan volvió a mirar a aquel cuerpo que le observaba con admiración.

—¿Algo importante? —preguntó Evelyn.

Logan la volvió a coger entre sus brazos.

—Sí, que eres una mujer increíble y que me vuelves loco solo con mirarte.

Evelyn se abalanzó a los labios de él y dejó las preguntas que se agolpaban en su mente, convencida de que ese hombre solo quería darle placer. Cogió su miembro, todavía erecto, y lo puso en la apertura de su sexo húmedo, empujando para que él hiciera el resto. Logan gruñó ante aquella iniciativa, deslizando su pene hacia arriba y hacia abajo dentro de su cuerpo. Se agarró al brazo del sofá con fuerza para no sujetarse a ella, ya que la intensidad que bombeaba su miembro dentro de aquel grácil cuerpo le estaba haciendo perder el control hasta el punto de explotar.

—Estoy a punto de llegar, Ev...

Apretó mucho los párpados. Sabía que su bestia quería salir, sus ojos se lo estaban diciendo. La luz le iba a delatar, así que proyectó su concentración hacia las bombillas de la lámpara del salón haciendo que las luces explotarán, dejándolos en plena oscuridad. Ella soltó un grito al oír el chasquido del cristal roto.

—Quiero que grites, pero de placer.

Siguió proporcionándole embestidas sin parar y cubriéndola con miles de besos por todo el cuerpo. El sexo de Evelyn se apretaba milímetro a milímetro por todo el miembro de él, sabía que estaba cerca del clímax, aunque no quería que acabase. Siguió proporcionándole caricias y abarcó toda su boca, como si ese beso pudiera durar toda la eternidad.

Ella chilló estrepitosamente en el oído de él, haciendo que la semilla de Logan se derramara por completo y dejándolos a los dos temblando encima del sofá.

Él giró la cabeza para tranquilizarse, necesitaba que sus ojos de color rojo desaparecieran y volvieran a su normalidad, pero la sed de su bestia quería más.

“No”. Necesitaba frenar ese impulso. Respiró profundamente hasta acabar con esa necesidad.

Evelyn se removió debajo de él, la estaba aplastando. Logan se echó a un lado para que ella pudiera levantarse y se dirigió al cuarto de baño. Abrió el grifo para refrescarse la nuca y la cara, cogió la toalla para secarse y se miró al espejo. Lo que vio hizo que lanzara un pequeño grito. Logan llamó a la puerta.

—¿Estás bien?

Evelyn no sabía qué responder. Sus ojos eran de color púrpura, como unas pequeñas llamas vivas en sus pupilas redondeadas. Parpadeó varias veces, pero seguían ahí.

—Eve, me estas asustando, ¿qué pasa?

Volvió abrir el grifo y a echarse agua. Aquellos ojos no eran suyos. Se abrazó al lavabo repitiéndose que aquello no era real, que esos ojos no le pertenecían.

—¡Eveee...! —Logan no pudo esperar más y abrió la puerta. La encontró sentada en el bordillo de la bañera con las manos en el rostro, tapándose—. ¿Qué te pasa?

—Se inclinó y le retiró las manos de la cara. Sus ojos estaban cerrados.

Evelyn abrió los ojos mirándole fijamente.

—Mis ojos... —dijo asustada.

—Son tan bellos como la primera vez que los vi.

Ella se levantó de un salto y se miró en el espejo. Sus ojos volvían a ser los de siempre.

—Será mejor que vayamos a la cama, mi querida damisela —dijo Logan—. Demasiadas emociones por un día. —Rodeó el cuerpo de Evelyn con el suyo y la cogió en brazos.

—Me gustaría saber por qué a veces hablas de una forma tan poco común, como si no fueras de este siglo.

Antes de que Logan pudiera responder algo coherente, Evelyn se había quedado totalmente dormida, y eso le dio ventaja.

—Me gustaría que pudieras coexistir en mi mundo... Si fuera posible... —Logan suspiró ante la idea—. Eres mi debilidad y nunca lo sabrás.

Logan abrazó a Evelyn por detrás y se quedó dormido.

Era más de media noche cuando el tono del móvil de Logan inundó el dormitorio. Este se despertó de inmediato, restregándose los ojos. Miró a Evelyn, que seguía profundamente dormida y desnuda a su lado. Logan se levantó y cogió el aparato.

—¿Dónde andas? —Era nuevamente Max, y sonaba preocupado.

Logan se sentía desorientado por el tema de la hora, no sabía cuánto tiempo llevaba fuera del refugio. Haber dormido un rato le había sentado bien para tranquilizar a la bestia.

—Vaya, lo siento Max, ¿qué pasa? ¿Lo habéis encontrado? —le dijo tocándose la sien y levantándose con mucho cuidado.

Se dirigió al salón para recoger su ropa.

—Ha sucedido algo malo, es mejor que vengas al recinto cuanto antes.

Ya vestido, se dirigió nuevamente al dormitorio. Evelyn seguía dormida, no se había percatado de su ausencia. Era lo mejor, antes de que la tentación le envolviera y le entraran ganas de poseerla arrancándola de sus sueños. Aquella mujer era lo único que le hacía volver a sentirse humano.

—Tardaré lo menos posible, ¿qué ha ocurrido?

El silencio se instaló en el auricular.

—La cosa ha ido mal, muy mal... —Max quiso decirlo sin rodeos—. Se trata de Perry. Le han mordido.

Malditas criaturas

Los gritos de Perry llegaron a los oídos de Logan justo cuando este entraba en el ascensor que conducía a las habitaciones subterráneas de la mansión. Cuando llegó a la enfermería todos estaban nerviosos, intentando detener la infección para que dejase de extenderse por el cuerpo de su compañero.

Max se dio cuenta de que Logan había llegado. Se acercó a él y le hizo una inclinación con la cabeza. Logan se percató de la tensión acumulada en sus hombros y pidió amablemente que se quedaran en la habitación Conrac y Max, ya que, con todos ellos en la estancia, le sería difícil concentrarse en el trabajo.

Logan retiró las gasas de la primera cura que Alda le había realizado. La cosa no pintaba bien. Sus compañeros habían salido a rastrear mientras él se excusaba porque tenía que resolver algo pendiente. Quería ver por última vez a Evelyn, hacerle el amor, sentir su piel. No era solo placer físico, era sentirse completo. Podría adentrarla en el mundo de las tinieblas, Conrac lo había hecho con Alda, pero él no debía tratar así a una luz tan pura como ella. La oscuridad no era compatible con la claridad. No tuvo el valor de decirle adiós con palabras, pero sí lo había hecho con su cuerpo.

Max le relataba cómo había sucedido todo. Se encontraron con una emboscada en el polígono de Fuenlabrada, donde Zeus descubrió a varias criaturas asentadas en una de las naves. Decidieron hacerle caso e ir a buscar información, y luchar si la situación se ponía fea. Y la cosa no fue mal, sino peor. Se vieron atrapados por más de cuarenta licántropos. Sus garras y sus dientes estaban demasiado ocupados para darse cuenta de que los rodeaban. Salieron vivos de milagro, gracias a que Declan llevaba bombas lacrimógenas en su cinturón, porque sus compañeros solo cogieron sus armas básicas. No imaginaban que les estarían esperando.

Logan proseguía con la cura. La herida era profunda y el veneno que había dejado aquella dentellada se había impregnado en el hueso, envolviendo así todo el hombro en una tonalidad marrón verdusca que se extendía por el brazo y la espalda.

Perry estaba inconsciente tumbado en la camilla, empapado en un sudor frío. El dolor le había hecho perder la consciencia.

—¿Cómo lo ves, Logan? —preguntó Max.

Sabía la respuesta, pero como líder sus palabras significaban mucho más. La puerta se abrió y entraron sus compañeros. No podían estar fuera sin saber si su amigo tenía una mínima posibilidad de sobrevivir. Logan suspiró y dejó que sus camaradas se quedaran, era mejor que supieran de su boca que uno de los suyos podía durar poco.

—Está jodido, y no sé qué hacer para frenar el veneno. Le limpiaré bien la herida e intentaré bajarle la fiebre, pero no sé cuánto tiempo resistirá. Esperemos que al ser joven pueda soportar lo máximo posible.

Sus compañeros no querían moverse de la camilla y Max empezó a ayudar a Logan con la herida, quería sentirse útil. Declan se sentó en una silla, junto a Perry; aunque estaba rígido y agotado por la lucha quería dar ánimos a su amigo. Zeus, al otro lado de la camilla, era el que peor estaba. Ver a su compañero allí tendido, sufriendo de aquella manera, hacía que sus ojos tuvieran un color carmesí. Se había alejado de sus camaradas por una rabia que le carcomía y crecía por dentro, y eso que Horik le seguía ayudando y encubriendo en los diferentes problemas en los que se metía. Se dio cuenta de que ellos eran la única familia que podía tener.

Los demás se apartaron, dejando espacio y sentándose en sillas o apoyándose en la encimera donde había mil instrumentos quirúrgicos y frascos llenos de pastillas. La noche iba a ser larga.

Logan, cansado, había cambiado las gasas de la herida varias veces. El mordisco se veía cada vez peor, perdía mucha sangre y segregaba una sustancia amarillenta a través de la carne. Si seguía perdiendo sangre debería realizarle una transfusión de urgencia. No podía permitir que su amigo muriera de aquella forma. Mientras, sus compañeros se habían ido a la sala de investigación, necesitaban sentirse útiles de alguna forma. La impaciencia de ver a Perry en aquel estado los estaba consumiendo.

—Logan, será mejor que vengas —dijo Max asomando la cabeza por la entrada de la enfermería.

—No puedo dejar solo a Perry —dijo Logan con voz cansada.

—Alda se encargará mientras te enseñamos lo que tenemos que comentarte.

Logan no salió de la sala sin echar un último vistazo a Perry, que seguía inconsciente. Los calmantes proporcionados y las curas habían conseguido que por lo menos la fiebre hubiera bajado un poco y su cuerpo no sintiera tanto dolor.

Max se paró en medio de la sala de investigación y de la enfermería.

—La verdad es que te he sacado de la enfermería para hablarte a solas de un tema —dijo Max algo avergonzado. Al ver que su superior se estaba enfadando le explicó—: Debes ir a la sala de investigación, los muchachos quieren hablar contigo, pero... también quiero hablar yo contigo... sin los muchachos delante.

—¿Y tiene que ser ahora? —Logan se tocó la sien con la mano derecha, el cansancio le estaba venciendo—. Tengo también que hablar con ellos, prosigue, qué tienes que contarme.

—Es por Sia.

—¿Sia? —Logan no estaba para temas de parejas en ese momento—. ¿Qué tiene que ver Sia en esto?

—Nada. —Max carraspeó—. Sabes que siento algo muy fuerte por ella desde hace años. La he vuelto a encontrar y creo que esta vez debo ser sincero con ella. Tú también has estado viendo a la reportera, no tan frecuentemente, pero lo has hecho...

Logan gruñó negándose a confirmar la evidencia.

—La cuestión es que quiero contarle lo que somos.

Logan negó rotundamente con la cabeza y se encaminó hacia la sala de investigación.

—La amo, Logan. No puedo quitármela de la cabeza, y lo he intentado. —Su líder se detuvo ante tal afirmación—. Es algo insensato, lo sé, pero también sé que sería una buena compañera para mí y como a ti te gusta Evelyn...

—Sabes que cuando sepa lo que eres te repudiará, ¡lo sabes! —Logan cerró los puños.

—Prefiero escuchar su rechazo antes que quedarme con la duda. Conrac... —dijo Max seguro de sus palabras.

—Conrac tuvo suerte.

—¿Por qué te niegas la oportunidad? ¿Y por qué nos la niegas a todos?

Logan le miró fijamente y sintió profundamente las palabras que le transmitía su amigo.

—De acuerdo —dijo por fin, asintiendo con la cabeza—, cuando estés preparado para traer a esa mujer al recinto, avísame.

—¿Y tú? ¿Has pensado qué vas a hacer?

—No hay nada que pensar. Entre Evelyn y yo no hay nada.

Se dirigió a la sala de investigación dejando a Max en el umbral del pasillo, abrió la puerta y encontró a Conrac y Zeus enfrascados en una discusión.

—Me ha salvado la vida, es mi deber vengarlo —decía Conrac—. Dos de aquellos gilipollas se me iban a echar encima y Perry me ayudó. Habría terminado peor que él si no me hubiera empujado y retirado de la trayectoria de esos colmillos —proseguía discutiendo con sus compañeros.

—Ni hablar, me cargaré a esa escoria asquerosa yo mismo. Es como mi hermano, es mi deber e iré yo —aseguró Zeus poniéndose a la defensiva.

Logan se involucró en la conversación.

—Me alegro, Zeus, de que te preocupes por el grupo.

Zeus entrecerró los ojos. Nunca se llevarían bien.

—Ninguno va a ser el primero ni el último en vengar a nuestro compañero, lo haremos todos juntos, pero trazando primero un plan —continuó Logan, desviando la mirada de Zeus y sentándose en una de las sillas que había delante de los ordenadores.

Depositó la vista en el que tenía delante y que mostraba uno de los planos de la gran ciudad de Madrid. Cuando lo verificó, preguntó a sus camaradas:

—Ahora, preguntaros cómo sabían que iríamos a ese lugar. —Cruzó los brazos reclinándose en el respaldo de la silla y colocando sus largas piernas sobre el gran

escritorio, esperando respuesta.

—Ni idea. Podíamos esperar que nos ganaran en número, pero esa emboscada... Cómo nos rodearon... —comentó Max con la mano apoyada en la puerta—. ¿Ahora son ellos los que nos cazan?

Logan le miró. Que trajera a Sia y le aceptara o no, no le importaba; lo que le inquietaba era saber si él estaría dispuesto a exponerse al rechazo de Evelyn.

—¿Me estás escuchando? ¿Logan? —preguntó Declan.

—¿Sí? Perdona, ¿qué decías?

Ahora era Max quien le miraba. Los dos sabían lo que se jugaban.

—Sí... Decía que ellos siguen siendo lo que son, escoria de la noche —repitió Declan—. ¿Alguna criatura superior los estará controlando? Se mueven por instinto, la única opción es que algo más listo que ellos los haya congregado para un fin o...

—¿O...? —saltó Horik, que llevaba mucho tiempo callado.

—O que tengamos un topo entre nosotros. —Declan no quiso poner leña en la hoguera, pero su mirada se dirigió a Zeus y este, harto de sentirse un excluido, no se achantó y encaró a su compañero.

—¿Qué quieres decir con eso? —le escupió en la cara las palabras.

Logan se levantó de golpe para detener el enfrentamiento y Horik, en un acto reflejo, se puso al lado de su hermano, reconfortándolo.

—Lo que sí sabemos es que las piezas no han cambiado pero las reglas sí. Esto empezó aquella noche de luna llena, cuando el cielo se tiñó de rojo. Siempre habíamos perseguido y masacrado, y hora ellos se están tomando la revancha. ¿De acuerdo? —rugió Logan—. No hay ningún topo entre nosotros.

Zeus miró a su líder con una expresión que podría tener la palabra “gracias” reflejada en sus iris. Declan entonces se relajó.

—Zeus, perdona, todo el ambiente está muy caldeado. Lo de Perry nos tiene demasiado alterados —se disculpó Declan—. Tú has ayudado últimamente, dejando muy claro dónde han estado congregándose y lo que estaban planeando, si no fuera por ti no hubiéramos averiguado los puntos clave —prosiguió Declan, tendiendo la mano a su compañero para que este la estrechara.

Zeus no quería que sus compañeros pensarán mal de él y estrechó la mano de Declan. Después se retiró al final de la habitación. Necesitaba aire para pensar.

—No voy a repetirlo otra vez, pero no soy un jodido topo. Juré con sangre y con la espada de los Monterrey que sería leal a mi pueblo y a mi *laird* hasta mi muerte, y aunque los tiempos han cambiado seguiré contigo, Logan, aunque nuestros pensamientos sean distintos.

Logan se quedó perplejo ante la sinceridad de Zeus. No se llevarían bien, pero sus palabras le habían hecho comprender que lucharía hasta el final por su causa.

—Ahora, además, os puedo decir que —continuó Zeus—, o nos damos prisa o más brujos acabarán muertos, y no quiero pensar en lo que harán si de verdad un brujo o una bruja tiene el amuleto que nosotros queremos. Estaríamos perdidos.

Todos sabían que sus palabras contenían un gran trasfondo y una rotunda verdad. Todo el puzle encajaba, si las criaturas estaban hilando ese plan para despistarlos es que realmente podrían estar muy cerca de su objetivo. Debían darse prisa y encontrar lo que buscaban antes que ellos.

Alda entró como un rayo en la sala sin preguntar si podía pasar.

—Perry está teniendo un fallo cardíaco. —Fue lo único que dijo antes de volver a desaparecer detrás de la puerta.

Todos salieron disparados hacia la enfermería. Tuvieron que sujetar el cuerpo del guerrero para que no se hiciera más daño por los golpes que se estaba propinando. El dolor era insoportable y la bestia que vivía dentro de él le abrasaba sin compasión.

Logan cogió una de la jeringuillas y le inyectó un calmante. Aquello hizo que el cuerpo se relajara, pero al momento volvió a convulsionar con violencia, hasta que sus músculos se detuvieron quedando inmóviles sobre la camilla.

Alda empezó a llorar, llevándose uno de sus puños a la boca y mordiéndoselo fuertemente. No podía terminar así. Ellos eran buenos, luchaban por mantener la paz y su único objetivo era volver a ser lo que un día fueron.

Logan reaccionó cogiendo el D.E.A que estaba en un carrito y lo preparó. Le puso un gel frío a ambos lados del pecho y con el desfibrilador le dio una descarga para reanimar a su amigo. Sabía que el corazón de Perry había dejado de latir. Miró el monitor, comprobó que no había señal y volvió a darle otra descarga. Y otra más. Los marcadores volvían a estar estables y los guerreros respiraron.

—Alda, prepara paños fríos. Está en el mundo de los vivos, pero debemos bajarle la fiebre —exclamó Logan con seguridad—. Necesita también sangre del grupo A negativo, como la mía. Preparad la otra camilla y el material para la transfusión, voy a mojarle un poco la cara y a prepararme. Aunque veáis que mi cuerpo se convulsiona o mi bestia empiece a revelarse por la pérdida de sangre, no paréis. Es más importante la vida de él que la mía.

Ninguno cuestionó su orden, aunque las miradas decían lo contrario.

Decisiones

“Los agentes de la ley y los dueños de la nave del polígono de Fuenlabrada no pueden explicar las causas del incendio que se desató en el interior. Los propios encargados aseguran que no guardaban productos inflamables y los bomberos que extinguieron el fuego descartaron el cortocircuito como origen del desastre. La Policía abrirá un expediente para averiguar las causas concretas del suceso. Lo más importante es que no se han encontrado víctimas por el momento. Continúen sincronizando el Canal 28 para conocer más noticias sobre el suceso...”

El nuevo modelo de televisor de plasma que estaba colocado sobre una plataforma en la pared, se apagó repentinamente, dejando en silencio la habitación. El gruñido de un animal dolorido rompió el silencio. La sala, antes utilizada como área de descanso, estaba completamente destrozada a causa del *raptor* que la habitaba.

Estaba sentado en el suelo, en una de las esquinas de la habitación, con las rodillas levantadas y los brazos apoyados en ellas. Logan tenía la cabeza escondida entre las piernas y con una de las manos sujetaba el mando a distancia, viendo cómo los informativos retrasmítan con sensacionalismo el enfrentamiento en el que su camarada había caído.

El término de la noche había sido devastador; su compañero Perry seguía agonizando y lo poco que pudo hacer por él le había dejado agotado. Le dio toda la sangre que pudo antes de desvanecerse en la camilla contigua.

Se encontraba en su habitación, la reconocía a duras penas, pero lo que no lograba recordar era cómo su dormitorio había terminado de aquella forma. Las bestias que vivían dentro de ellos, cuando su sed de sangre estaba en el límite, se apoderaban de sus almas, buscando lo que su parte humana jamás le daría. Por ello siempre intentaba no llegar al límite, pero aquella noche lo había traspasado. Encerrado entre esas cuatro paredes su bestia se había desatado. Sacudió la cabeza. Era mejor un poco de madera destrozada que herir a sus camaradas o, peor aún, a la indefensa raza humana. Estaba débil, tenía todo el cuerpo entumecido y sus músculos no reaccionaban a sus movimientos. Intentó levantarse, pero su cuerpo no podía con los noventa kilos de peso. Había donado demasiada sangre, debía descansar y alimentarse. Pensar en comida hizo que sintiera un fuerte arañazo en el estómago. Su bestia jamás le dejaría tranquilo. Vivían en un único cuerpo y la criatura reclamaba lo que necesitaba: sangre humana.

Decidió que lo mejor era dormir y seguir encerrado.

Mientras, en otra zona de Madrid, un grupo de licántropos se reponía de la lucha con los rastreadores. Eran niños grandes que se quejaban de las heridas producidas por las armas de plata, pero los necesitaba y por eso siempre les daba una de cal y otra de arena.

—Otro fallo —apuntó el líder.

—No tanto —replicó una de las bestias, colocándose un apósito sobre una de las heridas—. Uno de ellos terminó bastante malparado.

—¿Su líder?

Varias de las bestias escucharon la pregunta con cierta preocupación.

—Su líder no se presentó a la emboscada —dijo su nuevo segundo al mando, rompiendo el silencio—. Parece que esta vez dejó a sus hombres por su cuenta.

Su señor chasqueó los labios a causa de la frustración.

“¿Dónde había estado aquella noche? Ella le aseguró que estaría allí...”

Ese guerrero no era el objetivo real, sino el líder de los rastreadores. Lo quería muerto o herido. Sopesó el fallo. Había tiempo de eliminarlo, a lo mejor podría matarlo él mismo, cara a cara, sin armas. Su enemigo todavía no sabía con quién se estaba enfrentando y la sorpresa sería grata. Solo de pensarlo, un hormigueo de placer le recorrió el cuerpo.

—Espero que al menos me hayáis traído el encargo que os pedí —le dijo a su segundo, que se encontraba enfrente de él.

Este salió de la habitación algo maltrecho y fue a buscar los bultos que habían dejado en la habitación contigua. Llamó a otros siervos para que los ayudaran y cargaran los bultos hasta su señor. Se trataba de varios humanos, bastante malheridos, en concreto cuatro hombres y tres mujeres, atados de pies y manos.

Sus caras desencajadas no emitían sonido alguno; sus ojos, en cambio, mostraban el terror provocado por su fatal destino.

—Aquí los tiene, señor, como pidió. Despojos humanos que servirán a la causa.

El líder quería algunos seres humanos para que se desarrollaran con facilidad a plena luz del día, ya que los licántropos, con su torpeza y su bestialidad, cometían demasiados fallos, y ya había tenido suficientes bajas. Ahora tocaba ser eficaz.

Echó un vistazo a cada uno, calculando el potencial de los hombres y valorando la utilidad de las mujeres. Una de ellas tenía heridas de colmillos en su cuello.

—¿Quién te ha hecho esto? —se dirigió a ella amenazante. La mujer, con los ojos llorosos, no podía reaccionar, estaba totalmente aterrada—. A ver, preciosa... —Se agachó ante aquella chica y la miró fijamente. Sus ojos grises la dejaron hipnotizada y a su merced—. Dime quién ha sido.

—Luke —respondió la mujer dejando de llorar. Era tan parecido a... sus ojos... pero...—. ¿Usted? —La mujer guardó silencio al ver que el hombre tornaba su expresión con dureza.

—¿Y quién es Luke? —volvió a preguntar el líder.

La mujer estaba conmocionada, no podía creer que el hombre que tenía enfrente estuviera realizando aquellas acciones. ¿Sus amigas sabrían lo que estaba pasando?

—Yo lo conozco, señor —dijo uno de los licántropos. Su jefe levantó la cabeza hacia la criatura que había hablado—. Es uno de sus siervos, está en el recinto.

—Traédmelo... ¡Ahora!

Al cabo de un rato el vampiro, junto con el licántropo que fue en su busca, entró en la habitación. Al ver su alimento frente a su señor, Luke bajó la mirada.

—¿Es este tu recipiente? —preguntó el líder.

—Sí, mi señor. Es una de las mujeres que me proporciona alimento y diversión cuando quiero.

—Mírame, vampiro. —El chupasangre obedeció—. Sabes que tienes prohibido alimentarte sin que yo te lo permita, ¿verdad? —Apretó con fuerza los dientes antes de dirigirse al licántropo que había ido a buscarlo: Mátalo —ordenó.

El vampiro, al ver que la bestia se aproximaba a su altura, pidió clemencia.

—Señor, por favor, le he servido siempre bien y he acometido todas sus órdenes, pero la sed me puede. No volverá a pasar.

—Llévatelo —insistió su líder sin piedad.

El licántropo le cogió del cuello para sacarlo de la sala.

—Señor, por favor. —El vampiro forcejeó para zafarse de las garras del licántropo—. Ella conoce bien a la mujer que está buscando, puede ser muy útil.

Su señor le escuchó e hizo un gesto con la mano a su sirviente para que se lo llevara. Su decisión había sido tomada y el licántropo debía ejecutarla. La mujer vio que aquel hombre, al que todos obedecían, se acercaba despacio a ella.

—Bueno, parece que tienes cierta información que puede interesarme. —La observó con detenimiento—. Cuéntame lo que sabes y te permitiré vivir.

La mujer le miró sin comprender mientras el líder pensaba que, si podía ser un recipiente de comida para un vampiro, sería una perfecta esclava para él. La observó con más intensidad. Era perfecta para su plan.

Al principio Logan pensó que la vibración que notaba era por la falta de alimento. Su cuerpo estaba dolorido y se sentía mareado por el agotamiento, había dormido otro par de horas pero le costaba reaccionar. En algún momento la cabeza dejó de martillarle por la acuciante sed y ahora le acosaba con un agobiante zumbido.

Otro agudo timbre retumbó en la oscura habitación, acompañado por una luz centelleante que se le clavaba en los ojos. Y todo provocado por su diminuto móvil, que estaba tirado en un rincón del cuarto. Tambaleándose como un zombi se dirigió hacia el aparato y le dio a rechazar a la llamada con torpeza. Fue a la carpeta de llamadas rechazadas para verificar el número que era.

“Fantástico”, pensó al comprobar que era Evelyn.

Aquella noche había ido a despedirse de aquella dichosa reportera, su corazón bombeaba solo con pensar en ella, pero había decidido que debía alejarse de aquella humana de una vez por todas. Encontrarla en aquel estado hizo que sus fuerzas flaquearan, amándola con pasión por última vez. Por su culpa su camarada estaba al borde de la muerte. La reportera no existiría más, aunque le encantara todo de ella. Sacudió la cabeza. Estaba fallando en sus objetivos, cuando Evelyn aparecía en escena el resto del mundo desaparecía.

Cogió su maldito móvil e hizo la intención de estamparlo contra la pared, pero la puerta se abrió y Conrac apareció.

—Perdón, mejor vengo en otro momento —dijo Conrac con una bandeja llena de comida al ver el estado de la habitación.

—Tranquilo, pasa —se disculpó Logan—. Este dichoso aparato no para de sonar.

—Apágalo —sugirió su camarada entrando y cerrando la puerta tras de sí.

—No es tan sencillo. —Intentó incorporarse sin lograrlo—. Dime mejor cómo apagar los sentimientos.

—Si puedo ayudarte, sabes que estoy a tu entera disposición. —Conrac, con maestría, cogió una de las mesillas que estaba volcada y la puso en su forma original, posando en ella la bandeja que sostenía en la otra mano.

—¿Cómo lo hacéis?

—¿Cómo hacemos qué? —preguntó Conrac recolocando la estancia.

—¿Cómo podéis vivir Alda y tú así?

Conrac colocó el canapé y el colchón en su lugar y se sentó en una de las esquinas.

—Si no eres más preciso... —Conrac sabía adónde quería llegar.

Max le había contado que su camarada se estaba viendo con una humana y que la amiga de esta era su *vitae*. No preguntó, sabía que años atrás Maximiliano había conocido a una mujer en una de las expediciones y, por su honor en la misión, la dejó marchar. Juró que no volvería a amar a ninguna mujer que no fuera ella. Sus hermanos de batalla estaban dentro del círculo del amor, pero su líder todavía no quería abrir los ojos.

—Mira, te voy hablar como un hermano y no como tu camarada. Llevas una gran cruz en tus hombros. Eres nuestro líder, nuestro *laird*, y quieres salvarnos de esta condena, lo entiendo. Pero el amor no tiene barreras. Yo estaba sumergido en la oscuridad como vosotros, pero apareció Alda y lo llenó de luz. Ella me dio la oportunidad de vivir.

—Para mí no existe el amor. Por mi culpa sois lo que sois. —Logan dejó caer sus brazos, derrotado.

La presión de la vergüenza y la culpabilidad le caían como un mazo.

—No; por tu padre somos así. El cambio es ley de vida, y los que solo miran al pasado se perderán el presente y no podrán crear su futuro.

Logan lo miró con determinación, su camarada, su hermano, le estaba regalando sabias palabras.

—Alda y yo no hemos dicho nada... —Conrac no sabía cómo compartir lo que hacía algunas semanas le había comunicado su *vitae*.

—Suéltalo ya, no me preocupes más.

A Conrac se le iluminó la cara

—Está embarazada.

—¿Estás diciendo...? —Logan no podía creer que hubiera luz al final del túnel

—Si no tenemos una salvación nosotros, por lo menos que la puedan tener nuestras mujeres —afirmó Conrac lleno de dicha.

—Esa es una gran noticia, hermano. —Logan se aproximó como pudo hacia su amigo para abrazarlo—. Una increíble noticia, ¿lo saben los demás?

—No, queríamos que te enterases tú antes y nos dieras tu bendición.

—Pues claro que la tenéis. —Logan le bendijo por aquella criatura que iba a nacer.

Si los demás no tenían salvación, por lo menos se alegraba de que uno de ellos fuera feliz. Esperaba que Max tuviera la misma suerte y que la amiga de Evelyn aceptara su condición. Y solo por una milésima de segundo, pensó en una vida junto a Evelyn.

Mentiras

Evelyn estaba preocupada. Había sido muy persistente, pero aun así no conseguía localizar a Logan. El teniente Ryan hacía lo mismo con ella. La llamó con la intención de saber cómo estaba, ya habían pasado dos días del suceso en la cadena y el teniente quería comunicarle que todavía no habían dado con los delincuentes que había descrito.

Después de decirle que estaba bien y que no se preocupara, sus dotes de reportera seguían activos y su agilidad en las preguntas tuvo su recompensa. Acababan de descubrir otro cadáver en la calle Segovia y el teniente se dirigía al lugar del crimen. Llamó a Sia y quedó allí con ella. Había dejado de ser la reportera principal de la Cadena 59, pero no había dejado de ser una profesional.

Al llamar a su amiga la notó extraña, parecía que estaba con alguien. Podría ser Lilith, aunque por la voz que se escuchaba de fondo debía ser un hombre. Sería Max. No habían hablado mucho de él. Desde que empezaron con este caso se había distanciado bastante: Lilith estaba desaparecida y Sia más rara de lo normal.

Se puso la cazadora y buscó un taxi que la llevara al centro de la ciudad, a esas horas habría demasiado tráfico para conducir su propio coche. La noche estaba en todo su esplendor y la luna se mostraba más redonda y brillante de lo usual. Todo le parecía surrealista.

Vio un taxi a lo lejos y silbó, levantando a la vez uno de sus brazos. Su gesto consiguió que las bombillas de las farolas que tenía próximas explotaran a su paso, dejándola en total oscuridad. Evelyn se agachó y dio un grito. Se incorporó y miró hacia las farolas en penumbra. Sonrió, levantó la misma mano y la dirigió hacia otra de las farolas que seguían alumbrando la calle. La bombilla estalló.

Dejó salir el aire que había retenido en sus pulmones. Laia tenía razón: sus poderes empezaban a florecer y debía tomar una decisión. Su futuro se estaba abriendo a su paso. Los focos del taxi se detuvieron a su lado, abrió una de las puertas traseras del vehículo y, sin miedo, se subió.

—Eres un puto mentiroso —saltó llena de decepción al *raptor* que tenía delante—. ¿Cómo no me lo has contado antes? He permitido que mi amiga esté cerca de tu líder.

Max había ido a buscar a Sia a su casa. Llevaba una hora intentando explicarle sus sentimientos, lo que era y la lucha que llevaba librando durante siglos para equilibrar la balanza del bien y el mal, junto con sus camaradas, mientras buscaban una cura para su naturaleza.

—Sabía que eras distinto, pero tú... ¡Tú, no!

Sia no podía creer que el hombre con el que había compartido aquellas noches de pasión era uno de sus enemigos. Intentó estar calmada mientras Max relataba todo lo que tenía que decirle, y cuando intentaba entender los sentimientos y la naturaleza de Max, el recuerdo de la voz de la Gran Suprema le llenó la mente. El día que le encomendaron la protección de una joven se vio arrastrada del amor al deber. Ahí fue cuando tuvo que elegir a los suyos, era su misión como hija de los más altos cargos y no podía decir que no.

La Gran Suprema cogió sus manos y le dijo que su destino pronto se alzaría contra ella, y debía elegir lo correcto porque las consecuencias podrían ser terribles. ¿Sería esa la decisión a la que la anciana se refería?

Intentó mantener la calma hasta que él la dejó hablar. A partir de ahí todo fue un cúmulo de improperios lanzados por Sia, diciendo que estaba loco, que le entendía, y que volvía a estar loco. Su mayor preocupación era avisar a Evelyn lo antes posible.

—¿Qué cojones tiene que ver tu amiga con lo que siento por ti? —la encaró Max, sin entender por qué la mujer de su vida se centraba en esa amiga cuando le estaba entregando todo lo que era—. Te estoy abriendo mi corazón, lo que hace ocho años no pude decirte, mi vida, lo que realmente soy...

—Yo... —Sia estaba llena de gozo por lo que estaba escuchando.

Ella le amaba tanto o más, sus sentimientos eran correspondidos, pero su cuerpo, su corazón y todo su ser pertenecían a algo más grande que él ni siquiera podía imaginar. Estaba encadenada a esa vida, a esa lucha. Ella nació para servir y el amor entorpecía su labor.

Además, era un *raptor*. Había oído la leyenda, lo que hicieron, su condenación... De hecho, sus ancestros habían luchado una vez contra ellos. Eran un peligro que ella no había detectado.

Cuando lo vio en la morgue su cuerpo solo sentía el calor desprendido de su corazón. No había conseguido olvidarlo. No presintió el peligro que esos dos hombres desprendían, nunca vio la amenaza en Max. ¿Podía ser que no fueran como le habían contado? No tenía tiempo de pensar, lo primero era poner a salvo a Evelyn.

—¿No me quieres? —Max no intentó ni tocarla, ver su cara, su reacción... Logan se lo había dicho, pero necesitaba creer que podía tener una oportunidad. Ahora se sentía un completo imbécil—. ¿Es porque no soy humano?

—¡No! —se alarmó Sia—. Aunque fueras una de las bestias de las que hablas te querría... No puedo evitarlo. —Guardó silencio, estaba diciendo cosas que no debía.

Max la besó y Sia se apartó de su contacto.

—Sia, por favor...

—Yo... me gustaría decirte que tu amor es correspondido, pero... —Sia se acercó de nuevo a Max, cogiendo entre sus manos la cara de este.

—¿Pero...? —Él acarició las manos de Sia, que seguían aferradas a su cara, y fijó su mirada en los labios de ella. Quería besarla de nuevo, la necesitaba más que nunca. Era su *vitae*—. Hace ocho años nos juramos, nos amamos... No estás con nadie... ¿Todo lo que sentimos... no queda nada?

Sia bajó la mirada. Sentir su dolor a través de sus ojos la estaba matando.

—Lo siento. —Max retiró las manos de Sia. Su rechazo le hacía daño, perforándole hasta lo más hondo de su corazón de guerrero—. Algún día podré confesarte el porqué.

—Y ahora no te viene bien... ¿por? —Max pasó del dolor a la rabia y sus ojos empezaron a volverse rojos.

Sia se separó, no por miedo, había visto muchas cosas extrañas a lo largo de su existencia, sino porque si seguía tan cerca de él al final sucumbiría y se lanzaría a sus labios, rompiendo nuevamente las reglas.

—He quedado con Evelyn en la calle Segovia, se ha producido otra muerte y necesito que esté a salvo.

Max no podía entender la adoración que sentía por su amiga. Comprendía el poder de la amistad, el no defraudar el honor de un amigo, pero... En aquella relación había mucho más. Era como un deber, un cometido, como si fuera la guardiana y protectora de aquella reportera, como hacía él con su líder. La miró intentando encontrar una grieta en su mente para comprender esa lealtad y Sia le proyectó una fugaz calidez. Un sentimiento que no había olvidado y que, sin palabras, le gritaba que allí seguía, más vivo que nunca.

—Voy contigo.

Haría que expresara sus sentimientos. La puerta que le había cerrado no era real, lo notaba. No le había rechazado porque no fuera humano; había algo más y lo averiguaría.

Los rastreadores ya estaban preparados para el reconocimiento de todas las noches, pero esta vez iban a matar. Les importaba muy poco si traspasaban la línea o no. Su compañero estaba agonizando y no iban a ser piadosos con ninguna criatura que sirviera al mal.

Alda se quedaría al cuidado de Perry. A última hora, Horik pidió permiso a Logan para quedarse con ellos, por el bien de la fortaleza, de Perry y de la adorable Alda. Se quedaban solos y no quería pensar qué harían las bestias de la noche si conocieran la localización exacta de su fortaleza. Logan aceptó.

Llegaron al polígono de Fuenlabrada para liquidar cualquier rastro de aquella escoria. Hoy debían tener éxito, no les volverían a sorprender. Se repartieron por cada calle de aquel polígono. El sitio estaba en silencio y bastante oscuro, solo unas pequeñas farolas alumbraban el lugar.

Logan llevó consigo dos espadas de doble filo, en las que se reflejó su cara y la mirada de su bestia. Con pasos decididos y furtivos, los vampiros desplegados iban cayendo como moscas.

Uno de los vampiros cazados hizo que la bestia de Logan se desbordara, doblegándolo y alimentándose de aquel cuerpo inerte. Le dieron igual sus impulsos, la rabia o los sentimientos, y todo el peso de lo que era le venció, vaciándolo por completo. Esperó a que su bestia se tranquilizara; había bebido más de lo que necesitaba, sin importarle si su parte animal se volvería más fuerte que la humana. Daba igual todo menos la venganza.

Evelyn había llegado a la calle Segovia y vio cómo los periodistas se iban agolpando tras la cinta amarilla. Los policías estaban repartidos intentando que ninguna cadena de televisión traspasara el perímetro de seguridad. Había varios compañeros de profesión en el lugar del suceso, se acercó y fue saludándolos. Algunos le dieron el pésame por el fallecimiento de su jefa, otros le daban la oportunidad de probar suerte haciendo una entrevista en alguna de las cadenas en las que trabajaban. Intentó ser amable con todos y fue tomando nota de la gente que quería ayudarla con su futuro profesional.

Visualizó a Marcos a lo lejos. Le había tocado a él levantar el cadáver y afirmar la causa de la muerte hasta completar su intuición reuniendo más pruebas en la morgue. Evelyn levantó la mano para que él pudiera verla. Marcos enseguida la reconoció y habló con uno de los policías para que le permitiera el paso.

—¡Marcos! —saludó Evelyn con cariño.

—Hola, preciosa. No pensaba verte por aquí tras el cierre de la cadena —comentó mientras observaba con atención el cadáver.

—Pues... aquí estoy. Y siento lo del otro día.

Marcos ladeó una sonrisa.

—No te preocupes, sé que soy tu amigo y, me guste o no, no va a cambiar lo que sienta por ti —dijo apuntando datos en su libreta.

—Marcos...

—Tranquila, ¿vale? —Levantó la cabeza—. La amistad es lo que importa.

—Claro. —Le sonrió e intentó cambiar de tema—. ¿Otra chica?

—Igual, mordiscos de colmillos, pero esta vez son limpios. —Marcos se aproximó demasiado a Evelyn y susurró—: No ha sido un lobo, fíjate en la mordida.

Evelyn se agachó y comprobó las dentelladas del cuerpo de la víctima.

—¿Parecen los de...? ¿Qué es eso? —Ev se quedó atónita y Marcos apretó los labios, asintiendo.

—Tengo que completar las pruebas, nada parece lógico —afirmó su amigo.

—¿Qué haces aquí, Evelyn? —El teniente Ryan había llegado a la escena del crimen.

Detrás de la cinta amarilla ya no había periodistas, sino demasiada gente curiosa husmeando alrededor. Dio las órdenes oportunas a sus agentes y se concentró en Evelyn, quería saber su situación profesional y su estado de salud.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el teniente con voz preocupada—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Estoy bien, Ryan, lo mejor que se puede estar en estos casos. Solo quería saber qué había ocurrido. —El detective la increpó con la mirada—. Venga, Ryan, sabes que no soy un inconveniente, no voy a ir corriendo a contar nada. Quería saber si era el mismo asesino... y si el detective Monroe andaba por aquí

—Creemos que sí, que es el mismo asesino. Las víctimas son similares y el modus operandi también. ¿Quién es el detective Monroe?

Evelyn ladeó la cabeza sin comprender.

—Habéis pedido ayuda a detectives privados para que os echen una mano con este caso, ¿no?

Sus palabras salieron apresuradas de su boca y con demasiada entonación, sintiendo un temor que empezaba ahogarla.

—Sigo teniendo a los mismos hombres de siempre Evelyn, no sé a qué detectives te refieres. —El teniente le cogió del codo al ver que la periodista se quedaba pálida—. ¿Estás bien?

—Dime solo una cosa... —añadió, intentando que el aire le llegara a los pulmones.

—Claro. —Ryan empezaba a preocuparse de verdad por ella.

—¿Envié a un detective a mi casa para tomarme declaración por el asesinato que presencié? —Evelyn se apoyó en el hombro del teniente intentando que las rodillas no le flaquearan.

—¿De qué asesinato me estás hablando?

Aquella pregunta fue la respuesta clave para entender que todo lo que había creído cierto se resquebrajaba. Ahora sí que encajaba lo que Laia le había contado. Estaba volcada en un mundo que no existía para los humanos, únicamente visible si querías verlo, y a ella se lo habían mostrado desde diversas caras. Dirigió la mirada a la gente que intentaba averiguar qué pasaba y en unos de los laterales vio que alguien sacudía los brazos. Enfocó la mirada y comprobó que era Sia, junto a Max. La rabia al detenerse en Max, se apoderó de ella. Se dirigió hacia ellos sin percatarse de que Ryan no paraba de llamarla. Ignorando a su amiga, encaró a ese hombre, que ya no era grato ni de confianza ni de nada.

—¡Tú! —dijo Evelyn señalándole con el dedo—. Suelta la verdad ahora mismo si no quieres pasar la noche entre rejas, ¡cabrón!

Max no tuvo tiempo de digerir las palabras de Evelyn y no podía adentrarse en su mente, pero tampoco era necesario: su mirada le decía que lo sabía. Cogió el móvil e, ignorándola, marcó el número de Logan. Sin querer hacerle daño, le pasó la mano por detrás tapándole la boca con delicadeza, para impedir que siguiera gritando de aquella forma. No quería que la gente se enterara de cualquier impropiedad que la reportera pudiera decir, y menos que pusiera en alerta a todos los agentes que andaban a su alrededor. Sia, en cambio, no se quedó de brazos cruzados e intentó ayudar a su amiga.

—Suéltala, Max, ¿vale? Necesita respuestas —dijo Sia procurando que Max la soltara.

—Las respuestas debe dárselas él... ¿Dónde se ha metido? —preguntó mientras intentaba contactar con Logan—. ¡Joder! —Evelyn le había mordido la mano—. O te estás quieta o tendré que hacer algo que no quiero.

Notó que sus ojos se volvían rojos e intentó llevar a Evelyn a un sitio más apartado. Sia los siguió; su mente le decía que se pusiera en acción y se llevara a Evelyn lejos de allí, pero su corazón le decía que debía esperar. Max intentaba localizar a su líder, sin resultado. Evelyn no paraba de forcejear para que este la soltara. En un descuido del *raptor* le dio un codazo y se liberó.

—Normal que Logan no te dijera la verdad, eres insufrible.

Evelyn le increpó.

—¿Qué sois? Hombres lobo, vampiros, asesinos asueldo... —Evelyn le dio un empujón, pero Max ni se inmutó—. Pues entérate, no te tengo miedo.

Max puso los ojos en blanco y volvió a coger el móvil, no era él quien le debía explicaciones. Al ver que Evelyn se alteraba todavía más, su amiga se puso entre el *raptor* y ella. Sia veía que Max empezaba a no poder contenerse y prefirió ayudar.

—Ev, por favor, si te calmas Max podrá contestar todas las preguntas que tengas.

Sia miró a Max intentando apaciguar a los dos. Evelyn, en cambio, observó a Sia como si no la conociera, completamente cegada por la rabia, las mentiras y el miedo que sentía al descubrirse engañada.

No es lo que tú piensas

Logan extrajo el móvil de su gabardina de cuero negro mientras exclamaba una maldición. Tenía varias llamadas de Max. Oteó en la lejanía una sombra que se adentraba en una de las calles de aquel polígono y fue tras ella.

Un vampiro se cruzó en su camino, huyendo de las afiladas espadas. Logan, con un giró rápido, le cortó el cuello con uno de sus filos y el vampiro no tuvo tiempo ni de pestañear antes de convertirse en ceniza.

Otra llamada de Max distrajo su atención. No era buen momento para descuidos. Miró con desesperación el infatigable móvil que tenía en la mano y que no paraba de vibrar, pero no podía contestar. Justo en el momento en que iba a devolverlo al bolsillo de su gabardina, le dio a la tecla de responder sin querer. Escuchó el sonido de la respiración de Max entrecortada y... ¿le pasaba algo?

—¡Cerdo mentiroso! —escuchó a continuación.

—¿Te vas a callar de una vez? ¡Maldita mujer!

¿Evelyn estaba con Max? ¿Qué hacían juntos? ¿No le había dicho que iría a hablar con Sia? Ambos estaban muy alterados.

—¿Max, qué coño pasa? —susurró Logan.

Max intentaba sujetar a Evelyn, ya que ella sabía a quién quería localizar. En un momento en que Sia la agarró, pudo centrarse en la llamada.

—Logan, ¡tienes que venir, ya! —rugió Max.

—¿Qué ocurre?

—¿Me has mentido todo este tiempo? ¡Respóndeme!, ¡maldito capullo! —Evelyn le quitó el teléfono móvil a Max y este dejó que los dos enamorados se entendieran, ya no podía más con aquella mujer.

Logan se refugió en otro callejón del polígono, vigilando que ninguna criatura le atacara por sorpresa.

—¿Dónde estás? —le preguntó elevando un poco el tono de voz, pero Evelyn no le contestaba, solo podía insultarle—. Pásame a Max, Evelyn.

—¿Ni siquiera quieres defenderte? ¡Ah, claro, no puedes! ¿Por qué, Logan? ¿Te has divertido mucho a mi costa?

—He dicho que me pases a Max, ¡ahora! —Esto último lo soltó como un ladrillo furioso.

—Escucha, hijo de puta, no estás en situación de exigir nada, ¿entiendes? Por mí como si te mueres. —Evelyn le lanzó el móvil a Max de mala gana, dejando que este respondiera a todas las preguntas que su líder le estaba gritando.

Max le dijo dónde estaban y que debía apresurarse. Evelyn sabía la verdad de su mentira, estaba fuera de sí y la veía capaz de cualquier cosa: delatarlos, ponerse en peligro...

Logan salió a toda velocidad hacia los vehículos que habían dejado aparcados. Había llegado en su moto y de un salto se subió en ella. Uno de sus compañeros lo vio correr hacia los vehículos.

“Espera, ¿adónde vas?”, preguntó Declan telepáticamente al verle arrancar la moto.

“Terminad el trabajo, os veo en el recinto”, respondió a su camarada.

Logan aceleró la moto poniéndola a 200 km/h, la velocidad máxima que podía alcanzar aquel vehículo. Llegó a la Carretera de Andalucía en pocos minutos, se metió por todas las direcciones prohibidas que necesitó para atajar y llegó por fin a la calle Segovia, como le había indicado Max. Olisqueó en el aire y percibió que hacía poco Evelyn había pasado por allí y que estaba muy cerca.

—Max, por favor, déjame irme. —Evelyn estaba encolerizada y se sentía arder por dentro.

No sabía lo que le pasaba, pero los nervios, las mentiras y saber que la persona por la que por fin empezaba a sentir algo la había mentido... En aquel momento pensaba que incluso podía ser el asesino. Su cuerpo estaba tenso, hirviendo, como si algo dentro de ella quisiera salir y no encontrara el camino.

—Es mejor que esperes a Logan, llegará antes de lo que te imaginas —dijo intentando retenerla.

Sia continuaba al lado de su amiga, haciendo todo lo posible por tranquilizarla.

—Ev, escúchame. Te diría que nos fuéramos y sabes que siempre soy tu conciencia. Ahora escúchame y haz lo que creas, que yo te voy a apoyar decidas lo que decidas —afirmó su amiga cogiéndola de los hombros—. Mi mente grita que le mandes a la mierda, pero mi corazón me susurra que le escuches...

Evelyn frunció el ceño. Su amiga estaba allí, con ella, con Max... ¿Estaría involucrada en todo esto? ¿En los crímenes también?

—No tengo nada que ver con eso, Ev. Es... Todo es más complicado de lo que crees.

—¿Tú lo sabes? ¿Sabes la verdad? —preguntó Evelyn mirándola fijamente.

—Sé lo que es Max, hace poco me lo contó y, tonta de mí, dejé por descuido que te encontraran. —Lo último lo dijo en voz muy baja para que Max no las escuchara.

Evelyn estaba confusa ante las palabras de su amiga. ¿De qué hablaba? ¿Encontrarla? ¿Quién? ¿Para qué?

A Max le iba a estallar la cabeza. Intentaba concentrarse en las chicas, pero aquello era demasiado: lo único que sentía y oía en su mente era rabia, tristeza, impotencia, dolor... Y todo al mismo tiempo.

Logan frenó la moto y llamó por teléfono a Evelyn, estaba en la misma calle que ellos, la tenía a menos de cien metros de distancia.

—¿Qué quieres, lunático? ¿No te he dicho que me dejes en paz? Como sigas molestándome aviso a la Policía. —Evelyn había cogido su móvil sin mirar la pantalla, pero sabía que era él.

Logan arrancó y aceleró antes de aparcar delante de ella.

Sia la miró y asintió con la cabeza, aconsejando a su amiga que escuchara. Max, sin previo aviso, cogió a Sia y desaparecieron como dos sombras en la noche.

—Déjame —pidió Evelyn.

Logan llevaba unas gafas de sol que ocultaban sus ojos rojos.

—Demasiado tarde, pequeña —le contestó Logan muy cerca de ella.

Sin darse cuenta, el falso detective se había plantado frente a ella como una ráfaga de viento. Si antes le parecía alto ahora le resultaba una enorme e intimidante pared.

“Ven conmigo”, dijo Logan sin abrir la boca.

Evelyn no pudo responder. Había oído perfectamente aquellas palabras sin que nadie las vocalizara.

“Tenemos que hablar, Evelyn. Déjame llevarte a un lugar seguro, por favor”. Logan la tomó del brazo, intentando llevarla consigo. Sentía que de un momento a otro echaría a correr, pero lo que no esperaba era que aquella mujer se le encarara.

—¿A un lugar seguro? ¿Contigo? ¡Y una mierda! ¿Dónde está mi amiga? —Se zafó de su agarre de un tirón.

—Lo siento, ¿vale? Te mentí, ¿es lo que quieres oír? —dijo Logan con voz pausada—. Pues bien, lo hice. Pero fue porque no quería involucrarte en una guerra de más de doscientos años; guerra en la que ya estás inmersa, por cierto. Quería olvidarme de ti con todas mis fuerzas, pero está claro que no puedo. Ahora formas parte de esto, tanto si quieres como si no.

—¿Pero tú de qué vas? ¿De qué guerra hablas? —preguntó ella sin entender nada—. ¿Dónde está Sia?

—Sia está bien, no te preocupes, Max la protege. Ahora lo fundamental es que debes elegir un bando: morir o vivir. —Al ver que Evelyn no reaccionaba, pronunció mil maldiciones en un segundo—. ¿Sabes qué? ¡A la mierda! Ya elijo yo por ti: te vienes conmigo.

—¿Esto es una cámara oculta? ¿Ahora es cuando se me queda la cara de panoli...? Venga, Sia, sal ya, lo he pillado.

Al ver la expresión confundida de Logan empezaba a dudar.

—¿Qué? ¿Te crees que esto es una broma? He luchado en muchas batallas, Evelyn. No te imaginas la cantidad de muertes que he presenciado, ni todo lo que he

hecho hasta llegar aquí, a tu lado. No puedo dejarte sabiendo que por mi culpa estás en medio de algo que no entiendes. —Le ofreció la mano para que esta la cogiera—. Ven conmigo.

Ella esquivó su mano. Su mirada empezaba a tener una mezcla de color verde y morada, el miedo y la rabia contenida intentaban salir de alguna forma.

—Quiero ver a Sia. ¿Qué le habéis hecho?

—Evelyn, estoy siendo bastante considerado contigo, y no creas que la Policía te puede ayudar, porque hay infiltrados corruptos en todas partes. Puede que ahora nos estén observando y hayan ido a avisar a su líder. No tenemos tiempo.

—Esto se está volviendo una conversación de lunáticos y no puedes obligarme a ir contigo. No me fío de ti, quiero ver a mi amiga. —Ella intentaba sonar calmada, como si quisiera amansar a una fiera a punto de atacar o tranquilizar su cuerpo, que lo sentía arder como aquel horrible día en la Cadena 59.

—De acuerdo, ven conmigo y podrás verla.

Evelyn dio un paso atrás.

—Si te acercas gritaré y la Policía... No, el teniente Ryan te detendrá y entonces pagarás por todos los asesinatos que has cometido. —Retrocedió varios pasos mientras Logan subía a la moto y le tendía la mano.

—Tu amiga te dijo que me escucharas. ¿Qué dice tu corazón, Evelyn?

Ella entonces miró la mano de Logan. Laia le había dicho que tendría que escuchar a su corazón en algún momento y Evelyn le prometió a Sia que así lo haría. Tenía enfrente al hombre que le había hecho sentir mil emociones y, sin darse cuenta, cogió aquella mano y se agarró a la gabardina para subirse en la moto.

—Señor, la reportera que nos ordenó vigilar ha estado en la escena del crimen —dijo el policía adentrándose en su vehículo federal.

El siervo, al comprobar que su líder no emitía ningún sonido, se quedó en silencio.

—¿Estaba sola? —preguntó alguien al otro lado del auricular.

—Vino sola, pero después se juntó con una mujer y un hombre. La reportera se enzarzó con el hombre y después me llamó mi teniente, señor. —El agente prosiguió—: Más tarde intenté visualizar dónde se había metido y vi a la reportera con otro hombre... —El agente en este instante calló.

—Continúe —instó el líder.

—Pensé al principio que la reportera estaba con... pero al volverse vi que el hombre era otra persona. —Su líder sabía a qué se refería—. Creo que era uno de ellos. —El humano todavía no había visto nunca a ningún *raptor*, como su señor los llamaba—. Supe que aquella apreciación me sería gratificada, ya que podría tratarse de uno de los rastreadores que usted nos dijo, y la reportera parece que los conoce bien, aunque noté a la mujer rara, como si no se fiara de él o como si le temiera.

—¿Le temía? —Su señor sonrió ante esa afirmación.

—Muy bien, sirviente —le interrumpió su amo—, serás gratificado en su debido momento. Ahora necesito que los sigas, enciende tu localizador. Dos de mis criaturas irán a tu encuentro y, si averiguas algo más, llámame.

La comunicación se cortó. El policía se dispuso a cumplir las órdenes sin saber muy bien qué tenía que hacer si el *raptor* seguía con ella. Estaba dentro del vehículo cuando vio cómo la reportera pasaba por su lado subida en una moto.

Te diré la verdad

Evelyn se agarró con fuerza al cuerpo de Logan. La velocidad hacía que tuviera que estar pegada a él, quisiera o no. A Logan, en cambio, le gustaba tenerla así de cerca. Y más... La miraba de reojo por el retrovisor, con los ojos cerrados y el pelo revuelto por la velocidad. El momento de la verdad se acercaba. Puede que ella se marchara y pensara que era un mentiroso y un loco peligroso pero, pensara lo que pensara, sería sincero. Desde su transformación se había visto obligado a ocultar la verdad a todo el mundo. Quería que Evelyn le escuchara y estuviera a salvo de todo peligro porque, aunque no consiguiera su corazón, por lo menos sabría que su vida no corría peligro por su culpa.

Le contaría su historia y después dejaría pasar los días para que ella aceptara que la había engañado como una estúpida. Luego intentaría, junto a Max, hacerle comprender que estaría mejor en el recinto hasta que se encontrara fuera de peligro. Después ya no tendría que volver a verle nunca más, se iría de Madrid sin dejar rastro, como siempre.

Evelyn notó cómo la moto iba desacelerando lentamente hasta detenerse. Abrió los ojos y comprobó el lugar. Habían llegado hasta el templo de Debod y la noche comenzaba a dar la bienvenida. Las luces del templo irradiaban la magia de aquel edificio ancestral.

Evelyn se quedó maravillada ante tanta belleza. Llevaba años en Madrid y nunca se había acercado a contemplar tal perfección. Los egipcios sabían cómo plasmar el esplendor y la armonía en unas piedras. Logan observaba con veneración a aquellos dos monumentos excepcionales unidos: ella mortal, una diosa preciosa y llena de vida; el templo inmortal, creado para los dioses y lleno de magia.

Evelyn notaba los ojos de Logan posados en su silueta, y si momentos antes se encontraba llena de rabia por sus mentiras, ahora la protagonista era la calma. Si hubiera querido acabar con ella, ya estaría muerta, ocasiones no le habían faltado. Pero necesitaba respuestas.

—¿Qué eres?

La pregunta hizo que Logan saliera de su ensimismamiento. Evelyn esperaba su respuesta ansiosa. Le contemplaba y veía al hombre que conoció días atrás, con su incipiente barba y aquellos ojos grises que la encantaban. Era el hombre por el que hacía pocas horas suspiraba...

—Me prometí a mí mismo que me olvidaría de ti. Y tuve que recordarme esta promesa constantemente, en todo momento, a todas horas. —Logan se sentó en el mirador y visualizó todo Madrid.

—¿Entonces, qué hago aquí? Llévame a casa, por favor —pidió Evelyn.

Logan negó con la cabeza, levantándose y acercándose a ella.

—No hasta que escuches lo que tengo que decirte.

—¿Para qué? ¿Para asegurarte de que no voy a delatarte, por eso estoy aquí? —repuso Evelyn.

El consejo de Sia llenaba todos sus pensamientos: “Escucha tu corazón”, pero en aquel momento no lo encontraba por ninguna parte.

—¿Cómo habéis convencido a Sia? —siguió preguntando.

Logan chasqueó la boca ante aquella pregunta.

—El amor a veces es más fuerte.

—¿Max es... lo mismo que tú?

—Sí. Si quieres saber la verdad te lo contaré todo, pero, por favor, no te vayas hasta que termine.

—Ya, claro. Seremos esclavas... ¿de qué? ¿Un vampiro, un hombre lobo, un demonio, un chupacabras? ¿Qué coño eres? —preguntó ella, asombrada por no poner en esas criaturas un tono tembloroso.

—No puedes comprenderlo... —dijo tocándose la frente.

—Pues haz que lo entienda, maldita sea. —La calma de Evelyn empezaba a derretirse.

—Evelyn, no voy a hacerte daño, no soy lo que crees. —Lo dijo en un tono tan convincente que estuvo a punto de creérselo hasta él.

—Bueno, si hubieras sido alguna de las criaturas que he visto estos últimos días supongo que ya estaría muerta, ¿no es verdad? —Logan asintió—. No quiero excusas ni medias verdades, Logan. ¿Tan difícil es contarme tu identidad?

Él le dirigió una mirada irónica. No era fácil, pero debía ser sincero de una vez.

—Soy un *raptor*. —Ella le miró perpleja—. Un rastreador, una criatura de la noche convertido por una cruel meiga hace demasiado tiempo. —Su gran secreto había sido revelado, solo tenía que seguir adelante—. Ahora viene la parte donde gritas y sales corriendo.

Pero Evelyn no gritó, no corrió, ni siquiera pestañeó.

—¿Una meiga? —Evelyn escuchó aquella palabra que se le clavó en todo su cuerpo.

En su sueño, Laia le dijo lo que era en realidad y no se lo había contado a nadie, ni siquiera a Sia. Tampoco sabía el valor que debía darle a sus sueños...

—Una bruja —especificó Logan—. De donde vengo se conocen así. Seres mitológicos dotados de ciertas habilidades mágicas que emplean con un fin.

Evelyn intentaba formular la siguiente pregunta.

—¿Esa... meiga te convirtió en lo que eres?

Quería y no quería saber la respuesta. Si era cierto lo que suponía, sabía quién había lanzado la maldición, pero no podía ser, porque entonces Logan tendría... Laia era de su pasado, un pasado con demasiados años... No, no, no, nada encajaba en su mente.

—Sí, estoy maldito —respondió—. Solo un talismán puede devolverme a mi auténtico ser.

Evelyn se sentó para procesar aquella historia; la de él, la de Laia y la suya propia.

—Soy real y estoy aquí, de pie, a tu lado —continuó el *raptor*—. Lo que te cuento es cierto.

—Demuéstramelo. —Evelyn necesitaba ver por sus propios ojos lo que era realmente, quería comprobar lo que Laia le había hecho.

—Esto no es como vuestros héroes de las películas, Evelyn. Esto es real y no puedo transformarme cuando me da la gana. Es algo metamórfico que ocurre cuando entramos en batalla o en plena excitación.

—¿Cuándo hacíamos... ya sabes, te transformaste alguna vez? —Evelyn bajó la cara por la vergüenza que le provocó aquella pregunta.

—Sí, la bestia que habita en mí quería salir y alimentarse.

—¿Alimentarse?

—Sangre. —Ya lo había dicho. Estaba siendo sincero con ella y debía responder a todas sus preguntas, aunque lo odiara para siempre.

—Entonces, ¿eres un vampiro? —Evelyn quería entenderlo.

—¡No! No me compares con esas criaturas sin escrúpulos que te dejarían seca en cualquier callejón. Sí, necesito beber sangre, aunque intento que esa necesidad no me vengza. Si no quiero, no tengo que alimentarme así... —Logan bajó la cabeza intentando descifrar sus expresiones, ya que no era capaz de invadir su mente—. Sí, existen los vampiros y los licántropos y muchas criaturas más. Los asesinatos...

—Las muertes las provocaron ellos, ¿verdad? —Logan asintió—. ¿Y Max también...? Ya sabes... que si se bebe la sangre de Sia.

—Intentamos resistirnos a esa necesidad y, si al final sucumbimos, tenemos reservas de sangre para no lastimar a los humanos. Mis hombres también deben de hacerlo así.

—¿Hay más como vosotros?

—Cada vez somos menos, pero sí, mi ejército de hombres son como yo.

Evelyn cavilaba cada pregunta.

—Vale, entonces... ¿qué posibilidades tengo de que me abras la yugular y des rienda suelta a tu naturaleza?

—No voy a hacerte daño, Evelyn. No mato humanos, y menos a ti.

—Bueno, por algo más seguiréis aquí...

—Ya te lo he dicho, busco algo para mis camaradas y para mí.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? ¿Qué soy para ti, un juguete con el que entretenerte?

—Joder, ¡no! Al principio... —Logan suspiró ante lo evidente—. Pero tu aura, tu cuerpo entero... Quiero que sepas que no soy un peligro para ti, pero otras criaturas ahí fuera sí lo son, ¡tú misma lo has comprobado!

Ella permaneció inmóvil, absorbiendo esa inesperada sinceridad y observando cómo sus emociones peleaban ante la expresión de desesperación de Logan. Tomó una bocanada de aire y los sentimientos la invadieron por completo: rabia, frustración, deseo... Y todos ellos causados por aquel... ¿hombre?

—Es mejor que te vayas, Logan.

—No quieres eso, Ev, lo sé. Además, no puedo dejarte aquí sola.

—¿Es lo que quiero! —gritó Evelyn fuera de sí. Levantó una de sus manos para empujarle, pero este la detuvo con facilidad—. Vete, por favor. Vete... —le suplicó, bajando la cabeza para que no la viera llorar.

Logan la ignoró y se acercó a su cuello, rozando la delicada piel con sus labios. Su lengua la saboreó antes de propinarle un beso muy húmedo. Evelyn sintió que empezaba a deshacerse desde el mismo centro de su ser.

—No. —Forcejeó para que él la soltara—. Lo nuestro ha cambiado, no eres quien creía.

—Soy el mismo, Evelyn.

—Lo siento, Logan. —Le miró a la cara para intentar ser convincente—. Lo que veo no me gusta.

Ante esa negativa, él tomó la cabeza de Evelyn entre sus manos y la atrapó los labios con desesperación. Al principio, con los ojos llorosos, ella se negó a que la lengua de Logan invadiera su boca, pero aquellos besos tiernos y cálidos lograron minar la voluntad de Evelyn. Aquel hombre hacía que su corazón funcionara por su cuenta. Los brazos de la reportera fueron directos al cuello de Logan, abrazándole y atrayéndolo hacia ella con ansia, dejando que todos sus sentimientos la embargaran. Al ver sus defensas caídas, Logan la cogió entre sus brazos y profundizó más aún el beso. Ella era la mujer que no le dejaba razonar. Él era el hombre que llenaba todo su mundo. ¿Qué importaba lo que fuera?

—Ven conmigo. —La pidió. Ella lo miró con un velo de duda—. No soy el monstruo que piensas. Lo sabes, me conoces mejor que ninguna otra mujer en el mundo. Tus sentidos saben que estás a salvo conmigo. Por mi honor, te juro que no te haré ningún daño.

Unos aplausos seguidos de la silueta de un hombre salieron tras las sombras que proyectaba el templo. Un policía los apuntaba con un arma.

—Evelyn, ponte detrás de mí —dijo Logan apresurado.

—Ni te muevas, zorra —saltó el policía.

Detrás de él aparecieron otros dos hombres corpulentos, muy parecidos a los que habían atacado a Evelyn en las oficinas de la cadena. Al igual que aquellas bestias, se convulsionaron hasta convertirse en animales enormes. Evelyn se agarró con fuerza a Logan.

—Tranquila —la intentó serenar él.

Examinó con cuidado a las dos bestias y al humano con el arma. Vale, podría con esas tres alimañas sin esfuerzo, solo dudaba sobre la mejor manera de proteger a la reportera. Logan intentó transmitir las palabras adecuadas en la cabeza de ella.

“No tengas miedo. Cuando empiece la lucha intenta ponerte a salvo”. En un movimiento rápido miró a Evelyn, que se mordía el labio. Ella le devolvió la mirada asustada. ¿Había oído “lucha” en su cabeza? Logan la apartó despacio y, de debajo de la gabardina, sacó dos empuñaduras. En cuanto las tocó salieron dos hojas afiladas.

—Ocupaos del *raptor*, yo iré a por la mujer —ordenó el policía.

Las bestias se adelantaron en posición de ataque y rodearon a Logan. El policía esperó hasta que el *raptor* estuviera distraído para llevarse a la mujer.

La verdad

Logan tenía que asegurarse de que Evelyn estuviera bien, y para ello debía empezar por aquellos dos perros que intentaban cortarle el paso. Después se encargaría del humano. El policía era lo que menos le preocupaba, pero aquellas dos bestias... no quería terminar como su amigo.

Se adelantó y las criaturas hicieron lo mismo. Como imaginó, una se puso delante y otra detrás; veía cómo se movían, estirando esas articulaciones que habían crecido considerablemente, recubiertos de pelo y dientes afilados.

Evelyn se quedó a solas con el humano. Serían pocos minutos los que la dejaría sola y necesitaba creer que no cometería ningún error. Uno de los chuchos se abalanzó sobre él y este, preparado con sus espadas, le bloqueó el ataque justo cuando el otro animal se le echó encima, pero Logan pudo repelerle con un empujón, apartándolo de su trayectoria.

Aullaron como los perros que eran, escupiendo en el suelo y moviéndose como bestias antes de volver al ataque. Ahora iban a por él a la vez y tenía que manejar las espadas de la forma más eficaz. Con precisión, dio una estocada a uno de los lobos, realizando un corte limpio en una de sus patas. Empezó a sangrar a borbotones y cayó al suelo, aunque luchaba por levantarse. El otro esquivaba las espadas con puños y dientes. Logan evitaba que se acercara colocando las espadas en equis pero el licántropo cogió las hojas con sus garras. El grito de Evelyn hizo que Logan mirara en su dirección: el policía la arrastraba de los pelos sin ninguna consideración.

Evelyn intentaba forcejear con el policía, incluso intentó alcanzarle con sus puños, pero desde su posición le resultaba imposible. Su cuerpo por dentro comenzó a arder e, igual que en la oficina, recordó las palabras que le llegaron a su mente, pero sus manos no hicieron nada. La angustia entonces se apoderó de ella. Un golpe seco en la cabeza hizo que perdiera la estabilidad y su visibilidad se fragmentó. Sentía que en cualquier momento se iba a desmayar. Intentando mantenerse consciente, necesitaba hacer algo ya, no podía dejar que aquel hombre se la llevara a saber dónde. El tirón de pelo cesó y unos movimientos rápidos en la penumbra aparecieron y desaparecieron sin que los ojos de Evelyn los captaran.

Logan, que había visto que Evelyn se revolvía ante el policía, presenció también cómo este le asestaba un golpe seco con la culata de su pistola y cómo ella se arrastraba casi inconsciente, facilitando la tarea al humano. Entonces dio un giro rápido e imprevisto, clavando una de las hojas en el costado de la criatura que quería arrebatarse las espadas. Este, al sentir el filo frío del arma, se convulsionó, cayendo al suelo medio hombre medio bestia. Comprobó dónde estaba la otra criatura, que seguía desangrándose, y con la otra espada llegó a su posición y le cortó el cuello. En menos de dos minutos tenía delante al policía, que ahora le apuntaba con una pistola que sujetaba con la mano temblorosa. Volvió a golpear a Evelyn, haciendo que cayera al suelo y gritara de dolor. Lo pensó mejor y decidió apuntarla a ella.

—Déjala —ordenó Logan intentando contener a su bestia—. Será lo mejor.

Evelyn, sin poder enfocar bien, vio a Logan con los ojos proyectados en sangre y la palidez de su rostro. La marca de la maldición le ardía, brillando con rabia a través de su piel. Ella notó cómo se esforzaba por contenerse; si dejara salir toda la rabia que contenía aquel ser no saldría viva. Ahora le veía tal y como era; veía la maldición que Laia le había anunciado. La maldición de un amor.

El policía rio incrédulo. Tenía a los dos especímenes que su señor tanto quería. Dos por el precio de una. Su encargo consistía en llevarle a la mujer, pero qué mejor obsequio que añadir al pedido al líder de los raptos. Debía ser su noche de suerte.

—Mi señor nunca hubiera esperado que os pudiera tener delante. —Logan escuchó aquellas palabras atentamente—. Me lo gratificará enormemente, pero sé que las armas de los humanos no te matan; solo te dejan débil. —El agente sabía demasiado de él. Logan empuñó una de sus espadas—. Oh, no, mejor guarda eso, rastreador, ¿o es que quieres que tu amiguita termine mal? —Cogió a Evelyn del pelo para que se levantara.

—Logan... —escupió las palabras Evelyn como pudo.

—Cree que la puedes salvar, pobre perra tonta.

Logan estudiaba los movimientos del humano. Podía derribarlo fácilmente, pero no sabía si la pistola que apuntaba a la cabeza de Evelyn lo cambiaría todo en un segundo.

—No sé si me castigará si mato a la mujer que tanto quiere por alguna razón... —El policía hablaba para sí, como si no los tuviera delante.

Logan seguía escuchando. Así que había un líder entre esas criaturas y aquellos capullos sirvientes.

—Me encantaría que me llevaras hasta a él —propuso Logan de repente.

A lo mejor era lo más sencillo, terminar con toda esa patraña llegando hasta el agujero para sacar a la escoria del líder de las criaturas.

El policía sonrió ante la respuesta. Le estaba resultando demasiado fácil: llevaría a los dos y podría formar parte de aquel mundo, logrando ser más que un simple humano. Rio a carcajadas al imaginarse su futuro, estaba eufórico.

Tiró a Evelyn nuevamente de los pelos para que se pusiera de pie y Logan percibió un olor a líquido ácido muy característico: sangre. Los golpes proporcionados por ese humano le habían provocado a su reportera varias heridas, algunas profundas.

—Tú, camina —ordenó el agente a Logan.

Pero antes de que volviera a apuntar a Evelyn, le cogió el brazo, estrangulándose y haciendo que la pistola cayera al suelo. El policía no le puso las cosas fáciles: tenía otra pistola guardada detrás del pantalón. La sacó con rapidez, apuntó a su abdomen y disparó.

El sonido del arma retumbó en todo el paraje, logrando que hasta los pájaros huyeran despavoridos. Logan soltó el aire, comprobando que la bala le había perforado el abdomen. La herida era limpia, tenía entrada y salida.

El policía, al ver que seguía en pie y que la herida no le había debilitado, intentó coger a Evelyn y huir. Si no podía con el rastreador se llevaría a la chica, que era el encargo de su señor.

Un movimiento rápido le hizo retroceder y cayó de bruces al suelo. Logan atrapó a Evelyn antes de que la arrastrara en la caída y, cogiendo la pistola con la que el agente le había herido, le noqueó con la culata dejándolo inconsciente.

Al comprobar que el policía no se movía, Logan se desplomó de rodillas, observando sus daños y los de Evelyn.

El rechazo

Logan tenía apretada la mandíbula tan fuerte que le dolía. Quería tranquilizarse y que Evelyn no viera la criatura que emergía en su interior convulsionándose sin parar. La herida hacía que su cuerpo respondiera de ese modo. Ev se incorporó y vio al policia inconsciente. Se llevó la mano a la boca.

—No está muerto —pudo expresar Logan con dolor, limpiándose las heridas con la camiseta.

—Deja de intentar adivinar lo que pienso, ¿de acuerdo? —Saltó acercándose a él —. ¿Estás bien? —Logan intentó separarse de ella.

—Lo estaré —afirmó con dificultad—. Tenemos que irnos.

—¿Puedes levantar...?

Antes de que Evelyn terminara la frase, Logan ya estaba en pie.

—Te llevaré con los míos y así podré curarme mejor —dijo Logan caminando hacia la moto.

—Ni hablar, prefiero ir a mi casa y...

—¡No! Esas criaturas te quieren por algo, y hasta que no sepa el porqué no te quitaré los ojos de encima —exclamó acercándose a ella de una zancada.

—Prefiero ir a casa, relajarme, ducharme, cambiarme de ropa... Por favor...

Logan sabía que no debía ceder. Aquel agente inconsciente había dicho cosas importantes, entre ellas que estaban dirigidos por alguien que ejercía una gran influencia en todas las criaturas y debía comunicárselo a sus camaradas cuanto antes.

—De acuerdo, pero después volveré a buscarte... Y no aceptaré un no por respuesta.

Evelyn asintió.

El camino a casa de Evelyn fue rápido y hasta que no estuvo dentro del recinto Logan no se alejó de allí. Ella no supo cómo despedirse, así que levantó la mano y dijo un “hasta ahora”. Logan sonrió y le aseguró que tardaría lo menos posible, que cerrara todo con cerrojo y que tuviera a mano la pistola que le dio. Si por algún motivo tardaba, esperaba que no dudara en utilizarla.

Al llegar fue directo a la sala de enfermería para ver a Perry y a curarse la herida de bala. Alda estaba junto al convaleciente, cambiándole una de las gasas. En cuanto vio a Logan comprobó que no estaba en plenas facultades.

—¿Pero dónde te has metido? ¿Qué ha pasado? —preguntó cogiendo gasas limpias, yodo y alcohol.

Logan se sentó en una silla y se quitó la camiseta rota. Alda se arrodilló para ayudarle mientras él tomaba una de las gasas y la impregnaba en alcohol.

—Es limpia, cerrará pronto —afirmó Alda limpiando la herida.

—Lo sé —contestó Logan intentando fingir que no le dolía.

—¿Vas a contármelo? —volvió a preguntar la mujer. Al ver que Logan no contestaba, añadió—: De acuerdo, tarde o temprano me enteraré.

Logan suspiró.

—¿Cómo esta Perry? —preguntó Logan cambiando de tema.

Alda le miró sabiendo lo que intentaba, pero era el jefe y prefirió dejarlo pasar.

—Sigue igual, a veces está consciente, pero delira en cuanto le sube la fiebre. No sé cuánto más va a poder aguantar. Si supiéramos qué más hacer... —Alda enrolló alrededor de Logan una venda para sujetar el apósito hasta que la herida cicatrizara—. ¿Por qué no preguntas a Fairuza si sabe algo para combatir la herida? Que lo consulte con la diosa.

—Llevo días sin saber nada de ella, entra y sale a voluntad, ya lo sabes.

—Pues deberías estar más atento. Los chicos cada vez se fían menos de ella —aconsejó Alda tajante.

—La buscaré.

Logan se levantó y comprobó que Perry dormía antes de dirigirse a la sala de entrenamiento. Debía coger nuevas armas, cambiarse de ropa e ir a por Evelyn. Encendió las luces y se dirigió al armario donde guardaban el armamento, alargó la mano hasta una de las dagas y la sacó de su funda. Comprobó lo afilada que era su hoja y se volvió hacia unos muñecos que servían de blanco. Con un giro rápido y preciso lanzó la daga, clavándola en la frente de su objetivo. La herida le dio un tirón, pero no se doblegó. Volvió al armario y eligió uno de los arcos y una aljaba. Se colocó en el mismo sitio y lanzó varias flechas con precisión, acertando en el pecho de su adversario de trapo.

Necesitaba olvidar por un momento que había tomado la decisión de no adentrar a Evelyn en su mundo. Su puntería era perfecta y ni siquiera sus desconcertantes pensamientos podían hacer que fracasara como guerrero. Un movimiento cerca de la puerta le hizo girar la cabeza. Zeus le observaba sin rechistar.

“¿Cuánto tiempo llevas ahí?”, le preguntó telepáticamente.

—El suficiente —susurró en una voz casi inaudible—. Si quieres que me vaya...

—No, está bien —gruñó Logan levantando la cabeza y obligando a que Zeus le mirara la cara—. De todas formas, ya me iba.

Los ojos de Zeus le miraban fijamente y las fosas nasales se llenaron de una grata sorpresa.

—Estás sangrando. Raro en tí, Logan, que una bala te hiera con facilidad. ¿Qué ha pasado?

—¿Acaso importa?

—No es propio de tí.

—¿Te importaría no inmiscuirte en mis asuntos? —Logan exclamó una maldición.

—Te veo tenso. Sí. —Zeus avanzó con paso arrogante hacia él.

No estaba mirando a Logan, pero vio un tormento que reflejaba lo que él años atrás sintió. Logan cogió una de las espadas valorando su filo y su peso. Los dedos le escocían por el deseo de utilizar aquella arma para otra cosa que no fuera para aquella marioneta de entrenamiento. Con un gruñido, se abalanzó contra el muñeco partiéndolo en dos.

—Lárgate de aquí, Zeus. No necesito tus tonterías en este momento.

—Ya. Lo que tú no quieres es que alguien note tu debilidad.

—No tienes ni puta idea.

—¿No? —Zeus le miró largo rato y maldijo para sus adentros, negando con la cabeza—. Un líder no puede flaquear en estos momentos, ¿verdad, Logan?

—¿Tú, dándome consejos? ¿Desde cuándo? —exclamó Logan con dureza.

—Mira, haz lo que te dé la gana, ¿vale? —El guerrero se encogió de hombros—. Sabes lo que pasé y lo que me aconsejaste; ahora conoces bien el dolor que sufrí.

—Ahórrate la preocupación. Eres la última persona que necesito a mi lado.

—Claro. ¡Perfecto! Porque tú eres el líder, el supremo y el mejor en todo.

—Exacto.

—Espero que esa mujer te destroce, así comprenderías otros puntos de vista. A ver, que la vida no vale nada, aun siendo un monstruo.

En un ataque de rabia, Logan se abalanzó sobre el *raptor*, propinándole varios puñetazos. Zeus intentó zafarse de él deteniéndolo con sus brazos.

—¿Quieres matarme, Logan? ¿Te sentirías mejor? Pues hazlo, gilipollas, a lo mejor así dejaré de sufrir tanto o más que tú.

Logan paró de propinarle golpes, calmando a la bestia que le empujaba a sentir la carne y el crujir de los huesos de su contrario.

—De corazón, espero que no caigas tan hondo.

La transformación de su bestia se reflejaba en su plenitud en los espejos de la sala. Bennett y Declan entraban con expresión cautelosa. De nuevo veían a aquellos dos

pelearse por otro malentendido.

—Nadie nos ha invitado al festejo, ¿pasa algo? —dijo Bennett intentando no empeorar la situación.

Logan soltó a Zeus y se apartó de este con vergüenza. Lo que estaba sintiendo le estaba ahogando, dejándolo lleno de hiel.

Zeus rompió el silencio.

—Sí, todo está perfectamente. Solo entrenábamos.

Logan salió de la sala lleno de rabia y propinando un golpe seco en la puerta al salir.

—Vaya, cómo estamos hoy. El entrenamiento le ha dado un buen subidón —murmuró Bennett.

—No, tío, aquí huele a corazón roto en todo su esplendor —dijo Declan.

La trampa

El gemido de aquella mujer, desnuda sobre su cama y rodeada por su cuerpo, le ofrecía su sangre y su cuerpo como una marioneta. Sus sirvientes le habían proporcionado durante varios días un juguete humano bastante entretenido. La miró y solo pudo expresar... Nada. Los años le habían enseñado a no sentir emociones humanas; ni el sexo mantenido con una mujer le hacía sentirse vivo. Su sentimiento murió mucho tiempo atrás y solo la venganza le hacía sentir un ápice de satisfacción. La mujer, con un hilo de voz entre el mundo de los vivos y de los muertos, le pedía que la dejara ir. “Insulsa criatura”, todavía no había terminado con ella. Sus sirvientes eran unos completos estúpidos, pero ella... era la última baza del plan. Se vistió con una bata de satén de color marrón y se dispuso a salir de la habitación.

—No —gimoteó ella—. Por favor, déjeme ir.

Ella le siguió al estudio que tenía al lado de la habitación, donde otra figura femenina le esperaba sin previo aviso.

—Parece que aquí todo el mundo me deja como segundo plato —exclamó la voz femenina.

—¿A qué has venido? —preguntó el líder de las criaturas, con gran enfado por ver a esa mujer en sus dominios sin haber sido invitada.

—Me he cansado de jugar.

—No me interesan tus tonterías, y si no tienes ninguna información importante será mejor que te vayas. —Ignorándola, cogió a la humana moribunda y la hizo sentarse enfrente del escritorio, donde varias fotografías presentaban diversos cadáveres y variopintos amuletos—. Tengo trabajo, así que... lárgate.

—¡Kenneth! —exclamó colérica la mujer al verse ignorada.

El líder de las criaturas, al oír su nombre en la boca de la mujer, alzó su mirada, increpándola.

—¿Con qué permiso te atreves a pronunciar mi nombre? —Se acercó a ella y se quedó muy quieto.

Hacia años que nadie lo llamaba por su nombre, su querida mujer fue la última que lo pronunció en su lecho de muerte. Después, su nombre desapareció con ella.

—No puedes hacerme daño, vuestra estirpe lo tiene prohibido —exclamó la mujer victoriosa, al ver que por fin tenía un segundo de atención.

—¿Qué quieres? —exclamó la criatura con los músculos al verse manipulado por aquella arpía.

Él no podía matarla, pero sabía que algún día uno de sus secuaces lo haría por él.

—Que los mates a todos. Estoy cansada de fingir y ser buena.

—¿Es eso lo que te preocupa? Pensé que te lo estabas pasando muy bien entre las sábanas. —Esas palabras le habían dolido a la mujer con piel de aceituna, pero lo dejó pasar a sabiendas de que era el único que podía cometer la atrocidad que buscaba.

—¿Lo harás?

La criatura asintió y la mujer, al ver sus deseos confirmados, desapareció. La humana soltó un grito de desesperación.

—A ver... Cuéntame unas cuantas cosas... —De encima del escritorio cogió una fotografía, extendiéndosela a la humana para que la mirara.

Con voz rasposa habló, contándole todo lo que le preguntaba sin ninguna resistencia. La mujer que intentaba capturar estaría muy pronto ante su presencia, ya que una de las personas de su entorno más cercano estaba a su merced en aquel mismo instante.

cuando Evelyn vio a Logan alejarse en la moto, comprobó que las ventanas y las puertas principales estuvieran cerradas. A continuación llamó a su amiga, pero no obtuvo respuesta. ¿Le habría pasado algo? Logan le dijo que estaba bien, con Max... ¿Podía creer en su palabra?

Su cuerpo tembló; tenía miedo de volver a encontrarse con Logan o con cualquier otra persona. Ya no se sentía segura ni en su propio apartamento. Envuelta en la gran manta que siempre tenía en el sofá, se dirigió a su escritorio, donde el teléfono de mesa emitía una luz roja parpadeante que indicaba que tenía mensajes en su contestador.

Los mensajes correspondían a su antiguo compañero Glen y a Marcos. Este último sí lo escuchó con atención. Le contaba que estaba preocupado porque unos hombres habían ido a la morgue para hacerle preguntas sobre ella. Eso le inquietó y le pedía que por favor se pusiera inmediatamente en contacto con él.

En cuanto terminó de escuchar el mensaje de Marcos, el teléfono fijo volvió a sonar.

—¿Sí? —Evelyn respondió.

—Ev, ¿qué haces en casa? ¿Estás bien? —Sia sonaba preocupada.

—Oye, tranquila —se dijo más a sí misma que a la propia Sia—. Logan se fue y yo solo necesitaba estar unos momentos a solas... —Las palabras no fluían; los sueños, las muertes, Logan...

Todo se revolió en su mente y la estaba taladrando sin parar. “Eres una bruja”, se repetía sin llegar a convencerse. Las palabras de Laia tronaron en su mente dejándola un buen dolor en la cabeza y lágrimas en los ojos.

—¡No sé qué está pasando, Sia! —gritó mientras rompía a llorar.

—Siento lo que estás viviendo, Ev, y me veo en la obligación de contarte algo sobre mí, aunque no deba...

—¿Qué quieres decir? —Un movimiento en la ventana hizo que Evelyn se volviera hacia allí y se asustara.

—¿Ev? ¿Ev? ¿Estás bien? —exclamó Sia alterada.

Evelyn suspiró al identificar a los ojos grises que la escrutaban.

—Sí... Bueno, no sé. Es Logan

—Ve con él. Te llevará con los demás y yo intentaré ir lo antes posible. Y Ev... mantén la mente abierta, por favor. Si te importa algo ese hombre, mírale con el corazón.

La línea se cortó dejando a Evelyn sola ante un hombre del que no sabía ni qué pensar. Le había mostrado su auténtica cara, había matado a dos criaturas de otro mundo y dejado inconsciente al policía que la secuestró... Su cuerpo empezó a temblar.

—No me tengas miedo, por favor —pidió Logan, rompiendo el silencio de la habitación.

—No te tengo miedo —afirmó Evelyn cruzándose de brazos.

—Pues no es lo que dicen tus ojos.

Evelyn carraspeó intentando mantenerse serena mientras Logan se acomodaba en el sofá.

—¿Qué haces? —preguntó al verle tan relajado.

—Esperarte. Te dije que volvería para llevarte a un lugar seguro donde pueda protegerte, así que... —Hizo el ademán de mover la mano para continuar—. Prepara lo que quieras llevarte.

Evelyn, sin pestañear, lo miró y lo miró, hasta verse sumergida en un bucle de emociones. Ella era una simple chica que llegó a Madrid con las manos vacías, donde intentaba abrirse camino en una profesión y ser reconocida por su esfuerzo. Y ahora estaba en su casa con un rastreador maldito por una bruja, ella era una meiga sin trabajo y unas criaturas la buscaban a saber por qué... ¿qué podía ir mal? Se tocó la sien y su cuerpo se tambaleó, haciendo que Logan, en una milésima de segundo, la sostuviera entre sus brazos.

—¿Estás bien? —Logan la observaba con esa mirada tan intensa que impedía que el aire le llegara a los pulmones.

—No puedo respirar —dijo sin apenas voz.

Logan entonces la besó, prometiéndose a sí mismo que jamás la soltaría. No quería confundirla más de lo que estaba, pero al verla en esa tesitura, casi al borde del desmayo, sintió la necesidad de protegerla, tocarla, sentirla, besarla, amarla.

Evelyn terminó el beso y le miró. Allí estaba el hombre que le hacía sentir mujer. Sus rasgos tan masculinos no tenían nada que ver con la fiera que había visto horas atrás, en el templo. Y, contra toda lógica, no tenía miedo. Al contrario. Ni tampoco quedaba resquicio alguno de resentimiento por el engaño. Su corazón quería estar con él.

Cubierto con un abrigo largo de cuero negro, unos pantalones de la misma tonalidad y una camiseta negra que realzaba aquellos ojos grises, le resultó tan tentador como las primeras veces que lo tuvo en su casa. Le habría gustado que hubiera sido franco desde el principio, presentándose con aquellos ojos rojos como la sangre y aquellos rasgos felinos que ahogaban todo rastro de humanidad. Pero, con todo, volvió a besar a aquel hombre que no era el detective Monroe.

Más muertes

Hablaron durante horas aquella noche y a lo largo de la mañana; demasiada información para que Evelyn pudiera procesarla de una sentada, pero no había huido ni tampoco lo había rechazado; muy al contrario, le abrió su corazón. Lo único que tenía claro era que podía confiar en él, a pesar de toda la irracionalidad que envolvía aquel episodio de su vida.

Mantuvo una admirable serenidad durante una conversación que era, sin lugar a dudas, bastante difícil de asimilar. Le había contado que cualquier criatura podía estar merodeando por las calles de la ciudad, cómo una maldición le transformó en lo que era y tuvo que luchar como un guerrero de la noche, sobreviviendo sin ser alcanzado por el ojo humano. La búsqueda de la cura que la leyenda relataba y cómo sus enemigos pretendían adelantarse, aunque ignoraba sus motivos. Y que ella se había visto en medio de todo por culpa de su trabajo.

Evelyn le había escuchado todo con una fortaleza asombrosa, hasta que el sueño la venció y Logan la dejó descansar un par de horas para que su cuerpo se relajara de tantas emociones. La observaba mientras dormía en la cama, preguntándose cómo aquella mujer, tan fuerte y tan indefensa a la vez, podía robar lo más importante de un hombre. A partir de ahora tendría que abandonar todo lo que conocía, sus amigos, el trabajo que tanto le gustaba, su apartamento... si quería acompañarle en su búsqueda. Y tendría que hacerlo en aquel mismo momento.

Evelyn comenzó a gimotear en sueños. Su cuerpo temblaba y sus ojos cerrados pronosticaban que no era nada bueno.

—¿Ev? —Logan intentó despertarla, con cuidado para que no se asustara.

—¿Logan? —dijo Evelyn en un susurro ahogado, despertándose.

—Estoy aquí. Tranquila, era un sueño.

Ella se despertó, estirándose y enroscando sus piernas a las de él mientras se abrazaba a su cuerpo.

—¿Estás a gusto? —la preguntó con interés. Ella asintió con la cabeza, feliz al ver que en esta ocasión permanecía a su lado—. Es mejor que nos levantemos y recojamos todo lo que quieras llevarte. Cuanto antes estés en el refugio, mejor.

Ella asintió sin contemplaciones.

—¿Estará allí Sia?

—Sí.

Logan cogió una maleta pequeña que tenía guardada en uno de los armarios del apartamento para sus viajes de trabajo y empezó a llenarla con la ropa imprescindible.

—Ya está todo —dijo ella—. ¿Tengo tiempo para una ducha?

Logan la miró y asintió. Era imposible decirle que no a esa mujer.

Mientras Evelyn tomaba una ducha, Logan hizo una rápida inspección en el resto del apartamento. No podían dejar ninguna prueba de su destino por si aquellos individuos pasaban por allí. Cuando terminó con la revisión se dirigió al cuarto de baño, donde Evelyn se secaba con una amplia toalla. La cogió en volandas y la metió en la bañera.

—¿Qué haces? —preguntó Evelyn perpleja.

Logan cogió el móvil que tenía en el bolsillo y dio a varias teclas hasta que sonó la canción *Te miro a ti*, de Milay Cyrus y David Bisbal.

—No pude bailar contigo en el pub y me gustaría hacerlo ahora —dijo Logan, tocándose el pelo nervioso.

—¿Ahora? ¿Con la Cyrus? ¡Estás de coña! —exclamó Evelyn riendo.

—¿No te gusta? Pues creo que la canción dice mucho de lo que siento.

Evelyn escuchó entonces la canción que no le gustaba nada, pero la letra tenía lo suyo y sonrió, haciendo que Logan se metiera dentro de la ducha y agarrara a su pareja de baile por la cintura, comenzando a bailar al compás de la melodía.

Un coche de gran cilindrada aparó muy cerca de la casa de Evelyn. Unos pasos muy precisos se apresuraban al edificio, haciendo que los sentidos de Logan se activaran, separándose de los labios de Evelyn.

—¿Pasa algo? —dijo Evelyn al ver cómo los ojos de Logan empezaban a cambiar de color.

—Vístete —ordenó Logan cortante, saliendo de la bañera y cogiendo una nueve milímetros que tenía guardada en otro de los bolsillos.

Después de lo de Perry, hizo caso a sus compañeros. Necesitaban algo más que espadas para acabar con ciertas criaturas, así que, aunque no le gustaran demasiado aquellas armas modernas, tal vez tuviera la oportunidad de utilizarlas. Estaba cargada con balas de plata y titanio fundido, mortales para las criaturas de la noche o para cualquier humano, pero con sus sentidos desarrollados verificó que se trataba de dos humanos y... vaya, no venían solos.

Evelyn se vistió apresuradamente y salió de su habitación mirando a Logan asustada. Se dirigía a la puerta principal con pasos sigilosos cuando el timbre, que empezó a sonar, hizo que le diera un vuelco el corazón. Observó por la mirilla y vio a un Marcos desarreglado junto a... ¿Glen? ¿Qué hacía Marcos con ese tipejo?

—¿Marcos? —preguntó Evelyn sorprendida.

—Ev, ábreme, te he dejado varios mensajes y no me has respondido.

Evelyn miró hacia atrás, viendo la reacción de Logan con la pistola en mano y su mirada clavada en la puerta, alerta por lo que pudiera pasar a continuación.

—Déjale entrar —dijo con tono grave.

—Claro, pero tranquilo, Logan, no es más que Marcos —susurró.

—Abre —repitió sin mirarla.

—¿Me has oído? Es mi amigo y no voy a dejar que le hagas daño. —Evelyn cogió el picaporte de la puerta.

Había abierto solo unos centímetros cuando Marcos dio un empujón a la puerta y entró, facilitando el camino para que Glen pasara tras él.

—¡Marcos! ¿Puedes explicarme qué...?

Marcos le dio un fuerte abrazo, pero se apartó al percatarse de la silueta que tenía detrás.

—Oh, vaya. Perdona, no estás sola.

—No, siento no haberte devuelto las llamadas, he estado bastante ocupada —dijo Evelyn excusándose.

—Ya veo. —Marcos se acercó a Logan, ofreciéndole la mano como saludo.

El *raptor*, antes de que aquellos dos lo vieran, escondió la mano con la que tenía sujeta la pistola, en su espalda.

—¿Te conozco? —preguntó Marcos.

—Sí, nos conocimos en la morgue —respondió Logan estrechándole la mano libre.

—Ah, sí, el detective. —Marcos se apartó de él y volvió a ponerse frente a Evelyn. No le gustaba que estuviera con aquel tipo—. Ev, ¿qué pasa? ¿Estás con este...?

—Señaló a Logan con desdén.

Glen estaba al margen sin apartar la mirada de Logan.

—Sí... —Evelyn no quería hacer daño a su amigo, y parecía que los celos le estaban trastornando—. Creo que mejor es que te vayas, no es buen momento...

Marcos miró entonces a Logan y a la maleta que había junto a la puerta.

—¿Te vas? ¿Con él? —Marcos fue a coger la maleta.

Desprendía celos a raudales. No dejaría que su amiga se fuera con aquel hombre.

Logan, con agilidad, se puso entre Marcos y las pertenencias de Evelyn. Fue un movimiento tan rápido que Marcos no lo vio venir. La mirada de Logan era amenazante y, sin advertencia previa, cogió a Marcos por el cuello y lo levantó del suelo. Glen se abalanzó sobre Logan sacando sus colmillos, pero este sacó de su

espalda la pistola y le disparó a la cabeza, cayendo al suelo de forma fulminante.

—¡Pero qué has hecho! —gritó Evelyn acudiendo hacia el cuerpo de Glen, que empezaba a descomponerse.

—Saldremos por el patio, rápido.

—¿Qué...? ¡Lo has matado! —chillaba Evelyn histérica.

—Era un vampiro.

Logan examinó a Marcos con cuidado, que seguía agarrado por la mano del *raptor*. Bajó con su pistola el cuello del polo que llevaba y dejó a la luz dos orificios de colmillos.

—Joder...

Evelyn se levantó y se puso a la altura de los dos. Marcos entonces gritó por la presión que los dedos de Logan ejercían en su cuello.

—Por favor, Logan, no lo mates —suplicó.

—Espérame en el patio.

Evelyn recogió sus cosas y salió de allí a toda prisa. Esperaba que no le hiciera daño. Al comprobar que Evelyn no estaba en su campo de visión, Logan rompió el cuello de Marcos dejándolo inerte entre sus dedos.

Evelyn vio a Logan salir por la puerta acristalada de su patio, sin Marcos a la vista.

—¿Dónde está?

—Lo siento, Evelyn, he hecho lo que tenía que hacer.

—¿Qué? —Evelyn corrió en dirección a la vivienda, pero Logan la detuvo.

—Le habían mordido —explicó mirándola fijamente—. Ya no era Marcos, estaba maldito y, si no querías verle dentro de unas horas convertido en algo peor, dame las gracias por lo que acabo de hacer.

Evelyn escuchó desplomada en los brazos que la sujetaban. Veía que su mundo se iba convirtiendo en caos.

—Evelyn, reacciona, hay licántropos en el coche en el que han venido tus dos amigos. Si se dan cuenta de lo que ha sucedido la cosa se pondrá peor, debo llevarte al refugio y alertar a mis compañeros.

Evelyn asintió, saltó la valla con ayuda de Logan y salió por la parte de atrás del edificio para que los dos licántropos que esperaban ansiosos no se dieran cuenta de su huida.

Con sigilo, se dirigieron al Lamborghini en el que había llegado el *raptor*. Sin ninguna llave, el motor del vehículo rugió y Evelyn se subió en el asiento del copiloto sin preguntar.

—¿Cómo has podido? —soltó Evelyn con lágrimas en los ojos.

—Lo siento, no sé qué querías que hiciera, pero decidí lo mejor para él y para los humanos que se podían haber cruzado en su camino.

—¿Y Glen... un vampiro? En la cadena no se comportaba como tal —dijo indignada.

—Era un *wurdulac*, una clase de vampiro que soporta los rayos solares más tenues. Son difíciles de detectar, y tu amigo estaba en proceso. No podía dejar que se convirtiera en un cascarón vacío.

—Glen me decía siempre que algún día me arrepentiría... Pero Marcos, ¿cómo ha podido...?

—Glen era un lunático con malas intenciones, no me extraña que haya terminado así. Tu amigo... Bueno, estaba enamorado de ti, era fácil sobornarle con falsas esperanzas.

Evelyn intentó serenarse como pudo, esperando que al menos sus amigas estuvieran a salvo.

—Vale, ¿y ahora qué?

—Te llevaré con los míos. Allí estarás a salvo. —Logan pisó el acelerador y el coche negro de líneas elegantes se precipitó por la estrecha carretera con un rugido grave.

Evelyn se sujetó en el lujoso asiento de piel con ambas manos observando cómo la luz de la mañana engullía su casa. Sintió un escalofrío de pánico que le recorría la columna y quiso saltar del vehículo y volver a su antigua vida de estrés, retransmitiendo sus caóticas noticias de la cadena y llegando a su casa todas las noches, sola.

La realidad que intentaba aceptar no se lo permitiría; lo que había descubierto era demasiado grande para dejarlo de lado. Su jefa, su compañero de trabajo y su amigo estaban muertos, Lilith estaba desaparecida y Sía tenía que confesarle algo importante. ¿Podían ir peor las cosas? ¡Ah sí! Al parecer era una bruja y solo esperaba que su antepasada estuviera equivocada. Solamente quedaba la opción de continuar hacia adelante.

Apartó la mirada de la ventanilla y se relajó en el confortable asiento de piel mientras Logan pasaba por las calles principales de la ciudad rumbo a su nuevo hogar.

El refugio

Evelyn no sabía cuánto tiempo llevaba viajando, ni la dirección en la que iban. El centro lo habían dejado atrás hacia tiempo, pero sabía que todavía no habían salido de la Comunidad de Madrid. Se incorporaron por varias autopistas y autovías. Miró por la ventanilla tintada del Lamborghini cuando entraron por un pueblo de grandes casas, casi a las afueras, y se detuvieron en un amplio terreno de una vieja, pero inmensa, finca.

Logan se paró delante de una altísima puerta de hierro negro. Dos cámaras de seguridad instaladas a ambos lados de la puerta se movieron, advirtiendo a Evelyn que eran vigilados, y dos focos de luz cayeron sobre ellos para verificar su identidad.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Evelyn, girando la cara hacia Logan.

Era la primera vez que le dirigía la palabra desde que le había increpado por la muerte de su amigo. Las puertas se abrieron y Logan avanzó por una especie de camino repleto de árboles.

—Por el momento es la tuya.

Era evidente que la actividad a la que se dedicaba, fuera la que fuese, le rentaba bastante bien, se dijo Evelyn. A pesar de la oscuridad de la noche y de la escasa iluminación del complejo, se podía apreciar la fachada ornamentada de la mansión a la que se estaban acercando, y los cuatro pisos de altura que componía aquella edificación. Unas puertas se abrieron a su paso: el aparcamiento. Dos filas de luces se encendieron, dejando ver una flota de vehículos de gran cilindrada y varias motocicletas. Logan aparcó justo al lado del Berley negro que ya conocía. Los dos salieron del coche.

—Ven, por aquí —indicó Logan.

Cargó con la maleta de Evelyn y la guio por toda la flota de coches hasta llegar a la puerta que había al final de la estancia.

—Vaya, el fin de mes no es uno de tus problemas, ¿eh? —preguntó Evelyn, asombrada al ver el dineral que había en aquel impresionante garaje.

Logan le abrió la puerta y se dirigió a un ascensor que les conduciría a las plantas subterráneas de la mansión.

—Llevamos tiempo aprendiendo a gestionarnos.

—Ya veo —dijo ella apoyándose en la barra que había en el ascensor—. ¿Estamos bajando? —Notó un ligero mareo y respiró profundamente antes de preguntar—: ¿Cómo os mantenéis ocultos? ¿Los vecinos no se dan cuenta de que sois distintos?

—Toda la finca esta vallada y electrificada. Nadie, excepto los de mi estirpe, puede traspasar el perímetro, y si tu segunda pregunta es si pagamos los impuestos como cualquier otro, sí, todo lo que tenemos es legal. —Logan vio la cara de Evelyn un poco blanca—. Tranquila, ya estamos. Son solo dos plantas, en un par de días te acostumbrarás. Quiero que veas algunas instalaciones y después volveremos a subir.

El ascensor se detuvo y sus puertas se abrieron, internándola en una sala a la que daban acceso seis puertas más. Las paredes eran de color gris y el suelo de mármol negro. Logan avanzó por aquella sala hasta detenerse en una de las puertas mientras que Evelyn se quedó quieta; no sabía si debía esperar o continuar.

—Aquí estás segura, son buenos chicos —dijo él.

Las piernas de Evelyn reaccionaron ante sus palabras y avanzó, poniéndose a su altura.

Al entrar oyó voces masculinas que hicieron que a Evelyn se le cortara la respiración. Logan le puso la mano en la espalda para tranquilizarla, abrió la puerta y entró en la habitación. Evelyn vio que se trataba de una sala de control donde varios ordenadores y aparatos electrónicos alineados en forma de U transmitían información y coordenadas. En el centro de tanta tecnología se encontraba un hombre que parecía estar trabajando, sentado en una silla giratoria. Tenía el pelo negro cobrizo y todavía no se había percatado de la visita, ya que seguía tecleando en uno de los ordenadores, mirando las pantallas y hablando a través de un transmisor. El hombre levantó la mirada y sus brillantes ojos azules del color del mar expresaron bienvenida. Se posaron curiosos sobre Evelyn.

—Declan —dijo Logan, asintiendo con la cabeza a su amigo en forma de saludo.

El hombre se levantó, cortando inmediatamente la transmisión, y Evelyn le evaluó intentando recordar dónde había visto aquella cara. Era alto, casi o igual que Logan, musculoso, pero lo que le hacía diferente era el encanto personal que desprendía. No era Logan, estaba claro, pero tampoco tenía delante a una bestia como había pensado. A lo mejor era humano... De todas formas lo que ella se había imaginado se había desmoronado.

—¿Él también es...? —preguntó Evelyn con voz entrecortada, no sabía cómo decirlo sin que el hombre se ofendiera.

—Sí —contestó Logan sin más explicación.

—Hola, mi nombre es Declan. Por fin te conozco formalmente —dijo con una voz tan varonil que a Evelyn se le eclipsaron todos los fusibles.

—Declan... —Logan le advirtió sabiendo que estaba poniendo en acción sus armas de seducción—. Con ella no.

—Lo siento —dijo arrepentido, al saber de quién se trataba.

Evelyn se sintió observada por varios ojos que la miraban con determinación y se dio la vuelta. Habían entrado tres hombres enormes de las mismas características que Declan y Logan, que se pararon en el umbral al darse cuenta de que Declan no estaba solo. Logan cogió la mano a Evelyn para tranquilizarla, ya que la serenidad que le había transmitido Declan se esfumó en un suspiro y su cuerpo se estaba convirtiendo en gelatina. La reportera los examinó uno por uno; parecía que venían de realizar algún tipo de esfuerzo físico, ya que sus ropas estaban sudadas y sus cajas torácicas se hinchaban más de lo normal. A uno de ellos lo reconoció al momento.

—Conrac —saludó Logan dirigiéndose al tipo rudo con camiseta negra y unos pantalones de deporte.

El hombre le saludó con una ligera inclinación de cabeza y, sin pestañear, hizo lo mismo dirigiéndose a Evelyn.

—Nuestro chisposo del grupo, Bennett. —Este también hizo lo propio respondiendo con una inclinación de cabeza a Logan y ofreciéndole una sonrisa amplia a ella.

Era rubio platino, con unos ojos de color glaciario que al mirarla le helaron la piel.

—Y este es Max, ya lo conoces. —Al ser presentado formalmente, se dirigió a Evelyn y la abrazó.

Ella aceptó la muestra de afecto, aunque con algo de cautela. Había abierto su corazón a Logan pero debía ser precavida con todos ellos; no ya porque Laia le había alertado, sino porque su constitución física, su pose o las bestias que habitaban en ellos, hacían que la sensación de amenaza y peligro llenara la estancia.

Max no dejó de sonreírle en ningún momento; en cambio, Conrac y Bennett no paraban de examinarla, intimidándola. Logan percibió ese sentimiento y la atrajo a su cuerpo, haciendo que ella se sobresaltara con ese contacto tan íntimo.

—Ella es Evelyn Rodríguez, y al igual que la pareja de Max, se quedará en el recinto. —Logan dejó así la frase sin ofrecer ninguna explicación.

Evelyn notó ese poder de mando, haciendo que ninguno de los de allí presentes le cuestionara su decisión.

Al volver a mirar a Conrac y a Bennett cayó en la cuenta de que los había visto antes, en el mismo sitio que conoció a Logan.

—A vosotros os conozco, a todos —pudo pronunciar al fin, señalándolos—. Declan, tú eres...

—Sí —dijo sin levantar la vista del ordenador.

—Y vosotros estabais aquel día en que mataron a ese hombre. Uno de vosotros llamo a la Policía y me dijo que...

—Sí, fui yo —exclamó Conrac—. Siento haberte mentado, pero era fundamental encontrar a la criatura y liquidarla.

Evelyn asintió.

—¿Y Sia? —preguntó a Max, que estaba a su lado.

—Esta aquí, mañana la verás, con las chicas.

—¿Chicas? —Evelyn no se esperaba que vivieran mujeres con ellos.

—Sí, conocerás a Alda, la mujer de Conrac, y también a Fairuza. —Logan pronunció el nombre del hada con un tono más delicado de lo normal.

Bennett soltó una risita que no pudo contener.

—¿Pasa algo...? —preguntó Evelyn al ver el cambio de expresión de Logan.

—Nada —zanjó Logan.

—Fairuza es algo especial, ya lo entenderás. Pero ahora vas a conocer a otros de los nuestros —dijo Conrac para eliminar al hada de las mentes de los *raptor*.

—¿Sois más? —Evelyn no sabía si expresar emoción o aterrorizarse al saber que había más como ellos en aquel recinto; y lo principal: ellos buscaban a una bruja en concreto y ella... en aquel momento no sabía ni lo que era. Ignoraba hasta qué punto podría estar a salvo entre ellos, solo esperaba que Logan pudiera entender su mentira.

—Te quedan los más rebeldes y...

—¿Y? —Ese “y” no le gustó.

—Un compañero fue atacado por un licántropo y no sabemos cuánto tiempo le queda de vida —explicó Conrac al ver que nadie contestaba—. Alda no se separa de él ni un segundo.

—Chicos, he podido entrar y ver las grabaciones de las cámaras de la cárcel que registramos y del polígono donde fuimos atacados —dijo Declan mientras sus compañeros seguían enfrascados en conversar con Evelyn.

Los hombres se aproximaron dejando a la reportera sola e impactada. Todos parecían afables y de lo más normal, pero también le había resultado Logan un hombre corriente antes de conocer su lado oscuro. Al verse sola se acercó y observó en silencio las imágenes que mostraban los monitores. Había varios hombres reclutando a personas, algunos alimentándose de otros, y la emboscada con la que se encontraron... Lo que presenció en esas escenas le resultaba difícil de asimilar. Varias imágenes de otro de los lugares, algunos donde habían encontrado los cadáveres de su noticia, la obligaron a fijarse mejor.

—A ese le conozco —dijo sin pensar.

Cinco pares de ojos la miraron con expresión interrogante.

—¿De qué lo conoces? —preguntó Logan muy serio.

—Bueno, no es que lo conozca personalmente, es el novio de mi amiga Lilith. No sé cómo se llama siquiera, solo que sale con mi amiga y que desde que empezaron es imposible localizarla.

—Es un vampiro, Ev —exclamó Logan.

Su compañero Declan pronunció una maldición ante aquella revelación.

—Si tu amiga está con él lo más probable es que ya esté muerta.

—¿Qué? Tengo que comprobar cómo se encuentra —dijo Evelyn sacando su teléfono móvil de la bandolera.

Antes de que pudiera teclear nada, Logan le arrebató el móvil de la mano sin que ella tuviera tiempo de reaccionar, guardandoselo en el abrigo que llevaba.

—Conrac, por favor, llévate a Evelyn junto a Alda —ordenó Logan sin apartar la mirada de Evelyn—. Que le enseñe sus aposentos y que le dé algo de comer, hoy todavía no ha probado bocado.

—¡Devuélvemelo ya! —Evelyn se acercó amenazante, dejando perplejos a los subordinados de Logan—. Necesito saber que está bien.

—Lo siento, Evelyn. —Logan levantó la mano y ella se asustó, hasta que comenzó a bajarla lentamente hasta la mejilla, acariciandosela con suavidad delante de todos.

—Tu amiga ya no está viva, y si lo está, será otro siervo de la oscuridad.

—Pero... —Logan le negó con la cabeza—. ¿Y si podemos salvarla?

—Olvídate de ella. Es casi seguro que tu amiga no sea la que conocías; viva o muerta, da igual.

Evelyn abrazó a Logan con fuerza, intentando contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Un dolor atroz la estaba rompiendo en dos.

Protección

Alda recalentó la sopa que esa noche había hecho para los muchachos y se la ofreció a Evelyn. Ella le sonrió por su hospitalidad y, con entusiasmo, fue acogida como uno más. Se le notaba por su expresión que estaba contenta; hacía tanto tiempo que no tenía una amiga... No podía contar con la tal Fairuza ya que las hadas, dependiendo de su naturaleza, tienen su lado bondadoso, sensible, luminoso... pero ella, que había cautivado a todos desde el principio, en un determinado ciclo desaparecía sin dar explicación, abandonando sus labores y convirtiéndose en un hada maliciosa y peligrosa. Por lo menos con ella y con sus muchachos, aunque con Logan seguía tan mimosa y sensual como siempre. No se fiaba lo más mínimo. Ahora tenía a dos chicas con las que poder hablar y trabar amistad.

—Espero que te guste. Era lo único que quedaba preparado en la nevera, y como Conrac me dijo que no habías comido nada durante el día, no veía bien ofrecerte un simple vaso de leche.

—No te preocupes, esto está estupendo. Gracias.

Alda intentaba en todo lo posible que estuviera cómoda y relajada. Bien sabía que, al principio, estar metida con aquellos bárbaros podía resultar difícil.

—No tienes que ser tan considerada conmigo, en serio. Me vas a malcriar.

—Llevo mucho tiempo sin tener amigas y la verdad es que a veces me siento muy sola —dijo sentándose a su lado.

Evelyn intentó ser amable con ella y conocer mejor a aquella joven. Descubrió que tenía treinta y dos años y le pareció un poco discordante con el siglo en el que estábamos. Sus rasgos eran muy definidos y su vocabulario la delataba con demasiada frecuencia. Pero enseguida se sintió eclipsada por Alda: era una joven llena de bondad, risueña y repleta de vida. Le recordaba a Sia, que, por la hora que era, supuso que estaría durmiendo.

Las dos mujeres prosiguieron contándose sus vidas mientras Evelyn seguía degustando la rica sopa preparada por Alda. Aquella estancia era puro lujo y no le faltaba ningún detalle. Como Alda le explicó, estaban en la primera planta de la mansión. La segunda, tercera y cuarta planta eran las habitaciones personales y en una de ellas compartía su vida con su marido siempre que Conrac se quedaba a dormir con ella, pues por su naturaleza no siempre podía. Por el día los hombres entrenaban y dormían y por la noche estaban volcados a la búsqueda de aquello que les devolvería a su origen. Una parte de Evelyn hizo que sintiera pena por Alda, que no podía disfrutar como una joven de su edad de todas las cosas que le ofrecía el mundo.

—Soy feliz, si no fuera así podría irme —explicó Alda al ver la mirada melancólica de Evelyn—. Ev, ¿puedo llamarte así? —La reportera asintió, se sentía tan cómoda a su lado que no le importó que la llamara como sus amigas de verdad—. No estoy aquí recluida, ni mucho menos. Yo tomé la decisión de amar a un hombre que no se merece el destino que una malvada bruja le dictó: es un hombre bueno y bondadoso que lucha por sus ideales y moriría por sus compañeros. Mi amor por Conrac es demasiado fuerte para abandonarle. Además, estaría perdido sin mí... —Evelyn sonrió ante aquellas palabras tan bonitas. Alda desprendía amor a raudales—. ¿Amas a Logan? —Ante aquella pregunta inesperada, la sopa que estaba tomando Evelyn se le fue por el segundo conducto de su garganta y comenzó a toser sin parar. Alda le dio dos palmaditas en la espalda para que se recompusiera—. La pregunta no ha sido muy apropiada, ¿verdad?

—No, solo que no me la esperaba —dijo limpiándose la boca con una servilleta que tenía al lado del plato—. A decir verdad, con todo lo que he pasado en estos últimos días, sus mentiras, su verdad... mis sentimientos están desbocados.

—Te entiendo. Tu corazón le desea y tu razón te dice que hay que estar demasiado loca para estar con un hombre como él.

Evelyn asintió. Alda no quiso seguir incomodándola con el tema de Logan. Sabía que si la había llevado allí era porque estaba loco por ella. Dejó que Evelyn terminara su plato mientras le detallaba la distribución de la casa. La primera planta constaba de una cocina de grandes dimensiones, como Evelyn estaba comprobando, un salón donde se podía comer, ver películas, relajarse, y una biblioteca llena de cientos de libros extraños, con una larga suma de años, que en cuanto tuviera oportunidad la reportera iría a investigar. Un baño completo y un jardín botánico interior que Alda creó con la ayuda de los hombres por diversión. La segunda y tercera planta estaban constituidas por cuatro *suites* completas, una de ellas ocupada por Conrac y ella y otra recientemente habitada por Max y Sia, por lo que todavía podría elegir entre cualquiera de las habitaciones que quedaban.

—¿Y qué hay en la última planta? —quiso saber Evelyn.

—No hay nada, esta diáfana, pero si te gusta seguro que Logan te dejará arreglarla a tu gusto.

“A mi gusto”, pensó Evelyn. ¿Tenía intención de quedarse?

Removió el líquido del plato. Ya no tenía hambre, pero no quería rechazar el ofrecimiento. Además, el calor y el agradable sabor a especias la reconfortaban por momentos, haciendo que se encontrase mejor a cada cucharada.

Alda se levantó dejando que Evelyn siguiera comiendo. Sus ojos negros como la noche y su pelo castaño ondulado le otorgaban un aspecto misterioso, y sus curvas femeninas le hacían parecer una mujer muy bonita. No comprendía cómo una mujer así podía haber acabado con Conrac, un hombre rudo y ordinario para su gusto.

—Voy a prepararme un vaso de leche caliente, así no comerás sola —dijo Alda metiendo un vaso de leche en el microondas para calentarlo.

—Tú comes comida... ¿de verdad? —preguntó Evelyn extrañada.

—Claro, ¿qué pensabas? —Alda soltó una risita.

—Pensé que al estar con Conrac...

Alda negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—Ellos también se alimentan de comida, como nosotras, solo que a veces, bueno... ¿No te lo ha explicado Logan?

—Algo. —Evelyn se encogió de hombros—. Supongo que no entró en detalles para que no saliera corriendo, y tengo demasiadas preguntas.

—Claro que las tendrás. Todo el mundo las tendría si supiera de la existencia de este mundo lleno de criaturas. —Alda se acercó a ella—. Yo soy humana como tú, Evelyn, sin privilegios, pero que la mente no te engañe: todos somos humanos. Puedes preguntarme lo que quieras si así puedo disipar tus dudas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Las preguntas empezaron a salir en la boca de Evelyn como una ametralladora.

Alda subió la cabeza hacia arriba, como queriendo echar para atrás toda su vida y empezar desde el principio.

—A ver... Conocí a Conrac hace unos años. Tenía diecisiete, ahora tengo treinta dos. Me salvó del ataque de un vampiro y desde aquel día prometimos no separarnos jamás. —Alda dio un sorbo a su bebida caliente.

—Pero él no envejece y tú...

Alda sonrió.

—¿Crees que no lo he pensado? —Alda se llevó la mano a su barriga, que aún estaba en su proceso de crecimiento—. Espero que antes de cumplir más años él sea... normal.

—¿Y no te importa lo que tienes que sacrificar por estar con él? —Evelyn llevó su mirada hacia la tripa de ella, que seguía acariciándola—. ¡Estás embarazada!

Alda asintió.

—No he sacrificado nada. Tengo el mejor regalo que te puede dar la vida: vivo con el hombre al que adoro y amo por encima de todo. —Alda cogió las manos de Evelyn—. Conocerlo y estar aquí es lo más grande que me ha podido suceder. No somos prisioneras, y te digo de verás que todo lo que necesites lo tendrás.

Eso de estar encerradas todo el tiempo no es que le llamara mucho la atención a Evelyn e intentó de cambiar de tema.

—¿Y qué me cuentas de Fairuza? ¿Es otra de vosotros?

—No, y mejor que no simpatices con ella. —Las palabras de Alda cambiaron radicalmente de tono—. Es un hada de los bosques, y aunque se muestre como una mujer agradable... no te fies. Si en algún momento se deja ver la conocerás. Ahora el recinto está más silencioso, con demasiada tensión desde lo de Perry. Él hacía que todos se tomaran su situación más relajada, sin sus bromas nada es igual. Él y Bennett son los bromistas del grupo, es como ver un alma apagándose poco a poco... Todos te caerán bien, y si Logan te ha traído aquí es porque confía en ti. —Evelyn sacó su sonrisa falsa; él confiaba en ella, le había dicho que serían sinceros el uno con el otro, y ella le había ocultado sus sospechas sobre su naturaleza de bruja. Alda, al ver su expresión, continuó—: Si eres sincera con él, todo irá bien. Logan no soporta

las mentiras.

“Perfecto”, exclamó para sí Evelyn. Para fraguar la mala sensación que se estaba volcando en su interior, continuó preguntando.

—Alda, me has comentado tu edad, pero... ¿cuántos años tienen ellos?

—Casi todos rondan los treinta, treinta y algo, pero cuenta desde 1600 y te harás una idea. —Evelyn agrandó los ojos y Alda se echó a reír—. Sí, tienen casi cuatrocientos años.

Ev se agarró a la encimera para no caerse y soltó una risita ahogada ante la idea, dejando que su locura cobrara vida.

—Cuando conocí a Logan me pareció un hombre de otro tiempo, hasta fijate que me lo imaginé envainando su espada y dirigiendo a un ejército ante la batalla para proteger su poblado —comentó Evelyn.

Alda inclinó la cabeza enarcando las cejas.

—Tiene lógica.

—¿El qué?

Ante aquella pregunta, la mujer suspiró.

—Logan es nuestro señor, yo también me quedé perpleja, pero es así. Los hombres que has conocido son los guerreros que quedan de su batallón. Él es el conde de Monterrey. —Evelyn no cabía en su asombro—. Su padre era el conde y gran señor del ducado de los Monterrey y Logan uno de sus hijos que, al fallecer su padre...

Bueno, ya sabes, blanco y en botella.

—¿Por eso la casa, los coches...?

—Llevo sus finanzas y he conseguido que todas sus propiedades y adquisiciones perduren, además de darles algunas clases con respecto a nuestro siglo. —Alda le cogió las manos mirándola fijamente—. Lleva solo desde que le conozco, y tú has sido una sorpresa para él. Vivía por y para la cura, pero te ha traído aquí y nunca ha hecho esto con otra mujer, así que deberás ocupar el puesto que te pertenece junto a él. Llevarás sus finanzas, su legado y, ante todo, su corazón.

—¿Estás de broma? Logan me ha traído aquí para protegerme. Esas criaturas me persiguen porque metí demasiado las narices por mi trabajo de reportera.

—Así es, raspando lo obvio.

—Lo vi matar a un hombre sin un ápice de compasión. —Sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—Es su deber, proteger a los humanos. Protegerte a ti.

—Lo dices de una forma que parece hasta casi normal. —La sopa de Evelyn se había quedado fría y ahora jugaba removiendo el líquido con la cuchara—. Me da miedo lo que es, vivir así.

—Pero te preocupas por él. Tenéis una relación y él dejará de ser lo que es cuando el amuleto sea encontrado.

—¿Crees que hay una cura?

—La maldición dice que el amuleto del amor romperá el crimen cometido.

—¿Qué atrocidad pudieron hacer para recibir este castigo?

—Matar el amor de dos seres puros.

Alda le explicó la historia del hijo del conde y su desgarrador desenlace. Evelyn se quedó afligida por la historia, pero sus sueños se amontonaron como un puzle al que le faltan piezas para terminar.

—Alda, creo haber vivido esa misma experiencia.

La mujer se quedó desconcertada.

—Ven, cuéntame mientras te enseño todas las estancias de la mansión, las subterráneas, donde los chicos están ahora, las veremos otro día —le dijo, levantándose del taburete y haciéndole una señal para que la siguiera.

Los hombres no pararon de trabajar y verificar todos los datos que tenían hasta que el sueño acabó vencéndolos. Max se retiró a su *suite*, donde le esperaba Sia, dormida; Bennett y Declan se dispusieron también a ir a sus aposentos en las salas subterráneas y Zeus y Horik aparecieron por los pasillos, uniéndose a sus compañeros para darse una ducha y descansar unas horas antes de la nueva misión.

Conrac, en cambio, quería terminar de investigar los últimos registros de personas con características peculiares, advirtiéndoles así de la procedencia de meigas escondidas.

—Vale, sabía que esto no era un camino de rosas, pero cada año que transcurre pienso que lo mejor es abortar la búsqueda y vivir el día a día como lo que somos.

—Joder. —Logan tiró de un manotazo los papeles que estaba observando, dirigiendo su mano a la sien; la cabeza le iba a estallar.

—¿Te encuentras bien? Zeus nos comentó tu estado y pude comprobarlo después.

—Zeus es un bocazas, no me pasa nada. —No quiso mirar a su camarada pero sabía que él le observaba con preocupación—. Lo superaré.

—Es por ella.

—Evelyn no tiene nada que ver en esto —dijo con la voz ronca.

—Jamás te había visto así, ¿quieres que retomemos la conversación de tu habitación? ¿Por qué no lo reconoces de una puta vez? Para eso la has traído, ¿no?

—Olvidalo, nunca podré darle lo que se merece. —Conrac estaba impactado ante las palabras de su líder—. ¡No me ves, soy un monstruo! Ella seguirá aquí hasta que tengamos que irnos, después volverá a su vida —concluyó tajante.

—¿Crees que Alda me ve de esa manera? —Conrac, muy quieto, miró a su amigo. Sus palabras le dolían. Eran bestias perdidas, pero si una mujer podía quererle como Alda lo hacía, daba igual que acabara en el infierno con tal de seguir viviendo a su lado—. Ella me da serenidad y confianza, puede que tú necesites algo de eso; algo de ese amor que Evelyn puede darte. —Las palabras de su camarada le ardían por dentro—. Creo que sería una buena mujer para un líder, tiene buenas cualidades. —Era evidente que su amigo no podía tener la boca cerrada—. Nunca pensé que llegaría el día en que te viera enamorado.

—Soy un guerrero, un líder con un objetivo: mantener a salvo a mis camaradas y conseguir el amuleto para que vuestras generaciones perduren.

La estancia se llenó de sus gritos y maldiciones mientras Conrac le miraba largo y tendido, en silencio, dando vueltas por la sala de investigación.

—¿Y un líder no puede estar enamorado? —preguntó Conrac como si ignorase la respuesta. Logan le fulminó con la mirada—. Solo digo que, por un momento, intenta pensar en ti y en lo que esa mujer te puede ofrecer.

El dolor del amor

Evelyn pudo visitar todas las estancias de la mansión, excepto algunas habitaciones subterráneas que eran privadas. Alda le había prometido que a lo largo del día le enseñaría la enfermería y la sala de entrenamiento de los muchachos. Después de una hora visitando la casa pidió a Alda un poco de descanso y esta la llevó a la habitación contigua a la de Max y Sia. Cuando se despertara podría verla y abrazarla. La habitación era impresionante, con muebles modernos alrededor y una enorme cama a la que Evelyn se lanzó, quedándose dormida instantes después.

Ella esperaba en el gran jardín del castillo como cualquier día, ansiosa porque apareciera y le dedicara unos momentos de su existencia. Aquel día se retrasaba.

Paseó hasta llegar al pozo donde los sirvientes iban a por agua. Era una vieja poza con un brocal de piedra verde y un arco de hierro forjado para la polea. Esta era de madera y chillaba como una golondrina cuando ella cogió el cubo, también de madera, sujeto por aros de hierro. Lanzó el cubo y con fuerza tiró de la polea para recoger el agua clara que de él manaba. Tomó con sus manos delicadas aquel líquido y se lo llevó a la boca, refrescando su garganta seca. Oyó unos pasos detrás de ella y se dio la vuelta, sonriendo a su amado. La cara le cambió cuando vio que no era quien esperaba; allí, ante su presencia, estaba un hombre algo más joven que su querido Rodrigo.

—La he asustado. Perdonadme por mis modales.

La mujer le miró temerosa; sabía de quién se trataba, pero no estaba segura de que pudiera fiarse de él.

—Mi hermano me ha enviado para llevarla a las caballerizas de castillo. Allí nadie os molestará. Ha tenido que demorar vuestra cita programada para hoy por un imprevisto.

Le ofreció su mano enguantada para que pudiera acompañarle. Ella percibió su aura, vislumbrando sus pensamientos y sintiendo que podía confiar.

—Mi nombre es Logan Monterrey, encantado de conocer a mi cuñada, por fin. Ella le sonrió sincera.

Una agitación en la cama de Evelyn hizo que se sobresaltara, sacándole de aquel sueño del pasado. Nuevamente escenas de sitios que no había conocido se agolpaban en su mente y las siluetas de un hombre y una mujer se apreciaban en esas visiones. Nunca les veía las caras, solo los trajes de aquella época y ahora un nombre: Logan. Logan Monterrey.

Se incorporó buscando el origen de aquel ajeteo de zarandeos.

—¡Por fin estás aquí! —Sia había entrado en la habitación e intentaba despertarla. —¿Te encuentras bien? —Ev se frotó los ojos procurando disipar aquel sueño y quitándose las pequeñas gotas de sudor que perlaban su frente—. ¿Otro sueño? —preguntó Sia, borrando la sonrisa radiante con la que había entrado en la habitación.

Ev suspiró, confirmando su pregunta.

—A ti sí que te veo radiante —opinó Ev con voz adormilada todavía—. Sia, tenemos que ir a por Lilit.

Sia cambió la cara y se levantó de la cama. Aunque Logan había dicho que la olvidara, era su amiga. Habían estudiado y retransmitido demasiadas noticias durante años para dejarla ahora en la estacada.

—Me lo ha dicho Max.

—¡Es nuestra amiga, Sia! —exclamó al ver su tranquilidad—. ¿Tienes tu teléfono? —preguntó alzando la mano.

—No, me lo quitó Max. Es por nuestra seguridad. —Sia bajó la cabeza arrepintiéndose por la actitud que había tomado, pensando ahora que, si se lo hubiera pedido a Max, hubieran podido salvar a su amiga.

—Como sea, voy a salir de aquí y la buscaré, a ver si es verdad que no soy una prisionera como aseguran. —Salió de la cama, cogió su ropa y se vistió con toda la rapidez que le fue posible.

—Lo siento, Ev, en serio —dijo Sia compungida—. Te ayudaré, pero lo primordial es tu seguridad, y para ello yo... —Evelyn seguía vistiéndose y cogiendo lo necesario para salir de aquella mansión—. Ev, antes tengo que contarte una cosa... de mí.

Al salir por la puerta se toparon con Logan, que acababa de agarrar el pomo para entrar.

—¿Ibais a alguna parte? —La pregunta fue demasiado brusca para los oídos de Evelyn.

—¿Pasa algo? —le espetó.

No tenía obligación de darle explicaciones, así que le dio un ligero empujón para salir de la habitación. Logan la cogió del brazo.

—Evelyn, tenemos que hablar —dijo Logan más calmado.

Sia miró a su amiga, diciéndole con la mirada que hablara con él.

—Qué suerte, hoy todo el mundo tiene ganas de hablar. —Evelyn miró a Sia. No tenía ninguna gana de hablar con Logan después de haberse negado a ayudar a su amiga, pero la mirada de Sia la hizo rectificar; tal vez no era el momento de salir de allí corriendo—. Está bien. Pero, Sia, después tú y yo tenemos un trabajo.

Sia asintió y los dejó solos, alejándose hacia la cocina.

—¿Un trabajo? —Logan alzó las cejas, intentando averiguar qué tramaban aquellas dos.

—Cosas de mujeres. A ver, dime... Como verás necesito hablar con Sia y tengo prisa.

Que una mujer tuviera prisa ante un hombre como él no era buena señal; aun así, Logan había ido con un propósito.

—Quería disculparme por mi comportamiento esta noche.

—Ajá, disculpas aceptadas —dijo cortante—. ¿Y mi móvil?

Logan cayó derrotado.

—¿Podrás confiar en mí si te aseguro que es mejor que no tengas por ahora contacto con el exterior?

—¿Qué? ¿Tú sabes lo que estás diciendo? No puedes encerrarme sin más.

—Será solo por unos días. Respecto a tu amiga, estamos intentando localizarla. —Logan le acarició los hombros, intentando tener más cercanía con ella—. No soy un monstruo.

—No te veo así, aunque he de reconocer que al principio me asustaste.

—Antes provocaba otra sensación en las mujeres...

Mientras hablaban iban caminando por la mansión. Logan la detuvo con sus grandes y anchas manos, tocando su cintura. Evelyn percibió con ese contacto algo más que su propio miedo, sintiendo que él era más que un humano, puro deseo de tener algo único y que lo quería solo y exclusivamente para ella. Se abalanzó a los labios de él, atrayendo y devorando aquella boca carnosa y suave con ferocidad. Él se dejó hacer, entrelazando sus lenguas y dejando sus cuerpos sin respiración. El gemido de excitación de él hizo que ella abriera los ojos y viera dónde se encontraban. Era una recámara con las paredes de color chocolate, con una cama en el centro con sábanas negras y, al fondo, una gran estantería llena de libros con títulos muy diversos, además de artilugios como figuras de bronce, fotografías y un gran lienzo que reflejaba un gran castillo y un inmenso valle. Evelyn se lo quedó mirando expectante. Ese lugar, ese castillo... ¿Cómo había llegado hasta allí?

—¿Te gusta? —preguntó Logan sin alejarse de su boca.

—¿Ese castillo...? —Evelyn no podía articular palabra.

—Es mi hogar... Si quieres formar parte de mi vida, algún día...

—Yo ya he estado allí —dijo al fin.

—¿Cómo? —Logan le levantó el mentón para mirarla a los ojos.

—Quiero decir... no físicamente, pero hacía tiempo que quería contarte que...

Evelyn se sentía ridícula. Logan no parecía real, lleno de músculos, guapo, apuesto e inmortal. Ya no tenía nada que perder, quería contarle lo que sabía por boca de su antepasada.

Logan, expectante, ansiaba saber qué había dentro de aquella cabecita que cada vez le hacía perder más el control; loco por no poder leer su mente ni utilizar la dominación con ella, algo que no entendía. Conrac pudo controlar su mente y sacarla de aquella noche, pero ¿por qué él no podía controlarla? Aquellos sentimientos le estaban cambiando y no sabía si era bueno o no.

—Hace un par de años empecé a tener sueños extraños, una historia que no tiene que ver conmigo, pero esta noche he soñado contigo.

—¿Conmigo? —Logan la miró intrigado, pensando en la noche en la que se coló en su alcoba y pudo hablar con ella sobre el destino de ambos.

—Sí, soñé con una mujer y un hombre en este paraje. —Evelyn señaló el lienzo—. Es una locura, pero cada vez los sueños son más frecuentes y siento más fuerte la angustia de esa mujer. El caso es que esta noche ella pronunció tu nombre: Logan. Tú estabas en aquel sueño, pero no puede ser real, ¿no? Los sueños me llevan a otra época, tu vestimenta consistía en ropajes negros con una especie de armadura, y ella llevaba una falda larga humilde y una camisa lisa con mangas abombadas. —Evelyn fue a la cama y se sentó, intentando no parecer una desequilibrada.

—¿Cómo era aquella mujer? —La voz de Logan denotaba preocupación.

Escuchar aquello le tensó todo el cuerpo.

—Pues... —Laia le había dicho que tuviera cuidado, ¿debía contarle la verdad? En su interior suspiró: si era verdad que él la quería, lo entendería—. Es una mujer más o menos de mi edad, con el pelo del color de las espigas y esos ojos verde esmeralda... dignos de una reina.

—Lo hubiera sido. —Logan tenía los puños cerrados tan fuerte que la sangre no pasaba ya por sus dedos.

—Sabes quién es, ¿verdad? —dijo Evelyn levantándose y tocando el hombro de Logan.

—Pregunta mejor por qué sueñas con ella. —La voz de Logan se endureció.

—No lo sé, pero creo que tú sabes más del tema que yo. Si pudieras explicarme...

—Era la mujer de mi hermano. —Ahora fue Logan quien se sentó en la cama.

—¿Rodrigo? —Evelyn se sentó a su lado.

—¿También has soñado con él? —Suspiró—. Sabía que eras diferente... lo supe en la azotea cuando te vi. Tu aura es tan similar a la de Laia... Puede que, sin que lo sepas, seas una adivina, que presagies cosas del pasado sin entender por qué... —Hubo un silencio demasiado largo en el que Logan miraba más allá del infinito—. Yo nunca fui como ves ahora... —Se levantó e intentó ordenar las ideas para poder empezar—. Mi padre era el conde de Monterrey, todos le debían lealtad, pero mi hermano... rompió las reglas cuando conoció a Laia. Ella era puro fuego, como tú. —Evelyn se sonrojó—. Cuando la encontró no le importó su origen ni nada, solo quería estar con ella, aun sabiendo que ello repercutiría en nuestro linaje y en mi padre.

—Pero se querían, ¿qué tenía de malo? —preguntó Evelyn.

—Ella era una bruja, Ev, una de las más poderosas de su rango.

—¿Eso es malo?

Logan se tocó la sien.

—Eran nuestros peores enemigos en aquella época. Mi padre los detestaba y no sé cómo se enteró de su relación. Mi hermano me lo confesó en una de sus escapadas nocturnas con ella y le dije que estaba loco, pero sus palabras y la admiración con la que la describía... hicieron que me cautivara y apoyara esa unión.

—Entonces, ¿por qué Laia me transmite tanta tristeza en los sueños?

—Una tarde mi padre mandó a Rodrigo traer ante su presencia a un bandido que llevaba días robándonos ganado en las tierras próximas al condado, y mi hermano me encomendó que fuera a buscar a Laia y la acompañara hacia el valle, donde él la estaría esperando... —La voz de Logan se quebró—. A partir de aquel día, todo mi mundo cambió. —Logan volvió a sentarse y Evelyn lo abrazó como si estuviera acunando a un niño pequeño a punto de llorar—. Ev, por favor, no me temas.

—No lo hago. —Ev cogió la cara de Logan y empezó a darle pequeños besos en las mejillas—. Solo veo a un hombre tierno. —Besos en los ojos—. Un hombre con sentimientos. —Besos en el cuello—. Fuerte y varonil. —Un beso tierno en los labios—. Un hombre al que quiero amar, si me deja.

Logan capturó su boca y la besó, larga y profundamente. Metió sus manos entre la camiseta de ella haciendo que esta se deslizará por su cuello y saliera por su cabeza. Los pezones de Evelyn se endurecieron al notar nuevamente las manos de él en sus costillas y al ver la maestría con la que el corchete de su sujetador saltaba, deslizando los tirantes por debajo de sus hombros. Ella se arqueó, posando sus manos en el cierre de la bragueta de él, abriendo la cremallera y deslizando sus dedos dentro de ella.

—Eres tan preciosa y tan peligrosa a la vez... —Logan le susurró al oído—. Me gusta tenerte aquí y sé que jamás me arrepentiré.

Observó el torso desnudo de Evelyn, capturando uno de los pezones con su boca y haciendo que ella gimiera de placer. Logan la empujó con el peso de su cuerpo sobre las finas y suaves sábanas negras de seda. Se quitó los pantalones y los ojos de bestia empezaron a asomarse. El deseo y la necesidad le hacían transformarse. Se dio cuenta y apartó la cara.

—No quiero que vuelvas a ver mi otra cara.

—No me importa, es parte de ti. —Ella le cogió la cara, viendo la maldición ante sus ojos, y le besó con ternura.

—Desde mi transformación jamás volví a compartir mi corazón con nadie, hasta que te conocí.

Sus palabras salieron de su boca con toda la honestidad y sinceridad posible. Con Fairuza había compartido el lecho, pero jamás su corazón. Evelyn se dejó llevar, había compartido con él sus sueños; sueños en los que aparecía la parte fundamental del porqué de su naturaleza. No podía ser una coincidencia, ella estaba allí por alguna razón. Posiblemente su hermano, o Laia, la habían llevado hasta él para que no se sintiera tan solo.

Logan estaba sumergido en la labor de amarla por completo. El hueco que tenía en su corazón ya pertenecía a Evelyn. Después de aquella larga soledad autoimpuesta, únicamente pensando en la cura de sus camaradas, había bajado la guardia ante aquella reportera de cabellos rojizos y mirada felina. Conrac tenía razón, estaba completamente perdido por aquella mujer.

—Eres perfecta —le dijo acariciando su abdomen y bajando por su ombligo hasta toparse con sus pantalones.

Le desabrochó el botón y empezó a deslizar la prenda hasta quitársela por completo. Siguió con su braguitas y comprobó la humedad que su sexo segregaba. Estaba lista para él. La penetró sin contemplaciones, con una embestida tan fuerte que Evelyn gritó sin poder reprimirse. Se arqueó, acoplándose a los movimientos de él, sintiendo cómo a cada embestida la llenaba más y más. Cada momento con ella era una necesidad que crecía día a día, como una droga potentísima. La quería en su vida y la protegería hasta el final.

Se centró en cada envite que le propinaba y en el placer que estaban sintiendo los dos, devorando cada centímetro de su piel con caricias y besos. Su atención empezó a volcarse completamente cuando un grito de placer salió de la garganta de ella, sabiendo que el clímax la estaba envolviendo. Entonces se dejó llevar con otras dos embestidas, corriéndose sin parar dentro de ella. El grito que exhaló no era solo de placer, sino que surgió desde lo más profundo de su estómago. Sabía que el animal que yacía en él no le dejaría tranquilo aquella noche, como cada vez que experimentaba un esfuerzo extremo. La necesidad de proporcionar sangre a la bestia se hizo insoportable. Se apartó de Evelyn y se encogió, intentando calmar a aquel ser.

—Llama a Max. —Las palabras fueron pronunciadas por una bestia más que por una persona—. Él podrá ayudarme.

—¿No puedo hacerlo yo?

—Necesito sangre, Ev, y mi bestia te quiere a ti. ¡Corre! —Escupió aquella confesión preso del dolor.

—¡Dime qué tengo que hacer! —gritó desesperada.

A cada momento le resultaba más difícil respirar y concentrarse. Si perdía el control podría abalanzarse a la yugular de ella y entonces no habría marcha atrás.

—No quiero hacerte daño, ¿de acuerdo?

—No me harás daño, lo sé. —Intentaba por todos los medios que confiara en ella, y en él mismo.

—Mierda, pensaba que esto podía funcionar, necesitaba que así fuera... —dijo furioso.

Haberla llevado a su casa, meterla en su cama, en su mundo. ¿Qué estaba haciendo? Debería haber dejado las cosas claras desde el principio, pero su corazón le nublabla la razón.

—Logan, por favor... Acepto lo que eres, confío en ti. Quiero ayudarte.

—Si no consigo el amuleto llegará un momento en el que te cansarás de esta vida, te hartarás de mí.

—¿Pero de qué hablas?

—El amor no es para mí, Evelyn, métetelo en la cabeza. Mi objetivo y mi lealtad está... —Logan se retorció de dolor, había contenido a su bestia demasiado—... con los míos. Con mis hombres... Se lo debo.

“Max, te necesito, ¡ya!”, rugió a su compañero telepáticamente.

Logan empezaba a transformarse en lo más opuesto a un ser humano y los ojos de Evelyn se anegaron de lágrimas.

Max entró como un huracán en la habitación, junto con Conrac, que noqueó a Logan dejándolo inconsciente de un puñetazo.

—Ev, es mejor que salgas de la habitación. Le calmaremos y cuando pueda tener control sobre su cuerpo se alimentará con las bolsas que le hemos traído. No te preocupes.

Evelyn vio las bolsas a las que se refería Max, con un líquido rojo en ellas. Su mente se colapsó. Se empezó a sentir una marioneta usada, sucia y necesitaba largarse de allí. Era puro odio y desprecio a su persona.

Se dirigió como pudo a la habitación donde aquel día había dormido unos minutos. Hacía tiempo que no había estado con ningún hombre, y al igual que él le había hecho sentirse una mujer plena, también le había hecho sentirse lo más despreciable del mundo. Ahora lo veía todo claro. Ella era la clave, el talismán que buscaban era el colgante que ocultaba en aquella caja vieja, junto a sus recuerdos. Y Logan sabía que lo tenía. No la había llevado allí para protegerla sino para embaucarla y conseguir el maldito amuleto. De ahí las advertencias de Laia. Miserable, jamás lo tendría.

Cuando llegó a la habitación su ser irradiaba ira, cerró con un golpe seco la puerta y la rabia hizo todo lo demás. Su cuerpo empezó a calentarse por segundos y una extraña fuerza sobrehumana empezó a fluir por todos los poros de su piel. Llamas de color violeta la envolvieron, haciendo que su cuerpo resplandeciera como una luciérnaga de color.

Mientras, en otra habitación, Logan se despertaba aturdido por el golpe proporcionado por Conrac y volvía a intentar luchar contra su bestia interior. Necesitaba controlarse, estaba gritando y dándose golpes sin cesar. Había sido muy duro con Evelyn, pero tenía que hacerlo. La había llevado allí para que estuviera a salvo, no necesitaba que él mismo la pusiera en peligro. Si tenía que alejarse de ella hasta ser un hombre normal, así sería, aunque le matara por dentro. Pensar en estar alejado de ella le dolía más que ser una bestia durante toda su existencia. Después de más de media hora de lucha su cuerpo se calmó y solo le quedó ingerir el asqueroso líquido, que detestaba y necesitaba a partes iguales, para que su bestia se durmiera en lo más profundo de su cuerpo.

Salió de su habitación y se dirigió como un autómata a la de Evelyn. Apoyó la palma de la mano en la puerta, sin hacer ningún ruido. Se sintió un cobarde. Sabía que si le abría la puerta caería en sus brazos y volvería hacerla suya, y entonces no la dejaría marchar. Nunca.

—Prometí protegerte, Evelyn. Jamás volveré a tocarte.

La traición

Evelyn se dirigió al baño que tenía en la habitación e intentó coger el tirador del grifo para abrir el agua. Lo que estaba experimentando no era lógico: estaba ardiendo, pero no sentía ningún dolor. Aquellas llamas no le hacían daño, pero solo de ver su cuerpo recubierto por aquello la tenía en estado de shock. Pensó en gritar, pero le vino la imagen de Logan diciéndole aquellas palabras tan mezquinas y las llamas se transformaron de un color del púrpura al rojo como la sangre.

¿Qué le estaba pasando?

Su antepasada se lo había dicho y ella no quiso creerla. No era más que una asquerosa y desgraciada bruja, a la que Logan la degollaría en cuanto lo supiera y consiguiera lo que buscaba. Debía salir de allí. Su mundo, todo lo que creía saber, se había resquebrajado con ella dentro.

Lo intentó con agua fría, pero eso tampoco la calmaba. Tocó la toalla que estaba colgada y al contacto con sus dedos empezó a prender delante de ella.

—¡No! —gritó.

Cogió la toalla en llamas y la tiró a la bañera. Abrió el grifo y se tranquilizó al ver que el agua caía y apagaba el fuego que había provocado. Se miró en el gran espejo que ocupaba la pared y vio cómo su cuerpo desprendía llamas de tonalidades diversas y sus ojos eran púrpura. Estaba completamente desesperada y comenzó a gritar y gritar sin control, hasta que unas manos grandes la cogieron y la zarandaron.

—¿Qué pasa?

Aquella voz era la última que hubiera querido oír.

—¡Suéltame! No me toques, puedo... —Al dirigir la mirada a sus manos vio que eran la de siempre.

¿Había tenido alucinaciones? Miró la toalla de la bañera y estaba chamuscada. Había ocurrido de verdad.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Logan desconcertado al oler el fuerte olor a quemado.

Evelyn salió del baño corriendo, sin darle explicaciones, abandonando también la habitación. Necesitaba ir en busca de su amiga y largarse cuanto antes de allí.

Con las prisas se topó en el pasillo con una pared llena de músculos. Al subir su cara, unos ojos de felino inmenso la hicieron retroceder de inmediato.

Zeus la miraba interrogante, examinándola y desafiándola. “¿Esta es la famosa mujer que Logan ha elegido?”, se preguntó. Evelyn pensó quién de los que le faltaba por conocer podría ser; quedaban tres y uno de ellos estaba en la enfermería. Tenía que ser Horik o Zeus.

—¿Eres Horik o Zeus? —preguntó.

—¿Te han hablado de mí? —El guerrero no se apartó de su camino mientras examinaba su anatomía.

Ella, en silencio, le examinó de igual forma, pero con más cuidado. Los demás habían sido un poco hostiles con ella, pero este no estaba por la labor de parecer siquiera amable. El hombre, como todos los demás, desprendía virilidad, peligro y un aspecto amenazante recubierto de firme músculo. La ropa que llevaba estaba sudada, vendría de realizar el entrenamiento que cada día llevaban a cabo, aunque la verdad era que no lo necesitaba.

—Siento mi comportamiento —contestó llena de miedo—. Soy Evelyn. —Le ofreció la mano como gesto de saludo.

Zeus dirigió su mirada a la mano que le ofrecía.

—Sé quién eres: la mujer del jefe. —Lo dijo con asco y repulsión.

—No soy la mujer de nadie.

—Pues quién lo diría. Hueles a sexo por todos tus poros y el olor de Logan no te lo vas a quitar ni duchándote.

Evelyn entrecerró los ojos maldiciéndole. Quiso esquivarle, pero él seguía interrumpiéndole el paso.

—Hazte un favor, lárgate antes de que la cosa se ponga peor. No perteneces a este mundo, es mejor que sigas con tus noticias de humana. —Zeus se apartó y con paso preciso desapareció, dejándola sola en aquel pasillo.

Evelyn se dirigió a la cocina, donde voces de mujeres y algún hombre se escuchaban a través de la puerta. Al entrar vio a su amiga Sia charlando seriamente con Max. Alda, absorta en la conversación de aquellos dos, no quería meter cizaña, por lo que estaba preparando algo en una sartén. Distante, en un rincón de la cocina, estaba la figura de otra mujer. Permanecía callada pero recorrió con la mirada a Evelyn cuando la vio entrar. La reportera se adentró en la estancia, haciendo que Sia se percatara de su presencia, separándose de Max y acercándose a ella.

—¿Estás bien? —exclamó Sia—. Max me lo ha contado.

Evelyn no contestó y Max, con gesto amable, la saludó. Alda, al ver quién entraba en la cocina, dejó lo que estaba haciendo, se limpió las manos en un paño y se acercó para abrazar a Evelyn. La otra mujer que no le había sido presentada seguía en su sitio, quieta, sin articular palabra. Sus ojos grandes y rasgados se mantenían clavados en ella, como un cazador que espera la acción de su víctima.

—Hola, soy Evelyn... —se presentó a la mujer desconocida, la cual se levantó con gran rapidez, quedando en instantes a su altura.

—No... —La mujer alzó su mano intentando parar algo que nadie entendía.

Max se acercó a ella y la miró severo.

—Fairuza, no hagas cosas raras.

—Ella... Max, ¿no lo has notado?

Todos miraron a Evelyn ante las palabras del hada.

—Su poder...

La puerta se abrió en aquel momento, entrando Logan con Bennet, Conrac y Declan.

—¿De qué hablas? —preguntó Max.

—¿Es que nadie lo nota? —gritó a todos, tomando la mano de Evelyn y atrapándola entre las suyas.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Logan al ver que Fairuza tenía cogida a Evelyn.

—Ella... —empezó el hada.

Logan se aproximó a Evelyn. Lo único que podía notar era su corazón desbocado por el amor que sentía por ella.

—Fairuza, suéltala.

—¿En serio que no te has dado cuenta? —insistió Fairuza, dejándolos más desconcertados todavía—. Logan, eres demasiado ingenuo. No puedo creer que no te hayas dado cuenta de la farsa.

—¿Vas a dejarte de rodeos y decírnos qué pasa? —increpó Conrac, crispado por la situación que el hada estaba provocando.

—No, por favor... —dijo Evelyn muy bajito.

Aquella mujer iba a soltar lo que tanto miedo le daba confesar...

—¿No? ¿Entonces sabes lo que eres y no lo has querido decir? —Fairuza rio. Logan enfurecería por tal acontecimiento y la mujer que pensaba que era un obstáculo, no era rival para ella—. Es una bruja.

Logan la miró detenidamente y la olfateó, despertando así a su bestia interior. Un ligero toque de magia fugaz le puso en alerta.

—No puede ser... —Logan no podía creerlo—. Dime que no es verdad —exclamó desesperado porque la única mujer a la que había entregado su corazón le hubiera mentado tan cruelmente.

—No sé de qué está hablan...

Logan la cogió del cuello y la estampó contra la pared bruscamente.

El golpe sonó demasiado fuerte, haciendo que Sia gritara al ver a su amiga en ese estado.

—¿Te permites entrar en mis dominios engañándome? —Le estaba apretando demasiado fuerte el cuello, haciendo que Evelyn empezara a toser.

—Logan, por favor, la estás haciendo daño —dijo Sia en un hilo de suplica, intentando por todos los medios que soltara a su amiga.

—Tú cállate si no quieres que te corte la lengua.

—¡Logan! —gritó Max escandalizado por sus palabras.

Logan seguía apretando el cuello de Evelyn con fuerza, no podía creer lo que estaba contemplando. El mismo error que su hermano, no podía ser. No podía haber entregado su corazón a aquella vengativa estirpe, a aquella abominación. La contempló por última vez, aquellos ojos, aquella boca que hacía que se derritiera de pasión, soltándola sin cuidado y dejándola caer al suelo de mala forma.

—He dejado de existir para ti. Mi protección queda anulada por completo.

—¡Logan! —Max, que estaba a la altura de su líder, lo miró con reproche. En tono más bajo añadió—: No seas como tu padre, tú la amas, lo sé. Prometiste proteger a esa mujer.

Logan miró a su amigo con una de las miradas más duras jamás vista. Retiró la vista y la depositó en el rincón donde había caído Evelyn, viendo cómo Sia la ayudaba a levantarse. La mirada que se cruzó entre ellos dos hizo que algo se rompiera. Los errores del pasado volvieron a surgir y eso a Logan lo descolocó por completo. Su hermano había muerto por culpa de una de ellas, sus hombres y él vivían con una maldición en sus cuerpos, sin justificar que su padre murió abandonándolo sin más... Los recuerdos eran demasiado fuertes para rematarlos enamorándose de su peor castigo.

Logan había ido a soltar toda la rabia a la sala de entrenamiento; era eso o matarla por la traición. ¡Le había mentido! ¡Una bruja! ¿No había honradez en aquel siglo? Se suponía que se habían jurado honestidad, sinceridad entre los dos y... le había mentado.

Su padre se lo había recalado: “Las meigas son traicioneras, mentirosas desde su nacimiento. Tu hermano está hechizado, no es amor. No le protejas, hijo, él ya no es tu hermano”. Palabras que no quiso escuchar.

Max entró en la sala. Quería hacer algo por su amigo, pero una traición era difícil de perdonar.

Logan cogió dos de las catanas de la pared y comprobó su filo. Hacía siglos que se encontraba a gusto con aquellas herramientas de lucha: sentir la hoja clavándose en la piel y en los huesos de sus contrincantes, ver la sangre derramarse al suelo. Le volvieron a la cabeza las horribles palabras que había pronunciado para alejarse de ella, reconcomiéndose por dentro porque se había comportado como un despreciable monstruo... Y ahora resultaba que era al contrario. Ella le había mentado todo este tiempo, mirándole a los ojos. Era uno de los peores monstruos de su familia; él y los suyos se habían convertido en lo que eran por su culpa.

¿Cuánto tiempo tardaría en ir junto a ella y postrarse ante sus encantos? Había caído como un imbécil, igual que su hermano. Las cosas se habían complicado demasiado. Ya era difícil no tenerla, pero ahora lo sería más despreciarla.

Maldijo en lo más profundo de su estómago y realizó varias cargas con aquellas armas. El filo de las herramientas de lucha al cortar el aire vibraban y dejaban un ligero sonido de acero.

—¿En qué piensas? —preguntó Max a su espalda.

—Me ha mentado. —Logan soltó las catanas.

Max suspiró, eso estaba claro.

—¿No te has percatado de que ella estaba terriblemente horrorizada cuando la cogiste por el cuello?

—No pienso repetir el error de mi hermano.

—¿Quién dice que vayas a cometerlo? Intenta ser mejor de lo que pasó en esa época. Ha pasado demasiado tiempo, y a lo mejor tu padre no estaba en posesión de toda la verdad.

—¿La he jodido?

Max asintió.

—Creo que ella no sabe lo que es realmente; y si lo intuye, no sabe por qué ni lo que significa. —Max cogió una de las catanas y tocó su filo—. Y eso es muy peligroso, para ella y para nuestros enemigos. Siempre hemos creído que era por su profesión, porque se había acercado demasiado, pero tal vez la persigan por lo que acabamos de descubrir.

—¿Crees que no sabe lo que es? —Logan rio ante semejante tontería.

—¿La perdonarás? —preguntó Max con un ápice de esperanza.

—La olvidaré.

Zeus entró en la sala y Max no pudo replicar. Saludó a su líder y a su compañero y, haciendo que su voz se oyera por todo el gimnasio, exclamó:

—Creo haber encontrado el refugio predilecto de nuestro mayor enemigo. Si lo liquidamos podremos centrarnos en nuestra cura de una puta vez.

—¿Un edificio lleno de criaturas? —preguntó Max.

Zeus asintió.

—No lo sé, tío —dudó Max—. Con la nave ya tuvimos una baja, no creo que sea buena idea.

—¿Desde cuándo sabes esto? —Logan se dirigió a Zeus mientras cogía su látigo de fuego, enrollándose en la cintura, y sus dos largas espadas de doble filo.

—Pues esta mañana yo estuve haciendo mi trabajo, no como otros, que estuvieron retozando con su mujer.

—Te has pasado —le recriminó Max.

Logan recibió la indirecta como un golpe en el estómago. Él tenía que estar buscando la cura y no perder el tiempo con Evelyn.

—Tiene toda la razón —afirmó—. Soy vuestro líder, vuestro jefe. Debería haber estado más centrado durante todos estos días y lo único que he estado haciendo es perder el tiempo. Siento mi incompetencia. A nuestro regreso no volverá a haber ningún problema, nunca más.

—¿Lo dices en serio? Me he encontrado a tu mujer antes en el pasillo y la noté un poquito dolida. ¿Tan malo fue el sexo con ella?

Zeus podía llegar a ser el espécimen más retorcido con el que Logan contaba entre sus filas. Era bueno en su trabajo, pero desquiciante hasta tal punto que, si no fuera porque lo necesitaba demasiado, le habría clavado su propia espada hacia tiempo. Logan cerró los ojos y preguntó:

—¿Qué le hiciste?

—¿Y dices que todo está controlado? Mírate. —Zeus le echó una mirada de asco—. Estás colado hasta lo más profundo. Para que te quedes más tranquilo, solo le di un consejo: que se alejara de ti lo antes posible. —La gélida sonrisa que mostraba dio a entender que iba en serio.

—Perfecto —dijo Logan furioso—. Para que te quede claro, ella no es asunto tuyo y tampoco mío. Saldremos a cazar y después se quedará en el olvido.

—Muy bien, jefe, como tú digas. Como siempre.

Antes de que Logan saliera de la estancia, Max le increpó.

—Logan, es una bruja, no puedes dejarla suelta. Puede que otros quieran cazarla y luego será tarde para culparse.

—¿Es una bruja? —soltó Zeus con asombro—. ¿Te has follado a una bruja? Joder, se nota que es un Monterrey, gilipollas a la máxima potencia.

—¡¡¡Zeeeeuus!!! —bramó Max, transformándose en la criatura que era—. A la próxima no voy a ser tan benévolo como Logan.

Zeus, con su sonrisita, levantó las manos en son de paz.

—Os espero en el Jeep —dijo Logan—. Quiero soltar un poco de adrenalina.

—Piensa antes de actuar —exclamó Max, cogiendo sus armas antes de salir y reunir a todos los demás en los coches.

Los chicos se agolparon y Zeus se propuso a contar a sus compañeros lo que había examinado aquella mañana y cómo debían proceder. No quería que les pillara por sorpresa y se convirtiera en otra emboscada; no ahora que su líder se había unido a ellos. Tenían sus diferencias, pero era su jefe y por él daría la vida en cualquier ataque.

A pesar de que algunos aspectos del plan de Zeus no cuadraban, Logan no podía pensar en otra forma mejor de descargar el dolor y la rabia que tenía incrustados en su propia piel. Sus pensamientos fueron directos a Evelyn. La había dejado en la cocina con las mujeres y, aunque su corazón quería odiarla, no podía quitarse de la cabeza la forma en cómo la había agarrado. Pero enseguida recordó la mentira de la bruja y su corazón se endureció.

Dejó que Zeus terminara con su explicación y estuvo de acuerdo en que debían atacarles de frente, en su propio refugio, en vez de ir por las calles terminando con ellos de uno en uno. Tenían que terminar con aquella estirpe y centrarse en su objetivo.

—Si todo te parece bien, podemos comenzar —dijo a su líder.

Logan asintió, pero no antes de pararle.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó Zeus, mirándole mientras sus compañeros se subían a los vehículos.

—Quería disculparme por estos años atrás, sé que no te he apoyado como hice con mi hermano o con cualquiera del equipo. Por mi culpa cometiste la acción más catastrófica que hubieras podido llevar a cabo. Y lo siento.

—¿Me estas pidiendo disculpas? —La mirada de Zeus cambió de color, sin terminar de creerse lo que estaba oyendo a través de los labios de su líder—. ¿Se puede saber qué te está pasando? Aquella historia terminó hace tiempo, Logan. Es agua pasada.

—No lo es, al menos para mí. Mataste al ser que te había robado el corazón. Si yo te hubiera apoyado, si yo hubiera estado a tu lado como un amigo...

—Tienes que dejar de compadecerte del mundo, Logan. Yo lo he intentado superar porque, aunque no lo quiera reconocer, quien mató a Melisa fui yo, no tú. —Zeus estaba rígido al recordar los hechos de su pasado—. No tengo que perdonarte por nada, si cambié ante todos fue por protegerme y para convencerme de que el amor, en cualquiera de sus formas, es una puta basura. Ten cuidado con Evelyn.

—Sabías lo que era antes de que lo dijera Max, ¿cierto?

—Lo supe desde que la vi en el pasillo. Desprende el mismo semblante de poder que Laia. Si la quieres, ponla de tu lado, no la hagas tu enemiga.

Los dos estuvieron en silencio un buen rato. Los dones de Zeus eran más asombrosos que los de todos los demás. La bocina de uno de los vehículos les hizo reaccionar, poniéndolos en marcha.

En la enfermería se encontraban Evelyn, Sia y Alda junto al convaleciente Perry. Se habían dirigido allí al ver que el cuello de Evelyn empezaba a salpicarse de cardenales causados por los dedos de Logan. Alda le colocó varias gasas húmedas para que le aliviaran un poco.

—Siento lo ocurrido. Me impactó tanto que alguien de tu rango estuviera en el refugio que me quedé quieta. No pensé en las consecuencias ni imaginé que Logan actuara así —dijo Alda preocupada.

—No te preocupes, tampoco yo había pensado que Logan podría hacerme daño —exclamó Evelyn tocándose el cuello y expresando una mueca de dolor.

—Es un puto bruto, proviniendo del siglo del que viene... —saltó Sia indignada—. ¿Cómo ha podido ponerte la mano encima?

—Tu secreto le pilló por sorpresa, eso hay que tenerlo en cuenta —murmuró Alda—. Recuerda lo que te conté. Todos ellos son así por culpa de una bruja, no esperes mucha consideración por su parte a partir de ahora.

Evelyn resopló.

—Ni siquiera lo sabía... Me lo decían mis sueños, pero yo no lo creía, ¡soy mucho más racional que todo eso! Entonces, unos días atrás descubrí en el espejo que mis ojos cambiaban de color, y hace unas horas vi mi cuerpo cubierto de fuego. —Evelyn se tapó la cara con las manos.

—¿Estás diciendo que tus poderes nunca han salido a la luz hasta hace unos días? —preguntó Fairuza entrando con un viento proveniente de la nada, irradiando una belleza reservada solo para la naturaleza. Evelyn asintió—. El despertar de las brujas no se produce tan tarde. —Abrió los ojos y lo comprendió—. Sia, ¿desde cuándo conoces a Evelyn? —Sia se quedó rígida al ser nombrada—. Vaya, veo que aquí las mentiras se juntas solas.

—Sia es mi amiga desde hace años, ¡y qué! —saltó Evelyn crispada ante aquella mujer que no la conocía de nada, pero que estaba agotando su paciencia.

No había tenido compasión en decirle la verdad a Logan, ¿por qué tenía que estar escuchando a aquella criatura mitológica?

—Las meigas o brujas solo tardan en revelar su poder si un *illuminato* está cerca de ellas.

Evelyn miró a Sia sin comprender.

—Quería contártelo hace unos días... —exclamó Sia, compungida ante lo que tenía que revelarle—. Soy un *illuminato*, como dice esta..

—Fairuza, si no te importa —puntualizó el hada.

—¿Qué es un *illuminato*? —preguntó Alda, que estaba sentada enfrente de Perry.

Evelyn también quería saber qué era eso.

—Es un ángel guardián de brujas, un protector —explicó Sia—. No te has alzado porque mis dones no te lo han permitido. —Evelyn seguía sin entender lo que le estaba contando su mejor amiga. Sia, al ver la reacción de su amiga, se acercó a ella: Ev, por favor, no me odies. Tu madre dio su vida por ti y mi padre te recogió para que estuvieras a salvo.

—Espera... te conocí en la universidad, tus padres llevan viviendo en EEUU años... —explicó Evelyn, llena de confusión por todas las mentiras en las que estaba enredada.

—Mi padre es uno de los protectores más antiguos del Consejo de los *Illuminati*, y yo, como heredera suya, formo parte de ese Consejo. Y soy tu guardiana. —Intentó explicar de forma sencilla su cometido—. Pero por encima de todo soy tu amiga, eso nunca lo olvidas, e intento mantenerte a salvo.

—Pues a este paso lo estás haciendo cojonudamente —comentó Evelyn enfadada, no por su trabajo sino porque se sentía defraudada por su amiga.

Ella era... era... Después de tanto tiempo retransmitiendo noticias y ahora no podía ponerle palabras a lo que le estaba pasando por la cabeza. Era incoherente y sin sentido.

Un alarido tan fuerte que daba miedo hizo que las mujeres miraran hacia el origen del gutural sonido. Perry convulsionaba de nuevo, dejando a Alda parada, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar.

—Evelyn, ven —pidió Sia apresurada—. Eres la única que puede ayudarlo.

Sia tiró de ella hacia donde se encontraba Perry postrado en una de las camillas. Retiró la cortina tras la que estaba reclutado sin ser visto y lo que descubrió Evelyn hizo que tuviera que taparse la boca: el aspecto de Perry no era humano. El veneno del mordisco de licántropo le estaba degenerando todos los tejidos, convirtiéndole en un simple saco de huesos. Aunque él intentaba aguantar, todos sabían que tenía las horas contadas.

—Ev, escúchame, coge mi mano. Quiero que te concentres y pienses en algo que te haga ilusión, que te haga sentir viva. De ese modo liberaré todo tu poder.

—¿Qué? —exclamó Evelyn compungida—. Yo...

—Ev, por favor, puedes salvar a este hombre —exclamó su amiga arrugando la frente.

Evelyn posó su palma sobre la de Sia y pensó en lo que realmente le hacía feliz. Una luz morada pequeña y radiante emergió de las manos de las dos amigas, dejando que esa bolita de luz saliera y quedara suspendida en el aire. Sia y Evelyn la miraron y, en un cerrar de ojos, el foco de luz desapareció con un destello, introduciéndose en la cabeza de Evelyn. Esta se convulsionó sin llegar a caer al suelo y los miles de recuerdos de sus antepasados se agolparon en su memoria. Conjuros, pócimas, conocimientos de magia blanca, rituales, sensaciones vividas por sus congéneres... Miles y miles de años se mezclaron en una milésima de segundo y Evelyn abrió los ojos, morados, llenos de poder.

—¿Evelyn? —llamó Sia, confiando en que la recepción de tantos recuerdos no fuera demasiado duro para ella.

—Estoy bien —exclamó por fin—. Rara... pero a la vez me siento fuerte, como si hubiera añorado una parte de mí que no conocía y que por fin ha vuelto a casa.

—Te faltaba tu naturaleza —explicó Sia.

Evelyn se aproximó al cuerpo de Perry y, sin que Sia le diera ninguna pauta, colocó sus manos sobre la herida, cerró los ojos y solo pensó en la primera vez que conoció a Logan, en lo alto de aquella azotea, en cómo la besó por primera vez, en cómo le hizo el amor... Las manos de Evelyn se prendieron de luz celestial, transmitiendo esa magia hacia la herida. Abrió los ojos y vio que lo que estaba haciendo funcionaba: sus propias manos estaban expulsando el veneno de aquel mordisco letal. Las imágenes de Logan le invadieron y las palabras de este le fulminaron como una bala.

“El amor no es para mí Evelyn, métetelo en la cabeza. Mi objetivo y mi lealtad está con los míos.”

Las manos de Evelyn pasaron de una luz celestial a un color púrpura. Perry empezó a convulsionarse y la herida empezó a adquirir un tono rojo. El herido empezó a gritar y Sia cogió las manos de Evelyn, apartándola como pudo.

—¡Ev, para! —gritó Sia desesperada.

Evelyn salió del trance y miró a su amiga. Sus manos estaban rojas y llenas de ampollas al empujar las suyas.

—¡Te he hecho daño! —exclamó Evelyn preocupada, sin saber qué había pasado.

—No te preocupes, yo puedo regenerarme con facilidad cualquier herida. —Al enseñar de nuevo las manos solo le quedaba una ligera irritación en las palmas—. ¿En qué pensabas?

—No lo sé, al principio pensé en Logan, en el amor que me volcó desde que nos conocimos. Pero después la rabia me inundó... lo siento.

Sia puso los ojos en blanco.

—Tu poder puede hacer un bien tremendo, pero si te dejas invadir por el odio y el rencor puedes hacer daño a la gente que te quiere. Recuérdalo.

Perry abrió los ojos y llamó a Alda y a sus compañeros.

—¡Serás sinvergüenza! —Alda se acercó y le tocó la frente, que ya no estaba caliente.

Evelyn había sacado todo el veneno, pero no pudo terminar el trabajo cerrando completamente la herida.

—¡Está bien, está bien! —gritó Alda llena de felicidad.

Perry hizo el intento de levantarse, aunque con cuidado. Alda le ayudó a incorporarse.

—Qué bueno he sido, estoy lleno de mujeres preciosas —exclamó Perry intentando ser gracioso.

—Perry, me alegro de que vuelvas a ser tú —dijo Alda abrazándolo—. Voy a intentar localizar a los muchachos.

—¿No están? —murmuró Evelyn.

—Se fueron de cacería, qué alegría se van a llevar.

El pacto

Las mujeres se dirigieron al salón al ver que no podían localizar a Logan y a los demás mientras Perry se dispuso a ir a su habitación, después de que Alda le preparara un sinfín de platos que él devoró con mucho gusto, además de varios litros de sangre. Estaba hambriento, y más después de tanto tiempo postrado en una camilla con un gotero, que eso y nada era lo mismo para un hombre de sus características. Alda, al ver que Perry ya no necesitaba sus servicios, se acercó a Evelyn y le entregó un paquete. Lo abrió y volcó su contenido en su mano.

—Lo encontré apoyado en la puerta de tu dormitorio cuando acompañé a Perry a la habitación del tercer piso.

Evelyn vio que era su móvil y una nota. Al abrirla comprobó que iba firmada por Logan.

Cuando vuelva espero que podamos hablar.

Siento que lo nuestro no pueda funcionar.

Logan

Evelyn suspiró y las lágrimas le empezaron a brotar. Cogió su móvil y lo encendió, marcó su contraseña y varios *whatsApp* y llamadas perdidas de Lilith empezaron a aparecer en la bandeja de entrada.

Los primeros mensajes no tenían sentido, como si estuviera drogada y no pudiera articular bien las palabras. En uno de ellos quería saber dónde estaba y lo necesitaba ya porque su vida corría peligro.

—Voy a llamarla —dijo Evelyn a Sia, que había oído el mensaje también.

Buscó el número de Lilith en la agenda y le dio al botón de llamada. Uno, dos, tres...

—¿Evelyn, eres tú? ¿Dónde estás? —preguntó Lilith apresurada.

—Sí, Lilith, ¿qué pasa? —Evelyn notaba a su amiga demasiado agitada.

—No tengo tiempo, dime dónde estás —la acució su amiga—. Mi vida corre peligro, necesito saber... —Por detrás de su voz se escuchaban otras, algunas discutiendo, otra dándole ordenes—. Sí... sí. Necesito verte.

—Ok, ¿dónde quieres que nos veamos?

—Tú y yo a solas, nadie más. No quiero que traigas a tu amigo contigo.

—Lilith, está conmigo Sia y me acompañará, ¿de acuerdo? Nos vemos en el Garamont, ¿te acuerdas? Logan está en una misión, así nadie podrá interrumpirnos. —

Evelyn quiso saber si ella lo había entendido.

—Ev, mejor no. Es demasiado urgente, dame tu dirección y unos amigos irán a buscarte. ¡Espéralos allí, por favor!

Evelyn le dijo la dirección exacta.

—¿Lo has cogido bien? Es fácil... ¿Y tú... dónde estás?

—En un polígono cerca de Torrejón, ellos te traerán. Por favor, no salgas de allí hasta que lleguen.

—¿Qué haces en un polígono?

Un sonido hosco seguido de un pitido desde el otro lado del auricular anunciaba que la conversación se había cortado.

—Tenemos que ayudarla—dijo Evelyn.

—Evelyn, no has debido decir la ubicación de dónde nos encontramos —opinó Alda—, y será mejor que no salgáis del recinto. Logan se cabreará mucho si vuelve y no estáis aquí.

A Evelyn le importaba una mierda lo que pensara Logan en ese momento; solo quería ver a su amiga y comprobar que estaba bien.

—Alda, tú puedes quedarte aquí con Fairuza y con Perry, pero yo tengo que comprobar que mi amiga está bien. Por cierto, ¿dónde está Fairuza? —exclamó Evelyn bastante alterada.

—No te preocupes por ella, siempre desaparece cuando más se la necesita —afirmó Alda—. Prefiero quedarme con Perry y saber que está bien.

—De acuerdo, pues esperaremos a que los amigos de Lilith vengan a por nosotras y, si tardan, la llamaremos e iremos a buscarla.

Desde uno de los puntos de observación, donde Logan y sus camaradas estaban apostados vigilando aquel desguace cerca de Torrejón, varios camiones y coches entraban depositando mercancías. Los conductores eran seres humanos, probablemente sirvientes de aquella calaña. Todas aquellas personas se dirigían a las puertas del almacén, entrando y cerrando los portones tras de sí. Estaba oscuro y ni una pequeña luz se percibía dentro de aquel edificio; solo las pequeñas farolas de la carretera alumbraban aquel paraje solitario.

Los muchachos saltaron la valla y se dirigieron hacia el edificio, rodeándolo por cada esquina. Se pusieron en movimiento y se ciñeron al plan. Declan y Conrac escalaron con facilidad hasta la segunda planta, donde varias ventanas estaban abiertas. Bennett, Horik y Zeus se encaminaron a la puerta principal y Max y Logan se dirigieron a los camiones aparcados, comprobando que ningún humano se hubiera quedado husmeando por allí. Todo estaba en orden, así que, a la orden de Logan, los siete entraron en el edificio, armados y con el objetivo de exterminar todo lo que se moviera.

Ninguno de los de allí dentro sabía quién les estaba atacando hasta que Declan clavó uno de los filos de sus catanas en el cuello de un vampiro. Aquel empezó a gritar y a retorcerse hasta que otra de las armas de Declan le acertó en el corazón, haciendo que el cuerpo de aquel chupasangre se desintegrara por completo. Los palos eléctricos que habían inventado entre Bennett y él resultaban de gran ayuda. Mientras, sus compañeros se dividieron por aquel almacén lleno de coches destrozados. Aunque el objetivo de aquella empresa era la de suministrar piezas, además aportaba otros trabajos no muy acordes con la rutina humana. Era un criadero de criaturas de la noche.

Varios licántropos salieron de uno de los compartimentos del almacén y se abalanzaron sobre Conrac y Max. Estos, sabiendo que sus mordiscos eran letales, cogieron sus bombas de titanio y las tiraron con una puntería certera, explotando en la cara de esas criaturas y haciendo que cayeran al suelo destrozadas por la explosión. Iban preparados y nada podía salir mal esa noche.

Ante aquel desastre, las criaturas se adentraron en la más profunda oscuridad del almacén, obligando a los muchachos a entrar a por ellos.

—Max, Bennett, Horik, ¡vigilad el segundo piso! —gritó Logan desde algún punto de la negrura—. Los demás, adentraos conmigo. Tenemos que hacer salir a esta escoria.

En cuanto hubo dicho eso, una ráfaga de peligro fue interceptada por todos los rastreadores. Una luz cegadora les iluminó sin contemplaciones, haciendo que varios licántropos, vampiros y wendigos los acorralaran en todas direcciones. Eran demasiados, parecía imposible que nuevos imprevistos surgieran de la nada como la primera vez que fueron atacados e hirieron a Perry.

Logan se fijó en uno de los vampiros que se acercaba con precisión a ellos. La ira le empezó a quemar la sangre. Supo, al leerle la mente, que aquel vampiro había sido quien había estado acechando a Evelyn en la discoteca. La quería para él y para alguien más importante que no podía distinguir en esa terrible y abominable mente llena de maldad. En aquel momento quiso destrozarle. Sus compañeros estaban en total alerta y sin ninguna contemplación comenzaron a atacar al enemigo. Logan, en cambio, se había fijado en su presa y buscó el encuentro con aquel vampiro que parecía ser el jefe de la colonia.

—Hola, conde de pacotilla, espero que seas suficiente rival para mí.

—Me conoces, perfecto —dijo Logan sonriendo—. Seré el último que luche contigo.

El odio que mantenían aquellos dos contrincantes hizo que los aceros que llevaban chocaran con furia, resonando por todo el almacén. El vampiro se preparó para dar la siguiente estocada, haciendo efectivo su ataque y provocando un corte en el brazo de Logan del que manaba bastante sangre. Logan tenía las mandíbulas abiertas del

dolor, pero rápidamente se recompuso, girándose con agilidad, y con sus dos filos atacó peligrosamente a su enemigo, dándole una gran estocada en el vientre.

—¿Ahora qué? No pareces tan fiero —dijo Logan pavoneándose.

A su alrededor, sus compañeros iban derrotando uno por uno a todos sus adversarios. No era fácil, tenían que estar con mil ojos en la defensa y el ataque, pero la destreza adquirida con los años les hacía anticiparse a los golpes.

Logan se centró en el vampiro tras comprobar que sus amigos tenían la situación bajo control, y alimentó toda su rabia y su furia con el objetivo. No volvería a ver la luz de luna ni a perseguir a la mujer que amaba, jamás. Con sus estocadas le hizo retroceder hasta tenerlo acorralado contra la pared. El vampiro alzó la cara y le retó a que lo matara.

—Sufirás más que yo. —El vampiro soltó tal carcajada que los colmillos le desgarraron parte de uno de sus labios.

Logan le levantó de la pechera.

—No creo que sufra más que tú cuando te desintegre.

De nuevo, el vampiro se carcajeó y le escupió en la cara. Logan le propinó un golpe en la cabeza contra la pared, y la sangre cayó a borbotones.

—Tu reportera... —El chupasangre volvía a reír sin parar.

—¿Qué pasa con ella? —Volvió a estamparle contra la pared, esta vez algo más fuerte.

—Mientras tú te entretienes, nosotros la tenemos a ella y esta vez no vas a poder salvarla.

Logan lo soltó por donde lo tenía cogido y dejó que cayera al suelo. Tomó su espada y, sin ninguna contemplación, se la clavó en el corazón. El toque de un interruptor hizo que la espada girará haciendo que el filo rechinara y se transformara en fuego. El vampiro se desintegró completamente ante aquel contacto.

Logan palpó el bolsillo de su gabardina y cogió el móvil. Tecleó el teléfono de Evelyn sin conseguir respuesta. Volvió a llamarla y nada. Entonces llamó a Alda, que tampoco contestó.

Logan maldijo entre gritos. Si aquel vampiro decía la verdad tenían que volver lo antes posible al complejo. Logan sacó varias granadas y fue soltándolas para desintegrar la nave.

Declan se unió a él.

—Chicos, a los coches ¡ya!

Antes de salir, Conrac se fijó en un cuerpo que no habían visto antes.

—¡Logan! —Cogió el cuerpo comprobando que era ella—. Es la amiga de Evelyn.

Logan ayudó a Conrac con el cuerpo, debían salir de allí antes de que las granadas cumplieran con su cometido.

—¿Estás seguro?

—La decisión deberá tomarla ella.

El Conde de Monterrey

La velocidad que había tomado el coche que conducía Logan no era la prudente en aquella carretera, pero necesitaba llegar a tiempo y que aquellas criaturas no la hubieran capturado. Esperaba que la angustia que estaba sintiendo no se hiciera realidad.

A su llegada al recinto comprobó que la puerta principal estaba intacta y que ningún coche estaba cerca de la casa. Las cámaras de seguridad también parecían indemnes, pero fue entonces cuando vio que algo no funcionaba: estaban apagadas.

La puerta de la casa estaba abierta, y al entrar percibió demasiado silencio y una oscuridad muy espesa. Se adentró y comprobó que los muebles y varias figuras estaban volcadas o rotas. Los demás entraron poco después, tras comprobar el recinto por fuera y asegurarse de que estaba limpio. Se quedaron impactados al ver la casa patas arriba. Conrac se puso tenso al ir comprobando en cada estancia que Alda no se encontraba, y Max se puso en la misma tesitura que su compañero.

—¿Las encontráis? —preguntó Logan desesperado.

Sus compañeros lo notaron, sabían que esa mujer se le había metido en la piel, aún negando la evidencia. Debían ayudarlo; ahora su líder era lo primordial, no importaba nada más.

—Aquí no hay nadie —dijo Declan.

Max cayó con las dos rodillas al suelo y golpeó con sus puños la fría superficie. Soltó un grito de desesperación.

—Noooooooo... Ella no. —Conrac se agachó junto a su amigo, consolándole.

—Las recuperaremos —afirmó Logan.

Max asintió. La mujer de su amigo también había sido capturada, así que debía poner en marcha todos sus sentidos para salvarlas. Cuando se disponían a comprobar la enfermería y coger más armas, un quejido les hizo ponerse en alerta. Entre la oscuridad de la sala de entrenamiento encontraron a Perry y Alda, escondidos en un recoveco, intentando por todos los medios que no fueran localizados. Al verlos, Logan se aproximó para comprobar si estaban bien.

—Perry, estás despierto —exclamó sorprendido y entusiasmado a la vez—. ¿Qué...?

—Logan, no hay tiempo, debes ayudar a Evelyn. Está en la casa, pero no sé dónde. La tiene él.

—¿Quién? ¿Quién la tiene? —preguntó Logan.

—Tu padre.

Evelyn solo veía oscuridad y la cabeza le daba vueltas. Una silueta se aproximaba hacia su cuerpo, tirado en un suelo duro y frío. Intentó enfocar la mirada hacia esa persona que se aproximaba y que le tendía la mano. Un brillo procedente de su cuello le llamó la atención y su mirada fue directa al colgante que llevaba puesto. Era el mismo que tenía guardado en su cajita de recuerdos. Subió sus ojos a la cara de aquella persona y comprobó que era una mujer con los cabellos del color de las espigas; la mujer de sus sueños estaba nuevamente con ella. Las dos solas, en algún lugar oscuro, sus ojos de color esmeralda transmitían paz pero también intranquilidad. No pronunciaba ninguna palabra, solo le tendía la mano y Evelyn se agarró a ella. Ese toque hizo que una luz cálida y llena de energía procedente de lo más hondo de su ser despertara, explotando por todo su cuerpo y provocando convulsiones.

—Por fin despiertas.

Una voz grave la hizo reaccionar. Tenía las piernas y las manos atadas, intentó averiguar dónde estaba. Seguía en la casa de Logan. A su lado se encontraba Sia, desmayada. Ev se incorporó y con sus piernas intentó darle varias sacudidas, verificando que estuviera bien.

—¡Sia!

—Calla. —Un golpe seco fue a parar a la mejilla de Evelyn.

Uno de los licántropos le había propinado una bofetada, tumbándola de lado. La puerta de la estancia se abrió y entró una figura bastante alta, de cabello castaño con reflejos dorados. A su lado había una mujer con otras cinco figuras más. Al ver el pelo del hombre que había entrado primero, Evelyn pensó en Logan y gritó.

—¡Logan!

Se acercó a ella y, al verle la cara, descubrió que aquel hombre no era quien pensaba. Era un hombre mucho más mayor, entrado en los sesenta. Sus rasgos eran más duros que los de Logan y sus ojos, aún teniendo el mismo color, expresaban una frialdad que helaba el alma. Logan desprendía ternura, fuerza y en aquel hombre solo se podía ver el odio y la rabia.

Se fijó en su ropaje, intentando averiguar qué podría ser de las criaturas con las que se codeaba. Pero no tuvo un atisbo de descifrar qué era hasta que un movimiento de su cuerpo hizo que su camiseta se moviera y pudo contemplar el tatuaje en el cuello.

—¿Me estás valorando, pequeña bruja? —preguntó aquel hombre con una voz demasiado grave.

A su lado se acopló Fairuza, como si fuera una mascota buscando la aprobación de su amo.

—¿Fairuza? —preguntó Evelyn.

Esta la miró con el mismo asco que el hombre a su lado.

—Llévaosla.

El líder de las criaturas de la noche no se refería a Evelyn, sino al ya inservible rastrojo que tenía pegado a su lado. Dos de los licántropos la cogieron de los brazos. El hada, al no comprender por qué aquellas bestias la retenían, exclamó enfadada:

—Te he ayudado a entrar en el recinto, te he informado cuándo estaba sola, te la he puesto en bandeja... ¿y me tratas así?

El líder giró su mirada hacia aquella mocosa que le reprochaba y se rio en su cara.

—Ya no me sirves —afirmó el hombre.

—¡Tenemos un trato! —gritó Fairuza.

—Un trato que no voy a cumplir —rió el líder de las criaturas—. ¿Crees que permitiría que mi linaje se manchara? No consentiré que ninguna criatura sobrenatural corrompa mi extirpe. Matadla.

Los gritos del hada se oyeron por toda la instalación y Evelyn, que lo estaba presenciando todo, no podía creer que Fairuza los hubiera traicionado. Iba a ser asesinada por su mismo verdugo. Al saber que iba a presenciar otra muerte más, Evelyn replicó. Mientras, en la casa, al oír los gritos, Logan y sus compañeros se precipitaron a la planta última de la casa.

—No la mate, por favor —le rogó al hombre.

Este levantó la mano y detuvo la acción, recapacitando en las palabras de Evelyn.

—Muy bien, no la mataré si me das tu colgante.

Evelyn sabía a qué colgante se refería: el colgante de Laia, su legado más oculto, su verdad.

—Yo... no sé qué colgante quiere... —dijo temblando para ganar tiempo.

—¡No me mientas, bruja del diablo! Desde que me fijé en ti sabía que tenías algo especial, solo tuvo que aparecer mi hijo para darme cuenta de que la historia volvía a repetirse.

Evelyn abrió la boca sorprendida. Ahora entendía el parecido de aquel miserable con Logan.

—¿Ahora te das cuenta de mi parentesco con Logan? —El hombre volvió a reír, como si toda aquella situación le hiciera mucha gracia—. Soy el conde de Monterrey, y cuando aniquile a mi hijo por su traición, sus guerreros volverán a servirme a mí y la maldición que tu maldita antepasada nos impuso llegará a su fin.

Ahora quien le miraba con desprecio era Evelyn. Escuchar esas palabras en la boca de aquel hombre le hacía sentir náuseas. Esperaba que Logan pudiera estar ahí y patearle el culo; a un padre que él suponía muerto.

—No lo tengo —exclamó Evelyn fríamente.

—Señorita Rodríguez, la vida de esta muchacha pende de un hilo. Deme el colgante.

Evelyn ya no sabía cómo alargar más el tiempo. La mano de aquella criatura oscura se levantó y los licántropos se abalanzaron sobre el cuello de Fairuza, sin que Evelyn tuviera tiempo de reaccionar. En pocos minutos, el hada estaba en el suelo, hecha pedazos.

Evelyn luchó consigo misma, intentando desatarse las manos.

—Ni lo intente. Las manos mejor quietecitas.

Ella se le quedó mirando. Laia se le había aparecido en su sueño, estaba preparada y Sia había despertado su don. Por eso la habían atado: no querían que sus poderes pudieran jugarles una mala pasada. Sí que les había informado bien Fairuza.

—No volveré a repetírselo, señorita Rodríguez, deme el colgante o tendré que seguir matando a la gente que quiere. —Miró a Sia, dando la orden con la mirada al licántropo que estaba al lado de ellas.

—¡No! Espere —pidió angustiada.

No podía ver morir a Sia del mismo modo que aquella arpía.

—Veo que va captando la idea.

—El amuleto que busca está en mi habitación.

No tenía escapatoria y necesitaba tiempo, estaba en juego la vida de Sia. Uno de los licántropos salió de la estancia en busca del colgante que su jefe requería. Al poco tiempo, el licántropo se adentró en la habitación, pero en vez de traer el amuleto que su jefe necesitaba, traía una flecha clavada en el estómago.

La elegida

Los rastreadores habían llegado a la última planta y, antes de que el licántropo saliera del campo de visión, Bennett le clavó una flecha en el estómago. No iban a preguntar primero. Sabían que las mujeres estaban ahí y no iban a esperar ni un minuto más para comprobar cómo se encontraban; no ahora que Logan por fin sabía quién era el causante de todo aquello.

Al entrar vieron lo que quedaba de Fairuza en el suelo y a dos licántropos y tres vampiros que custodiaban la habitación. Junto con Evelyn y Sia estaba el causante de todo: su padre, en todo su esplendor, con ropajes tan distintos a los del siglo en el que se encontraban que le parecía irónico tenerlo en su presencia. No había cambiado nada, igual que ellos, y la mayor pregunta era: ¿cómo había sobrevivido a aquel día si sus guerreros le anunciaron que el miedo se apoderó de él y se mató con su propia espada?

Evelyn, aturdida, giró la cabeza hacia la entrada, por donde habían aparecido varios hombres y, al igual que había imaginado cuando había visto al líder de las criaturas, pensó que uno de ellos era Logan. Debía ser otro espejismo, pero deseaba tanto que fuera real...

—Logan —pronunció débilmente.

Los dos licántropos que las custodiaban fueron directos hacia ellos sacando sus armas y poniéndose en posición de ataque. Los chicos se miraron, lo tenían todo dispuesto. Bennett, Horik y Max se ocuparían de aquellos dos, Declan, Conrac y Zeus se encargarían de los vampiros y de cualquier otra criatura que entrara por la puerta. Logan, en cambio, liberaría a las chicas y pondría las cartas sobre la mesa, luchando con aquella abominación a la que no podía llamar de ninguna manera.

Miró a Max para que no se preocupara, Sia estaría bien. El conde, al ver las intenciones de Logan, cogió a Evelyn de su cabellera y tiró de ella para que se levantara. Nadie iba a detenerlo en su cometido.

Logan se movió con precisión a la altura de las chicas y, con un empujón y un golpe de sus puños, pudo separar a su padre de Evelyn. Desató las muñecas de las chicas con un cuchillo que tenía en la pantorrilla y se aseguró de que Sia estaba bien, ya que no se movía. Sus dones le informaron de que sus constantes eran estables, solo estaba desmayada. Entonces se acercó a Evelyn, desatándola y comprobando que ningún órgano de su cuerpo estuviera dañado. Al ver que se encontraba bien, apoyó su frente sobre la de ella y cogió con sus manos su cara.

—Hola preciosa, ¿estás bien?

Evelyn le miró llena de júbilo por tenerlo frente a ella, y esa mirada a Logan le llenó por completo. Ella asintió, había llegado a tiempo, la estaba salvando.

—¿Puedes levantarte? —La preguntó con ternura. Evelyn nuevamente asintió—. Pues coge a Sia y pónelos a salvo, tenéis que salir de aquí. —Tras decirle aquello se abalanzó sobre los labios de ella y le dio un rápido y precipitado beso—. Puede que esto se convierta en un infierno. —La volvió a mirar y sus miradas conectaron, Evelyn acataría las órdenes de él sin rechistar.

Al ver que Evelyn iba junto a su amiga y que intentaba despertarla, se dirigió a donde estaba su enemigo, que esperaba impaciente a que él le diera batalla. El conde dio un paso al frente, haciendo que la luz del lugar reflejara su rostro, dejando al descubierto sus marcados rasgos. Logan, atónito por lo que aquella imagen revelaba, se sintió totalmente desconcertado, sin saber si lo que estaba contemplando era una broma. No podía aceptar que la criatura que tenía delante, la que había estado cometiendo todas esas muertes y atrocidades en la ciudad y controlando a cada criatura de la noche, llevara su propia sangre.

—Padre. —La palabra le salió como un filo, cortándole la garganta.

—Hola, Logan.

El conde le hizo una reverencia como los siervos hacían a su amo y señor en su época. Alzó la cabeza y le dedicó una sonrisa malvada; se levantó y se aproximó hacia Logan, quitándose la gabardina negra que llevaba y poniéndose en guardia. Descubrió la espada que empuñaba en la mano derecha, indicándole que comenzaba la batalla. Logan no se amilanó e hizo lo propio con sus dos espadas de doble filo.

—Pensaba que habías muerto... —le encaró.

—El día que nos maldijeron? —Aquel que parecía su padre le interrumpió y se rio en su cara—. No. —La negación fue tajante—. Iluso hijo, si alguna vez lo hubieras probado, habrías descubierto que nosotros no podemos matarnos, es una desgracia más de nuestra maldita existencia.

Logan le escuchaba mientras aquella estancia cada vez se hacía más pequeña.

—Después de que te quedaras con mis hombres y te pusieras al mando, me refugié en lo más oculto del bosque y maldije una y mil veces mi fatal existencia, hasta que salí y tuve que encarar a toda esta aberración; la aberración que esa arpía con la que has follado estos días nos causó —dijo gritando, lleno de cólera escupiendo cada palabra y señalando a Evelyn.

—No hables así de ella —cabeceó Logan—. Sigues cegado por el poder y no te das cuenta de que todo ha cambiado. Mírate, unido a tu enemigo para derrotar a una pobre chica.

—¿También te ha hechizado a ti, como la otra bruja hizo con tu hermano? Desgraciado, las mujeres son listas y más estas, con sus dones. —El conde, sin bajar la guardia, se movió por la habitación.

—Estás loco. Rodrigo me lo advirtió pero estaba tan ciego que no quise creerlo.

El conde volvió a reír ante el insulto de su hijo.

—No te he matado por divertirme un poco, pero eres tan patético... —Escupió en el suelo—. Se vuelven a cometer los mismos errores del pasado y peor aún: ¿quién es el que se está uniendo al enemigo?

Logan miró atrás, donde Evelyn intentaba cargar con el peso del cuerpo de Sia para salir de allí.

—El mundo ha cambiado, ahora no hay que luchar para proteger los dominios ni tampoco vivir con peligro. Si nos unimos podremos custodiar y mantener la balanza de los dos mundos alineada, al igual que serás bienvenido si quieres ayudarnos a buscar la cura.

—¿No te lo ha dicho? Veo que el amor te ha sorbido el seso. —Logan entrecerró los ojos—. La cura la tiene ella. —Logan seguía sin comprender—. Joder, que ella tiene el colgante. —El conde se abalanzó sobre Logan, asestándole un golpe que con rapidez Logan detuvo con sus espadas.

—No voy a luchar contigo.

—Pues tendrás que hacerlo, porque tu bruja y yo nos vamos esta noche.

Logan entonces se puso en guardia.

—¿Es lo que quieres? —Ambos se miraron y entrecerraron sus ojos. Sus miradas dejaban claro que no habría tregua alguna, y que la única forma de terminar con aquello era que uno de los dos muriera—. Bien, entonces, que acabe de una vez esta noche.

Logan rugió con rabia y fue quien dio la primera estocada. Las espadas chocaron y sus miradas se cruzaron, ya no como padre e hijo, sino como guerreros que antaño luchaban por su pueblo, por sus raíces, por sus principios.

El cerebro de Logan iba a mil por hora. Reencontrarse con un padre que creía muerto y averiguar que era el causante de todos los asesinatos, además de querer apoderarse del amuleto para liderar el mundo, le hizo replantearse todas sus creencias. Su padre era muy buen luchador; él fue quien les había entrenado a él y a su hermano día y noche, y el sonido de las espadas era la música que desde entonces permanecía incrustada en sus tímpanos.

Mientras sus camaradas noqueaban y se zafaban de los ataques de los licántropos y vampiros, una estriga se coló en la batalla, a la cual Declan interceptó y aniquiló antes de que pudiera poner el ojo a su objetivo. Dos wendigos entraron entonces por la puerta y Bennet, con rapidez, cogió su arco y con una flecha de fuego atravesó el insignificante pecho de uno de ellos, haciendo que se deshiciera en cenizas entre gritos de dolor. La otra criatura, al ver a su compañero muerto y la batalla que estaba formada, retrocedió y salió corriendo de la habitación. Max, Conrac y Zeus ya no utilizaban las armas, sino los puños y sus artes marciales para poder combatirlos. Los licántropos gruñían e intentaban esquivar todos los ataques de los rastreadores, su cometido era vigilar a su líder y a las mujeres para que no pudieran escapar, mientras los vampiros eran los encargados de realizar el trabajo duro. Conrac noqueó a uno haciéndole una llave y tirándole al suelo mientras clavaba un cuchillo en el abdomen de

otro vampiro que iba a morderle por la espalda. Zeus y Bennet hacían los mismos pasos, llaves de lucha y sus filos de titanio pasaban cortando el aire de la estancia sin descanso.

Declan, al ver que la cosa se alargaba, incrustó una bomba en una de las paredes. Dejaría todo aquello reducido a cenizas y esperaba tener tiempo para que pudieran salir sus compañeros y él mismo ilesos de aquella explosión.

—Acepta lo que eres, hijo. —Las espadas seguían chocando una contra la otra entre los dos allegados—. Yo ya lo he hecho y no quiero cambiar, lo que quiero es que la sociedad se dé cuenta que hay algo mayor: yo, su nuevo rey y señor.

—Los años te han vuelto inhumano padre, no sabes lo que dices.

—Lo que no puedes entender es que vea más allá de la nueva realidad, y tu bruja... —Los dos pararon, entrelazando sus espadas con sus brazos en tensión—. ... será quien me ayude a conseguirlo.

Logan lo miró con los ojos rojos, no ya por la maldición sino por la rabia que sentía por aquel que ya no era nada suyo.

—Jamás. —Con todas sus fuerzas empujó al que un día fue su padre, deshaciendo el lazo de las espadas y separándose—. Nunca permitiré que llegues a realizar tu cometido, ella no será tuya.

—Si no es mía, tampoco será tuya hijo.

Los dos volvieron a retarse, abalanzándose uno encima del otro, propinándose cientos de golpes con sus puños sin parar. El conde tiró a Logan con toda su fuerza a uno de los extremos de la habitación y, con una gran velocidad, se puso a su lado para asestarle otro golpe, haciendo que Logan escupiera sangre por la boca. Dos, tres golpes más fueron a parar en el pecho de él. El conde, al ver a su hijo sin respuesta, cogió impulso hacia arriba para darle el golpe mortal, pero al caer, Logan giró la cabeza y con rapidez se apartó, retirándose de su enemigo y haciendo que este, con la fuerza del golpe, rompiera las baldosas del suelo.

—¿Eso es lo único que sabes hacer? Ya no eres un niño, Logan, me tratas como si me fuera a romper. —El conde se abalanzó sobre su hijo y, antes de asestarle un golpe, este saltó por los aires desapareciendo de la visión del *raptor*.

Logan miró a su alrededor sin percatarse de que lo tenía detrás. El conde volvió a agarrarlo y se acercó a su oído:

—Si observaras más a tu alrededor, podrías haber averiguado que cada colgante que encontraba también era para mi beneficio, y que si sabes utilizarlos con inteligencia te dan algo que jamás podrías creer. —Le agarró entre sus brazos dejándolo inmovilizado y proyectándole una descarga sobrenatural que hizo que Logan rugiera de puro dolor y cayera de rodillas al suelo.

A eso se refería su padre, con los talismanes de los brujos muertos y sabiendo utilizarlos a su favor, pudo obtener más dones de los que ya poseía. Había aprendido a utilizar la magia negra.

Evelyn, al oír el grito de dolor de Logan, dejó a Sia y le buscó con la mirada. Tenía gotas de sudor en la frente y sabía que estaba sufriendo por lo que su padre le había proyectado. El conde cogió una daga de su cinturón sin perder tiempo y la colocó en el cuello de Logan.

—¿La ves bien, Logan? —Este abrió con dificultad los ojos, viendo a una Evelyn desencajada—. Ella es el talismán, no por su colgante sino por ella misma, su corazón, su aura... En aquel tiempo no pude tener a Laia ni a su poder, pero la vida da tantas vueltas que ahora ha hecho que pueda obtener mi propósito. —Aquella revelación dejó a Logan desconcertado—. ¿Quién crees que delató a tu hermano? —Logan abrió mucho los ojos, comprendiendo ahora cómo el conde le descubrió a pesar de las precauciones que su hermano había tenido para mantener en secreto su relación con Laia—. La clave me la diste tú, sin saberlo. Con vuestras escapadas y vuestros misterios, tenía topos en todos los rincones y ni os enterasteis. —El dolor proyectado en su cuerpo hizo que se desplomara mientras el rompecabezas terminaba de encajar—. Ya, ahora lo ves todo claro, pero es demasiado tarde, ha llegado el momento de que te despidas de tu meiga.

El filo de la daga estaba clavado en el cuello de Logan y la presión hizo que unas gotas de sangre se deslizaran. Evelyn vio que el final de Logan se acercaba, notó que algo en su interior se rompía y supo que su destino había llegado. Levantó las manos y, antes de que el filo traspasara más la carne, el cuerpo de Evelyn reaccionó envolviendo su silueta en puro fuego.

—¡No! ¡Detente! ¡Apresadla! —gritó el conde al verla.

Las criaturas y los rastreadores se quedaron muy quietos al descubrir a la bruja llena de luz.

—Muchachos, si hay bondad en vuestros corazones, tapaos los ojos. Si no... huid —exclamó Evelyn en trance.

—Quieta bruja —ordenó el conde, cogiendo a su hijo a punto de clavarle su filo en la garganta—. Si te mueves le asestaré el último golpe. —Evelyn negó con la cabeza muy a su pesar y no se movió—. Exacto, a quien deberás servir a partir de ahora es a mí.

—Quiero que me respondas a una cosa antes de que lo mates —dijo Evelyn al conde.

—Tú dirás.

—¿Qué hace la magia blanca?

El conde, sin comprender la pregunta, se quedó callado y Evelyn sonrió ampliamente. Sin esperar respuesta, una luz proveniente de su interior se desató obligando a todos los presentes a cerrar los ojos con fuerza. La luz cegadora envolvió toda la estancia, haciendo que los licántropos gritaran de dolor al abrasar su piel y cayendo fulminados al suelo. Ningún vampiro quedaba con vida en la estancia, pero si lo hubieran estado, la luz les habría hecho explotar consumiéndose en sus cenizas. El conde, al verse envuelto en aquella luz de bondad, desapareció sin dejar rastro.

Sia abrió los ojos y se puso al lado de Evelyn al ver cómo sus fuerzas se iban consumiendo por el enorme esfuerzo que estaba haciendo. Debía calmarse y terminar aquel auge de poder que no paraba de desprender, dejándola a cada minuto más débil.

—Ev, para o morirás.

Evelyn, sumida en la oscuridad, intentaba aferrarse al borde del agujero negro que tenía aquel siniestro desfiladero. La angustia y el terror la tenían extenuada y solo una voz masculina en la lejanía hacía que aguantara y no cayera. Las pocas fuerzas de su cuerpo se doblegaron y, aunque intentaba que la oscuridad no la engullera, se soltó y dejó que la negrura la consumiera por completo.

Mi nueva vida

La melodía constante del móvil que tenía como alarma anunciaba un nuevo día, pero la luz que se adentraba por la ventana, acariciándole y quemándole el rostro, le resultaba insoportable. Su cabeza no sabía si pudo salvarse de la explosión que hubo a continuación, el dolor de su cuerpo era inaguantable y no podía ni abrir los párpados. Sus extremidades no la respondían, ¿era así como debía terminar todo?

El móvil no dejaba de sonar, pero no sabía dónde estaba el dichoso aparato. Ni siquiera dónde estaba ella. Intentó alzar su brazo, palpando a su alrededor, tocando enseres sólidos y pequeñas figuras hasta que llegó a dar con el aparato que vibraba encima de aquel mueble. Lo cogió y lo apagó sin contemplaciones.

—Ya era hora, ¿no? —dijo Sia con una bandeja llena de comida—. Pensábamos que ya no despertarías nunca —rio.

Evelyn intentaba que su cuerpo despertara, desentumeciéndose sus extremidades, estirándose. Miró a su alrededor y comprobó que estaba en la habitación de Logan.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien Logan? ¿Y los demás? —interrogó Evelyn saliendo de la cama de un salto al ver la cara de su amiga, que mostraba un cansancio extremo.

—Ev, tranquila, despacio. Logan está bien y los demás... —Sia se calló de repente.

—¿Pasa algo? ¿Es Max?

—No te preocupes. —Sia intentó poner su mejor sonrisa—. Ahora lo que necesitas es descansar y reponerte, has perdido mucha energía. Logan está como loco, no sabemos la magnitud de la energía que consumiste al salvarnos a todos... ¡Oh, Ev! ¡Estábamos tan preocupados!

—¿Pero está todo bien? Cuéntame, ¿qué te pasa?

Evelyn empezó a preocuparse. Notaba a su amiga inquieta, como si hubiera algo que no quisiera contarle.

—Si vas a estar más tranquila iré a buscar a Logan, que está con los demás —afirmó Sia, sonriendo porque su amiga se encontraba bien por fin.

—No me dejes con esta preocupación, espera. ¿Por mi culpa le ha pasado algo a Max?

Sia se dio la vuelta alzando sus manos y metiendo varios mechones de su cabello detrás de sus orejas.

—Max está bien —dijo compungida, sentándose en la cama.

—Entonces... ¿es por vosotros?

—Ev, amo a Max más de lo que puedas imaginar, pero... —Sia se mordió el labio, intentando que sus emociones no se revelaran a través de sus ojos.

—Por favor, dime qué pasa. —Evelyn se puso al lado de su amiga—. No quiero verte así.

—Soy una *illuminato*, un ser del cielo. Mi estirpe no puede unirse “jamás” con otra especie distinta a la mía. —Evelyn escuchaba la gravedad del asunto—. Es imposible que Max y yo podamos estar juntos, ¿entiendes?

—¿Y si hablas con tu padre? Si le expresas tus sentimientos como lo haces conmigo... Seguro que se puede hacer algo.

—Lo haré. Por Max. Por mí. —Sia se limpió de la cara la tristeza que se le había formado—. Necesito una oportunidad para que me entiendan.

Evelyn abrazó a su amiga, lamentando el dolor que estaba sintiendo al no poder ser feliz con el hombre que amaba.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, ante el Consejo no puede presentarse otra estirpe que no sea la nuestra. —Ev la miró—. Estaré bien y regresaré con vosotros, pronto.

Evelyn asintió y Sia se levantó para ir en busca de Logan, dejando que el cansancio de esos días se esfumara, al ver a su amiga recuperada.

Evelyn, al quedarse sola, miró la bandeja que había traído Sia y cogió un cruasán que devoró al momento. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? La incertidumbre la llenó de dudas y quiso salir de la habitación y comprobar por sí misma qué había pasado.

¿Estaban a salvo? Salió de la habitación sin esperar a Sia y se adentró en las instalaciones de la casa. No encontró a nadie por ninguna parte. ¿Y Alda?, se preguntó.

¿Dónde se habían metido todos? ¿Estarían en las instalaciones subterráneas?

La casa estaba en un total silencio que le puso en alerta. Hacía poco que los habían atacado y no sabía si alguna de las criaturas podría seguir allí dentro. Oyó abrirse una puerta por uno de los pasillos y se aproximó a ver quién era, con prudencia. Era Perry. Aquel hombre al borde de la muerte se encontraba allí, recuperado y con la misma constitución que Logan y los demás.

—¡Perry, estás aquí! —exclamó Evelyn.

—¡Evelyn, te has despertado!

Evelyn corrió a su encuentro y lo abrazó con mucha efusividad, y él acogió el abrazo con gusto.

—Como sigas abrazándola de ese modo te corto los huevos —anunció una voz detrás de ellos.

Perry la soltó y sonrió.

—Oye, que ha sido ella. Además, es mi salvadora *Number One*. La tengo que querer.

Evelyn miró a Logan y se quedó quieta. No sabía cómo reaccionar después de lo que habían vivido juntos.

—¿A mí no me vas a abrazar? —preguntó Logan achicando los ojos.

—Te encuentras bien... —exclamó casi en un susurro.

Evelyn no sabía de qué humor podía estar; además, la relación que pudieran haber tenido había sido rota por él... Y ahora que había mostrado a todos su poder de meiga la cosa no podía más que haber empeorado...

—Voy a buscar a los demás para darles la buena noticia. ¡Evelyn está bien! —gritaba Perry mientras se alejaba.

Logan, al ver que nadie les veía, abrió los brazos para que Evelyn se aproximara. Ella, sin que la razón la detuviera, corrió a refugiarse en los brazos de aquel hombre por el que latía su corazón. Logan la miró y la besó sin contemplaciones.

—Olvida mis palabras, olvida nuestras diferencias, olvídale todo. Por favor.

Evelyn no le dejó decir nada más, volvió a besarlo con intensidad, sin percatarse de que los muchachos, Alda y su amiga habían llegado a saludarla y comprobar su estado. Conrac carraspeó interrumpiendo la pasión de la pareja y todos juntos se dirigieron al salón para contar a Evelyn el desenlace de lo ocurrido. Así se enteró de que la última planta quedó inservible, por la luz de su poder y por la explosión que poco después se produjo, la muerte de las criaturas que estaban en la casa, la misteriosa desaparición del conde, del que no encontraron ningún resto... y los cuatro días que Evelyn estuvo en cama sin dar la más mínima señal de que pudiera reponerse. También le contaron lo angustiados que estaban todos por su salud y que tenía que resolver la situación de Lilith.

—¿Qué pasará ahora con Lilith? —preguntó Evelyn a Logan.

—Pues depende de ti. Si tomas la decisión de que viva, su existencia será muy distinta a la que ha estado llevando hasta ahora. Está luchando ante el gran cambio que su cuerpo experimentará y ahora no podemos saber lo que le quedará de humanidad. Y, si no, le pasará lo mismo que a tu amigo Marcos.

—¿Por qué me preguntas en esta ocasión? —quiso saber Evelyn.

Con su amigo no tuvo piedad.

—Te quiero, Evelyn, y tus decisiones serán mis decisiones y a la inversa. Quiero que empecemos a construir algo juntos; algo real, desde la sinceridad más pura, y creo que con tu amiga estoy dando el primer paso.

Evelyn asintió y le besó.

Lilith todavía no había despertado de su ascensión a lo no humano. Tenían que averiguar cuando despertara si, de alguna forma, todo lo bueno que emanaba de su parte humana seguía intacto. Deseaba con todo su ser que fuera así; si no, no sabría si tendría el coraje de tomar la decisión más dura de toda su vida.

—Ev, además tenemos que hablar de nuestra cura —dijo Declan.

—Lo hemos estado comentando en los días que has estado inconsciente, y aunque nos perdones y nos puedas devolver a nuestro estado humano, no queremos —

afirmó Max mirando a Sia.

Esperaba que lo que le había contado surtiera efecto ante sus superiores y que pronto pudiera tenerla noche y día junto a él.

Ev quiso protestar, pero Logan le puso un dedo en su boca para silenciarla.

—Tenemos un deber, Ev, y la incertidumbre de mi padre siempre estará presente. No sabemos si huyó o murió en la explosión. Además, no queremos que haya ninguna rebelión de criaturas de la noche. De una forma o de otra, somos guardianes de todo esto y tenemos que seguir desempeñando este papel. Al menos hasta que todo peligro esté exterminado.

Evelyn fue examinando a cada uno de ellos, viendo en sus rostros que la decisión estaba tomada y que todos estaban de acuerdo. Perry levantó la mano.

—¿Quieres cambiar? —preguntó Evelyn.

—Me gustaría, pero mi deber es con mi gente. Quería darte las gracias por salvarme, sin ti no lo habría conseguido y ahora no estaría aquí, con mi familia.

Evelyn le sonrió y otra mano se alzó. Era Zeus.

—Siento lo que te dije —expresó sin más, mirando con orgullo a su jefe.

Entre ellos había nacido una complicidad y una tregua, al menos por el momento.

—Conrac, ¿no tienes que informar de nada a los muchachos? —le increpó Logan.

Alda se puso nerviosa al saber a lo que se refería y, aún con eso, se le iluminó la cara. Conrac carraspeó.

—¿Algo importante? —exclamó Horik mirando a Conrac fijamente, expectante a lo que su camarada tenía que decir.

El susodicho no se demoró más en la noticia.

—¡Estamos embarazados! —El futuro padre le dio un beso en la frente a su *vitae*, lleno de dicha por tanta felicidad.

—¿Un bebe? —preguntó Perry horrorizado—. ¿En serio? —Miró a su alrededor viendo cómo sus compañeros lo festejaban y daban la enhorabuena a la pareja, así que suspiró y se dejó llevar—. ¡Enhorabuena, colega! —Se acercó a Alda para darle dos besos y a su compañero le propinó una gran palmada en la espalda—. Una gran noticia, pero en tema de pañales y hacer de niñero, no me llaméis, ¡por favor!

Perry podía ser un guerrero, un brabucón, un mujeriego... pero ¿niñero? ¡Ni hablar!

La noticia de que Alda estaba embarazada significaba mucho para todos ellos. Una luz pura vendría al mundo y, con Evelyn, su destino y su suerte les iluminaba profundamente.

Los días pasaron mientras terminaban de recoger las pertenencias que habían instalado en Madrid los rastreadores. Sia se alzó a los cielos despidiéndose de sus amigas y del amor de su vida; debía informar a su padre de todo lo acontecido, además de explicar los cambios que se producirían al renunciar a su cargo.

Lilith por fin despertó y, aunque algo confusa y temerosa ante su nuevo yo, su humanidad seguía intacta, aunque su necesidad de sangre era incontrollable. Decidieron, por tanto, que lo mejor para todos era llevarla junto con ellos a su nuevo destino, dándole protección y vigilándola constantemente hasta que ella pudiera valerse por sí misma. Lo mejor era que no recordaba nada del horrible episodio que vivió.

El viaje debía iniciarse y Evelyn se había sumergido hasta lo más profundo de aquel mundo, que ahora era el suyo. Vería con sus propios ojos los paisajes que sus congéneres por siglos habían pisado y conocería el lugar donde había crecido el hombre que quería.

—Te he echado de menos —dijo Logan abrazándola por la espalda.

—Fui a casa a recoger una cosa. —Evelyn sacó de uno de sus bolsillos el colgante de su madre.

Logan lo cogió y, metiendo el cordón de plata por el cuello de ella, lo posó en su pecho, haciendo que la piedra lunar lanzara un destello. Evelyn se volvió hacia su hombre, que la miraba lleno de amor.

—¿Qué pensarías si te dijera que creo que el pasado se volcó sobre mí para arreglar un presente y construir un futuro? —preguntó ella.

—Que serías el reclamo y el regalo de mi corazón durante siglos.

Evelyn sonrió ante su respuesta y se abalanzó a su cuello, haciendo que él la sujetará y la llenara entre sus brazos.

—Evelyn...

—Sí... —dijo entre sus brazos.

—Quiero que los dos seamos uno, con poderes o sin ellos, y que me ayudes a mantener la línea entre los dos mundos, algo que Laia no pudo hacer.

—Sabes que lo haré sin contemplaciones, a tu lado —afirmó Evelyn llena de júbilo.

Logan se agachó, apoyó la rodilla en el suelo y sacó una alianza con el símbolo de la unión y del amor. Era un emblema celta muy representativo en la época de Logan, y lo fundamental para él era que pertenecía a su madre.

—¿Es...? —Evelyn no se podía creer lo que aquel hombre agachado ante ella le estaba proponiendo y sus ojos se volvieron morados de los nervios.

—Evelyn Rodríguez, ¿estaría dispuesta a casarte conmigo? —dijo poniéndole el anillo y levantándose, reclamando ansioso una respuesta.

—No esperaba menos de un guerrero del siglo XVII —exclamó con lágrimas en los ojos.

—Ni yo esperaba enamorarme perdidamente de una bruja tan poderosa como tú.

Cogió los labios de ella y, ante el testimonio de sus respectivas naturalezas, se fundieron entre oleadas de pasión y sentimientos.